



Corazón de Invierno



LAURA A. LÓPEZ

Corazón de
Invierno

Laura A. López

Capítulo 1

Derbyshire 1780.

Ofelia caminaba en círculos bajo un árbol, observando a su pequeña hermana recién nacida Odei que estaba con una manta protegida de los fuertes rayos del sol, aquella niña era al parecer lo último que quedaría de su padre.

—Olive, no quiero que caigas y te raspes —regañó Ofelia a su hermana del medio.

Olive tenía seis años, era igual que ella y Odei. Las tres eran rubias, de cabello encrespado y ojos azules, no había de dónde sacar rasgos diferentes. El señor Walter Weatherly era demasiado rubio, era como el centelleante sol de verano, mientras su madre Malory Weatherly se asemejaba más al cabello pelirrojo que al rubio.

Su padre era más de veinte años mayor que su madre. Malory Bernie, nombre de su madre cuando era soltera, solo era una criada de Chatsworth House, palacio rural de los Cavendish en Derbyshire. Un día en que Walter Weatherly fue a visitar a sus parientes se cruzó con la más bella mujer que jamás había visto. Iba cargada con dos canastas de víveres.

Su padre era un médico de prestigio yendo en su carruaje cuando la vio dirigirse desde el pueblo que quedaba a cinco kilómetros hasta Chatsworth House. Se ofreció a llevarla, pero ella se negó. Sin embargo, aquel no pensaba rendirse, bajó de su carruaje y tomó las canastas de la joven, acompañándola hasta su lugar de trabajo.

Aquellas millas fueron suficientes para que el doctor Weatherly cayera en los encantos de una simple criada.

Ofelia escuchó un aullido de dolor que había llegado desde el caserón que su padre había hecho para su madre, para sacarla de sus pensamientos más monótonos al recordar el origen de su familia.

Con su pequeña hermana corrió dentro de la casa y vio a su madre sollozando sobre el cuerpo tendido de su padre.

—¡Mi amado señor Weatherly! —Se lamentó la señora Weatherly—. ¡¿Cómo pudo ser tan cruel y dejarme sola con nuestras niñas?!

El llanto inconsolable de su madre, se había trasladado hasta su hija Ofelia de quince años con la pequeña Odei en brazos.

—Madre querida ¿Nuestro padre se ha ido?

—Ofelia, nuestro querido Weatherly ha ido para rendir cuentas a nuestro señor —anunció limpiándose el rostro.

Ella no podía siquiera llorar a gusto. Tenía a su hermana pequeña en brazos y a Olive pegada a sus faldas, debía mostrar fortaleza.

—Llevaré a Odei a la habitación de Olive y vendré a ayudarla, madre —comentó mientras su madre estaba tomando aún las manos de su padre que lentamente perdían el calor.

—Ven, Olive —indicó Ofelia, tomando a su hermana del hombro para llevarla a la habitación.

Al entrar, fue a dejar a su pequeña hermana en la cuna.

—¿Qué significa que nuestro padre ha ido a rendir cuentas? —indagó la niña de seis años.

Ella descendió hasta casi la altura de su hermana.

—Que nuestro padre estará frente al señor, que le dirá lo bueno y malo que ha hecho.

—Pero si nuestro padre no era malo.

—Por supuesto que no. El Señor lo dejará pasar para que goce de las praderas celestiales —sonrió con tristeza—. Quédate con Odei, iré a ver qué necesita nuestra madre.

Ofelia miró a sus desvalidas hermanas con mucha tristeza. No alcanzaron a conocer lo maravilloso que era su padre.

Los criados de la casa Weatherly estaban impregnados del dolor de la familia. El doctor había sido el mejor de sus patrones.

Al día siguiente, Ofelia con Odei en brazos, miraba como sepultaban a su padre. Los criados pensaban que ella era de hielo, pero no sabían el dolor que sufría al saber que nunca lo volvería a ver.

Terminado el entierro, ella dejó a su hermana junto a su inconsolable madre. Caminó por las praderas un gran trecho. Estaba segura de que aquel era el camino del amor que recorrieron su madre y su padre durante su juventud.

Sin que nadie la viera, más que aquellos pájaros que trinaban y aquellas nubes que la solapaban, se abandonó al dolor de saberse sola sin el amor de su padre. Se sentía huérfana de aquel afecto, de ese abrazo que la confortaba cada vez que caía en el suelo.

Ni bien habían pasado dos meses de la muerte del doctor. Su hermano John Weatherly, era un hombre sin prestigio con pocos recursos. Los bienes de su hermano habían pasado a sus manos, sin que Ofelia y su madre pudieran reclamar, no existía aquel derecho. John Weatherly envió una escueta nota en donde decía que las dejaría vivir en aquella casa hasta la muerte de Malory Weatherly. El hombre suponía que para esas alturas, Ofelia, su sobrina mayor se casaría y llevaría consigo a sus hermanas.

—Fue muy generoso al dejar que nos quedáramos aquí —musitó la señora Weatherly en tono mordaz—. Oh, y una pequeña pensión ¡Cuán generoso es el tío de mis hijas!

—Madre, creo que, con independencia de esa "generosa" pensión, deberíamos ir a buscar un lugar más pequeño. El mantenimiento de la casa se llevará todo, el pago a los criados es un gran gasto que no podremos sobrellevar —razonó Ofelia—. Debemos ir pensando de qué prescindir.

—Tienes razón, querida. Es tan injusta nuestra vida. Cuatro mujeres abandonadas a su suerte —sollozó casi quebrándose frente a sus hijas.

Ofelia se levantó de la silla y se abrazó a ella.

—No desespere, madre. Todo irá bien, si estamos unidas, nada podrá hacernos mal —intentó confortarla una igualmente asustada Ofelia.

El futuro de ella y sus hermanas era tan incierto. De pasar a ser futuras damas de buena sociedad, a vivir de la caridad de su poco afectuoso tío John.

Al cabo de seis meses, prescindieron de toda la servidumbre, inclusive de la institutriz de Olive. Ofelia se encargaría de educarla, pues su madre carecía de conocimientos específicos por haber sido una criada.

Ella se encargaría de la educación de sus hermanas y del aseo, mientras que su madre las cuidaría y cocinaría para ellas.

A Olive le había costado un montón de lágrimas despedirse de su institutriz. Era ávida de conocimiento, una niña curiosa y vivaz.

Ofelia siempre se caracterizó por ser la más seria y calmada. Tenía el carácter sereno y paciente del doctor Weatherly. Su padre le había enseñado a curar pequeñas heridas, tratamientos para la gripe y otras enfermedades sencillas.

Conforme pasaban los meses, Odei cumplió su primer año. Apenas tenían para cocinar un pequeño pastel de frutas silvestres que Olive y Ofelia recogieron del bosque.

—Pásame un plato, Ofelia —pidió su madre que comenzó a toser.

—Vaya a recostarse, madre. Está enferma y la necesitamos saludable.

—Estoy bien, tú solo has lo que te digo —la regañó la señora Weatherly que estaba sonrosada por la fiebre alta.

Ofelia notó que con el tiempo, su madre fue enfermado. Hacía de menos a la enfermedad. Ofelia medicó a su madre como su padre le enseñó, pero ella se negaba a reposar, sentía el peso de sus hijas en el hombro. Eran una pesada carga que sin el señor Weatherly le era imposible llevar.

Tenían viviendo solas en la casa casi dos años, en los que pronto Ofelia tendría edad para debutar, pero sus condiciones monetarias no se lo permitían, hacían falta vestidos, joyas y otros lujos que ella no poseía, salvo lo que le pertenecía a su madre, que estaba postrada en la cama por alguna enfermedad que ella desconocía.

—Ofelia...—la llamó abriendo los ojos con mucha dificultad.

—Mande usted, madre.

—Mi querida mujercita, siento tanto no poder continuar al lado de ustedes —tosió en su ensangrentado pañuelo.

—No diga eso, con mis cuidados usted saldrá de esta como de las demás gripes. La señora Malory negó con la cabeza en repetidas ocasiones.

—Tengo una cabaña en el bosque, fue donde tu padre y yo nos quedamos cuando comenzamos a construir esta casa. Se encuentra a varias leguas de aquí, hacia el oeste. Está cerca de la hacienda Horstman.

—¿Es en las tierras del señor Horstman?

—Antes esas tierras no le pertenecían, querida, era un bosque libre, puedes ir a vivir ahí con tus hermanas después que yo muera.

—Eso no pasará, madre —trataba más de convencerse ella, que convencer a su madre.

—Te sobra fortaleza, Ofelia, anda, ve a conocer la cabaña.

Ofelia dejó durmiendo la siesta a sus hermanas para poder ir a conocer la dichosa cabaña.

El sol abrasador parecía llegar hasta por debajo de su cabellera, protegida por una cofia. Iba abanicándose con una gran hoja que encontró en el camino.

En una parte con poca entrada de sol, se podía ver una pequeña vivienda casi en ruinas. El techo era de paja, las ventanas de madera y la construcción entera cubierta de barro.

Se acercó para abrir la puerta, y todo dentro estaba cubierto con sábanas que ya no eran blancas, sino de color marrón. El techo estaba con grandes agujeros que dejaron entrar agua en la precaria construcción. Por algo su padre era médico, construir no era lo suyo.

Movió una de las sábanas y varios pájaros salieron volando de ahí, produciéndole un gran susto.

—¡Dios bendito! —salió corriendo de ahí, pero en la dirección contraria de donde quedaba su casa.

Podía ver el claro al salir del bosque, corrió con más fuerza hasta un descampado. Trató de recobrar el aire, pero el relinchar de un caballo que se acercaba no la dejó hacerlo.

—¡No quiero intrusos en mi propiedad! —gruñó un hombre, golpeándola con un fuste en la espalda.

Ofelia cayó al suelo y casi fue pisada por la enorme bestia negra e intimidante al igual que el jinete.

—¡Perdón, mi señor! ¡Me extravié! —alegó presta a responder a su agresión.

El hombre parecía respirar menos alterado al ver que era una jovencita inexperta, por lo que su historia era muy creíble.

—Lárguese de estas tierras —ordenó, dándole la espalda y partiendo veloz por donde llegó.

Capítulo 2

Sentía el ardor del fuste de aquel grotesco jinete a quien muy poco pudo ver. Sus brazos aún temblaban por el miedo y el dolor del azote. No iba a llevar a sus hermanas a vivir en ese lugar con aquel capataz del señor Horstman. Se sentía asustada por la falta de educación y empatía hacia una joven que solo paseaba por el lugar. Pensó que quizás aquel era más bien un capataz con muchos privilegios y, que el señor Horstman vivía ajeno al comportamiento desafortunado de su siervo.

Con lágrimas por el escozor y la molestia de sus propias prendas, apresurada, tomó el camino de regreso a su casa. Tenía que intentar curar a su madre y sobrevivir con la miserable asignación que su tío les daba del dinero de su padre.

Cómo había cambiado la suerte de aquellas muchachas en tan poco tiempo. Primero su padre, a quien tanto amaba y probablemente su madre también pronto lo alcanzaría en aquel valle de muerte. ¿Qué haría? Sus pequeñas hermanas dependían de ella. No podría debutar sin dinero, ni vestidos adecuados, sin hablar de la dote que no tenía. Temía por su suerte y la de sus hermanas. Tener la dote casi le aseguraba un buen matrimonio.

A lo lejos, vio su preciosa casa. Tantos recuerdos vivían ahí. Una infancia feliz, un padre amoroso y una madre atenta. La vida era injusta al arrebatarles lo que tenían.

Intentó poner un mejor rostro antes de entrar a la casa, para que no notaran su dolor. Escuchó toser a su madre tantas veces que empezaba a creer que su pulmón había desaparecido.

Buscó a sus hermanas para saber cómo estaban. Odei y Olive estaban durmiendo abrazadas en la cama. Sonrió al verlas cómodas y ajenas a la situación que podían pasar, todo dependía de ella y por eso debía ser fuerte.

Fue a su habitación y se dispuso a sacarse el vestido de día que tenía puesto para ver la razón de tanto escozor y dolor.

Tomó un espejo y lo colocó detrás de su espalda frente a otro espejo. En el reflejo pudo ver un poco de sangre que manaba su piel. Estaba horrorizada.

—Ese capataz es una bestia. Qué Dios se apiade de él —dijo bajando el espejo de mano.

Tan fuerte fue el golpe que ese hombre le propinó que hasta la hizo sangrar. Si no fuera porque debía tener fortaleza, estaría echándose a llorar como lo que aún era: una niña, que debía madurar pronto por sus hermanas.

Se hizo las curaciones tal como su padre le enseñó y se colocó otro vestido un poco más ajado para ir a preparar algo de comer y acercárselo a su madre en su lecho.

La señora Weatherly estaba dormida, o al menos intentaba hacerlo. Su tos era incesante.

—Madre... —la llamó Ofelia con los alimentos en la mano.

Al ver que su madre seguía dormitando entre la tos, ella bajó la comida en una mesita y se acercó hasta su madre.

—Madre, le traigo algo para que se alimente —habló cariñosa acariciando uno de los brazos de su madre—, mi padre decía que los enfermos deben alimentarse.

Su madre abrió los ojos con dificultad, e intentó incorporarse.

—Es mejor que no gastes comida en mí, querida Ofelia. ¿Fuiste a ver la cabaña? —preguntó tosiendo.

Ofelia le acercó la comida y se sentó a su lado.

—No me parece un lugar donde podamos vivir las cuatro, madre. Está cayéndose a pedazos, y es muy lúgubre.

Su madre negó varias veces con la cabeza mientras intentaba tomar su sopa.

—En aquel lugar naciste, Ofelia. Para mí ha sido un lugar de paz y amor desde siempre. Está un poco descuidado, pero con una de mis joyas, puedes pedir que se arregle. Necesitarán un techo para cuando yo ya no esté. Por la ambición de tu tío estoy segura de que no las dejará continuar en esta casa ni con la pensión que nos dio, que nunca dejaré de decir que es una miseria imposible de ahorrar.

—He estado pensando en que la única forma de que mis hermanas y nosotras no pasemos necesidad es que sea desposada, pero sin dote es difícil.

—Puedes tener la gracia que yo tuve de que un hombre rico se fijara en una criada ignorante. Tengo fe en que podrás encontrar un varón de buen corazón. Sé que estabas preparada para ser la señora de un gran caserón, pero en estas circunstancias, solo deseo que te cases para no pasar hambre... —lamentó con lágrimas y tosiendo. Todo lo que su madre le decía era entre ataques de tos.

Con la garganta hecha un nudo por las predicciones de su madre, colocó una sonrisa fingida en su rostro para demostrar fortaleza.

—Conozco todos los oficios de una casa, puedo convertirme en una doncella, no es malo, ¿No le parece, madre? Usted fue criada, no me será difícil seguir sus enseñanzas. No pasaré hambre porque tengo manos y, si tienen fuerza para sostenerme a mí, lo harán también con mis hermanas.

—Qué noble eres, Ofelia. Cuando era una simple criada, veía a las señoritas de la casa, tan hermosas y refinadas, que deseaba algún día tener aquello. Pensé que ustedes podrían vivir aquel sueño por mí. No puedo quejarme del señor Weatherly, pero era poco afable con los bailes, no éramos asiduos a salidas.

Vio en los entristecidos y enfermos ojos de su madre, el clamor por volver a ver a su padre. Creía que no era la tos lo que estaba acabando con su madre, sino la soledad de perder a su esposo.

—Quizás algún día logre ir a un baile o a varios. El señor dispondrá de lo que tenga para mí y mis hermanas, querida madre. No se agobie pensando más, solo coma y descanse.

Su madre le hizo caso y dejó de hablar. Acabó con el plato de sopa aguada que le pasó Ofelia y tomó su alhajero con la intención de pasarle una joya a Ofelia para que la utilizara para reconstruir su antigua casa y que ellas fueran ahí. Podía oler su muerte tan pronto, que deseaba dejarlas, al menos secas de la lluvia.

Cabalgó a lo largo y ancho de sus tierras, cuidándola de los ladrones de ovejas que rondaban la zona. Su capataz había enfermado y él fue a relevarlo.

Regresó a las caballerizas, donde un mozo de cuadra, tomó a su caballo y quiso ayudarlo viéndolo con su dificultad física.

—¡Ni se te ocurra, aléjate! —ordenó gruñón, empujando a su criado que bajó la cabeza y retrocedió varios pasos.

—Disculpe, señor Horstman.

—Deja de holgazanear y alimenta a mi caballo —mandó bajando el bastón de su montura.

Lornell Horstman era el dueño de una inmensidad de tierras en Derbyshire. Blurry House estaba casi en el medio de la propiedad. Vivía encerrado desde hacía años en aquel sitio. Los salones de la zona no lo habían visto y menos en Londres.

Vivía con el dolor de haber perdido todo lo que amaba. Aquel lugar era el oasis de sus recuerdos, no quería que nadie lo molestara. Vivía huraño y amargado por lo que la vida le robó. Y para aumentar su amargura, llevaba más de un mes con una herida sufrida al caer del caballo. Cayó sobre un tronco con una rama saliente.

El impacto perforó la bota de Lornell, haciendo que la rama se incrustara en su pierna. La herida no se había curado correctamente, pues rechazaba la idea de que un doctor la viera, él mismo se curó la herida. El bastón lo mandó hacer por un carpintero del pueblo al ver que tenía dificultad y dolor al caminar.

—Señor Horstman, le dije que no debía estar montando —reclamó su ama de llaves, la señora Griffith, sacudiendo el lugar donde iba a sentarse Lornell.

Él se sentó y se tomó de la pierna dolorida.

—No quiero que me reclame, señora Griffith —replicó neutral—, ya no estoy en edad de que se me reclame nada.

—Oh, señor inconsciente. Voy a buscar a un doctor para que vea su pierna.

—El doctor que estaba más cerca murió hace tiempo.

—Entonces le buscaré una nueva esposa, eso es lo que le hace falta: una nueva ilusión que lo saque de la pena...

Bufó cansado. Se acomodó en el asiento y miró molesto a su criada.

—Le he dicho que no se meta en mi vida, señora Griffith y que si no le agrada el trato que recibe aquí puede irse cuando guste, se llevará consigo una carta de recomendación; que por cierto, le será muy útil haber soportado al malhumorado Lornell Horstman, cualquier otro patrón será una pasada para usted...

La mujer no se inmutó.

—Lo vi nacer y crecer. No creo que alcance a verlo morir, puedo soportarlo por más tiempo —se jactó la señora—. Tiene casi cuarenta años, aún me queda mucho por ver e insistir.

—Es testaruda, señora Griffith, pero es la única que se ha quedado conmigo a pesar de todo.

—Le prepararé el láudano para el dolor y se lo traeré. Recuerde no hacer carreras, descanse.

Lornell asintió y vio a la mujer irse. Era una de las criadas desde la época de sus padres en la hacienda. También había quedado el viejo mayordomo que era tan lento por la edad que lo conservaba más por añoranza que por utilidad.

Capítulo 3

Ofelia tomó la alhaja de su madre y se la llevó a vender en el pueblo para refaccionar la cabaña. Debía cumplir con lo que su madre le pidió.

Esa noche antes, su madre había sufrido un terrible ataque de esa tos que amenazaba con matarla. No le quedó más que aceptar cumplir sus órdenes, puesto que se lo había pedido entre las tos.

Buscó a uno de los antiguos empleados de la casa y le entregó el dinero para que fuera a dejar en condiciones esa cabaña. En ese ínterin pasó frente a una boutique donde estaban unos hermosos vestidos en la vitrina. Con tristeza, supo que sus ideales de ser una esposa se habían esfumado.

Para ella todo se vería difícil, pero debía hacer que sus hermanas no pasaran necesidad y que tampoco tuvieran un mal futuro. Tenía juventud y fuerza para luchar por ellas.

Caminó de vuelta hacia su casa, teniendo amenazantes nubes de tormenta sobre ella. Los vientos encorvaban los finos árboles y removían sus hojas con exagerada violencia, haciéndolo ver más despiadado de lo que en realidad era el viento.

Su bonnet estaba bien sujeto bajo su barbilla, de momento no se lo llevaría el viento. Era extraño un viento de primavera tan fuerte. En otoño, cuando las hojas se ponían pálidas, era cuando el viento las arrancaba de las ramas.

Su padre solía decirle que muy pronto se vendría su estación preferida: el invierno.

Cuánto ambos amaban el invierno, los vientos fríos y las noches, reunidos alrededor de la chimenea entre la leña crepitando al fuego y el caldo caliente que su madre preparaba.

Qué tiempos inolvidables para ella, que no volverían a su vida, solo quedarían en su memoria por siempre.

Al sentir algunas gotas en su rostro, apresuró el paso pese a que no podía hacerlo tanto, sus zapatos le lastiman los dedos pequeños y aquello era la simpleza de una tortura.

Al momento de llegar a casa estaba empapada. El vestido pesaba mucho y el barro se le pegó hasta los tobillos, necesitaba una buena limpieza después de esa salida.

Encontró a su madre en la cocina. Vestida con gracia, pero tosiendo como animal.

—Madre, ¿Qué está haciendo?

—Tus hermanas debían comer y, fuiste al pueblo. No te preocupes, lo hice como mejor pude.

—Vaya a recostarse y cámbiese de ropa, debería ponerse algo más ligero.

—No quiero usar camisones. Si la muerte me sorprende, mejor que sea como la señora Weatherly —sentenció—. Ve a cambiarte, estás empapada y no quiero que te enfermes, Ofelia.

—Sí, madre. Volveré pronto para comer.

Besó la frente de su madre y desapareció hacia el pasillo. La señora Weatherly se sostuvo de la mesa para no desvanecerse en el suelo. Estaba segura de que le quedaba muy poco tiempo junto a sus amadas niñas. Ofelia con dieciséis años, debía ser madre y padre para las pequeñas, y una debutante para conseguir un buen marido que la aceptara sin dote y con dos grandes cargas.

Para el inicio del verano, la condición de la señora Weatherly no era la mejor, Ofelia temía que un día ya no amaneciera.

Esa mañana no la escuchó toser. Fue hasta la habitación de su madre. Ella parecía dormida. Tenía ambas manos sobre su estómago.

—Madre, es de día... —contó Ofelia, esperando a que despertara, pero la señora Weatherly no reaccionó—. Madre, despierte. No me haga esto —susurró asustada tocándole un brazo para que se moviera, pero seguía sin hacer movimientos.

Un sollozo incesante y doloroso fue lo que salió de su boca. Su madre estaba muerta, la había dejado sola con sus hermanas. Su vida pasó por entero frente a sus ojos, todos aquellos años de promesas se desvanecieron. Ya no era la señorita con un futuro brillante, no tenía dinero ni para ella, ni para sus hermanas.

Intentó varias veces más despertarla y todo era inútil. La palidez en el cuerpo de su madre, además del cambio en su rostro, evidenciaba que no volvería a despertar. Estuvo esperando a la muerte con sus mejores vestidos, quizás con la esperanza de ver de nuevo al señor Weatherly del otro lado.

Abandonó la habitación para ver a sus hermanas. Ambas dormían plácidamente obviando lo que sucedía en la habitación contigua. Se habían convertido en huérfanas a cargo de una hermana mayor que aún era una niña.

Se acercó hasta la cama donde dormía Olive y la removió para que despertara. La pequeña abrió somnolienta los ojos para mirar a su hermana.

—Olive, vamos a buscar a alguien en el pueblo que nos ayude con nuestra madre... —comunicó sin demostrar debilidad por algo que la estaba matando.

—¿Nuestra madre fue a rendir cuentas con nuestro padre? —preguntó inocente.

Ella solo asintió con los labios fruncidos, amenazantes por dejar ver su flaqueza.

Los ojos azules de su hermana del medio se llenaron de lágrimas. No era consciente de lo que esa muerte conllevaba, solo sabía una cosa; que perdió a su madre.

Ofelia la abrazó como consuelo y la escuchó sollozar, mientras en su interior ella se ahogaba en lágrimas, pero no podía abandonarse al dolor.

Odei fue tomada en brazos por Ofelia para ir a buscar a alguien que los ayudara a sepultar el cuerpo de su querida madre. Lo colocarían al lado de su padre bajo aquel árbol que los albergó y cubrió con sus sombras cuando el sol quemaba para que pudieran reunirse en familia.

Olive no estaba acostumbrada a largas caminatas, pero con Odei en brazos le era imposible cargarla también a ella. No quiso dejarlas solas junto al cadáver de su madre.

Aquel mismo hombre que les restauró la cabaña que ella limpiaba una vez por semana fue quien las acompañó para sepultar a su madre. Con gran tristeza y silencio subieron a la carreta del señor Mclein.

El señor Mclein conocía a Ofelia desde su nacimiento. Trabajó para sus padres desde su juventud, tuvieron que decirle adiós por no poder pagar a los criados en su casa con la miserable pensión que les asignó su tío.

Ofelia y el señor Mclein cubrieron a la señora Weatherly con una sábana blanca y lo enrollaron a su alrededor. La fosa estaba lista para recibirla. Ella con Odei en brazos y con Olive llorando pegada a sus faldas, miraban como el señor Mclein colocaba el cuerpo de su madre en la tierra. Cada vez que le arrojaba tierra para cubrir el cuerpo, era como una puñalada, era algo que le recordaba que estaban solas y desamparadas.

No derramó una lágrima más por su madre. Olive debía verla fuerte y segura para ser un ejemplo. La pequeña Odei no comprendía lo que sucedía, solo preguntaba por su madre a su manera.

Agotada después del entierro, bajó a su hermana menor en el suelo para descansar sus brazos. Odei corrió y Olive fue tras ella.

—Señorita Ofelia, ¿Qué harán ustedes ahora?

—No lo sé, señor Mclein. No tenemos nada, esta casa ya no nos pertenece desde que mi padre murió.

—¿Y su tío? Quizás él las reciba, está en Londres, yo podría llevarlas hasta ahí.

—Lo pensaré. Nuestro tío no se ha acercado en demasía a nosotras, no nos tiene en cuenta para nada, ¿Sería posible que se encargara de nosotras?

—Nadie se negaría a recibirlas, señorita, y menos después que heredó todo lo que le pertenecía al doctor Weatherly.

Se prometió pensar en la idea que le había dado el señor Mclein. Por alguna razón presentía que no iban a quedarse en casa de su tío porque él no las quería, ni las apreciaba. Su tía Katherine era arisca y arrogante, pomposa y presumida sin duda alguna, pero eran su familia y por sus hermanas podría hacer el intento.

Un mes después de la muerte de su madre y luego de contar las monedas que tenían para sobrevivir, decidió ir a buscar al señor Mclein para que las llevara a Londres junto a su tío.

Ofelia vestía prendas grises, no tenía para comprar vestidos desde que su padre murió. No tenía prendas coloridas o que al menos intentaran llamar la atención, el luto la perseguía de manera permanente.

Ella decidió no escribirle una carta a su tío contándole sobre la muerte de su madre porque significaba dejarlas sin la pensión, pero luego pensó que no se sostendría por mucho tiempo ese ocultamiento.

Preparó sus pocas pertenencias y las de sus hermanas para dirigirse a Londres, donde llegarían después de unos días.

En Londres, la señora Katherine Weatherly disfrutaba de la visita a domicilio de la modista que fue a tomarle las medidas a su pequeña hija de diez años.

Desde que su cuñado murió y todo su dinero y propiedades pasaron a su esposo, ella se encargó de administrarlo, pues no se fiaba de su poco juicioso esposo.

—Señora, en la puerta está una joven con dos niñas. Dicen ser las hijas del doctor Weatherly... —anunció el mayordomo.

Ofelia miró por fuera la suntuosa mansión de su tío. Parecía un insulto a la situación que atravesaban.

El mayordomo las dejó pasar hasta la sala, donde la señora Katherine estaba con su hija y la modista que tenía las mejores telas para la niña.

Olive no le quitaba los ojos a los preciosos detalles del vestido de su prima.

—Tía Katherine, disculpe la inesperada visita —saludó Ofelia.

—Estoy sorprendida por tu visita, ¿Qué las trae por aquí?

—Nuestra madre ha muerto, hemos quedado huérfanas. Vinimos a pedir quedarnos aquí, si nuestro tío lo permite...

La señora Katherine parecía horrorizada. Tener a aquellas tres en su casa, ni pensarlo.

—Entonces si su madre murió, su tío no tiene porqué seguir pagando la pensión de su madre —expresó su tía.

—Tal vez mi tío pensó que viviría más tiempo. Solo quisiera que me dejaran conseguir un buen partido para poder casarme y encargarme de mis hermanas. Me falta un año para debutar y, no sería mucha molestia que...

—¡Ni pensarlo!

Ofelia no podía creer lo que escuchaba.

—Serías un gasto exagerado para nosotros. Tu padre no dejó una gran fortuna, solo un poco de dinero...

Ella miró a su prima y observó con atención las telas.

—Esas telas no las paga una pequeña fortuna, tía. Si no quiere que me quede, al menos denle un techo a Odei que es una pequeña bebé, se lo ruego, por compasión, lo hemos perdido todo...

Su tía Katherine miró a Odei. Era tan hermosa y radiante, al igual que Olive y la propia Ofelia. Pero no las quería en su casa, serían un estorbo.

—Tu tío no está en este momento para decidirlo. Te lo comunicaremos cuando él decida sobre esta propuesta, pero hasta entonces debes abandonar la propiedad donde vivían con su madre, eso no les pertenece.

Tanta razón tenía su madre al hacer restaurar la pequeña cabaña. Conocía a su ambiciosa cuñada más que nadie al parecer.

—Gracias, tía. Buscaremos un lugar, por mientras, ¿Podría enviar la correspondencia a casa del señor Mclein?

—Sí, sí, por supuesto.

—Señora, ¿Esta tela cree que es adecuada? —preguntó la modista, llamando a la tía de Ofelia.

—Oh, por supuesto. Aleen se verá hermosa en esas prendas...

Su tía las dejó sin hacerles mayor caso. No las invitó a sentarse, ni a beber algo. No eran bienvenidas, y ella comprendió el mensaje.

—Vámonos, Olive, esas telas debían ser tuyas, querida —enfaticó Ofelia, estirando a su hermana de la mano para retirarse de aquella casa.

Capítulo 4

En la hacienda del señor Horstman, otra doncella había dejado el trabajo. La señora Griffith sentía que iba a estallar de rabia por culpa de su patrón. Él espantaba a cuanta criada existía, era tan malhumorado que nadie lograba comprenderlo, ya ni siquiera ella que lo había conocido desde siempre.

—Ahora debo buscar otra criada, ¡Las criadas no crecen en los árboles, señor Horstman! —gruñó el ama de llaves muy molesta por la salida de la muchacha.

—Al parecer no necesitaba del trabajo, señora Griffith. De lo contrario, trabajaría bajo cualquier condición —justificó Lornell.

—¡Vaya que usted es sinvergüenza, señor! Esa doncella la conseguí en muchos meses. Usted tiene muy mala reputación entre el personal de servicio. Nadie en su sano juicio, vendría a trabajar aquí por más que la paga sea buena, no vale lo que cobra.

—Le he dicho que si no le gusta puede...

—Lo sé y, cada vez que lo dice es un insulto que trueno con más fuerza —se quejó la señora Griffith, abandonándolo después hacerle llegar su queja.

Sabía que la doncella no iba a tolerarlo mucho tiempo. Rechazaba cualquier clase de acercamiento hacia él. No quería que estuvieran mirándolo como cojeaba, ni que lo atendieran como si fuera un desvalido. Podía moverse solo, aunque tenía días muy malos en que la humedad no dejaba de hacerlo sufrir y lo ponía de peor humor. Odiaba la lástima que le predicaban sus empleados que lo conocían de toda la vida. Lo veían con los ojos de compasión por haber perdido a su familia.

Desde aquel día en que el carruaje cayó por el acantilado a causa de las lluvias, él no logró recuperarse, ser el único sobreviviente era un verdadero castigo. Estuvo postrado en la cama tantos meses a causa de los huesos rotos, que no pudo asistir a los entierros. No pudo decirles adiós.

La amargura se apoderó de él y no lo había superado en aquellos quince años de soledad. Cada noche esperaba volver a ver a su mayor enemigo: la muerte. Una vez la venció, pero no por voluntad propia, sus allegados lo salvaron y sus criados lo cuidaron con paciencia. Le debía muchas cosas a la señora Griffith por eso toleraba sus impertinencias, cualquier otro patrón la correría al escuchar la mínima queja.

La señora Griffith volvió a la cocina muy molesta.

—¡Como si fuera fácil conseguir una muchacha! ¡Bah! Sería más fácil encontrarme un nuevo patrón, pero ya estoy vieja y malcriada para abandonar al señor Horstman —se quejó tomando los cubiertos sucios para ir a lavarlos.

—Oye, Amy, no deberías reprocharle a nuestro patrón, él sabe lo que hace —replicó el mayordomo que era un hombre muy sereno y despreocupado.

—¡No sabe nada de nada, solo gruñir! Le falta una esposa, es sencillo.

—Y si no la desea, pues no puedes hacer nada, Amy.

—Para la próxima muchacha, ya le advertiré con detalle sobre el mal genio de mi patrón, para que no se nos vaya. Gary, es difícil encontrar algo con la pésima reputación del señor Horstman, solo una muchacha que vive entre cuatro paredes o que no pertenezca a Derbyshire puede trabajar

aquí.

—No exageres, mujer.

—Es apenas soportable para nosotros que hemos dedicado nuestra vida a él y a su familia —bufó cansina dejando un poco de lado las cosas que estaba haciendo.

—Y seguiremos dedicando nuestra vida fiel a él, Amy. No refunfuñes, él es nuestro patrón, guste o no. Si cambia en algún momento lo querremos igual y si no cambia, pues no pasa nada, mejor malo conocido que bueno por conocer —reflexionó Gary con un trozo de pan llevándose a la boca.

La señora Griffith deseaba que Lornell pudiera disfrutar de su vida y olvidar su soledad, pero no existía nadie que lo hiciera abandonar su finca para ir a buscar una pareja. Él se sentía como aquellos zorros salvajes, una vez que su pareja moría, ellos se quedaban solos hasta su muerte.

De regreso a Derbyshire, Ofelia solo podía pensar en el desprecio de su familia y en la opulencia en la que vivían los que heredaron sus bienes, mientras ella y sus hermanas podrían morir de hambre. Pero ella estaba decidida a salir adelante y demostrar que pese a haberlo perdido todo, no había perdido algo: sus ganas de seguir y buscar un buen futuro para sus hermanas.

En la carreta, le daba vueltas en la cabeza a la idea de cómo encontrar un esposo que se encargara de ella y sus hermanas sin una dote, y sin que nadie se ocupara de ella.

Debía empezar por pensar en qué llevarse a la boca. No sabía cazar. Era una dama, solo sabía cocinar lo que ya tenía. Para ella no era una opción vivir de la naturaleza porque morirían de hambre, lo más acertado sería buscar un sustento y solo lo conseguiría con sus dotes domésticas.

Cada vez que se sentía desfallecer, miraba a las dos pequeñas que ignoraban todo. Ella solo debía proveerles de amor y comida. Inocentes de la soledad en la que estaban, confiaban sus vidas a su hermana mayor, con diecisiete años no podía defraudarlas. Jamás debían verla sucumbir ante el miedo o la preocupación.

El señor Mclein tampoco estaba para ayudarlas en todo lo que necesitaran, era suficiente con todo lo que les dio para intentar forjarse un futuro a través de sus parientes que no dudaron en rechazarlas. No era correcto maldecir, aunque esas personas lo merecieran.

Las ruedas de la carreta pararon frente a la cabaña donde sería su hogar de ahí en adelante.

—Jamás tendremos como pagarle, señor Mclein —agradeció Ofelia con Odei durmiendo en su regazo y Olive bajando de la carreta para esconderse a un costado de la falda de su hermana mayor.

—Señorita Ofelia, es una pena que nuestro viaje haya sido en vano.

—No ha sido en vano. Solo pude ver con quienes no contar —sonrió triste—, si usted sabe de algún trabajo de doncella, ¿Podría hacérmelo saber? Necesito darles de comer a ellas.

—Mi pobre señorita. Usted no ha nacido para eso —lamentó el señor Mclein.

—Son cosas distintas para las que uno nace, y para las que termina haciendo. Es lo que tengo y no me puedo poner a elegir muchas cosas, solo tengo que preocuparme por ellas —meció a su pequeña hermana con un brazo y a la otra le acarició el cabello.

—Es usted fuerte y noble, señorita Ofelia. Si sé de alguna cosa, usted será la primera en saber.

—En los próximos días iré a la finca del señor Horstman para solicitar un puesto si lo tienen, es una hacienda muy grande...

—No vaya, señorita. Él es un ogro, un hombre huraño y malvado. No tiene corazón.

—Señor Mclein, todos tenemos un corazón y él debe tenerlo. No le temo a su reputación. Creo que debe ser solitario.

La cabaña no era un mal lugar después de todo. Tenía lo que necesitaban. La cuna de la pequeña y una cama para Olive y ella. El señor Mclein restauró el fogón para cocinar y para cuando hiciera frío, tenían una pequeña mesa con sillas, un cajón para los cubiertos y una pequeña despensa para guardar los alimentos de las alimañas.

Tenía aún una guinea para comprar alimentos. Eso alcanzaría para un tiempo, pero no para toda la vida. Necesitaba juntar monedas para arreglar los vestidos de su madre y convertirlos en algo que pudiera permitirle encontrar un esposo en la brevedad, mientras tanto podía trabajar hasta que lo consiguiera. No hacía falta que fuera un aristócrata o algún hacendado, tal vez un hombre con una renta decente para mantener a sus hermanas, eso era lo más importante.

—¿Qué haremos ahora, Ofelia? —le preguntó Olive, recostada desde la cama.

—¿Quieres hacer muñecas de trapo? —respondió con otra pregunta—. Estoy segura de que mueres de deseos por tener una muñeca nueva.

—Sí, quiero una. Ofelia, ¿Por qué no volvemos a casa? Quiero ir a nuestra casa...

—¿No te gusta esta cabaña, pequeña?

—Sí, pero no es nuestra casa, ¿Cuándo regresaremos? —insistió deseosa de escuchar algún tiempo.

Su hermana era pequeña, pero Olive de tonta tenía muy poco. Tenía que decirle la verdad con palabras que ella entendiera.

—Es el momento de buscar una nueva casa. Hasta que encontremos una, este será nuestro hogar. No preguntes cuándo será, porque aún no lo sé, solo ten por seguro que yo estoy viendo un lugar con hermosos jardines, una pequeña laguna con muchos patos y por sobre todo que tú vuelvas a tomar tus clases con la institutriz —dijo pellizcándole con un dedo las costillas.

—¿Sí? Hace mucho que no tengo clases, ¿Tú me vas a enseñar algo? Quiero aún poder pintar.

—¿Bordar? Soy más talentosa para bordar. No querrás pasar vergüenzas si te enseño a pintar —se burló de sí misma.

—¿Y qué dices del pianoforte?

Ofelia entristecida, negó con la cabeza.

—No podremos usar aún un pianoforte. Veremos cómo te consigo uno para practicar. Ahora mejor empecemos con la costura. Traeré paja para que nuestras muñecas parezcan que tienen buena vida. ¡Oh, lo olvidaba! Debo ir por un poco de leña para cocinar. Cuida de Odei, no dejes que baje a ningún lugar, ¿Oíste?

Olive asintió con tranquilidad varias veces para calmar a Ofelia que pese a intentar que sus miedos no la consumieran, su nervios delataban su ansiedad.

Capítulo 5

Tenían más de tres meses viviendo juntas y para desgracia de Ofelia, se le acabaron casi todos sus chelines y Olive enfermó.

Tenía fiebre y malestares. Temía por su vida, puesto que fue perdiendo a toda su familia. Utilizaría todo lo que tenía para salvarle la vida a Olive. Por más que su padre le hubiera enseñado a curar muchas cosas, cada paciente era diferente y Olive no dejaba de tener fiebre pese a intentar controlarla todo el tiempo.

Esa tarde calurosa por aquel sol abrasador que era el último vestigio del verano, salió para buscar a un médico. Debía ir a pie hasta Baslow.

Llevaba meses sin llorar, pero en esa ocasión no podía evitarlo. Su fortaleza decaía por el miedo de perder a su amorosa hermana. Era por su causa, no la atendió bien por eso estaba enferma. Se culpaba por todo lo que ocurría. No tenía con quién dejar a Odei, entonces esperó a que llegara la hora de su sueño para ir lo más rápido que se podía por un médico.

Después de hora y media, llegó hasta el pueblo donde comenzó su búsqueda. La panadería fue el lugar que eligió para preguntar por un doctor.

—Buen día, señor —saludó, saboreando el aroma del pan recién horneado que llenaba sus fosas nasales y le hacía rugir la tripa sin remedio.

El hombre con bigote se secó las manos con un delantal y fijó su atención en ella.

—Buen día, ¿En qué puedo ayudarle?

—Busco a un médico con urgencia, ¿Sabe dónde lo puedo conseguir?

—El doctor Flecher está aquí a unas cuerdas. Es una casa de piedras rojas...

—Estoy muy agradecida. Su pan huele delicioso —comentó para salir.

El panadero miró que estaba cansada y enrojecida por el sol. No dudó en colocar dentro de una fina tela, unos panes.

—Tome —dijo el señor, mostrándole la tela abultada.

Quería saltar de emoción, pero debía mantenerse lo más equilibrada posible.

—Muchas gracias. Dios se lo pague —agradeció y cogió los panes, antes de salir del lugar.

Sentía el calor de aquel pan en sus manos. Tal vez probaría uno, pero le dejaría el resto a sus hermanas que desde hacía mucho no probaban un buen pan.

—¡Odiaba trabajar para el señor Horstman! —se quejó una mujer joven que caminaba junto a otra haciendo compras por el mercado.

—Pero era buena paga —replicó la otra.

—No se compensa buena paga con pésimo trato. Ese hombre no siente nada, tiene un corazón de piedra. Lo he visto maltratar a sus arrendatarios y correrlos. Si tiene algo en el pecho, debe ser hielo, no tiene sentimientos.

—Vi que no han podido cubrir la vacante que dejaste. Al menos no han quedado las que fueron.

—Nadie que se apreciara debería ir a cubrir esa vacante. Es mejor pasar hambre que humillaciones. Vi a la señora Griffith la semana pasada y me ofreció el doble por volver ¡Ja! Fue un no que retumbó en todo el mercado.

Ofelia sonrió. Aquella podía ser su oportunidad de tener un ingreso para sus hermanas. Después de que Olive se recuperara, iría a probar suerte. No importaba lo mucho que satanizaran

al señor Horstman que seguramente era solo un anciano huraño.

Llegó hasta la vivienda del doctor. Se podía ver que era un hombre adinerado por su casa. Al tocar la puerta, una muchacha del servicio abrió su puerta.

—Buen día, ¿Diga?

—Buen día, me dijeron que aquí hay un doctor, el doctor Flecher...

Unos pasos que casi podían escucharse corriendo desde las escaleras, se hicieron presentes con el rostro de una mujer elegante.

—¡Aquí no hay ningún doctor! —dijo cerrando la puerta en el rostro de Ofelia que estaba pasmada.

Escuchó un barullo antes de irse, pero la puerta se abrió de golpe impidiendo que se retirara.

—¡Soy el doctor, soy el doctor, lo siento mucho! —se disculpó a la carrera un muchacho sonriente.

Pensó que encontraría a un hombre más o menos de cincuenta años, no a un joven recién afeitado, muy elegante con su levita impecable. Se veía agitado y su cabello un poco despeinado por la corrida para que ella no se fuera.

—¿Es el doctor Flecher? —indagó un poco confusa.

—El mismo, señorita. Dígame, ¿Qué puedo hacer por usted? Le ruego que olvide este episodio tan vergonzoso —pidió con los ojos ámbar, muy divertidos.

—Eso no es importante, lo importante es que me ayude a curar a mi hermana. Vivimos pasando por varias leguas el palacio rural de los Cavendish.

—¿Y cómo ha venido?

—Caminando.

—Espere, iremos en mi calesa, señorita. Iré por mi maletín —se apresuró el joven que parecía ansioso por desaparecer de aquel lugar.

Aguardó unos minutos a que se asomara de vuelta. Tenía un maletín como el de su padre a un costado en la calesa, un sombrero en la cabeza y un látigo en sus manos para azuzar al caballo.

—Suba, señorita, que nos espera una enferma.

Él era muy joven para ser doctor. Su mente no concebía a un hombre así como doctor, sino alguien que tuviera más experiencia y sabiduría, tal como su padre.

Cada vez que él le sonreía en el camino, ella más meditaba sobre que aquel difícilmente fuera un profesional. Sus ojos ámbar eran brillantes en aquel sol y su sonrisa iba de un extremo de su oreja al otro.

—Vamos camino a su casa y usted no ha dicho palabra. Me presentaré entonces, soy el doctor Jeffrey Flecher. Por el rostro que tiene, duda de que sea doctor, porque soy muy joven. Me han mirado así desde que vine de Londres para suplir al fallecido doctor de la zona hace ya unos años. Creo que me dijeron de apellido W...

—Weatherly —completó Ofelia.

—Sí. Se han registrado numerosas enfermedades desde que él se fue, entonces vi una oportunidad de venir aquí y armar una pequeña clientela. No significa que quiero que la gente enferme, no me mal entienda. Pero quiero ser el médico confiable de cada familia —indicó sonriente.

—Usted no necesita trabajar según he visto. Mi nombre es Ofelia.

—Señorita Ofelia, es suficiente con escuchar a mi madre decirlo. Fue ella que con tan poca predisposición y fineza le cerró la puerta en la cara. Insistió en seguirme a Derbyshire esperando a que cambiara de opinión, pero estoy encantado con este lugar.

—Es bueno saberlo. Entonces sí tiene experiencia... Eso me tranquiliza, es mi hermana de ocho

años quien ha enfermado.

El tiempo de llegada con la calesa del joven doctor fue muy poca y se sentía descansada. En varias oportunidades dormitó sin darse cuenta, pero el doctor hablaba tanto que no pudo descansar.

Ofelia dejó las ventanas de la cabaña abiertas para que sus hermanas no se sofocaran. Jeffrey la ayudó a bajar como todo un caballero.

El muchacho miró la humilde, pero coqueta cabaña con unas flores que adornaban la entrada.

—Venga, le mostraré a mis hermanas —lo llamó abriendo la puerta para que pasara.

Odei continuaba dormida y Olive tenía los ojos brillantes por la fiebre. Ella misma se colocaba las compresas en la cabeza y bajo el brazo mientras Ofelia no estaba.

—¿No voy a ir a rendir cuentas con nuestros padres, Ofelia? —preguntó sonriendo al verla llegando con el doctor.

Ella se acercó y se sentó a su lado.

—Por supuesto que no. He traído a un doctor.

Jeffrey tenía los ojos recorriendo aquel lugar humilde, tres niñas viviendo en un pequeño lugar, ¿Dónde estaban sus padres?

—Doctor... —lo llamó Ofelia para que despertara de sus cavilaciones.

—¿Sí? Oh, por supuesto, la enferma —sonrió acercándose a Olive—, buenas tardes, muchachita... —mencionó a la niña que tenía los ojos abiertos al verlo. Era preciosa con el cielo reflejado en su mirada.

Él la revisó y supo que tenía una peste y una infección por una enfermedad mal curada. Necesitaba medicación urgente y mucho líquido.

—¿Dónde están sus padres, señorita Ofelia? —indagó el doctor. No podía una familia entera dormir en aquella cama.

—Ellos...

—Murieron, pero Ofelia siempre dice que fueron a rendir cuentas a nuestro señor —contestó Olive con picardía, que le arrebató una sonrisa al joven doctor.

—Pues a la señorita Olive, le hace falta medicación, reposo y mucho líquido. No utilice los cubiertos de ella, ni se los dé a la más pequeña, en ella una peste sería mortal. Hierva todo lo que necesite, no utilice nada sin el debido cuidado... —recomendó acercándose a la silla para anotar todo en un cuadernillo—. ¿No le molesta que utilice carboncillo? No es práctico ir con tintero y pluma a visitar enfermos...

—Por supuesto.

Ofelia buscó una pequeña cajita donde tenía los chelines para entregarle al doctor lo que pidiera.

—¿Cuánto le debo, doctor? —preguntó Ofelia presta a pagar por sus servicios.

—No es nada.

—Usted no nos está regalando nada. Insisto.

—No le cobraré, señorita Ofelia. Guarde el dinero para comprar buena comida para Olive. Volveré con las medicinas.

—Pero...

—Si ustedes prometen ser enfermas fieles, les cobraré en el futuro —concluyó el joven.

—¡Doctor! —lo llamó Olive antes de irse—. Tomé... —dijo mostrándole una de sus muñecas de paja que hizo junto a Ofelia para pasar el tiempo.

Enternecido, se acercó a ella y la tomó.

—Gracias, señorita Olive. Vendré a verla de nuevo hoy.

Olive le entregó una dulce sonrisa y se tapó la cabeza completa con la sábana.

Aquel era el primer pago valioso que recibía Jeffrey. El afecto de una pequeña a la que quería ayudar.

Capítulo 6

Ofelia vio al doctor irse. Se ocuparía de bañar primero a Odei y luego a Olive para que estuvieran frescas y cómodas. Tenía mucho que hacer. Llevar los cubiertos y la ropa para lavarlas en uno de los brazos de un gran arroyo que pasaba muy cerca de la cabaña. Temía encontrarse con el terrible capataz del señor Horstman, por lo que se decidió a tomar el camino más tupido antes que ir por la pradera y ser vista.

Pese a que la propiedad del señor Horstman era vasta, él podía saber que estaban viviendo en sus tierras, porque estaba segura de que eran tierras ajenas y que su madre no lo dijo porque no quedaba otra opción.

Tomó una canastilla para los cubiertos, y metió las ropas en un saco viejo de harina.

Mientras buscaba cómo encender el fuego para calentar el agua para sus hermanas, pensó en todo lo que había pasado para llegar a ese instante. No valía la pena lamentarse por lo que no sería. Una dama fina y felizmente casada fue lo que durante años pensó que ocurriría. Sin embargo, el revés de su vida fue muy cruel para dejarla con sus hermanas pequeñas y sin que nadie de sus familiares pudiera ayudarla o al menos a Odei.

Todo el tiempo temía por la salud de ella. No sabía si todo lo que le daba era bueno y la estaba alimentando. Le daba lo que tenía, aunque moría por alimentarlas con algo verdaderamente bueno como pollo, pescado, faisán o algún venado. Quería comer esos postres que los criados preparaban en su casa y que compartían en familia. Olive no lo recordaría porque era muy pequeña, pero ella no podía olvidar la infancia feliz que vivió con sus padres.

El llanto de Odei al despertar y no verla era inmenso. Su siesta había sido larga y era muy probable que durmiera muy tarde.

—Odei pequeña —la tomó en brazos y sonrió—, hueles horrible, tengo para ti un delicioso baño que ya te está haciendo falta.

Entre gorjeos, Odei le mostró sus dientes, abandonando aquel llanto por una amigable sonrisa para su preocupada hermana.

—¿También me voy a bañar, Ofelia? —preguntó Olive, somnolienta.

—Primero Odei y luego tú. Debes hacer lo que dijo el doctor y procura no acercarte a ella. No queremos que también enferme.

—No quiero que ella rinda cuentas al señor, Ofelia.

—Deja de decir esas cosas. ¿Qué debe pensar el doctor de mí? Quizás crea que asusto y torturo a mis hermanas pequeñas.

—Pensará que nos cuidas mucho.

Enternecida por su inocencia, continuó su proceso para bañar a Odei.

—Descansa un poco, la bañaré y te avisaré cuando todo esté bien.

Bañar a su hermana era algo que disfrutaba. Sonreía ante cada gesto que ella le hacía para divertirla. Quería tener la inocencia e ignorancia de su pequeña hermana Odei. Olive era más avivada, comprendía muchas cosas y por sobre todo empezaba a mostrar fortaleza para ayudarla en el duro camino que debían recorrer.

Después de acabar con la pequeña, preparó lo necesario para Olive que se sentó en la palangana como lo hizo Odei, pero con las rodillas flexionadas, ya no era una bebé.

Sacó el delicioso y succulento pan que le habían regalado en la panadería y lo cortó en rodajas sobre un plato. De algunos frutos del bosque, preparó un zumo para las tres. A Olive le tocaba tomarlo en un vaso diferente que a ellas para no contagiarse.

—¡Pan, eso es pan recién hecho?! —indagó Olive con curiosidad al escuchar el crujido.

—Es nuevo y está delicioso. Sal para vestirte y poder comer —la invitó.

La niña dio un salto para tomar algo para secarse y colocarse un camisón para continuar descansando.

En brazos de Ofelia, Odei disfrutaba de una rodaja de pan para luego meter su boca en el vaso. La pequeña sorbió el jugo y le quedó roja la boca y la nariz por la pureza del zumo. Mientras a la mediana se le marcaron los bigotes en rojo también por el jugo.

Ella comió poco pan para dejárselo a sus hermanas para la noche.

—Vámonos al arroyo rápido, Odei, antes de que oscurezca —mencionó para que pudieran ir a lavar todo—, tu descansa, Olive.

Tomó la canasta de cubiertos y la bolsa de ropa para partir.

Odei ya la esperaba en la puerta, le hizo una señal de adiós a Olive y esperó cerca de las flores a su hermana mayor.

Cerró la puerta y comenzaron su trajín hacia el arroyo. La tarde estaba soleada, muy soleada, aunque su hermana pequeña no lo notara, estaba quedando roja por corretear a las mariposas.

Eso divertía mucho a Ofelia, que para olvidar un poco sus penas consentía mucho a Odei.

Cansada por todo lo que hizo en el día, lavó todo con rapidez para no perder de vista a la pequeña niña traviesa. No quería que cayera al agua y terminara siendo una mala hermana.

—Olia, Olia —la llamó la niña que aún no podía mencionar su nombre correctamente.

—¿Qué quieres, Odei? —preguntó cepillando el dobladillo de su vestido para quitarle el barro de sus caminatas al pueblo.

—Mira... —ordenó señalando a una mariposa azul que revoloteaba sobre unas flores.

—¡Es hermosa! No la espantes, solo disfruta viéndola...

La niña se sentó frente a esa flor para mirar detenidamente a la mariposa de precioso color azul brillante. Quería tomarla, pero Ofelia le dijo que no lo hiciera, y no estaba acostumbrada a desobedecer a su hermana mayor a quien en ocasiones llamaba madre.

En la ida a la cabaña, todo pesaba más. La ropa lavada debía ser colgada en los tendales que colocaría de un árbol a otro. Esperaba que no lloviera para poder dejar esa ropa colgada toda la noche para tenerla seca para la mañana siguiente.

El doctor volvió a la cabaña y tocó la puerta para que le abrieran. Insistió un par de veces, hasta que vio a la enferma abrir la puerta.

—Pequeña, debería estar en la cama...

—Pero si estoy en cama, ¿Quién lo dejaría entrar? —preguntó risueña.

—No debería abrirle la puerta a extraños. ¿Dónde está su hermana?

—Usted no es un extraño, es el doctor y es uno muy bueno y amable. Ofelia y Odei fueron a lavar los trastes y la ropa. Salieron hace mucho, no deben tardar.

Ofelia a lo lejos, vio apostado frente a su casa el faetón del médico. Apresuró el paso con todo el peso de la ropa mojada y la distracción de su hermana pequeña por cualquier insecto que veía.

—Apresúrate, Odei. Ha venido el doctor...

Ella miró hacia la cabaña y corrió hacia donde estaba el joven doctor.

—¡Odei, no vayas tan rápido!

Al llegar frente a él, la pequeña de ojos azules lo miró con temor y esperó a Ofelia para refugiarse detrás de su falda.

—Lo siento, doctor. Estaba un poco ocupada...

—Permítame... —dijo él, sacándole las cargas de encima para llevarlas dentro de la casa.

—¡No debería molestarse! —expresó llena de vergüenza.

—No es molestia. Se ve quemada y cansada, señorita Ofelia. Debería descansar.

—No puedo. Mis hermanas no esperan. En este momento las cosas son difíciles, pero cuando Olive mejore, todo estará bien —sonrió enrojecida.

—Le traje las medicinas del boticario y también algunas cosas. Pan, queso y leche, las ayudará.

—¡Por Dios, no se hubiera molestado! —dijo afligida porque el doctor las había visto casi en la mendicidad—. Déjeme pagarle por favor, doctor, se lo ruego. No podría dormir si no acepta mi pago.

—Le voy a prescribir un té para el sueño. No insista, tengo que revisar a la pequeña.

Olive corrió a la cama y se acostó para que el médico la revisara. Estaba muy feliz porque volvía a verlo. Era muy amable y servicial. Además de que era bueno ver gente nueva. Desde que su madre murió, ella solo podía pensar en quien de sus hermanas sería la siguiente en morir. Cuando enfermó pensó que ella iría también a rendir cuentas, sin embargo, aquel doctor era un ángel para ella.

Después de que la revisó de pies a cabeza, haciendo sonreír a todas las mujeres presentes, también revisó a la más pequeña de las Weatherly. Aún no podía creer cómo habían quedado solas en un mundo tan cruel. Pese a ser un médico reciente, tenía posibilidades de llevarlas a su casa, pero eso solo desataría habladurías que al fin y al cabo terminarían hundiendo más a las muchachas, en especial a la sacrificada Ofelia, pues él era un hombre rico y soltero, pero su profesión de médico lo alejaba de las damas en lugar de acercarlo.

Sin mucho seguir cuestionándose, decidió ser el benefactor de esas muchachas sin que lo supieran. Estaría al pendiente de ellas hasta que Ofelia se casara con un buen hombre.

Ofelia acompañó a Jeffrey hasta la puerta. Afuera ya estaba oscureciendo y ese hombre tendría que atravesar todo aquel sendero para llegar al pueblo.

—No tengo como agradecerle todo lo que ha hecho nosotras. Si tan solo me dejara pagar algo...

—Señorita Ofelia, usted debería preocuparse por otras cosas. Según me ha contado usted fue finamente educada. Debería buscar un esposo para que la respalde.

—Lo sé, pero no poseo fortuna, solo a mis dos hermanas, ¿Quién tomaría tal carga? Iré a buscar trabajo, tal vez mis hermanas puedan tener un futuro más próspero si hoy pueden comer y educarse.

—Estaré al pendiente de ustedes. Volveré en tres días, cuidense —se despidió el doctor con una reverencia, que Ofelia replicó.

Capítulo 7

Al día siguiente, ella aún tenía en la mente, el hecho de que en la hacienda del señor Horstman faltaba una doncella. Parecía algo caído del cielo. Ellos necesitaban una doncella y ella un oficio para poder mantener a las pequeñas.

Miró a sus hermanas que estaban despiertas. Olive aún se encontraba enferma. Quería que mejorara lo más pronto posible para ir a presentarse para lo que fuera que necesitaran en la hacienda. Todo aquel lugar parecía quedar como anillo al dedo, solo ella tenía que ser aceptada.

Si obtenía el puesto, podría visitar a sus hermanas para ver qué estaban haciendo, porque Olive tendría que ser responsable de Odei, puesto que ella estaría trabajando, o al menos su mente le decía que trabajaría ahí.

Por consejo de su padre, ella primero quería pensar lo mejor y no lo peor. Era una filosofía interesante y que la llenaba de buenas energías. Su padre era un hombre sabio, que las amó como nadie jamás podría hacerlo, era una pena que las hubiera abandonado siendo tan jóvenes.

Al cabo de cinco días, la salud de Olive estaba casi repuesta y Ofelia no podía estar más feliz, tanto que se había puesto impecable para ir a tocar las puertas del ogro de Derbyshire.

—Olive, quiero que te ocupes de Odei. Yo iré a pedir un trabajo en la hacienda del señor Horstman.

—¿No dijiste que era un hombre malo?!

—Su capataz no lo representa, pero se sabe que no es un hombre muy sociable. Muy pocos lo han visto transitar.

—¿Crees que sea un espectro?

—No, más bien creo que es un señor muy anciano que ya no puede caminar y por eso no deleita a la gente con su presencia en las calles del pueblo —expresó sonriente—. Adiós, Odei —besó a la pequeña en la frente.

Odei al verla partir, comenzó un llanto abrumador, casi para dejar sordo a cualquiera.

—¡Volveré, Odi! —la abrazó intentando que se calmara.

Tuvo que esperar demasiado tiempo para que ella se distrajera con alguna cosa y poder escapar para buscar el dichoso puesto de doncella al que apuntaba con todas sus fuerzas.

Emprendió camino hacia la hacienda de aquel hombre que para ella era un misterio. Solo no tenía buena reputación. No le temía a nada, y menos porque necesitaba llevarse algo a la boca. Tenía dos personas que dependían exclusivamente de ella y de lo que podía hacer, era madre y padre de sus hermanas, por lo que ningún chisme por real que fuera podía desalentar sus ánimos de trabajar.

A medida que se adentraba en aquellas tierras, pudo ver lo hermosas que eran. A lo largo y ancho, se veían pequeñas casas de lo que ella creía eran arrendatarios del señor Horstman. Las tierras productivas estaban muy lejos de ser las esplendorosas praderas que pasó con anterioridad.

Crejó que nunca acabaría su camino a la hacienda hasta que vio la gran casona y sonrió. Su corazón galopaba como un purasangre azulado para correr desesperado. Se sentía casi trabajando ahí dentro. Tenía que causar la mejor impresión que podía.

Se arregló nerviosa los cabellos que escapaban de su cofia. El sudor de su frente se lo secó

con el pañuelo que conservaba de su amado padre.

Ansiosa, golpeó la puerta para que alguien le abriera.

Adentro, la vieja señora Griffith no podía con todas las responsabilidades, como para que a alguien se le ocurriera tocar la puerta de un lugar tan lejano.

—Ve a abrir, Gary —ordenó al viejo mayordomo.

Con una desesperante lentitud, acudió hasta la puerta. Al abrir se encontró con una preciosa niña de ojos azules como el cielo despejado. Tenía el rostro rosado por el sol y parecía un poco cansada.

—¿En qué puedo ayudarte, muchacha? —indagó sonriente.

—Vengo por la vacante de doncella...

Gary miró hacia cada lado de la puerta y le hizo una señal con la cabeza que ella no comprendió.

—Vaya detrás de la casa. La atenderá la señora Griffith en la puerta de la cocina —dijo cerrando la puerta.

Ofelia caminó hacia un costado de la casa y miró un poco confundida antes de caminar a la puerta trasera que mencionó el viejo.

El hombre apresuró un poco el paso hasta llegar a la cocina de nuevo para darle la ansiada sorpresa a la señora Griffith.

—Se han cumplido tus sueños, mujer...—contó, interrumpiendo a su compañera.

—No sé a qué te refieres. Mi único sueño es que el señor Horstman sea un poco más empático...

—Hay una muchacha que viene para darte paz. Dice que quiere el puesto de doncella.

La señora Griffith abandonó todo lo que estaba haciendo. Se limpió la mano mojada con el delantal y tomó a Gary de su gastado frac.

—¿Dónde está!

—Está esperando a que le abras la puerta de la cocina. No quería que la viera el señor Horstman y la corriera.

Ella corrió hacia la puerta de la cocina y vio a Ofelia parada, esperando.

—Buen día, soy Ofelia. Vine porque sé que necesitan una doncella desde hace mucho —alegó con sus manos puestas al frente. Sintió nervios al ver a la mujer un poco rellena que la atendió.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la señora Griffith, al ver a un ángel diciendo que quería trabajar para el mismo diablo.

—Diecisiete, señora.

—Tus manos —ordenó la mujer para ver si cuánto hacía que trabajaba.

Ofelia le pasó sus manos para que se fijara. Solo esperaba que le dijera que sí iba a trabajar ahí. La mujer acarició sus manos para saber en qué condiciones estaba.

—No has trabajado demasiado. Ven conmigo —la tomó de un brazo y se la llevó hacia el gallinero—. Supongo que sabes en dónde estás buscando trabajo. No es para ser niñera ni institutriz, es para servir a un señor demasiado estricto. Si estás dispuesta a tolerar su mal genio, puedes quedarte. Ya no me queda fuerza para buscar a más gente.

—Por supuesto que conozco la reputación del señor Horstman. No es el inglés más simpático que existe.

—Es más grave que eso. Escucha, Ofelia. Quiero que te escondas para hacer el trabajo. Yo te indicaré en qué lugares de la casa donde no esté el señor Horstman puedes limpiar. Siempre es muy desagradable con la gente nueva.

—Haré lo que me diga, ¿Y la paga?

—La paga es excelente. Soportar a este hombre tiene sus ventajas. ¿De dónde eres? El trabajo es sin retiro. Debes pasar el tiempo aquí, solo los domingos puedes salir.

Ofelia se quedó mirando a la mujer. No podía dejar solas a Olive y Odei.

—¿Tendré algún tiempo libre entre el trabajo?

—Sí, querida. En el almuerzo y cada vez que termines con tu trabajo puedes hacer lo que gustes. Ese tiempo por lo general lo empleamos para buscar frutos.

—Eso servirá. ¿Cuándo empezaré?

—Ahora mismo. Recoge los huevos —mandó la mujer abriendo el gallinero.

Ofelia asintió y tomó la canasta que estaba colgada a un costado de la puerta del gallinero. Tenía la suerte de que no le temía a las gallinas. Metió la mano bajo cada gallina y comenzó a sacar los huevos.

—Quítate esa cofia que te molesta. Te dará más calor —dijo la señora Griffith, tomando la canasta llena de huevos para que Ofelia dejara descansar su rubia cabellera.

La señora Griffith estaba impresionada por la buena predisposición y belleza de esa joven. Solo esperaba que el señor Horstman no la viera y la corriera solo por tener mal genio.

—Por ser tu primer día, te retirarás al mediodía, mientras te mostraré todo lo que necesitamos que hagas en la casa.

—¿Y la señora Horstman? —curioseó Ofelia, haciendo que la atarantada ama de llaves se girara a verla.

—El señor Horstman es viudo, querida. Está solo hace demasiado tiempo, tanto, que se ha vuelto asocial y solo genera miedo por su mal carácter.

—Yo no le tengo miedo. Me temía que era una persona solitaria —comentó Ofelia con fortaleza.

—Eres muy inteligente, pero te aconsejo que no pongas a prueba tus miedos. El señor Horstman puede sorprenderte con su pésimo carácter.

—Sí, señora —aceptó, sonriente.

La mujer le siguió mostrando más cosas en la cocina, para luego enseñarle partes de la casa. Anotaba mentalmente cómo limpiar la platería, arreglar los cubiertos, limpiar la vajilla, sacudir los sillones, barrer los salones, colgar y acomodar las prendas, cocinar el postre, porque la señora Griffith se encargaba de la comida, y alimentar a los animales.

Nada de aquello le era ajeno. Estaba feliz porque el ama de casa la mantendría casi escondida de los ojos del ogro Horstman y eso la hacía sentir más segura para conservar su fuente de ingresos.

Por todo lo que hizo esa mañana, la mujer le dio unos chelines por su trabajo. Los recibió con una gran sonrisa, pues significaba el inicio del futuro que deseaba forjar para sus hermanas.

—Te espero aquí a las cinco de la mañana. Debemos ordeñar las vacas, preparar el queso, hacer pan y muchas otras cosas —recordó la mujer.

—Aquí me tendrá. Vendré con mis cosas. Hasta mañana, señora Griffith, adiós señor —se despidió de ambos viejos.

Al abandonar la casa, se abrazó a aquellos chelines que tenía. Estaba emocionada por tenerlos. Solo sentía que tenía un problema: sus hermanas que no podían quedarse solas.

Su mente estuvo pensando, el tiempo que le dejó pensar la señora Griffith que hablaba demasiado; en qué hacer con sus hermanas. Llegó a la conclusión de que escaparía al mediodía para darles algo de comer y por la noche también que comieran algo en la cena y el desayuno. Su día libre lo dedicaría a surtir la despensa para sus hermanas.

Olive debía tomar el control de la pequeña cabaña y cuidar de Odei. Sabía que era un riesgo,

pero Olive era muy responsable y de fiar.

La señora Griffith se quedó pensando en Ofelia y su espíritu tranquilo.

—Esa niña... —murmuró la mujer a Gary.

—Agradece que alguien se haya presentado.

—No parece una muchacha que nació para ser criada. Es refinada, dulce y juiciosa, y ni hablar sobre su belleza. Ni el mismo señor Horstman se animaría a correrla con esos ojos tan hermosos y sus cabellos rubios que la hacen parecer un ángel.

—Yo solo espero que el señor se comporte y no demuestre ser malvado con ella. Sería doloroso ver lágrimas curtiendo el precioso rostro de la muchacha.

—La cuidaré de él. Ya le dije que las criadas buenas no se dan en los árboles, y menos las que pueden tolerar a un hombre amargado.

Capítulo 8

Cansada, Ofelia vio en la lejanía su cabaña. Sería un sacrificio todo lo que pensaba hacer para verificar a sus hermanas mientras trabajaba. Vio caballos del señor Horstman, tal vez no notara que uno de ellos saliera a dar un paseo.

Abrió la puerta de la casa, y vio a Olive cerrando el fogón para sacar de él una olla caliente con lo que parecía ser una sopa.

—¿Has cocinado, Olive? —preguntó Ofelia, acercándose a la olla.

—No venías, Ofelia. Tomé algunas hortalizas del huerto, y...

—Se ve delicioso —la felicitó, sonriendo—. Conseguí el puesto de doncella, Olive. Tú cuidarás de Odei, pues yo debo vivir en la hacienda. Vendré todas las noches aquí y también para esta hora del almuerzo. Ya no debemos preocuparnos tanto. Viviremos tranquilas las tres.

—Voy a cuidar de Odi, ella es una niña muy obediente, Ofelia.

Las hermanas comieron lo he había preparado Olive. No era una mala cocinera, pero tampoco la mejor.

Al caer la noche y ver que sus hermanas cedieron ante el cansancio, echándose a dormir, Ofelia aprovechó para recoger algunas cosas que debía tener en su lugar de trabajo. No veía difícil aclimatarse a aquella casona. Era grande, sin mucho lujo. Para ella era demasiado sobria, le faltaba un toque de vida, como el que su madre le daba a su hogar. Su madre colocaba lirios en la ventana del salón para que oliera maravilloso al volver su padre de alguna consulta. También dejaba un florero con lirios y flores silvestres en el estudio de su padre para agradecerlo.

Ofelia solo podía ver cuán maravillosa era su madre con su esposo. Aquella era la muestra más grande de su aprecio hacia él, y luego estaban sus otros regalos, que para él eran los mejores: sus hijas.

Ella tenía la misma idea de agradar que tuviera su madre en el pecho, si no agradaba como una gran señora, al menos agradaría como una simple doncella.

Le daría vida a aquella casa que necesitaba sentir que alguien la habitaba. Tenía demasiadas habitaciones para un hombre viejo o solo como debía ser aquel hombre, pues su servidumbre no era joven, era gente de mucha edad y muy quisquillosa, pero no serían un problema.

Antes de acostarse, Ofelia peinó su rubia cabellera con el cepillo que era de su madre. Recordó cuántas veces su madre la había peinado antes de dormir.

—Ofelia, tan preciosa que eres —le había dicho su madre una de esas noches en que su vida no había cambiado. Tenía alrededor de trece años y para esas alturas su cuerpo le indicaba que pese a ser una niña, se estaba convirtiendo en mujer—. Te estás volviendo una hermosa mujer. Solo deseo un hombre digno para ti, alguien que sepa cuanto vales. Nunca pierdas la fe, querida, por más que a veces las cosas se pongan difíciles. Un poco de sangre solo es un paso más.

Recordó cómo miraba a su madre a través del espejo. Ella se veía segura diciéndole aquello. Estaba relajada, mientras a ella la devoraban las ansias de saber qué significaba lo que su madre le quería decir, ella solo estaba sonriente. Así era como recordaba a su madre.

Una risa inconsciente escapó de Odei mientras dormía y eso la hizo volver a la realidad, evaporando los recuerdos de su madre.

Se levantó de la silla donde estaba frente a un espejo pequeño y una vela para ver a su hermana

y acomodarla.

—Odei, espero que aquella risa haya sido al recordar algo de nuestra familia. Oh, pobre de ti, que no pudiste disfrutar de ellos, pero a ti me debo y también a Olive. Nunca las voy a dejar, lo prometo —sentenció, agachándose para besar la frente de Odei.

Antes de que el sol estuviera arriba, Ofelia ya estaba lista. Tenía un abrigo puesto, pues a esa hora, la brisa era muy fresca.

Salió caminando rápidamente. Temía que a esa hora, algún animal salvaje anduviera por ahí y quisiera atacarla. Su cofia era de una tela fina, solo para sostener su cabello, puesto que estaría muy atareada.

Se apretaba ambos brazos al cuerpo para mantener el calor, mientras de un brazo colgaban sus cosas en una bolsa. Sin que el sol estuviera en su horizonte, logró llegar a la casa y ver que la puerta de la cocina estaba abierta.

—Buen día —saludó Ofelia a la señora Griffith.

—Buen día. Eres muy puntual, querida. Veo que traes tus cosas, ven, las llevaremos a la que será tu habitación.

Con la lámpara que tenía en la cocina, la llevó por un estrecho pasillo hacia el lado derecho de la cocina. Abrió la puerta, pasó primero la señora Griffith. Colocó la lámpara en una estructura de hierro que colgaba de una viga baja. Con aquello, se pudo alumbrar toda la pequeña habitación que tenía una ventana, una cama, un mueble pequeño al lado de la cama y un pequeño armario.

—Es un lugar bastante grande para una sola persona. En invierno no te preocupes por el frío, tenemos formas de calentarnos. Deja todo y vamos a ver a las vacas —ordenó la mujer, sonriéndole a Ofelia.

El lugar era un poco más pequeño que la cabaña donde vivían.

Dejó sus cosas y siguió a la señora Griffith que llevaba dos lecheras para sacarles la leche a las vacas.

—¿Has ordeñado alguna vez, muchacha? —preguntó la señora.

—No, pero puedo aprender sin demora para lo que se requiera.

—Nunca tuve alguien tan dispuesta a cooperar en la servidumbre. Las muchachas de hoy día solo piensan en ser servidas —se quejó sonriendo—. Te mostraré cómo ordeñar vacas y luego a preparar queso y mantequilla. El señor Horstman gusta de un excelente queso y también de la mantequilla.

Estuvieron durante horas en el establo para que Ofelia pudiera conocer cada proceso en lo que debía ayudar. La señora Griffith le mostró todo, pero no para que lo hiciera, sino para que conociera del oficio por si un día le costaba levantarse, y alguien debía atender al señor Horstman sin dilación.

Lornell se había despertado tarde. No deseaba despertar, pero su pierna enferma era muy quisquillosa y no lo dejó reposar lo suficiente como deseaba. Tal vez aquella fuera la llave para descansar en paz.

—Escuché al señor Horstman. Ha despertado, como siempre, maldiciendo a la vida —dijo el viejo mayordomo, avisando a la señora Griffith y a Ofelia.

—¿Sabes preparar un mesa, Ofelia? —preguntó la mujer.

—Sí. ¿Desea que lo haga?

—Apresúrate y luego irás al corral por una gallina para el almuerzo.

Ofelia asintió y se movió un poco nerviosa. Debía evitar ver al señor Horstman que para su mala fortuna estaba de un pésimo humor normal.

Tomó los cubiertos para tender la mesa y se llevó unos trapos con ella. Colocó cada cosa en su

lugar y luego limpió los bordes de las copas, del plato y cualquier imperfección que pudiera tener.

Se retiró a la cocina y le entregó una sonrisa a la señora Griffith.

—¡Lleva el pan, el pan debe estar caliente, cuida que no bajen las moscas! —apresuró a Ofelia, colocándole la bandeja de pan en la mano.

Ofelia se escurrió de nuevo hacia el comedor ante la mirada del viejo mayordomo y el ama de llaves.

—Esta muchacha tiene demasiado ánimo. No creo que pueda dar una respuesta negativa a nada. ¿De dónde habrá salido? —curioseó pensante la señora Griffith.

—Aún tiene esa cara porque el señor Horstman no se ha puesto a decir improperios frente a ella, el día en que la vea y se lo diga, esa sonrisa desaparecerá —opinó Gary.

—No quiero que el señor Horstman me espante a esta muchacha, si quiere ponerse abusivo, yo misma lo enfrentaré. Las criadas no se dan en los árboles y menos una tan predispuesta...

Ella volvió a la cocina y fue para buscar a la gallina que iba a prepararse para el almuerzo.

Lornell bajó las escaleras para dirigirse al comedor y lo primero que pudo notar, era la disposición en la mesa y varios cubiertos que no recordaba siquiera para qué servían. Era una disposición para un desayuno elegante, algo que no veía desde sus tiempos en los salones o cuando estaba en Londres.

La campana estaba puesta a la derecha para que llamara al personal de servicio para que le sirvieran, pero lo llamativo era que hacía años que él deseaba servirse solo. « ¿Qué estaba ocurriendo? » se preguntó su mente.

Tocó la campana para ver qué ocurría.

—¿Qué es eso? —indagó la señora Griffith.

—Es la campana. Esa muchacha la dejó en la mesa al parecer.

La señora Griffith presurosa, se apersonó al lugar donde era requerida.

—¿Qué se supone sea todo esto, señora Griffith? —increduló Lornell con su ojos azules acusatorios.

—Es la mesa para su desayuno, señor—respondió.

—Noto que no es la disposición común de siempre.

—En algún momento debe saberlo. Tenemos una doncella nueva después de meses y es una muy trabajadora.

—¿Qué hizo para que una cayera? ¿Ofreció el triple o el sueldo de un capataz, o la anualidad de un arrendatario? Nadie quería venir, usted misma lo dijo, señora Griffith.

—Esta muchacha cayó del cielo, de manera literal. No me espante a la muchacha, lo tiene prohibido. Estoy muy vieja para encargarme sola de todo, ¿Comprendió?

—Sí, lo comprendo, señora Griffith. Usted es quien manda, yo solo estoy pintado aquí —aceptó Lornell, tomando un pedazo de pan.

No le molestaba tener una doncella nueva, en realidad, ni le importaba, solo no deseaba que tocaran sus cosas.

La señora Griffith con el pecho inflado volvió a la cocina luego de enfrentarse a su patrón. Ofelia mientras entraba con la gallina en los brazos, acariciando sus plumas.

—No es bueno encariñarse con la comida, Ofelia —dijo la mujer, sacándole la gallina antes de desnucarla—. El señor Horstman ha notado diferencias en la mesa.

Ofelia tenía el corazón en la mano. Mil veces podía repetirse que no sentía miedo del señor Horstman, pero al parecer algo en el fondo le temía a su reputación.

—¿Se ha molestado en demasía? —preguntó nerviosa.

—No, querida. No te preocupes. Ve por las verduras a la huerta —ordenó.

Suspiró con el corazón más calmado. No quería dejar aquel trabajo que le estaba agradando.

Después de acabar el desayuno, Lornell salió de la casa por la puerta de la cocina. Vio a la señora Griffith desplumando a una gallina con tranquilidad en el agua hirviendo.

Al dirigirse a los establos, él vio a una joven con una canasta en los brazos. La misma estaba de espaldas recogiendo hortalizas, mientras tarareaba una canción. No se quedó a mirarla por más tiempo, no tenía nada de especial, podía asegurarlo.

Capítulo 9

Con una gran cantidad de zanahorias, tomates, y otras hortalizas deliciosas, entró con la canasta a la cocina.

—Muy bien, Ofelia. El señor Horstman ha salido a hacer su ronda del día, volverá para el almuerzo. Es tu oportunidad para limpiar todo lo que puedas, ¿Comprendes?

—Sí, señora Griffith.

Para Ofelia esas palabras parecían ser una carrera contra el tiempo. Tomó una cubeta con agua, un tapo y una escoba.

Entró primero a la biblioteca. Aquel era un lugar muy lúgubre, lleno de polvo y bastante desordenado. Comenzó un estornudo incesante al traspasar la puerta. La ventana estaba cerrada, ¿Cómo alguien podía siquiera entrar a leer en aquel lugar?

Comparó esa biblioteca con la de su padre. La biblioteca de su casa estaba ordenada por el género literario al que pertenecía. Su padre le había mostrado sus libros, que ella tomó con ánimo.

Sonrió al recordar cuántas aventuras y bellas lecturas su padre le había dado en su infancia. Convertiría aquella biblioteca en la biblioteca Weatherly.

Tomó cada libro de las estanterías, los limpió y fue apilonando por género literario. Al parecer el señor Horstman era un ávido lector, pero muy desordenado.

Sin darse cuenta del tiempo que había pasado, ella solo continuó limpiando y mirando cada título para ordenarlo.

Al terminar de arreglar el último estante, vio que el escritorio había quedado casi vacío, salvo por papeles que estaban esparcidos.

Con la escoba subió a una silla y fue quitando las telarañas del techo, pues las arañas habían convertido ese lugar en una mansión.

La puerta se abrió de manera brusca.

—¡Muchacha, pensé que te habías extraviado! —reclamó la señora Griffith.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ofelia.

—Es hora del almuerzo, el señor Horstman ha comido y ahora nos toca a la servidumbre.

—¡Se me ha pasado el tiempo! Este lugar estaba muy desordenado.

—Siento que el señor Horstman desmayará al ver lo que has hecho aquí.

—Vendré a terminar después de la comida.

—Toma un tiempo libre. El señor Horstman dormirá su siesta, luego le prepararemos un baño, después Dios dirá, Ofelia. Cierra todo y vamos a comer.

La señora Griffith era una cocinera excelente. Su comida era deliciosa, alimentaba a todos los empleados. Estaban dos mozos, y el capataz que estaba aún convaleciente.

Ofelia no terminó de comer su comida. Solo la apartó para colocarla en un cántaro y llevársela a sus hermanas. Debían probar qué tan deliciosa estaba aquella sopa de gallina y menudencias.

Por el tenue sol de la siesta, se dirigió a la cabaña para ver a sus hermanas. Solo deseaba que estuvieran bien. Limpiando la biblioteca se había olvidado completamente de ellas. Su ánimo estaba a plenitud comprometido con su trabajo.

Antes de llegar a la cabaña, vio a sus hermanas entre las flores del pequeño jardín. Eran tan hermosas que parecían ángeles.

—¡Olive, Odi! —exclamó llamándolas.

Ambas levantaron la cabeza y vieron a Ofelia. Corrieron con una sonrisa al verla.

—¡Ofelia! —la abrazó Olive.

—Mis hermanas hermosas, ¿Qué hacen fuera de la casa?

—Estábamos muy aburridas adentro y salimos.

—¿Han comido?

—Encontramos queso y pan —respondió Olive. Ofelia le entregó el cántaro a Olive.

—Coloca eso en un plato, lo comerás con Odei —ordenó, tomando a Odei en brazos—. Odei, estás muy sucia. Deberías estar tomando tu siesta.

Las tres pasaron a la cabaña y se quedaron ahí.

Ofelia vio cómo comieron gustosas sus hermanas, lo habían disfrutado tanto como ella.

Antes de volver a la hacienda, Ofelia calentó un poco de agua para limpiar a una sucia Odei. Olive era muy descuidada con sus prendas, no sabía que luego debía ir a lavarlas y que se secaran era un gran problema y más con el sol menguando.

Vio dormir a Odei, pero Olive no quería hacerlo.

—Voy a lavar las ropas, Ofelia.

—Aquí tienes muy poca agua, tendrás que ir mañana con Odei. Hazlo por la mañana, ahora descansen, volveré por la noche.

Ofelia emprendió su regreso a la hacienda. Hacer aquel trayecto todos los días sería muy agotador, pero por amor a sus indefensas hermanas haría cualquier cosa.

Se sentó un poco después de su caminata. No vio a nadie en la casa, al parecer todos tomaban una siesta con el patrón.

Pudo recoger algunas flores salvajes en su vuelta a la hacienda. Colocaría aquellas flores en el escritorio de la biblioteca para que le dieran vida a aquel lugar.

Ofelia volvió a sus labores en la biblioteca. Aquel lugar quedó irreconocible. Era limpio, ordenado y agradable, con gran frescura al entrar el sol. Era el momento perfecto para un té y un buen libro como lo hacía su padre a esas horas.

Lornell estaba aburrido de mirar el techo de su habitación. Bajó hacia el salón para escuchar un poco de barullo.

La señora Griffith le entregó a Ofelia unos frutos rojos y azúcar, para ver qué podía hacer con aquello y estaba gratamente sorprendida de que ella estuviera haciendo una deliciosa jalea para los panecillos que le serviría al señor Horstman para su merienda.

—Está lista. Es una receta de mi madre, ¿El señor Horstman bebe té? —quiso saber Ofelia.

—El señor Horstman no bebe té desde que enviudó.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Más de quince años, Ofelia. Es un hombre muy amargado, es mejor ni intentar agradarlo.

No beber té en quince años era algo que ella no se imaginaba. Apreciaba un buen té, lo deseaba mucho.

Lornell olfateó el delicioso y dulce aroma que venía desde la cocina. Olía a jalea recién preparada. Sus sentidos estaban en auge al percibir aquello y deseaba probarlo.

Esperó a que la señora Griffith se acercara para pedirle un poco de aquella cosa.

La mujer apareció con una bandeja con pequeños panecillos, todos con un botón rojo encima.

—¿Esto es lo que estaba oliendo, señora Griffith?

—Sí, es jalea que preparó la doncella nueva.

—Llévelo a la biblioteca, voy a comer ahí.

Ella comenzó a ponerse un poco nerviosa, no sabía qué ocurriría si se disgustaba con el arreglo

de la biblioteca.

—¿Seguro, señor?

—No se lo pediría si no estuviera seguro, señora Griffith.

La señora Griffith abrió la puerta de la biblioteca y aquel parecía otro lugar. El señor Horstman debería estar agradecido por aquella limpieza.

Lornell con su bastón, llegó después que la señora Griffith a la biblioteca, y miró aquello, indignado. ¿Dónde estaban sus libros, sus anotaciones y sus viejas cartas?

El escritorio estaba vacío, salvo por una cajita y un florero con flores muy olorosas.

—¿Qué es esto?! —expresó molesto—. Sé que no fue usted, ¿Dónde está la muchacha, la nueva?

—En la cocina, señor Horstman —contestó asustada.

—Que venga ahora mismo —ordenó viendo las flores con enojo.

El ama de llaves partió presurosa a la cocina. El señor Horstman le haría ver las estrellas a la pobre Ofelia.

—¡Déjalo todo, Ofelia! —la interrumpió la mujer, quitándole los cubiertos que estaba ordenando.

—¿Qué ocurre?

—El señor Horstman, quiere verte en la biblioteca. Muchacha, no repliques, solo acepta todo. No quiero que te corra.

Ofelia tenía palpitations nerviosas, conocería al viejo señor Horstman y al parecer estaba muy enfadado.

—Baja la cabeza, acepta todo y di que no lo volverás a hacer, ¿Comprendes?

—Sí, señora Griffith —asintió, caminando nerviosa hacia la biblioteca.

Se dijo varias veces a la mente que ella no le temía, y así debía mantenerse. Con aquel pensamiento saldría adelante. No debía demostrarle temor, solo aceptar si se había equivocado.

Ella tocó la puerta, y escuchó un gruñido del otro lado que le paralizó el corazón. Respiró antes de entrar.

Al cruzar la puerta vio a un hombre de cabello desliñado y largo, con el rostro agachado sobre el escritorio, estaba parado negando con la cabeza.

—Su nombre —mandó Lornell.

—O-Ofelia, señor —respondió, respirando hondo, agachando la cabeza.

Lornell levantó los ojos hacia la muchacha de la cofia blanca. Era menuda, delgada y con la piel pálida.

—¿Por qué irrumpió en este lugar?

—La señora Griffith me mandó a limpiar aquí y es lo que hice, señor.

—¡Usted ha hecho un desastre aquí! —gritó el hombre golpeando el escritorio, haciendo que los panecillos de la bandeja saltaran y que las flores del florero se volcaran sobre el lugar.

—Perdón, señor Horstman. Pero todo tiene un orden, están por género. Las notas y cartas están en aquella caja sobre el escritorio...

—¡Se le pidió que limpiara, no que pensara! ¿Y estás porquerías olorosas? —dijo refiriéndose a las flores.

—Había mucho olor a cerrado y...

—¡Me desagradan estas flores, Ofelia! —exclamó, arrojándolas a los pies de ella—. Si quiere conservar su trabajo, haga solo lo que se le ordena, ¿Escuchó?

Ofelia levantó sus ojos para mirar al hombre. Era el mismo hombre con barba y melenudo que la había golpeado tiempo atrás con el fuste en la espalda. Sintió aquel mismo dolor, sin poder

evitar tocarse la nuca al recordar su primer encuentro. El señor Horstman no era un anciano como creyó, era un hombre de mediana edad con la amargura sembrada en el corazón.

Él vio los ojos azules y perfectos de Ofelia. Aquella era una muchacha demasiado joven para pertenecer a su servidumbre, sentía que la vio en algún lugar, pero no sabía dónde.

—Sí, señor Horstman.

Lornell pareció más calmado y se sentó para deleitar sus sentidos con los panecillos. Dio una última mirada a la joven. Ella no se movió, parecía mirarlo esperando una orden.

—Recoja esas hierbas y váyase —manifestó calmado.

Ella se agachó y tomó las flores que había recogido para alegrar aquel lugar. Pensó en la amargura con la que vivía un hombre como el señor Horstman al parecer desde hacía demasiado tiempo.

—Con permiso, señor —se despidió, saliendo tranquila.

La señora Griffith estaba afuera esperando a ver qué le había dicho el señor Horstman.

—¿Qué te dijo, muchacha?

—Que no le gustan las flores, al menos estas no —sonrió optimista.

—No vuelvas a hacerlo, ¿Entiendes?—pidió la señora Griffith.

Ella asintió y fue a sentarse en la cocina. El ama de llaves la siguió para volver a sus quehaceres.

—Al señor Horstman no le agradan las flores... —comentó la mujer.

—No. Al señor Horstman no le agrada que toquen sus cosas —alegó Ofelia.

—No importa, Ofelia. No hagas lo que le molesta.

—¿Cómo puedo adivinar eso?

—Todo le molesta, querida. Es un hombre solitario.

—Pensé que era mucho mayor, como un anciano por como lo describían y por la cantidad de años que lleva viudo.

—Niña, la muerte de su esposa ha sido lamentable. Un día del invierno, la señora Horstman cayó al lago congelado. El patrón desesperado intentó salvarla llevando a su esposa como pudo hacia el pueblo, pero la nieve hizo estragos en el camino. El cochero perdió el control del carruaje y cayeron en un acantilado, no era el peor de la zona, pero la caída era larga y... Ya sabes el resto. Se ha culpado durante demasiados años, déjalo reposar, ya no podemos hacer nada por él.

Capítulo 10

Ofelia no pudo dejar de pensar en el herido corazón del señor Horstman, llevaba quince años lamentando la muerte de su esposa.

¿Cuánto dolor podía albergar el corazón? Ella sufría por haber perdido a sus padres, pero tenía razones para continuar. En cambio, el señor Horstman no tenía a nadie. Ofelia pensó en algo que a ella podría confortarla en su dolor. Ver sonreír a sus hermanas, era algo que no tenía igual, pero algo que no tuviera que ver con su afecto propio, era el afecto que podía recibir de los demás.

Unos lirios, un té, y un bello paisaje, podrían ayudar al señor Horstman a vivir su vida de otra forma. Pero, ¿Podía un hombre que la golpeó con tanta maldad poder derretir su frío corazón?

Lornell con su baño listo, se quedó en el agua hasta que se enfrió. Se había deleitado en los panecillos con jalea de la señora Griffith y se había molestado por la intromisión de esa señorita que podía tener la edad de su hija. Le había hablado de manera educada, contándole inclusive dónde y cómo ordenó sus desordenados libros que representaban sus turbulentos pensamientos. Intentó recordar de dónde venían esos ojos que ella tenía, pero no lo consiguió. Hizo lo que le pidió con unas tranquilas acciones.

Se indignó cuando vio que habían removido todo, pues estaba como lo dejó desde que murió su esposa. Él solo iba a buscar un libro de vez en cuando, y no se esperaba que aquello cambiara tanto. No deseaba a alguien que estuviera moviendo su vida, era como eliminar sus recuerdos, pero se sintió extraño estar en un lugar más agradable.

Salió de la bañera para sentarse junto a la chimenea, no sin antes mirar por la ventana. Vio a alguien con capucha dirigirse hacia la oscuridad. No tenía gente extraña en su casa, salvo la nueva doncella de nombre Ofelia.

Ofelia había dejado la hacienda para ver por última vez a sus hermanas y regresar lo más pronto posible. Volvió después de dos horas. Al abrir la puerta, la señora Griffith estaba del otro lado con Gary.

—¿De dónde vienes? —indagó la mujer con los brazos cruzados.

—De ver a mis hermanas.

—¡Oh, no creeré eso!

—Tengo dos hermanas más pequeñas, somos huérfanas. Nuestros padres murieron hace un tiempo.

—Si es verdad lo que dices, muchacha, quiero conocerlas mañana.

—Si gusta acompañarme, le presentaré a mis hermanas. No habrá inconvenientes —dijo pasando a su lado.

Había sufrido un susto tremendo al ver a la mujer parada ahí, acusándola con la mirada. No estaba haciendo nada malo, solo quería ver a sus hermanas.

—Ve y dile al patrón lo que oíste, Gary. Mañana yo lo comprobaré...

El lento mayordomo subió las escaleras hasta la habitación de Lornell y pasó para poder hablarle. Lo vio entre la penumbra observando por la ventana.

—Disculpe, señor Horstman.

—Vi a alguien volver —comentó.

—Era la muchacha Ofelia.

—No puede salir de aquí, el trabajo es sin retiro y menos para encontrarse con algún mozo.

—La señora Griffith la acompañará a conocer a sus hermanas y comprobar que eso que dice es cierto. Tiene hermanas menores y son huérfanas.

—No es de mi incumbencia, si vuelve a salir, pues se irá, es todo y no quiero que intervenga la señora Griffith. Yo mismo la correré, mi casa no es un hostal —se quejó Lornell con frialdad.

—Sí, mi señor.

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo y después de haber hecho casi todas sus labores. Iba a ir acompañada de la señora Griffith.

Caminaron todo lo que debía caminar Ofelia cuatro veces en un día para ver a sus hermanas.

—Esa es nuestra cabaña —señaló Ofelia para que viera la señora.

—Está en los límites de las tierras del señor Horstman. Puedo apostar a que esto está en sus tierras.

—También lo supuse, pero no tenemos otro lugar. Después de que mi padre muriera, nuestros bienes fueron a parar a mi tío y con nuestra madre nos quedamos sin nada. A eso le siguió la muerte de mi madre hace meses atrás... —contó Ofelia antes de abrir la puerta.

La señora Griffith vio a dos pequeñas niñas sentadas en la cama. Era mucho el parecido que tenían con Ofelia.

—Olive, Odei —las llamó—. Quiero presentar a alguien. Ella es la señora Griffith, el ama de llaves de la hacienda.

Olive se acercó sonriente, mientras Ofelia fue a tomar a Odei.

La mujer le sonrió a ambas, pero no pudo apartar los ojos de Odei.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene dos años —respondió Ofelia.

—Es tan pequeña... —dijo con los ojos cargados de lágrimas.

—¿Ve por qué no puedo dejarlas? Debo venir a verlas todas las noches y a esta hora.

—Lo comprendo. Te facilitaré un caballo o a los mozos, tendré que enfrentarme al señor Horstman, no podemos desamparar a estas criaturas tan pequeñas. Pensaremos en algo para que no tengas que hacer tantos viajes, es agotador.

—Todo es por ellas...

La señora Griffith llevó bastante comida para que les sobrara incluso para la cena. Olive y Odei quedaron muy contentas en la casa, mientras Ofelia y el ama de llaves debían volver a la hacienda.

Ofelia iba callada a su lado.

—¿Tenían dinero?

—Creo que mucho, pero no importa. Mi futuro se ha ido, señora Griffith. No debutaré, ni seré la dueña de mi propia casa. Lo único que me importa es que mis hermanas tengan un mejor futuro que yo. Le estoy tan agradecida por darme una oportunidad en la casa del señor Horstman.

—¡Oh, ni lo digas! Tú viniste como un ángel...

Ella sonrió y se alejó para tomar algunas flores. Esta vez las flores irían al salón de la casa. Quería mover unos pocos muebles de lugar, se veía todo demasiado asfixiante en aquel salón.

La señora Griffith la miraba pensando en qué hacer con las pequeñas niñas. Era imposible llevarlas a la hacienda del señor Horstman, pues no sabía cómo iba a reaccionar al ver a las niñas. No podía tenerlas tampoco viviendo solas por mucho tiempo.

—No piense demasiado, señora Griffith, podría llegar a desesperarse —recomendó Ofelia, colocando las flores en la canasta donde estuvo la comida.

—¿Para dónde son esas flores?

—Para mi habitación y para el salón. Están muriendo lentamente porque el otoño está aquí. Es bueno aprovechar su belleza antes de que el invierno se acerque.

—El invierno es un infierno en la finca. La esposa del señor Horstman murió en invierno. Él está muy solo. Sus familiares han sido expulsados porque él no deseaba la lástima que le profesaban. Lleva catorce años sin ver a sus allegados —lamentó la señora Griffith.

—No creo que sentir pena por él sea malo. Es la forma que algunos tienen de demostrar su misma pena por lo que le acontece, es un síntoma de empatía y compartir el dolor. Que usted vea a mis hermanas en esas condiciones me da vergüenza, pero con sus buenas intenciones me es suficiente para superarla —confesó Ofelia, llevándose el ramo de lo que recogió hacia la nariz.

—Es imposible no pensar en que sus hermanas necesitan de un benefactor.

—No podré conseguirlo, debo trabajar. Mi dote son dos hermanas, es todo lo que viene conmigo.

La mujer no solo veía a Ofelia como una joven preocupada y trabajadora, sino también como la luz que necesitaban para iluminar el gran caserón del señor Horstman. Con su optimismo y buenas intenciones podría ayudar a su patrón para que buscara una nueva ilusión por la cual vivir.

Ambas retornaron a sus menesteres, y Ofelia creyendo que el señor Horstman había ido a tomar su siesta, fue hacia el salón tarareando las partes de una canción que recordaba de su madre. Siempre decía que para limpiar con ánimo y esfuerzo debía cantar y soñar con lo que deseaban, eso aconsejaba a las criadas de su casa y ella lo demostró, convirtiéndose de criada en ama de su propia casa.

Lornell escuchó a alguien entrar en el salón mientras él estaba dormitando en el sillón, no alcanzó a llegar a su cama porque la pierna le dolía.

Un agradable sonido se extendió en la estancia, y él no pudo evitar buscar el origen de tan apreciable carisma. Observó que era la nueva criada Ofelia. La vio limpiando con tanta pasión que hasta podía darle inmensa lástima interrumpir su diversión.

Se veía graciosa y elegante mientras lo hacía. Podía ver que tenía finas facciones, estaba adornada con una nariz respingada, una frente pequeña y su boca diminuta. Su rostro no estaba estropeado por el sol, ni sus mejillas se mostraban defectuosas por la edad en que se encontraba, parecía terciopelo blanco intacto. Tenía unos ojos azules que encandilan con su brillo, eran inmensos y afables.

Se distrajo un tiempo más deleitando su vista en la perfecta y feliz criada que la señora Griffith había escogido. Ninguna criada anterior tenía la gracia y belleza que tenía Ofelia, de por sí, no se había fijado en ninguna, ni le interesaba lo que hicieran, solo que no lo molestaran o lo miraran.

Se delató frente a Ofelia con su bastón que cayó. Estaba recostado por su sillón, pero entre sus movidas para acomodarse y verla cayó sin remedio.

Ofelia se llevó las manos al pecho por saberse observada por el señor Horstman. Su rostro se había puesto tan colorado que parecía afiebrada.

—Señor Horstman, disculpe que lo haya interrumpido. No sabía que estaba usted aquí... —se excusó tanto como su vergüenza le permitió.

—Me iré a dormir a la habitación —dijo intentando levantarse, pero un gruñido doloroso no pudo evitar salir de su boca al sentir que algo se incrustaba más en su pierna.

Ella se acercó hasta él y miró su pierna, pero no podía ver nada de su calza beige.

—Lo ayudaré —se ofreció tomando su bastón para entregárselo.

—¡No necesito su ayuda! —masculló, arrebátandole el bastón para apoyarse en él.

Lo que había hecho Ofelia era casi un insulto para él. Ella tan joven y vigorosa, intentando ayudar a un hombre no tan joven, pero que aún debía poder moverse por sus propios medios. Era

humillante saberse impedido frente a los ojos de una muchacha fresca y hermosa, no toleraba que sus ojos escrutaran su dolor.

—Está despedida, Ofelia —profirió antes de retirarse.

Capítulo 11

Arrojó su bastón sobre la cama y se sentó para tomarse la frente. Suspiró cansado de vivir de aquella forma, no podían dirigirle una mirada sin que creyera que era lástima. Lástima por sus pérdidas y su suerte. Si bien no le faltaba dinero, él sentía que lo había perdido todo. Los ojos de aquella criada eran los peores que había visto, eran en extremo emocionales y delatores de sus pensamientos.

La señora Griffith se enojaría por haberla despedido. Sin embargo, era su casa y él mandaba para saber quién estaría o no cerca y, en definitiva, no deseaba la amable compañía de Ofelia.

Ofelia se quedó tiesa en el salón sin comprender lo que había ocurrido. El señor Horstman solo alargó su rostro, frunció el ceño y la despidió. En ningún momento había dudado de sus capacidades para sentirse inútil, aunque eso no importaba, la habían despedido.

Caminó hacia la cocina donde la señora Griffith estaba sentada clasificando la cecina y ella se sentó a su lado.

—¿Qué sucede, Ofelia? —indagó la mujer al verla con el rostro ceniciento.

—El señor Horstman me despidió porque quise ayudarlo para llegar a su habitación...— lamentó Ofelia.

—¿Qué te he dicho sobre él, Ofelia? Es muy especial, no debes mirarlo al rostro, no debes sentir compasión por él y menos lástima, no lo soporta. Es por eso que siempre lo regaña, así no desconfía de mis sentimientos. Tú debes ser menos preocupada por sus peculiaridades y concentrarte en hacer tu trabajo.

—Creo que de nada sirven esos consejos ahora, debo irme.

—¡De ninguna manera! —Soltó vehemente la señora Griffith—. Te quedarás como si nada hubiera ocurrido. El señor Horstman te dejará pasar si simplemente lo ignoras y no te fijas en él.

—¿Usted lo cree?

—Sí, y ahora ve a terminar tus quehaceres. Después enviaremos a un mozo para que lleve comida a tus hermanas.

—Me da tanta vergüenza...

—Deja eso y acepta lo que se te ofrece, es por ellas. Estás haciendo tu vida aquí y luego veremos qué hacer para que puedas debutar.

—¿Debutar? Sin dinero no puedo hacerlo.

—Ofelia, ¿Te has visto en un espejo? Si no tienes dinero, te sobra belleza e inteligencia. No creas que para casarte con un buen hombre necesitas solo dinero, eso es solo para los que ambicionan. Existen caballeros que gustarán de un buen intelecto y compañía.

Ofelia sonrió por las ideas de la señora Griffith. Tenía razón en parte, pero tenía dos cargas pesadas que no sabía si alguien quisiera tomar solo por disfrutar de su compañía.

Ella fue a terminar su limpieza del salón. Colocó las flores en el medio de la mesa. Aquel lugar se veía diferente, lleno de vida, parecía que gente habitaba aquel caserón. Movié unos muebles para que tuvieran mayor espacio para caminar. Sospechaba que si el señor Horstman no la despidió por haberlo querido ayudar, la despidiría por cambiar algunas cosas de lugar.

La señora Griffith y Gary, miraron el salón estupefactos. Aquel lugar era precioso, y no eran cosas nuevas las que había ahí, sino que solo se cambiaron cosas del lugar y se ordenaron mejor.

El señor Horstman era quisquilloso y desordenado, no deseaba que nadie tocara sus cosas, pero Ofelia volvió a desobedecer las órdenes.

—¿Acaso quieres conservar tu trabajo, Ofelia? —indagó Gary—. Porque esta no es la forma. El señor Horstman te correrá otra vez.

—No puede correrme tantas veces. Le aseguro que disfrutará de este lugar mucho más que antes, aunque no lo admita.

—¡Eres testaruda, Ofelia! Matarás al señor Horstman de algún disgusto —reprochó la señora Griffith.

—Él no necesita que hagamos lo que dice, sino que hagamos lo que debemos hacer. Usted me lo dijo, señora Griffith, siempre le reprocha, pero aún sigue aquí por alguna razón.

—Ofelia, no malinterpretes mis consejos, muchacha. Entiendo que quieras que el señor Horstman deje de ser un ogro, pero muerto no sirve.

Ofelia rio por lo que dijo la señora.

—Esperemos a ver qué dice.

Lornell durmió todo lo que el dolor le permitió. Se preguntó en ocasiones si en realidad por qué no se dejaba atender por un médico. Llegó a la triste conclusión de que no tenía ánimos de seguir viviendo.

Expulsó a sus hermanos las veces que fueron a verlo, y también a sus amigos. No tenía a nadie, más que a sus buenos empleados y a la nueva sirvienta Ofelia.

No pudo evitar pensar en la joven. Recordó a su esposa cuando la había conocido. Ambos en la flor de la juventud se conocieron en Londres. Loida destellaba con su gracia en un salón. Él no era un hombre con quienes sus padres deseaban que se casara.

Lornell Horstman era solo el hijo mayor de una familia rural que llevó a su hermana a Londres para debutar. No pensó encontrar tan joven al amor de su vida. Loida lo había deslumbrado, haciendo que su juicio se perdiera por completo. En lugar de él intentar beneficiarse con su dote, había puesto todos sus recursos para que los padres de Loida lo aceptaran como pretendiente.

Loida había derramado lágrimas para casarse con él, pues su familia no creía que por más dinero que tuviera, fuese el candidato para ella. Al final y después de que ella cumplió diecinueve años e iba una temporada tras otra por capricho, decidieron otorgarle su mano.

Al poco tiempo de casarse concibieron a una pequeña niña de cabellos rubios como su madre, pues los cabellos de él eran castaños, no muy claros.

Recordó con añoranza la vida que perdió. Quedó viudo a los veinticinco años.

Ofelia no se parecía a su esposa, sin embargo, se la recordaba por su juventud. Tuvo criadas jóvenes, pero ninguna tenía la gracia que tenía Ofelia, ni sus cómodos modales y menos el atrevimiento para todo lo que ella hacía.

Se levantó de la cama, miró por la ventana y solo pudo ver las hojas que llevaba el viento. Pensó que afuera podía estar fresco para tomar un té en la terraza del costado de la casa, pero recordó que no lo volvió a hacer desde hacía mucho.

Aquella terraza le pidió su esposa que la construyera para sus tardes de té y él sin problemas se la concedió. Bebían té y ambos se leían en aquel lugar. Estaban casi solos en el campo, eran compañeros de alegría y soledad.

Dio unos pasos sin el bastón, pero se dio cuenta de que no llegaría muy lejos, o al menos de que no pasaría de la escalera. Bajó y notó que el sillón que estaba cerca de la escalera y en el cual se sentaba, se había movido al lado de la ventana. La chimenea estaba tan limpia que podía ver la construcción de la misma y los leños estaban colocados en un extraño, pero pulcro orden.

La mesa que tenía libros y otros objetos personales, estaba despejada con solo una cosa

encima: un florero con flores.

Cerró los ojos e intentó respirar. Las flores eran como el sello y firma de Ofelia. Esa muchacha iba a matarlo de un disgusto.

—¡Señora Griffith! —vociferó.

Todos en la cocina abrieron los ojos, asustados. Ofelia sintió que su corazón escaparía de su pecho, parecía haber hecho algo muy malo.

—¡Es él, y está furioso! —dijo la mujer, tomando valor para ir al salón.

Caminó con la frente en alto, antes de enfrentar a la fiera Horstman. El hombre tenía sus ojos azules muy molestos y su boca con una curva muy indicativa de su enojo.

—Mande, señor —se colocó a disposición.

—Despedí a Ofelia, ¿Por qué sigue aquí? Mire lo que ha hecho, ¡No puede mantener sus manos quietas! ¿Pido demasiado, señora Griffith?

—No, señor Horstman. Pero Ofelia es una criada excelente, es por eso que no pude dejar que se fuera.

—¿Mis órdenes sirven en esta casa?

—¡Por supuesto, señor!

—Entonces, ella está doblemente despedida por no obedecer y desafiarme.

—Por piedad, señor Horstman. Son huérfanas, se lo ruego. Lo he visto. La acompañé hoy a su pequeña casa, no corra a Ofelia... —pidió la señora Griffith.

Algo que Lornell odiaba era que intentaran apelar a su endurecido corazón con la intención de ablandarlo. La señora Griffith dedicó su vida a él, no podría negarle nada, pero a la criada rebelde sí.

—No me importa lo que acontece con Ofelia, pero por usted haré una excepción, señora Griffith. Traiga aquí a Ofelia, tendrá un escarmiento por desobediente.

—Sí, señor, por supuesto... —se retiró deshaciéndose en reverencias hacia él. Salvó a Ofelia de que la mandaran otra vez a la calle.

Al entrar a la cocina dirigió su vista a una Ofelia que se debatía entre los nervios y su posición de cambiar al señor Horstman con cosas que no había hecho nadie por él.

Se colocó frente a ella, y le acondicionó las mangas.

—Ve, el señor Horstman ha decidido perdonarte una vez más, Ofelia. No dudes que si lo provocas, te despedirá por tercera vez —advirtió la mujer.

—No lo voy a desafiar... —aseguró Ofelia.

Suspiró y tomó valor para colocarse frente a su patrón. Estaba segura de que era muy probable que la despedazara con los ojos.

Lo vio parado, recostando un poco el cuerpo en el bastón. La siguió con la mirada hasta que se colocó frente a él.

—Ofelia, Ofelia, Ofelia... —mencionó su nombre respirando cansino—. ¿Está jugando? Le dije que no quería flores y que tampoco esté moviéndolo todo de lugar.

—Disculpe, señor Horstman...

—No la disculpo, Ofelia. A mendicidad del ama de llaves usted se quedará, pero no sin recibir su castigo por desobediente.

Ella tragó saliva al escuchar la palabra castigo. Nunca la habían castigado porque era una joven de excelencia en el comportamiento.

—Lo que usted disponga está bien, señor —dijo agachando la cabeza para escuchar lo que debía decirle.

—Por atreverse a desobedecer en repetidas ocasiones, su castigo será limpiar las caballerizas,

acarreará bolsas de víveres y semillas por una semana, y no tendrá retiro por dos meses. Es todo, Ofelia...

Levantó la vista por lo que dijo de dejarla sin retiro. Ella debía ir para ver a sus hermanas.

—El retiro...

—Al ser humano le duelen más las pérdidas que trabajar. En este caso usted perderá su libertad por dos meses y con eso espero que recapacite sobre su comportamiento —explicó caminando hacia la mesa donde estaban las flores. Abrió la ventana y arrojó las flores y el agua—. Se queda el florero, me molestan las flores, espero que esta vez lo comprenda.

Capítulo 12

Ofelia se retiró viendo el rostro muy enojado del señor Horstman. Lamentó profundamente que la haya castigado sin dejarla ver a sus hermanas.

—¿Qué ocurrió, muchacha? —indagó el viejo mayordomo.

—Me ha castigado con trabajo duro, pero no es importante, aunque me prohibió el retiro por dos meses.

La señora Griffith se acercó a consolarla.

—Te lo dije, Ofelia.

—Lo sé, pero no puedo mantenerme al margen de sus sufrimientos. No creo que sea un hombre malo.

—Déjalo morir con sus dolencias —la aconsejó Gary.

—Hay demasiada nobleza en tu corazón, querida. Concéntrate en lo que debes hacer. Nosotros nos encargaremos de tus hermanas los días de retiro que el señor Horstman te sacó, tranquila.

Con la señora Griffith quedaron de acuerdo en que Ofelia se ocuparía de las pequeñas durante la siesta y por las noches un mozo iría a darles una vuelta.

La amargura en el corazón del señor Horstman era tanta que no se disponía a disfrutar de un pequeño placer como ver un lugar ordenado y percibir el delicado aroma de las flores que pronto morirían. La nieve cubriría todo y él se perdería un año más de la maravillosa naturaleza.

Su madre la había alentado a adorar las flores porque serían sus compañeras durante los meses calientes, y su padre la alentó con la lectura para sus meses tristes cuando tuviera la lluvia, el frío y la nieve. Ella no creía que fuera triste su invierno, amaba la blancura de la nieve, observar por la ventana como el manto blanco cubría los campos y los techos de las casas. Ver el humo salir de las chimeneas era algo que le indicaba que la gente estaba caliente dentro, disfrutando de alguna actividad familiar como ella.

Después de que uno de los amables mozos fuera a decirle que sus hermanas estaban bien, ella pudo conciliar el sueño.

En la planta superior de la casona, Lornell intentó distraer su mente con un libro, pero su cabeza viajaba al castigo que le impuso a la nueva doncella. Se repetía en la mente que su castigo era justificado, y lo era. Fue desobediente a las órdenes de su patrón, ¿Pero qué le enojaba? No notó desazón en su rostro cuando le dijo que haría trabajo pesado. Esperaba que le rogara que no la castigara, sin embargo, ocurrió lo contrario, nuevamente acató sus órdenes. Solo iba a reclamar su retiro, no le importaba trabajar duro, pero sí la libertad.

Se reprochó tantas veces que le interesara un castigo y sobre todo de alguien nuevo en el servicio. ¿Qué tenía Ofelia que otras doncellas no tenían? La belleza, era una respuesta. Su notable iluminación, era otra, la dulzura de su voz quizás fuera otra. Podía sentarse y tal vez enumerar las cosas buenas de esa muchacha.

—¡Lornell, Lornell! —gruñó golpeando su cama, antes de arrojar el inútil libro lejos de su vista.

La muchacha se había quedado como una fijación en su mente. Él no era un hombre malvado, solo que no deseaba la compañía de nadie y se negaba a aceptar alguna cosa diferente a la que tenía. Sin embargo, ella era distinta.

Temprano, Ofelia realizó sus labores livianas dentro de la casa. En algún momento tendría que llegar a la planta alta de la casa para limpiar la habitación del señor Lornell, pero no sería aquel día. Gary el mayordomo, la guio hacia donde estaban los costales que ella debía cargar.

Ofelia hizo una mueca de que no podría hacerlo ni en un millón de años. Estaba segura de que aquel costal de harina podría aplastarla.

—¿Es todo? —preguntó inflando el pecho antes de doblar sus mangas.

—No podrás cargarlo, muchacha —advirtió el hombre.

—Lo haré sin inconvenientes, se lo puedo asegurar —mintió para darse valor—. Pero primero limpiaré la despensa para llevar este costal.

—Lo limpiaré yo, tú mientras piensa cómo llevar eso, necesitarás hacer uso de la cabeza...

Después de decir aquello, el mayordomo partió con lentitud. Ella miró al costal fijamente como si pudiera decirle qué hacer y moverse por sí solo. Se sentó encima a pensar cómo mover aquello sin salir lastimada, nadie podía cargar algo que superara su propio peso.

Lornell pese a sus múltiples molestias en la pierna, bajó para desayunar. Ofelia acondicionó la mesa de la misma forma, pero encontró algo dentro de un pequeño tazón de porcelana. Era la jalea que tenía su panecillo días atrás.

Se rascó la cabeza varias veces, pensando en que había sido injusto, pero ignoró su propio juicio y untó la jalea un pedazo de pan.

Pudo acabar su desayuno haciendo caso omiso a su reclamo interno. Tomó su fuste para salir y rondar sus tierras, en esa ocasión iría hacia donde había visto a la muchacha que entró a sus tierras.

Al salir con su bastón, observó cerca de la despensa a Ofelia, que había logrado mover el costal tan solo unos metros. La pobre estaba a punto de desfallecer del cansancio por tanto esfuerzo tanto físico como mental. Físico, de tanto estirar y mental, por darse ánimos para no sucumbir.

Lornell se tomó el rostro e hizo viajar sus manos hacia su mentón, estirándolo con cansancio para luego suspirar. Fue verdaderamente insufrible lo que le había hecho a Ofelia.

Se acercó hacia ella, y la vio roja como la grana con varios mechones de cabello rubio escapando de su cofia. Aún así se veía grácil y delicada, a la par que se había dado cuenta de la fragilidad de la muchacha.

—Ofelia, deje eso —ordenó.

Ofelia soltó los bordes del costal para incorporarse y reverenciar al señor Horstman.

—Buen día, señor. Terminaré de llevar esto que me pidió y luego limpiaré las caballerizas como ordenó —pronunció.

—Es ridículo que intente mover aquello. Deje eso para los hombres jóvenes.

—Usted creyó que podía hacerlo, entonces puedo —dijo agachándose para tomar aquella carga otra vez.

—Usted antes de lograr alzar eso, terminará partiéndose, a nadie le sirve lesionada, y menos a mí —expresó para ver si aquella entraba en razón, pero Ofelia era testaruda.

—Puedo hacerlo, señor. Cuando usted vuelva todo estará como debe —pronunció Ofelia, tomando fuerzas de donde no tenía para arrastrar aquello con más rapidez y que él viera que podía.

—Vaya con su terquedad, Ofelia —soltó molesto.

Ofelia no dejaba de desobedecerlo. Le pidió que dejara de hacer aquel trabajo, pero ella se limitó a cumplir su ridículo pedido de que hiciera trabajos pesados. Llegó a las caballerizas, tomó su caballo y partió a rondar sus tierras, al menos aquello era una gran distracción.

Después de bastante tiempo estirando, Ofelia observó sus tiernas manos, aquellas estaban con ampollas y raspones por cargar aquel costal. Lo llevó hasta donde debía, pero no podría llevar otro.

Sintió el ardor de cada ampolla rompiéndose al querer tomar una escoba para limpiar las caballerizas. Sin soportar más el dolor, fue a cortar unas telas en su habitación. Con aquellos retazos fue vendando cada mano para continuar con sus quehaceres.

Con aquello logró que su dolor fuera menor y pudo continuar con sus labores. También le pasó por haber desobedecido al señor Horstman cuando le dijo que dejara de hacer aquello, pero en su capricho ella no pudo negarse tenía que hacerlo para demostrar que era capaz.

Lornell rodeo sus tierras donde había visto a aquella muchacha rondando tiempo atrás.

Olive y Odei, fueron a lavar los trastes al arroyo tomando el camino más sencillo que era a través de la pradera. Mientras Olive lavaba, Odei estaba distraída con los bichos, las flores y las plantas del lugar. Se alejó bastante de su hermana que no se había dado cuenta de que ella desapareció de su vista.

Cansado y con el dolor de su pierna auestas, bajó de su caballo para descansar a la sombra de un árbol. Sintió que el viento movió sus cabellos con tranquilidad, y que una paz lo invadió al sentir la brisa fresca del otoño. Cerró los ojos y se entregó a plenitud a las sensaciones pacíficas que tenía hasta escuchar lo que podía ser un animal detrás de un matorral cercano. Por instinto tomó su bastón por si iba a atacarlo, pero de ahí salió una niña rubia.

Lornell quedó consternado con aquella visión. Sus ojos picaban y se nublaban con las lágrimas. Era la viva imagen de Elizabeth, su pequeña que había muerto en el accidente junto a su madre.

Se arrastró hacia casi donde estaba la niña, pero ella se adentró en los matorrales otra vez.

—¡Elizabeth! —gritó con desesperación.

Tomó fuerzas para incorporarse sin importar las molestias y corrió tras ella.

—¡Elizabeth, no te vayas, no me dejes! —rogó sin verla. La niña había desaparecido.

Lornell revivió su pérdida en aquel instante. Elizabeth no había querido quedarse aquel día que lo vio llegando con su madre en brazos.

La había tocado y la sintió demasiado fría. Se abrazó a su madre para darle calor.

En su nulo entendimiento la pequeña solo se negó a abandonar a su madre para que él buscara un doctor para llevarla antes de que muriera. Subió detrás de ellos en el carruaje, y no dejó de abrazar a su madre, quien le dio la vida y con la que partió.

No importaba que aquello fuera una alucinación suya, quería ver a la niña. Si era un fantasma tampoco le importaba. Revolvió cada matorral sin importar las espigas que tuviera.

—¡Beth! —la llamó por última vez, destrozado.

Cuánto dolor le había producido ver aquella pequeña silueta. Sentía que su pecho se comprimía con la misma desesperación como cuando la señora Griffith le dijo que su esposa y su hija murieron. Cuanto las había amado, que no podía creer que un ser superior se las hubo arrebatado de sus brazos. Él debió protegerlas, pero no pudo hacerlo. Quedó muerto en vida, pasando año, tras año, invierno tras invierno sin encontrar consuelo a su dolor.

Observó sus manos que sangraban por los arañazos y espigas que tenía clavados en sus manos. Aquello no lo sintió, solo sentía la gran espina de la soledad en su corazón.

Capítulo 13

Ofelia terminó de limpiar las caballerizas y estaba conforme, solo le faltaba cepillar al caballo que había llevado el señor Horstman.

Los caballos eran bastante mansos, ninguno había protestado porque una desconocida los cepillaba. Mientras lo hacía, les había dado un poco de pasto para que fueran aún más benevolentes con ella. Mimar a esos caballos, le hizo olvidar sus dolorosas ampollas reventadas.

Poco después de mediodía, Lornell volvió a su residencia. No se detuvo mucho en las caballerizas para observar la excelente labor que hizo Ofelia.

Ella lo vio llegar con un rostro menos amable del que tenía por la mañana. Parecía haberse caído del caballo, pues sus ropas estaban maltratadas y sucias.

Ofelia se dispuso a cepillar el caballo de Lornell, para eso debía quitar la silla de montar, pero al hacerlo, vio sangre fresca en las riendas y en parte de la silla. Palideció al pensar que él podía tener una herida.

Asustada corrió hacia la casa y entró a la cocina.

—¿Y el señor Horstman? —indagó al mayordomo.

—Vino de muy mal humor y se encerró en su habitación.

—Iré a ver si necesita algo —dijo Ofelia casi sin pensarlo.

—¡No lo molestes, Ofelia! —advirtió a la escurridiza muchacha que fue subiendo las escaleras.

Miró la puerta antes de tocar y cogió valor exhalando. Se acercó y golpeó la puerta. Tenía la cabeza pegada para escuchar una respuesta.

Lornell intentó quitarse las botas, pero las espinas que entraban en sus manos lo impedían. Masculló una maldición al escuchar el golpe.

—¡No quiero nada, señora Griffith! —gruñó con fuerza para que lo escuchara.

—No soy la señora Griffith, señor. Soy Ofelia.

Cerró los ojos y maldijo con más fuerza, ¿Qué deseaba esa muchacha?

—¿Qué quiere?

—¿Me dejará pasar? —preguntó Ofelia con tranquilidad.

—Pase —aceptó de mala gana.

Ofelia pasó con la cabeza agachada a la habitación. Al levantar un poco su vista, lo vio mirándola con molestia.

—¿Qué quiere, Ofelia? Sepa que no estoy para sus impertinencias. Si tiene algún pedido que hacer, hágaselo a la señora Griffith.

—Disculpe que lo moleste, pero vi sangre en las riendas de su caballo cuando iba a cepillar su lomo. ¿Está usted bien? —dijo mirando hacia las manos de él que estaban sucias y sangrientas—. ¡Oh, Dios mío! —se acercó aún más a mirar sus manos.

Lornell sintió como Ofelia con delicadeza levantó sus manos y las observó con detenimiento. Aquel contacto hizo que algo dentro de él se removiera. No podía apartar su vista de ella, era un ángel perfecto.

Él se fijó que ella tenía sus manos envueltas en telas, al parecer el costal no fue generoso con Ofelia.

—Iré por algunas cosas para curar sus heridas —mencionó sonriéndole.

Estaba perdido mirándola. No podía hablar, ella aún lo tenía tomado de las manos. Sus dedos eran como delicadas flores que él veía cuando iba enojado por el campo y sus ojos eran conmovedores y preocupados. Nadie se había acercado tanto a él en esos años y su acercamiento era algo que lo confundía.

—No necesito nada, Ofelia. Estoy bien... —afirmó desviando su vista de la muchacha que estaba haciendo estragos en su vida desde que llegó.

—Las espinas pueden infectar su mano y será aún más doloroso. Sé cómo curar eso— replicó.

—Dije que no quiero, Ofelia, ¿Es sorda? Vaya a terminar sus quehaceres. Curarme no es su menester —pronunció alejando sus manos de ella.

Ofelia se quedó viéndolo. Aquel hombre tenía la mente o el corazón muy cerrados como para que no aceptara que lo curaran.

Incómodo por su escrutadora vista, se alejó de ella, huyendo.

—¿Espera invitación para irse? —espetó—. Déjeme solo...

—Señor...

—¡He dicho que se vaya, Ofelia! —vociferó, respirando con dificultad.

Hizo una reverencia y se retiró con rapidez. Sin embargo, su mente estaba muy lejos de abandonarlo a su suerte con aquellas espinas en las mano. Conservó de su padre un estuche de instrumental médico. Tenía todo lo que necesitaba, solo debía conseguir alcohol para desinfectar sus heridas y todo estaría bien. Lornell podía despotricar cuanto quisiera, pero ella debía hacer el bien sin mirar a quien. Su padre curaba a todos, buenos o malos.

Su madre le había reclamado en varias ocasiones que la persona a la que atendía era muy mala, y él siempre le contestaba: “mujer, haz el bien, sin mirar a quien”. Lo recordaba como lo que era: un hombre sabio y muy indolente para discutir.

Para ella el único defecto que tenía su padre era su edad. Demasiado mayor para vivir y ver crecer a sus hijas, casi ni conoció a Odei. Su madre estaba recién parida cuando su padre enfermó y sabía que iba a morir. Él mismo había dado instrucciones para curarlo, aunque todo fue en vano.

En su habitación buscó el estuche de instrumentos de su padre. Lo abrió para ver si estaban todos. La imagen mental de su padre abriéndola estaba guardada en aquel día en que su balerina había sido traspasada por una espina. Lloró con amargura por el dolor que sintió, llegó cojeando hasta su casa. En aquel momento ella tenía la edad de Olive que para esas alturas estaba en el vientre de su madre.

Lloró mientras vio como su padre le sacó la balerina derecha para observar su herida. Acto seguido, le sonrió e intentó tranquilizarla: «Más escándalo hace tu madre por la picadura de un mosquito» le dijo y ella esperaba llorosa que la curara.

Imaginaba al señor Lornell de la misma forma en la que ella se comportó con aquella espina, que para ella era gigante en ese momento, pero en su mente estaba como un grato recuerdo de lo afable que era su padre.

Enrolló otra vez el estuche y lo colocó bajo su brazo izquierdo. Caminó hasta la biblioteca donde recordó haber puesto el licor del señor Horstman. Podía despedirla por tercera vez, pero al menos lo haría intentando sanar más que sus heridas del cuerpo, aquellas que como una espina se clavaban más en su corazón.

La señora Griffith la vio subir y negó repetidamente con la cabeza. No comprendía qué buscaba Ofelia. Entendía que la nobleza de su corazón era demasiada para ver sufrir a alguien, sin embargo, no existía nadie más huraño que aquel hombre que rechazaba toda clase de atenciones hacia él, pero permitía demasiadas libertades a Ofelia sin entender la causa. Si bien la había

corrido, él no se había puesto furioso y decidido como en los casos anteriores, para Lornell Horstman, Ofelia era algo más que solo la criada desobediente.

Lornell logró quitarse las botas con esfuerzo después de que Ofelia lo dejó en solitario. No lo habían tocado durante años, no conocía un contacto de piel a piel y aquella muchacha en el ardor de su imprudencia lo tocó. Cuán sufrido era sentir lo que estaba sintiendo por una extraña. Aquella era una extraña mujer que no temía a su reputación, sino que buscaba intencionalmente agradarlo con sus tácticos beneplácitos de convivencia y fineza. Podía demonizar a su nueva doncella, pero ella volvería a intentar encantarle con alguna cosa rara.

Escuchó de vuelta el sonido de los golpes de la puerta, y en esa ocasión, pudo darse cuenta de que no era la señora Griffith para ofrecerle algo de comer, que era a lo que se limitaba su ama de llaves. Tragó saliva por suponer lo evidente: que aquella era la desobediente Ofelia.

El golpe en la puerta era insistente y él no lograba decir palabra. Ofelia, estaba parada golpeando y luego esperando a que le dijera una palabra, pero el caprichoso señor Horstman se negaba a hacerle el menor de los casos.

—¡Señor Horstman, si no me deja entrar puede que pierda sus manos! —exclamó para persuadirlo de que abriera.

El pecho de Lornell no conocía de calmantes, la voz de Ofelia hizo que el tiempo se detuviera y que después su pecho latiera desenfrenado. ¿Qué estaba ocurriendo, acaso le temía a su doncella? Era ella quien debía temerle.

Cargado de valor por creer que ella era quien debía temerle, respondió:

—¡Vaya invención, Ofelia, tenga la disposición suficiente de volver a donde pertenece que es la cocina si no quiere ser despedida!

Ofelia miró la puerta como si aquella fuera con la que estuviera tratando y no sabía qué decir que lo convenciera.

—¡Despídame después de curarlo!

Incrédulo ante su impertinencia, se quedó boquiabierto.

—Impertinente —murmuró para sí. Ya pondría a prueba sus ánimos de seguir desafiándolo—. ¡Entre!

Ella con el rostro serio pasó a la habitación para curarlo. No importaba que le pusiera cara de leche cuajada.

—Sonaba tentadora la idea de despedirla. ¿Qué quiere? ¿Cercenar mis extremidades con eso? —preguntó curioso viendo el estuche.

—No, solo utilizar las pinzas, pero traigo todo para mantener el orden y que ninguna pieza del juego se extravíe... —comentó tranquila abriendo el estuche.

—No dejaré que me toque —dijo con presteza.

—Sabiendo la tentación que tiene por despedirme, puede hacerlo si llevo a hacerlo mal —expuso Ofelia confiada en que había aprendido muy bien de su padre. Tan confiada estaba, que podía asegurar que no la despediría.

—Váyase a la cocina, si no quiere que la lleve a rastras y para su pena, que la despida dejando aún en una pésima situación a sus hermanas huérfanas.

—Soy joven y puedo trabajar. Haber sobrevivido pocos días al señor Horstman es una carta de recomendación para encontrar un oficio en algún lugar —replicó viéndolo a su turbulentos ojos.

Lornell se quedó un momento perdido en su mirada. La había visto alguna vez, pero su mente no lograba decirle el lugar. Se estrujó varias veces la cabeza, sin embargo, nada lo hizo recordar.

Capítulo 14

Incómoda por sentirse observada, tendió su mano para que él le mostrara sus manos, pero el señor Horstman seguía con la mirada fija en ella.

—Sus manos, señor —pidió casi ordenando.

Él levantó una de ellas para mostrarla y Ofelia la tomó para observar a fondo sus heridas y luego bajó su mano para utilizar un pedazo de tela para mojarla con el licor.

—¿Qué hace usted con mi licor?

—No bebo, si es algo que le puede preocupar. Este alcohol sirve para más cosas que solo beber, limpia las heridas... —dijo pasando la tela mojada por su mano.

—¿Qué sabe una niña de heridas?

—Mucho, aunque ya no soy una niña, soy una mujer.

Ofelia tomó la pinza para sacar las espinas que se iban hundiendo en aquella piel seca que tenía el señor Horstman.

El hecho de que Ofelia le haya dicho que era una mujer y no una niña era aún peor que si ella lo desobedecía. Su desarrollo era el de una mujer, sin embargo, su rostro el de una niña inocente. Bien la había juzgado mal, pues no era inocente, era alguien que estaba dispuesta a hacer su voluntad sin que importara nada, sus órdenes parecían entrar por un lado de su oreja y salir por el otro.

Él observó cada movimiento que ella hacía para curarlo y la paciencia con la cual iba sacando espina por espina para luego limpiar con su caro licor.

A Lornell se le escapó un chiflido y una carcajada sarcástica.

—Para lo que vale ese licor...

—Valen sus manos y que no sienta dolor. Es usted muy fuerte —lo animó burlona.

—A mí no me interesan mis manos, no sirven para nada —comentó ante una Ofelia que había sido cauta al desaparecer su sonrisa.

Pudo ver como el rostro de aquel hombre se ensombrecía por la tristeza y soledad.

—Me dijeron que es viudo desde hace mucho tiempo.

—Cotillear es lo único que sabe hacer la servidumbre, Ofelia. No siga esos pasos.

—Debería hacer algo con su vida, ¿Ha tenido provecho por estar aquí encerrado haciendo que los demás le teman? —indagó Ofelia con curiosidad.

Lornell desorbitó sus ojos. Aquello era el colmo de la impertinencia aceptada por cualquier persona como patrón. Su empleada no podía darle órdenes ni recomendarle cómo debía comportarse.

—Lárguese, Ofelia —mandó enojado.

—Disculpe la intromisión...

—Es muy tarde. Termine lo que debe hacer, retírese y no vuelva por aquí, manténgase al margen y de lo que son sus quehaceres y deje la vida ajena como está. Nadie le ha pedido su opinión y si no se la requieren no la dé —agregó enfurecido por lo que la inocente muchacha había hecho.

Ella bajó sus ojos y se concentró en terminar de curarlo. Se había tomado una libertad indebida con el señor Horstman, pero quería hacerle saber que se estaba perdiendo el paraíso por vivir en

la eterna amargura. Quince años era demasiado tiempo para que una persona estuviera solitaria. Él había perdido el tacto con la gente de su alrededor por el ostracismo social.

Después de acabar la curación, vendó ambas manos con una fina tela blanca que siempre tenía doblada y guardada en el estuche por si necesitaba de aquello con urgencia. Era una lástima que no se le hubiera ocurrido usarlo en sus lastimadas manos.

Él miraba aún molesto su cofia blanca que llevaba en la cabeza, pues todavía seguía agachada prestando atención a sus manos. Aquella era delicada tocándole, pero era poco delicada al meterse en asuntos privados.

¿Por qué a una muchacha como ella le llamaría la atención que él fuera un viudo amargado?

—Está listo —anunció haciendo un último nudo a sus improvisadas vendas, antes de posar sus ojos de vuelta en él.

Lornell desvió rápidamente sus ojos de ella, pero tal vez Ofelia lo había visto hacerlo, porque aquel movimiento no había sido natural, sino brusco.

—Mañana veremos cómo están sus heridas...

—Retírese, Ofelia —mandó alejándose de ella sin agradecer sus atenciones.

Él se había pasado toda aquella hora observando a la muchacha, casi apreciando su perfección, sin embargo, fue incapaz de ser amable con ella por lo que había dicho y también podría deberse aquella grosería a que Ofelia le generaba nerviosismo y mucha ansiedad. Estaba siendo incomodado en su casa por una extraña de la que tenía que ver la forma de deshacerse porque era defendida por la señora Griffith y a esa mujer no podía negarle muchas cosas.

—Con permiso —se despidió tomando sus cosas antes de salir y cerrar la puerta con suavidad.

Al salir pensó en lo difícil que podía ser hacer que el señor Horstman fuese un hombre diferente. Sus atenciones lo molestaban y era agresivo con sus reclamos por lo que ella le daba con la única intención de alegrar su vida.

Podía ser una criada que no se preocupara por su patrón, tal como eran las demás, pero su padre era un hombre demasiado generoso que le mostró lo que era estar pendiente de los demás y ella no podía pasar caminando al lado de alguien necesitado con indiferencia.

El señor Horstman quizás no tuviera una enfermedad física, pero podía verse que agonizaba con lentitud por su soledad y ella no iba a dejar que nadie muriera sin haber hecho lo posible por salvarlo.

—¡Ofelia, es tarde para ir junto a tus hermanas! —exclamó la señora Griffith haciendo que se asustara por estar pensando en el hombre huraño.

—Es cierto, se me ha pasado el tiempo.

—Otra vez. Baja de tu nube, no queremos que te tome una lluvia y que no puedas volver.

—Lo siento mucho. Volveré pronto —dijo tomando lo que la mujer le ofreció. Aquello era comida para sus hermanas.

Podía rechazar la comida por orgullo, pero su orgullo no le daría de comer a sus hermanas y lo que ella buscaba era el bienestar de Odei y Olive. El dinero que estaba ganando como doncella podía servirle para ahorrar y dotarse o también podría comprarse unos vestidos para ir a presentarse en la próxima primavera que debía ser uno de sus momentos más felices.

Se pasó soñando todo el camino en lo que podía ser. Imaginar no hacía daño, sino más bien ayudaba a que cruzara su camino con más esperanza.

Tan solo al pasar la puerta encontró a sus hermanas jugando con las muñecas que habían hecho en su momento.

—¿Me invitan a jugar? —preguntó sonriente.

—¡Ofelia! —exclamó Olive a verla cerrar la puerta—. Eres grande y no juegas con muñecas...

—Eso no impide que tenga el corazón de una niña —refutó besando a Odei que pidió con los brazos que la cargara.

—¿El señor malo no te ha dado permiso para quedarte con nosotras en dos días?

—No es el señor malo, Olive, es el señor Horstman. No, no ha cambiado de opinión...

—Entonces es malo.

—Es un hombre gruñón, pero bueno, no es malo. No vuelvas a decir que es malo, no quiero que los otros trabajadores te escuchen, lo repitan y terminemos complicadas, ¿Comprendes?

—Tal vez, pero no cambia que es malo.

Ofelia le dedicó una mirada calmada a Olive. Aquella hermana suya era difícil de convencer, tenía un gran espíritu inconformista.

Lornell no había logrado conciliar el sueño esa tarde. Tenía sentimientos y pensamientos encontrados. No era solo con la muchacha desobediente sino también con la pequeña que se parecía a su hija que llevaba muerta quince años.

¿Tan vividos eran sus deseos de ver a Elizabeth que lo habían hecho imaginársela en medio de un bosque? Aunque también era probable que estuviera enloqueciendo por vivir encerrado y lejos de la gente. Se sentía atormentado por todo lo que ocurrió y aquel espectro que estuvo en sus tierras solo le recordó el pésimo padre que fue al permitir que el llanto de su hija lo convenciera de acompañarlos para buscar un médico que salvara a su madre.

Jamás creería en aquella ridiculez que decían sobre que todo estaba escrito, ¿Quién escribiría sobre la crueldad de darle una familia para luego arrebatársela sin compasión?

¿Acaso el creador era tan miserable para dejarlo vivo añorando estar muerto para ver a su familia?

Durante años estuvo encerrado, durmiendo y evitando la realidad que lo aquejaba, pero en unos días su sueño se había ido. Tenía un hábito insano de observar por la ventana como una vieja cotilla.

En sus observaciones solo puedo ver el paisaje bello y solitario del otoño. Las hojas cambiaban de verde a marrón o naranja y también en ese mismo instante pudo ver a Ofelia llegando a su casa sonriente.

Negó con la cabeza y se preguntó en la mente: « ¿Cómo podía vivir huérfana con dos hermanas y no estar llorando por aquello? »

La otra desdichada incógnita era: « ¿Cómo era capaz de tolerar las groserías que él le hizo desde que llegó? ». Las demás muchachas se habían ido pronto, sin embargo, ella volvía con más rebeldía. Quizás fuera que necesitaba con desesperación el dinero para sobrevivir y aun así se la veía hacer todo con fuerza y optimismo.

Capítulo 15

Pasó un mes desde que Ofelia estaba trabajando para él y la locura lo había tomado por completo. Si bien desarrolló el hábito de observar por la ventana, lo había hecho con el pleno objeto de observar a su doncella con los oscuros ojos del interés hacia ella.

Estaba asustado de lo que la muchacha sin saber le hacía sentir. Solo podía mirarla de lejos porque al verla cerca de él se sentía como un prisionero en su propia casa. Se negaba a hacerle conversación a ella y a la par era más grosero con la sola intención de convencerse de que no le agradaba, en el fondo sabiendo que hasta podía llegar a adorarla.

Era inmoral que él a esa edad posara sus ojos en una joven como ella. Ofelia estaba llena de vida, en cambio, él era un muerto viviente. Tenía la edad que tendría Elizabeth si estuviera viva. A esas alturas debió estar preocupado por ver quién se llevaría a su hija, pero no contó que la muerte se la llevaría a la tierna edad de dos años.

Sin seguir contando los innumerables inconvenientes para pensar en Ofelia como una mujer, se gestaba el más importante: él era su patrón.

Ser el patrón llevaba consigo una carga pesada de que él la mantenía a costa de un servicio y si él ejercía presión sobre ella podía conseguir sus atenciones como mujer, sin embargo, aquello sería aprovecharse de sus necesidades.

Para calmar sus caldeados ánimos y sus ansias hacia una mujer prohibida siempre se alejaba de su residencia en la mañana. El capataz estaba en su puesto como antes, ya recuperado de una larga convalecencia y todavía así él recorría casi de manera diaria hacia donde había visto al fantasma de Elizabeth esperando encontrarla.

Al regresar en un día donde el viento era poderoso, observó a Ofelia que estaba limpiando las caballerizas. Solo le había levantado el castigo de cargar cosas, pero no la dejaba exenta de limpiar las caballerizas, aunque aquello se extendió demasiado por la propia voluntad de ella.

Ella tomó una cubeta de agua para llenar el comedero de sus cabellos. El esfuerzo hizo que ella se destara un poco la apretada cofia. Con el fuerte ventarrón su cofia escapó como si tuviera vida propia dejando al descubierto sus dorados y largos cabellos.

No pudo seguir dando un paso por observarla tan hermosa y sonriente corriendo detrás de su cofia. Podía odiarla por sonreír cuando en su vida nada estaba bien, podría maldecirla por agradarlo y atenderlo.

La escurridiza cofia fue a parar hasta él, quien para evitar que se fuera, la pisó ante la mirada inocente de Ofelia.

—Se le escapa, Ofelia —dijo queriendo agacharse para entregarle su prenda que se había ensuciado, pero ella se arrojó al piso para tomarla antes de que él lo hiciera.

Ofelia sabía que él tenía problemas para agacharse debido a la pierna que no se dejaba tocar ni curar.

—Lo tengo. Usted no debería esforzarse, señor Horstman, su pierna...

—¡Basta de tratarme como un inútil! —gruñó haciendo que sus palabras fueran replicadas por el eco.

—¿Entonces dejará que alguien traiga a un médico? —indagó, mientras sus cabellos eran movidos intempestivamente por el viento y ella quería alejarlos de sus ojos y labios.

—No.

—¿No estaría mejor con una pierna sana?

—¿No entiende lo importante que es la muerte para muchos?

—Pues no entiendo. ¿Espera morir lenta y dolorosamente?

—A más dolor las culpas son menores, Ofelia. No entiende el dolor porque no tiene edad suficiente para hacerlo...

Ella le sonrió triste al escucharlo decir aquello.

—Usted no sabe de mis peripecias, señor Horstman. La edad no hace sufrir más o menos a las personas.

—Ni usted de las mías, Ofelia. Una niña no sabe sobre el sufrimiento. ¿Qué puedo esperar de usted? Vive brincando como una libre, cantando como un ave y picando flores como picaflor... No la veo sufriendo —objetó mirándola fijamente.

—Solo sigo viviendo y usted debería hacer lo mismo —contestó pensando de antemano que eso no le agradaría.

—No recibo consejos de una muchacha desobediente y que no respeta a su patrón. Es un hecho que al parecer nadie me respeta en esta casa.

Ofelia rio al ver que él soltó un bufido de cansancio.

—También soy el bufón de la criada.

—Usted tiene un excelente sentido de humor.

—¡Más respeto, bribona! —masculló, dándole la espalda a Ofelia para ir hacia su casa.

El señor Horstman no cedía ante sus intentos de ser agradable. Tal vez moriría solo y muy pronto, porque cojeaba con mayor notoriedad. Estaba pensando en dejarle flores como siempre en el salón.

Colocaba cada vez que encontraba flores, muchas de ellas en el salón y en la biblioteca. Aún no se animaba a colocarlas en su habitación para agrandar su vista. Temía que le abriera la boca y le introdujera las flores con el florero en la boca, él era capaz de hacerlo si estaba molesto.

Apresuró su trabajo en las caballerizas para luego ir junto a sus hermanas y al volver juntar las últimas flores. No importaba la cantidad de veces que las arrojara por la ventana con su mal humor característico.

Después de comer, caminó hasta la cabaña. Antes de llegar vio el pescante del doctor Flecher y eso parecía ser una alerta para ella. Corrió con sus manos atajando su chal, pues la tarde estaba fresca.

Vio que la puerta se abrió y el doctor salió caminando.

—¡Doctor Flecher! —exclamó llegando agitada junto a él.

—Buenas tardes, señorita Ofelia... —saludó Jeffrey con una sonrisa—. La señorita Olive me ha dado otro regalo.

Ella miró lo que él le enseñaba en la mano. Olive le había entregado otra muñeca.

—En breve tendrá una colección. ¿Todo está bien? —preguntó haciendo una referencia hacia la cabaña.

—¡Oh sí, señorita Ofelia! Quería asegurarme de que estuvieran bien. Están solas y en ocasiones la preocupación por ustedes me despierta en las noches. Me ha dicho la señorita Olive que usted está trabajando para un hombre muy malo, y eso desató aún más mi preocupación.

—Estoy trabajando en la hacienda del señor Horstman. No es un hombre malo como dice Olive —reprochó al verla asomarse por la puerta.

—No es buena su fama en Derbyshire.

—No debería hacer caso a todo lo que escucha, doctor. No es un hombre agradable, pero de

maldad no tiene un pelo —indicó recordando el ceño fruncido que él siempre cargaba.

—Usted no podría juzgar a nadie con dureza, señorita Ofelia —dijo antes de dirigirse a su pescante—. Volveré pronto a verlas. Ninguna de sus hermanas está enferma.

—Es bueno saberlo. Gracias —se despidió al verlo subir.

—Hasta pronto...

Jeffrey partió con una sonrisa y un presente de Olive. La pequeña no tenía forma de pagar sus atenciones y siempre se dedicaba a entregarle sus muñecas artesanales.

Ofelia levantó la mano para despedirlo. Al verlo alejarse, se giró para mirar con reproche a su hermana Olive.

—¿Qué te he dicho de hablar mal de quien nos da de comer, Olive?

—Lo siento...

—Es una bendición que el doctor Flecher sea un caballero en toda su regla y crea en lo que le digo sobre él. No muerdas la mano que te da de comer, Olive.

—¿Te llevarás las flores del jardín?

—Sí, se las colocaré al señor Horstman para alegrarlo.

—Nuestra madre lo hacía con nuestro padre.

—Y vaya que le agradaba —rió Ofelia al recordar la sonrisa de su padre al ver las flores que lo recibían junto a sus hijas perfumadas y su esposa arreglada.

—Extraño a nuestra madre, Ofelia... —contó Olive desviando su mirada azul hacia las flores.

—Siempre nos acompaña con sus enseñanzas. Ella ha dejado buenos frutos —dijo acariciando el rostro de su hermana, que gruñó un poco al sentir un raspón en su rostro

—. Lo siento, Olive...

Se miró las manos y vio que estaban ásperas y que la piel muerta se había puesto muy dura.

—Debo dejar las manos en agua tibia con un poco de jabón... ¿Y Odei?

—Está dormitando...

—¡No debemos dejar que duerma antes de comer! ¡Odi!—exclamó entrando a la cabaña.

Cortó las flores que no estaban marchitas antes de volver a la hacienda.

Por el camino se dio cuenta de que sus zapatos estaban muy desgastados por las tantas caminatas que hacía para ver a sus hermanas, pero no podía dejarlas solas. Vería si había alguna forma de reparar sus zapatos o, de lo contrario, pediría permiso al señor Horstman para ir por unos nuevos.

En la hacienda, observó la terraza que estaba abandonada. Siempre la limpiaba, pero el señor Horstman no hacía nada en aquel lugar. La mesa y las sillas que pertenecían a la terraza estaban celosamente guardadas. En algún momento que tuviera libre las sacaría y colocaría ahí, para motivar a su patrón para que fuera a otras partes de la casa que no fueran solo el salón y su biblioteca.

Limpió el salón, colocó las flores en el florero sobre la mesa, y luego fue a la biblioteca. Con un trapo húmedo limpió libro tras libro. En ocasiones, se tomaba unas libertades impropias de una criada: leer un libro. Pero tenía un tiempo de sobra o a veces la noche se le hacía larga y quería tomar lo que había ahí.

Vio unos relatos y novelas que le parecieron interesantes, y se leyó unas hojas. Pensó que el señor Horstman aún no bajaría para poder tomar el libro y leerlo un poco.

Miró hacia la puerta, tomó el libro y se acercó a un sillón. Se sentó y buscó la hoja en la que se había quedado, pues no pudo marcar la página.

Lornell bajó con mucha dificultad las escaleras y observó el cambiado salón. Ofelia lo había hecho de nuevo. Las flores estaban ahí, cerca de la ventana abierta, dándole al salón una vista

menos lúgubre a la que había tenido hasta hacía un mes atrás.

Negó con la cabeza y fue a tomar las flores para arrojarlas, pero en ese momento pensó:

«¿Cuántas veces lo he hecho, y aún así ella sigue trayéndolas como si fueran bienvenidas?» no comprendía cómo no se desalentó al verlo siempre haciendo lo mismo con ellas.

No llegó para tomar el jarrón, era inútil luchar contra la insistencia de esa muchacha para tener flores en la casa. El invierno estaba cerca y ya las flores acabarían, aunque no estaba seguro de que ella no buscara otra cosa que meter a su casa.

Abrió la puerta de la biblioteca y escuchó aquella risa angelical que dominaba su casa y rondaba sus pensamientos. Quiso irse, pero la curiosidad por conocer los motivos de su risa era demasiado poderosa. La vio sentada en un rincón con una mano siendo mordida por su boca y la otra mano sosteniendo el libro como si fuera una muchacha finamente educada. Reconocía los modales de una joven educada y aquella, o las imitaba bien, o era educada, pues las criadas no eran muy reconocidas por la lectura.

—Ofelia —dijo viéndola.

Ofelia soltó el libro y se apresuró para continuar sus quehaceres al escuchar la soberbia voz de Lornell.

Capítulo 16

Él se sintió complacido al verla nerviosa, puesto que ella siempre parecía ser la serenidad encarnada. Ella colocó el libro con tanta prisa que cayó al suelo.

—¿Qué estaba haciendo? —indagó.

Al saberse descubierta en su fechoría, Ofelia bajó la cabeza, avergonzada. ¿Qué más, aparte de la verdad debía decir?

—Le ruego me excuse, señor Horstman. Me he tomado el atrevimiento de leer uno de sus libros que ha llamado mi atención.

Hizo un ruido con la lengua al acercarse hasta Ofelia que estaba de espaldas al mueble donde debía estar el libro. Ella se agachó a recogerlo y lo colocó en su sitio para seguir bajando la cabeza mientras él seguía acercándose. No sabía de qué podía ser capaz el señor Horstman cuando estaba molesto, y también desconocía muchas de las causas de sus molestias.

Él se colocó frente a ella y Ofelia solo temió lo peor. Por acto de inercia, levantó uno de sus brazos al percibir que su patrón llevaba su brazo izquierdo hacia su rostro.

—Es una bella novela. Le agradaba a mi esposa —dijo tranquilo sacando el libro del lugar donde Ofelia lo había colocado.

Respiró aliviada al verlo alejándose lentamente con el libro en la mano. No podía creer que había pensado que él iba a golpearla. Pudo ver en sus ojos azules que no estaba enfadado como todo el tiempo. Su rostro era como un día nublado; siempre amenazante de echar una gran tormenta.

—No era una lectora muy ávida, pero este libro la encandiló. Tengo curiosidad, Ofelia — musitó girando su rostro hacia ella—. ¿Cómo aprendió a leer?

—Con una institutriz porque mi madre no era una mujer lectora. Vivía al pendiente de las cosas de la casa y no le interesaba ser educada. Decía estar muy vieja para aprender —respondió.

Lornell tenía el rostro confuso por no comprender cómo una doncella tenía una institutriz. La institutriz era uno de los puestos más altos dentro del personal de una casa.

—¿Cómo pudieron pagar una institutriz? —preguntó interesado.

—Mi padre era médico. Murió hace pocos años y desde ese momento mi futuro ha sido incierto. No solo sé leer, sino también hablar francés, bordar, pintar no se me da muy bien, pero aprendí mucho con la institutriz —dijo sonriendo triste con sus ojos mirando a la ventana.

Era de suponer que una doncella tan perfecta no era una doncella en realidad, sino una dama en apuros abandonada a su suerte.

—Si es huérfana, no tiene a nadie —sopesó Lornell—. Sin embargo, por su edad y sabiendo que tiene hermanas más pequeñas, deberían tener un tutor.

Ofelia negó con la cabeza antes de contestar.

—Nuestro tío debió ser nuestro tutor, pero hemos sido abandonadas. No podemos hacer nada...

—Un abogado obligaría a su tío...

—He dejado dicho dónde podía encontrarnos, pero no ha querido hacerlo. No puedo esperar a que aparezca, y menos pagar un abogado. El hambre, el frío y mis hermanas no esperan a que mi tío desee encargarse de nosotras.

—Debería exigirle asilo, tal como tiene las agallas para trabajar, Ofelia.

—Pedirme agallas para mendigar, es lo mismo que pedirle a usted que se deje curar. Yo tengo dignidad para no mendigar, y usted no tiene el ánimo suficiente para que lo curen —agregó Ofelia.

Él por primera vez sintió que había tocado alguna fibra en la inamovible Ofelia, pero también estaba ofendido porque le restregó en el rostro su capricho de sufrir con aquel dolor.

—No le explicaré cosas que usted sabe. La biblioteca de esta casa está abierta para cuando guste leer. Llévase el libro y procure leer cuando no esté trabajando y la descubra su patrón —mandó con el libro en la mano, exigiendo que ella lo tomara.

—Gracias, y otra vez, excúseme.

La vio tomar el libro y salir apresurada sin terminar de limpiar. Esperaba no haber sido demasiado rudo con ella. Se sentó en el lugar donde ella estuvo y con ambas manos se tapó el rostro. Debía hacer algo para poder estar tranquilo en su casa, sin meditarlo mucho, salió de la biblioteca apresurado con su bastón.

Miró el salón y luego se dirigió a la cocina donde debía estar su ama de llaves. Vio a otra parte del personal ahí, incluyendo a Ofelia con el libro que le había dado.

—¿Y la señora Griffith? —preguntó con rudeza.

—Escuchó a las gallinas un poco alborotadas, señor —respondió Gary.

Lornell comprendió el mensaje de su viejo mayordomo. La señora Griffith estaba en el gallinero. Fue hasta ahí, y vio a la mujer con una escoba, esperando ver a algún animal que quería engullirse a sus gallinas.

—¿En qué le ayudo, señor Horstman? —cuestionó la señora Griffith, viéndolo agitado por el esfuerzo de ir hasta ahí. Se veía bastante apresurado.

—Ofelia se tiene que ir de esta casa —ordenó—. Quiero que la corra, le dé un buen dinero y que no vuelva por aquí...

—¿Qué dice, señor? Cualquier cosa que le haya hecho la muchacha, yo lo asumo, pero por piedad, no me pida que se vaya —argumentó—. Yo limpiaré lo que le corresponde, y le asignaré otras tareas fuera de la casa. Solo no deje desamparada a la muchacha.

Él se maldijo por saber aquello y querer ignorarlo. La muchacha estaba sola. No era su asunto, sin embargo, lo que tenía que ver con ella era algo muy delicado para él.

—Olvídelo, señora Griffith —añadió antes de volver con la misma prisa a la casa, dejando a su ama de llaves más que confundida.

La mujer notó la cambiada actitud del señor Horstman desde que Ofelia estaba en la casa. El hombre la miraba con interés, pensando que el resto no notarían que aquel no apartaba la vista de ella. Su nerviosismo y su actitud no era algo normal en él.

Al volver a la cocina, miró a Ofelia que tenía un libro en la mano.

—Ofelia, ¿Qué le hiciste al señor Horstman?

—Nada, señora Griffith. Solo me descubrió leyendo en su biblioteca y me prestó este libro.

—Si era otra muchacha, ya estaría despedida —opinó Gary.

—Las criadas atrevidas no son algo que le agraden al señor Horstman, Ofelia —recalcó la mujer.

—Lo sé. No volverá a ocurrir —se disculpó avergonzada.

Ofelia guardó el libro para leerlo por la noche. Tenía el permiso del señor Horstman para usufructuarlo de buen o mal ánimo. Después de salir de su habitación, pasó por el patio para llevar comida a los animales, y volvió a observar la terraza con buenas intenciones.

Si su patrón le había dejado usar un libro, ella no tenía muchas formas para agradecer más que con un agradecimiento vacío. Aún así, eso podía cambiar.

Un té, el aire libre y un buen libro que ella le eligiera, podían ser su forma de agradecerle. En

el fondo sabía que le pondría contento porque sin dudas colocaría flores hasta que las aceptara en su casa. Eran tan alegres que era imposible despreciarlas.

En la cena, Ofelia junto al resto de la servidumbre estaban parados viendo al señor Horstman con el rostro serio acabándose su cena. Él no hablaba demasiado, solo comía sin descanso. Parecía no pensar mucho y al final solo agradecía la cena y el postre.

—Señora Griffith, su mano está cada día más diestra con el postre —halagó tomando una cucharada de una espesa crema.

—Agradecería ese halago si yo hubiese preparado el postre, señor. Sin embargo, fue Ofelia quien lo hizo, es muy buena con las minutas dulces.

Pese a la tenue luz del comedor, Ofelia se había sonrojado al ser descubierta por la señora Griffith y también al sentir la mirada de Lornell hacia ella.

—Se agradece entonces a Ofelia —dijo Lornell continuando con su postre.

Bajó su mirada a la delicia que lo deleitaba. En el fondo se preguntaba, si qué defecto podría tener Ofelia. No veía más que virtudes, ni siquiera su desobediencia la seguía viendo con malos ojos como antes.

Al acabar, se levantó de la mesa con un deje de molestia en el rostro. Aquella pierna cada día lo torturaba más. Era doloroso esperar a que algo ocurriera. Por la insistencia de Ofelia, estuvo tentado a que un médico lo viera, ¿Pero por qué razón? Tal vez tan solo para seguir viendo a su criada con ojos de buitres a punto de abalanzarse sobre su presa.

Era probable que así fuese. Su esposa llevaba muerta demasiado tiempo, y la amó sin descanso, sin embargo, la muchacha que estaba en su casa lo hacía sentir especial y apreciado. Podía mal interpretar las intenciones de Ofelia y aquello sería un desastre, y aunque así fuera, se sentía un poco más vivo.

Ella solo tenía buena disposición para sus groserías. No había nacido grosero, se había vuelto así para desprenderse de sus aflicciones que vivían en su mente y en su corazón. Loida y Elizabeth lo significaron todo y ya no estaban. ¿Cómo no sucumbir ante el dolor de la soledad habiendo conocido la felicidad? No veía a Ofelia como una oportunidad que buscó, sino una que encontró, pero era inapropiado para él.

Una vez que Ofelia acabó con sus quehaceres, tomó un baño de manera rápida, pues el agua tibia se enfriaba precoz por el fresco nocturno y se quedó despierta leyendo el libro bajo la luz de su lámpara. Sopesó la extraña amabilidad de su patrón para entregarle el libro, y era inapropiado que él tuviera más atenciones con ella que con el resto del personal siendo tan nueva. Comprendía los privilegios que tenían los demás porque tenían una vida trabajando para él, no obstante, ese libro tenía mayor significado para ella y solo pensaba en retribuir el préstamo.

Capítulo 17

Ofelia aquel día apuró sus ocupaciones, estaba en contra tiempo para hacer todo lo que deseaba. Vio que el señor Horstman había bajado más pálido que los demás días y ella no podía hacer nada más que culpar a aquella herida desconocida que tenía en la pierna y él se empeñaba en mantener.

—Estos caballos deben estar contentos de vivir en estas caballerizas —comentó Lornell con el rostro serio que lo caracterizaba. No podía deshacerse en sonrisas frente a su criada, era indebido.

—Están contentos con mis atenciones —dijo avergonzada, pero sonriente por otro halago que recibió de su patrón.

Él quedó encantado con la sonrisa de Ofelia. Era preciosa y dócil. No dudaba que todos sus caballos estuvieran prendados de ella, estaban cepillados, bien alimentados y en un ambiente acogedor. Ninguno de los mozos cuidaba tan bien de aquel lugar. Pese a que le levantó el castigo de cargar cosas, incluía además que no volviera a las caballerizas después de un tiempo. Estaba seguro de que lo hacía por el más puro capricho.

Carraspeó su garganta para romper el encantamiento en el que vivía y poder escapar de aquella muchacha.

—Adiós —pronunció subiendo al lomo de su caballo para irse a seguir buscando a su fantasma.

No había estado ocupado en años. Tenía la cabeza repleta de pensamientos sobre lo que ocurría en sus tierras. Primero una joven, luego una niña. Temía que encontrara una invasión tal vez, sin embargo, ya lo hubiese notado. Era improbable que alguien en su sano juicio, osara en ocupar sus tierras esperando servirse de ellas.

Cada vez que iba a su ronda, regresaba a aquel árbol donde todo comenzó. Si no fuera por los cuidados que Ofelia le otorgó, tendría sus manos de la misma forma en que estaba su pierna, cada día tenía un peor color. Sin dudas también pudo notar su palidez y ojeras, que no eran un síntoma de buena salud.

Ató a su caballo y se sentó a solo esperar que algo ocurriera.

Caminando por el sendero que Ofelia le enseñó a Olive, ella y Odei iban sin prisa hacia el arroyo. Para Olive aún era difícil acarrear mucha agua. Los amables peones del señor Horstman les llevaban agua para su consumo y aseo, aunque no era suficiente para lavar los vestidos de ambas niñas. Le resultaba divertido ir al arroyo y lavar. El paisaje era bonito y salía un poco de lo que eran las cuatro paredes de la cabaña.

—Olia... —mencionó la pequeña.

—No soy Ofelia, ¿Cuándo serás una verdadera compañía, Odi? No hablas aún. No puedo decir que hablaba a tu edad, pero tú no hablas —la acusó distraída, colocando la ropa de Odei en el agua. Para su pena, soltó la prenda y esta fue por el cauce—. ¡No!

Mientras Olive intentaba recuperar su prenda, la pequeña fue a hacer sus recorridos. Pese a su escasa edad, Odei no solo iba conociendo los caminos, sino también estudiándolos, aquella habilidad compensaba su falta de habla.

Tomó su pequeña falda y en ella cargó todo lo que llamó su atención en el camino hasta llegar

cerca de un enorme árbol y observó un caballo pastando. La niña no dudó en ir, sin tener en cuenta el peligro que representaba acercarse a un animal que era demasiadas veces su tamaño. En pleno auge de su curiosidad, se colocó frente a él, sin que el caballo hiciera nada y también sin que Lornell lo notara. Tenía los ojos cerrados disfrutando de la frescura del viento.

Odei intentaba acercarse al caballo, pero el arisco animal se desvió de ella varias veces, impacientando a la pequeña. Ella murmuró palabras ininteligibles para retar al caballo por su desobediencia y eso sí lo escuchó Lornell.

Abrió bruscamente los ojos y comenzó a buscar con la vista hacia el frente, pero no había nada, entonces, giró hacia su caballo y vio a una pequeña niña rubia.

—Beth... —logró articular antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Odei escuchó una voz y dirigió su mirada hacia el lugar. No estaba acostumbrada a los extraños por lo que empezó su huida hacia el lugar de donde vino.

Él la vio correr y fue detrás de la pequeña rubia a la que le dio alcance después de que cayera entre el pasto.

—No huyas, Beth, soy tu padre... —murmuró lloroso sin comprender que no existía lógica para creer que su hija estuviera viva y que aún tenía dos años después de que pasaran quince años de su muerte.

Odei lloró incesante al ser tomada por él que la acomodó en sus brazos para observarla mejor y darse cuenta de que aquella no era Elizabeth, sino una pequeña niña que se le parecía.

No sabía si la desazón lo mataría. Creer que aquella niña podía ser el fantasma de su hija lo llenó de ilusiones, sin embargo, era una niña ajena, su amada Beth había dejado de existir.

Las lágrimas se entremezclaban con su barba un poco crecida, que denotaban su tristeza e impotencia. Él y la niña no paraban de llorar, cada uno por razones distintas.

—Eres muy hermosa, pequeña. No llores más... —la alentó antes de bajarla al suelo.

Iba a dejarla ahí donde la encontró e irse, pero algo en su interior se lo impidió. Se preguntó «¿Dejaría él a su hija pequeña sola en el campo a merced de algún animal que pudiera engullirla con facilidad?»

Por supuesto que no lo haría, aunque desconocía cómo callar a la niña por el barullo que armó. Miró a su alrededor y vio una pequeña planta con frutos comestibles. Se acercó hasta ahí con menos ahínco del que tuvo cuando quiso tomar a la pequeña. Cogió unos frutos y se los acercó.

—Perdón por asustarte —pronunció mostrándole los frutos, que la niña de ojos azules aguados miró con interés cesando así su desmesurado llanto.

Él volvió bajo el árbol con una triste caminata para sentarse y seguir observando. No quería volver a su casa con el rostro lloroso y con el talante de demente y crédulo.

Vio comer a la niña que no conocía de muchos modales. Limpió sus manos por su vestido, pero su boca aún estaba roja. Sonrió un poco al verla tranquila y parecía que la niña se iría, aunque su sorpresa fue grande al verla acercarse para mostrarle las semillas.

—No deberías estar con un extraño. ¿Dónde están tus padres? ¿Quién dejaría una posesión tan preciada como tú sin cuidado?

Lornell la vio intentando limpiar su rostro sin lograrlo. Se había empavonado la cara en aquel recorrido de sus manos. Divertido al verla de esa forma sacó un pañuelo de su levita y le limpió el rostro.

—Alguna vez tuve algo así como tú...

Aquel fue el principio del relato sobre su pequeña hija Elizabeth. Le contó a Odei sus penas sin que ella pudiera comprender una sola palabra. Para Lornell era el desahogo de su corazón, puesto que no tenía con quien hablar sobre sus aflicciones y temores. Pese a que Odei era pequeña a él le

pareció una excelente oyente que estaba interesada en el reloj de su levita.

Olive terminó con su lavado y pudo volver a pensar en Odei que se le había perdido de vista.

— ¡Odei! —exclamó buscando a su hermana que para su gusto no era demasiado traviesa, aunque en ese momento se había superado al desaparecer.

La buscó sin descanso y con desesperación, ¿Qué le diría a Ofelia si Odei desaparecía? No podía pensar que su hermana seguiría siendo tan benevolente después de que ella descuidara a Odei.

Los peores pensamientos viajaban veloces por la pequeña cabeza de la juiciosa Olive, y eso más la hacía temer por su desvalida hermana pequeña. La desesperación encontró una salida a través de sus ojos al no hallarla.

—¡Odei! —insistió con más fuerza, siguiendo con su caminata.

Llegó hasta la salida del bosque y vio a un hombre, un caballo y a su pequeña hermana recostada en el regazo del hombre.

Odei se había quedado dormida con el triste relato de Lornell que le acarició sus rizos dorados mientras ella descansaba. Estuvieron juntos buen rato esperando a que alguien apareciera a buscarla, pero nadie lo hizo.

Viéndola inocente y abandonada, pensó en llevársela a su casa para cuidarla como su pupila. Sabía que no era correcto tomar a una niña que estaba sola en el bosque, si tenía padres, aquellos estarían muertos de preocupación y luego lo acusarían de secuestro. No debía dejar de pensar tampoco en que la niña fuera muy traviesa e hiciera eso con frecuencia, puesto que ya la había visto en sus tierras. Otro cuestionamiento surgió en su mente: «Si todas aquellas eran sus tierras, ¿Dónde vivía esa niña con sus padres?»

Entre tanto pensamiento, no se había fijado que Olive tenía un palo en la mano.

—¡Suelte a mi hermana! —ordenó temblorosa, pues el hombre parecía alguien de facciones poco amables. El ceño fruncido que siempre cargaba arruinó su frente haciendo que se arrugase antes de tiempo.

Él levantó su vista hacia la niña que le había gritado que soltara a su hermana.

—¿Es su hermana? La encontré vagando por el bosque. Dígale a sus padres que no deberían dejarlas solas a ambas. Una niña no puede cuidar de otra niña.

—No tenemos padres —comentó un poco más sosegada, sin soltar la rama con que lo mantenía amenazado.

Tomó a Odei en brazos y no se intimidó ante el arma de la niña, mas sintió lástima por ellas.

—¿Con quién viven?

—No es de su incumbencia, señor, entregue a Odi —mandó colocándose de manera más amenazante.

—No le haré daño. Solo la encontré aquí, ¿Dónde viven? Quiero asegurarme de que lleguen bien. La niña duerme y es muy pesada para que otra niña la cargue —justificó.

Olive desconfiaba del hombre, sin embargo, Odei se había confiado en dormir a su lado. No podía ser alguien malo, aunque su hermana Ofelia no debía saber que ambas charlaron con alguien ajeno al doctor Flecher o los mozos del que ella llamaba el señor malo. Bajando la rama, señaló con su brazo izquierdo la dirección donde estaba la cabaña.

—Solo le pido que no nos haga nada, señor —pidió con su dulzura característica.

—No lo haré —dijo queriendo agarrar su bastón que quedó en el suelo, pero no pudo agacharse para tomarlo.

—Espere, yo se lo doy —intervino Olive de manera servicial.

Lornell no pudo despertar al carcamán que tenía dentro en ese momento. Aquellas eran las

niñas más hermosas que había visto, no podía siquiera replicar o gruñir.

—Gracias...

Con Odei en brazos y Olive con sus prendas lavadas en los brazos, fueron hacia la cabaña. Él seguía reconociendo aquellas tierras como suyas. Caminaron un largo trecho en que la pierna de Lornell pedía a gritos un descanso a su dolor y Olive lo notó al escuchar unos quejidos que venían del hombre.

—¿Le duele la pierna? —indagó la curiosa niña.

—Siempre duele, creo que moriré con eso.

—¿Irá a rendir cuentas como mi padre y mi madre?

—Es probable.

—¿Y un doctor no curaría su dolor? Cuando yo estaba enferma, vino un doctor muy bueno y amable a verme.

—Tal vez tome su consejo —le sonrió y Olive le devolvió aquella misma sonrisa.

—Es aquí —comentó Olive, mostrándole la casa a Lornell.

Recordaba aquella cabaña en sus tierras, estaba en muy mal estado hacía tiempo. No iba con frecuencia a esos lugares, pues el espesor del bosque era peligroso. Recordó que unas millas atrás, se cayó del caballo y se lastimó la pierna.

Olive abrió la puerta y él entró para colocar a Odei en la cuna. La bajó y con su pulgar e índice, acarició la mejilla de la niña para despedirse. Luego miró el lugar y quedó acongojado, estaba limpio, y se veía que no faltaba lo necesario para vivir, aunque faltaba lo elemental para ellas: una familia.

Sabía lo cruel que era su compañera de quince años. La soledad era mala amiga, compañera y consejera, dos niñas a su merced era como abandonarlas a su suerte.

—Tome —ofreció Olive una de sus muñecas que siempre hacía como muestra de agradecimiento—. Gracias...

Capítulo 18

Lornell le entregó una sonrisa agradecida por el regalo y se dirigió a la salida de la cabaña. Movi6 varias veces la cabeza intentando encontrar una explicaci6n para que aquellas ni6as hayan sido abandonadas por Dios al igual que 6l.

Mir6 la mu6eca de vuelta y continu6 su doloroso camino a su caballo. Tenía mucho que pensar con respecto a esas ni6as. No tenían a nadie quien las quisiera, y 6l no tenía a quien querer. Acongojado había dejado a la peque6a en la cuna rodeada de pobreza, teniendo 6l en su casa una lujosa cuna vacía, rodeada de enormes muebles y un gran espacio donde estaría segura y no vagando por el peligroso bosque.

La soledad no solo era cruel consejera y compa6a, sino tambi6n una desesperada soluci6n para escapar de ella.

Despu6s de subir al lomo de su caballo, el dolor de su pierna era a6n intenso, como si algo continuara incrustándose dentro de ella. De manera que le sería imposible acoger a las peque6as bajo su manto de seguridad. No era el hombre m6s generoso y mucho menos quería pensar que lo fuera, no obstante, aquellas ni6as eran dignas de su admiraci6n.

En la finca, Ofelia había terminado su embellecimiento de la terraza. Coloc6 los elegantes sillones de acero con almohadones c6modos. No importaba que fuera solo para el se6or Horstman, era probable que se sintiera acompa6ado al ver una silla cerca de la suya.

La mesita del t6 estaba decorada con un florero esbelto y una rosa blanca que había dejado en el florero el día anterior.

Solo debía esperar que fuera de tarde para tomar un t6 despu6s de muchos a6os.

—¡Te va a correr, Ofelia! ¡Muchacha testaruda! —Reprendió la se6ora Griffith—. No pongas a prueba a ese hombre. Te ha tenido m6s paciencia que a nadie en esta vida, Ofelia. No deberías abusar de tu buena fortuna.

—¿C6mo le gusta el t6?

—¡¿Es que no me oyes?! ¿C6mo puede importarte si c6mo gusta del t6? Pues no lo sé, hace tanto que no preparo uno para 6l.

—Entonces le preparar6 uno que ser6 al azar —dijo pasando al lado de la se6ora.

—¡Muchacha, por Dios! ¿Qu6 no piensas en tus hermanas?

Ofelia sigui6 caminando, aunque gir6 un poco su cabeza para mirar a la mujer.

—Todo el tiempo. El se6or Horstman est6 muy solo por m6s que tenga empleados. ¿Qu6 es un detalle? Es para demostrarle que a6n hay vida despu6s de la muerte. Creo que estoy consiguiendo algo importante, no ha tirado ninguno m6s de mis arreglos —justific6 sonriente.

—Debe estar cansado de hacerlo, no te confíes, Ofelia, en cualquier momento te las arroja en la cabeza.

—¿Cree que se enojará si elijo un libro para 6l?

—¡Hablar con burro es recibir patada! No voy a abogar por ti cuando te despida por quinta vez —asegur6 refunfu6ando—. Ve a poner la mesa y deja de pensar en tonterías. El se6or Horstman debe estar por llegar.

Lornell entreg6 su caballo a los mozos. No vio a Ofelia limpiando las caballerizas o

alimentando a sus caballos. Sería torturado viéndola dentro de su casa.

Pasó por la cocina y solo percibió el aroma delicioso del caldo de gallina de la señora Griffith. Al llegar hasta el comedor, Ofelia estaba colocando simétricamente el plato para que él almorzara solitario.

—Bienvenido, señor Horstman... —lo recibió Ofelia con una reverencia.

—Gracias... —dijo antes de retirar la silla para sentarse, pero Ofelia se adelantó a él y la corrió—. Por Dios, Ofelia, puedo hacerlo solo.

—Debe estar cansado. El almuerzo que preparó la señora Griffith huele delicioso. Hoy es un día especial para usted.

—No hay nada de especial en hoy, solo que una mujer movió mi asiento.

—Le haré una recomendación para hoy, por supuesto, si me lo permite —dijo esperando que él accediera a escucharla.

—Lo quiera o no, me temo que deberé escucharla, Ofelia —asumió mostrando ambas manos abiertas.

—Hoy deberá leer en otro lugar que no sea la biblioteca...

—¿Qué ha hecho con mi biblioteca? No quiero que toque nada más, ¿Acaso no es suficiente con los desbarajustes que hizo desde que llegó? —la acusó. Más era por lo que le hacía sentir que por lo que hizo de su casa.

—No le hice absolutamente nada a su biblioteca. Yo lo llevaré a un hermoso lugar que usted debe conocer de su propia casa.

Lornell se apretó los ojos con los dedos, Ofelia era una muchacha que se había tomado demasiadas libertades porque él se lo había permitido sin usar su razón para juzgarla.

—Quiero ir a mi biblioteca y así lo haré. Dígame a la señora Griffith que me sirva, y usted váyase a la cocina, Ofelia.

—Sí, señor...

La vio irse con tranquilidad. Estaba casi seguro de que aquello que mencionó le había salido a Ofelia por el lado izquierdo de su cabeza. No sabía qué hacer con ella. Un hombre ajado y abandonado como él no tenía mucho que ofrecer a una joven como ella. Años atrás, siendo más joven sin dudar habría sido aceptado por ella o por cualquier dama, pues en la plena juventud todo era más sencillo. Como estaba en ese momento no lo podía querer nadie, no conocía de las diversiones propias de esa generación o de lo que estaba de moda en los salones o en la tendencia.

No pudo acabar con su almuerzo. El dolor de su pierna era casi insostenible. Sintió que sus ojos se cerraban y que su cuerpo perdía la fuerza.

Ofelia que estaba parada junto al resto del personal viéndolo comer, notó que su cuerpo se tambaleaba mientras estaba sentado, hasta que irremediamente lo vio golpear su frente contra la mesa, para luego caer en el suelo.

—¡Señor Horstman! —reaccionó la señora Griffith, yendo para auxiliarlo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Ofelia, bajando las rodillas al suelo, antes de tocar su frente—. ¡Está ardiendo en fiebre!

—¡Mi Dios bendito, qué haremos!

—Llevarlo a descansar y bajarle la fiebre —dijo Ofelia, tocando el rostro del hombre—. Traiga a los mozos, nosotras no podremos subirlo.

Ella espero que los fornidos jóvenes pudieran con el patrón. Lornell era de buena altura, estilizado porque lo notaba comer como un pajarillo. Imaginaba que sus dolencias se debían a esa pierna y no duraría un segundo en cortar su calza y ver cómo estaba.

Mientras los mozos lo llevaban, ella fue por los instrumentos de su padre para que no faltara ninguno.

Apresuró el paso por la escalera subiendo un poco su falda. Al entrar al cuarto, la señora Griffith procedió a sacarle la camisa para ir bajándole la fiebre.

—¿Qué haces con esas cosas en las manos, Ofelia? ¡Ve por el agua y las compresas! —ordenó molesta.

—Usted puede hacerlo. Yo voy a ver esa dichosa pierna que lo hace cojear. Es evidente que la fiebre se debe a una infección que se agravó.

—No eres médico.

—Pero soy la hija de uno. Vaya por el agua por favor, señora Griffith —pidió con su cándida mirada.

La mujer no siguió discutiendo con ella y se retiró a buscar lo que necesitaba.

—T-tengo frío... —murmuró Lornell temblando.

—No se preocupe, señor —musitó antes de taparlo con una sábana.

Esperó a que dejara de murmurar cosas y moverse para sacarle las botas y cortar su prenda. Con lentitud y sin perderlo de vista, estiró la bota del lado dolorido con delicadeza y tomó unas tijeras del instrumental de su padre.

Al separar la calza de su piel, pudo ver que aquello era algo horrible. Su piel estaba casi en carne viva, con abundantes signos de infección y los alrededores tenían casi el color negro de la gangrena.

Ofelia acalló su exclamación metiéndose unos dedos en la boca para morderlos. No pudo evitar llorar por el dolor que aquel hombre estaba sintiendo.

—Aquí está el agua... ¿Muchacha, qué te ocurre? —indagó el ama de llaves, antes de mirar a donde Ofelia le señalaba con el dedo—. ¡¿Qué es eso?!

—Le dije que se había infectado —lamentó—. Debo buscar a un doctor con urgencia, no creo poder curar esto.

—¡No conocemos a ningún doctor!

—Yo conozco a uno. ¿Me prestan un caballo? —preguntó sorbiendo su nariz.

—Te irás en el carruaje, Ofelia, y no tardes. ¿Qué haremos sin el señor Horstman?

—Ore, señora Griffith, ore para vuelva pronto...

Bajó corriendo las escaleras para buscar a quien debía llevarla en el carruaje. Esa tarde no iría junto a sus hermanas, pero pediría que alguien fuera a verlas.

Había sentido menos desesperación cuando Olive enfermó. Lo del señor Horstman era algo que podía dejarlo sin una pierna y todo por no dejarse atender, pero ¿Qué podía esperar de alguien que vivía en el pasado, esperando el futuro solo para morir? Con el tiempo que llevaba en su finca, pudo darse cuenta de que no era un mal hombre que sentía resentimientos por alguien, sino tenía remordimientos. Perder a su familia era algo que no podía superar con facilidad. Quizás ella no fuera la persona indicada para superar un duelo, pero hacía lo que estaba a su alcance para mostrarle algo que él con su ceguera de espíritu no podía ver.

Sentía en su pecho una opresión al verlo en ese estado. La vida lo había golpeado sin forma a que pudiera levantarse, y para cuando lo estaba haciendo, volvió a golpearlo.

Los minutos se hacían eternos para ella en ese cómodo carruaje. Esperaba que la buena voluntad del doctor Flecher le hiciera el favor de ir junto al ogro de Derbyshire.

—¡Es esa casa de ladrillos rojos! —comunicó para que el carruaje parara.

Ni bien sintió que paró, se arrojó de él para tocar la puerta. Para su buena fortuna fue él quien le abrió.

—¿Señorita Ofelia? ¿Qué le ocurre? ¿Sus hermanas...? —increpó al verla llorando. Ella negó con la cabeza.

—No. Es el señor Horstman. Tiene una infección en su pierna, temo que pueda perder esa extremidad. Por favor, venga conmigo —rogó tomando su mano.

—Jamás podría decirle que no. Voy por mi maletín, usted suba al carruaje que yo la alcanzo.

Capítulo 19

La preocupación y la espera eran interminables para llegar hasta la finca. Intentaba observar el paisaje nublado y distraer su mente, lo malo era que recordaba la herida del señor Horstman tan viva que no sabía si el amable doctor Flecher podría salvar esa pierna.

Mientras tanto, Jeffrey estaba preocupado por el rostro de congoja de Ofelia, por lo que le hacía imaginar que su patrón no estaba muy bien.

—De ser cierto lo que dicen del señor Horstman en el pueblo, usted no estaría tan preocupada —opinó para distraerla—. Usted debió ser como un ángel en esa casa para que no la haya corrido y no está demás decir que literalmente, señorita Ofelia, es muy bondadosa.

—El señor Horstman necesita de mucha atención. Con decirle que no le importa que esté por morir porque cree que una muerte dolorosa es justa para él, ¿No merece acaso un poco de atención y cariño? Está muy solo y aunque no lo crea me ha corrido cuatro veces, soy consciente de tres de las cuatro veces, pero he permanecido firme porque no puedo dejar que una persona siga viendo como él. No es lo que mi padre hubiese hecho.

—No paro de pensar en un corazón más noble que el suyo, es digno de ser elogiado. Permanecer aún de pie, pese a lo que el señor Horstman le ha hecho, habla mucho de su paciencia y persistencia.

—Él no me ha hecho nada de lo que no me pueda recuperar. He logrado ablandar un poco su corazón y eso es muy satisfactorio —sonrió Ofelia para luego volver a mirar fuera del carruaje.

Comprendía la sana intención del doctor Flecher de hacerle conversación para que el viaje fuera menos pesado. Deseó ser mejor compañía, no obstante, la situación no lo ameritaba, estaba muy pendiente de que su patrón saliera con vida de aquella herida que la mantenía en zozobra después de haberla visto.

La tarde se hacía oscura por las nubes que cubrían el sol con lentitud, trayendo consigo viento fresco del sur que indicaba que la temperatura descendería bastante, donde un chal no la cubriría del frío. Cuando bajaron del carruaje, Ofelia tuvo que sostener su cofia para que no se fuera un volando.

—Sígame por favor, doctor —pidió al verlo pisar la entrada de la casa.

Ofelia caminó con prisa por el salón en dirección a la escalera que la llevaría al dormitorio de Lornell. Jeffrey parecía más perdido en algunos detalles del caserón, tales como el aspecto sombrío que le daba el lugar. Olía a tristeza y soledad. No sabía si estaba influenciado por los chismes de las personas, pero si aquella muchacha de corazón puro estaba ahí cuidando de él, era por una razón, eso era lo único que debía importarle.

Abrió la puerta pasando con prisa hacia él. La señora Griffith aún estaba colocándole las compresas para ayudarlo con la fiebre.

—¿Cómo está? —indagó Ofelia con la mirada preocupada hacia él. Se sacó el chal, pues comenzaba a sentirse acalorada por el trajín que realizó, y luego se acercó a tocar la mojada frente de Lornell.

—No despertó en tu ausencia, Ofelia, solo ha estado murmurando el nombre de Beth.

—Inocente... —dijo ella acariciando el rostro de él.

Desde que la señora Griffith le contó la historia de la hija, no había parado de llorar en su

habitación por la noche. No alcanzaba a imaginar siquiera el dolor que él sentía. Cada vez que sus ánimos estaban decaídos por el rechazo de su patrón hacia sus pequeñas atenciones, ella recordaba eso y se imaginaba cuánto dolor cargaba en su corazón. El peso de aquello comprimía sus sentimientos hacia los demás y hacia su vida misma. Se rechazaba por no haber sabido lo que ocurriría. No conocía a nadie tan desgraciado como él. Pensó que ella era desgraciada por no tener padres ni dinero, pero se dio cuenta de las bendiciones que tenía comparado con la vida de otras personas.

—Doctor Flecher, no pierda tiempo, atiéndalo por favor. Si despierta y lo ve, solo ignore lo que pueda decir sobre recibir atención médica. Haga oídos sordos —mandó Ofelia levantando la sábana con la que estaba cubierta la pierna del hombre en cuestión para que no bajaran moscas y su estado se complicara más de lo que ya se encontraba.

—¡Es horrible! —exclamó Flecher tapando su ojos con una mano—. Es más grave de lo que había imaginado. Debe tener incrustada alguna astilla que le está produciendo una infección. Esperemos que no haya tocado alguna parte importante. Me resulta preocupante tanta sangre contaminada. Menos mal traigo conmigo a unos amigos especiales...

Jeffrey buscó en su ordenado y relleno maletín un frasco que levantó con tranquilidad frente a los horrorizados ojos de las mujeres. La señora Griffith cayó desfallecida en el suelo al pensar que aquellas cosas estarían por el cuerpo de su patrón.

—¡Qué mujer tan débil! —exclamó dejando a las sanguijuelas a un lado para ayudar a la desmayada señora Griffith.

Ofelia estaba aterrorizada por aquello. Por alguna razón su padre nunca se las había mostrado, eran horribles, y tampoco quería que se las pusieran al señor Horstman.

Sentó a la señora Griffith en un sillón para que se recuperara de la impresión y luego miró a Ofelia que estaba pálida.

—¿No me diga, señorita Ofelia, que le teme a tan útiles amigos? Ellos beberán la sangre contaminada.

—Ha-haga lo que tenga que hacer...

—Será mi ayudante. Usted tiene los conocimientos que necesito para que me ayude. Estaremos mucho tiempo aquí con él. Es mejor que esta amable señora que es tan impresionable, se retire para buscarnos lo que necesitamos. Agua tibia, paños, toallas y palanganas, ¡Oh, sábanas limpias, no las olvidemos!

Sintió que su corazón escaparía de su pecho al escuchar la palabra «ayudante». No sabía cómo estaba aún consciente y no haciéndole compañía a la señora Griffith del otro lado de la inconsciencia. No obstante, pese a que todo aquello le resultaba impresionante, debía ayudar al doctor Flecher. No quería que al señor Horstman le ocurriera algo malo.

—Dígame por dónde empiezo...

Después de que la señora Griffith recuperara la conciencia, Ofelia le pidió todo lo necesario para que pudieran atender al hombre. Ella vio con cierta impresión de desfallecer, cuando el doctor Flecher le colocaba las horribles sanguijuelas a Lornell.

Al verlo sin aquella altanería y sin su mal humor característico, sintió aún más aquel apretón en el pecho. Olvidó que él la había golpeado antes de conocerla y que le había dejado una cicatriz en el lomo. Aquel hombre en la cama solo era un ser cargado de infelicidad y que merecería otra oportunidad. Ella sería plena el día que lo viera rehaciendo su vida, tomando otra esposa y teniendo un hijo.

Estuvo mucho tiempo intentando bajarle la fiebre. Habían pasado horas y no logró hacerla descender. Flecher había hecho lo posible, tenía un delantal cubierto de sangre. Se pasó buscando

en aquella pierna la razón de su infección, no sin antes proporcionarle láudano al señor Horstman para que no muriera de dolor.

—¡Esto es! —dijo enseñando el contenido de su pinza. Era un madero del tamaño de un dedo que cada vez iba haciéndose camino en la pierna, dañando los tejidos de alrededor—. Ahora debo sacar las astillas pequeñas. Siento decirle, Ofelia, que el señor Horstman...

—¿Perderá la pierna? ¡Dios, no me diga eso, doctor Flecher! —se exaltó Ofelia, llorosa.

—No me ha dejado terminar. El señor Horstman tendrá que usar bastón de manera permanente. No caminará bien en lo que le quede de vida. Quizás, quede con la pierna rígida, o muy débil. Los daños de la astilla fueron muchos, y no sabemos qué parte afectó, solo lo sabremos cuando se recupere. Ahora debemos cuidar de que no le tome otra infección y nada más. Depende de él salir adelante...

Pareció más calmada con la explicación de Flecher. Si bien la edad del doctor siempre le había generado dudas, él le demostró en varias ocasiones que para la vocación no existía edad. Agradecía tener a aquel doctor a su disposición. Gracias a aquella caminata desesperada para conseguir que Olive mejorara fue que lo encontró.

—Gracias. No tengo palabras para agradecerle su buena predisposición para con nosotros...

—Ofelia... —pronunció Lornell sin abrir los ojos, aún estaba en lo último de sus desvaríos—. Ofelia...

Ella se giró hacia Lornell que la llamaba involuntario.

—Señor Horstman, estoy aquí. No debe preocuparse de nada, cuidaré de usted —declaró tomando su mano con fuerza.

Lornell parecía estar entre un sueño y una extraña realidad. Desconocía el tiempo que estuvo inconsciente. Había soñado con las pequeñas niñas de la mañana, que recorrían su propiedad corriendo armoniosas. Aquella imagen le produjo una paz momentánea.

Los ojos le pesaban, y lentamente iba sintiendo un fuerte dolor en la pierna. Se movió en la cama con violencia buscando aliviar su dolor. De repente, sintió que una mano le acariciaba el rostro, intentando contenerlo. Abrió los ojos con cierto temor a aquello.

Notó que a su alrededor estaba solo la penumbra. La noche se había abalanzado sobre la finca. Al lado de su cama estaba encendida una lámpara y pegado al lado de él estaba la bella Ofelia, con un rostro cansado y afligido.

Gimió ante el insoportable dolor de la pierna y se retorció sudoroso.

—¡Cálmese, señor Horstman, iré por el láudano! —exclamó soltándose de él para ir por aquel calmante.

Era de madrugada y el doctor Flecher estaba descansando en una de las habitaciones contiguas a las del señor Horstman. Ella se encargaría de todas sus necesidades hasta que la relevara la señora Griffith en el cuidado del enfermo para que ella pudiera descansar.

Se había quedado dormitando en una silla en la habitación del señor Horstman, hasta que escuchó que se agitaba en la cama y no era exactamente por la fiebre, sino por el intenso dolor.

Le dio el láudano al señor Horstman que después de un largo rato parecía un poco menos perturbado.

—Ofelia... —dijo llamándola para interrogarla.

—Aquí estoy, señor, ¿Desea algo más?

—Recuerdo que estaba comiendo y...

—Usted se desvaneció por la intensa fiebre que le provocó la infección en su pierna. Ahora todo estará bien, señor... —sonrió para animarlo.

—¿Bien? Me está matando el dolor, Ofelia. ¿Qué me ha hecho?

—Lo que siempre debió usted hacer. Ahora, calle y descanse. Mañana será otro día para despotricar por lo que no le parece de mí.

Estaba demasiado débil y agitado para comenzar con sus juegos molestos y Ofelia estaba muy cansada por no tomarse un descanso para cuidarlo. Para ella al menos era un alivio saber que todo estaba bien con sus hermanas mientras cuidaba de su patrón.

Capítulo 20

La señora Griffith relevó a Ofelia para las cinco de la mañana. Ella tenía pensado dormir al menos hasta las once para recuperar energías. Sin embargo, recordó que el señor Horstman desconocía la existencia del doctor Jeffrey y que probablemente verlo haría estragos en el nervioso hombre que le pagaba el sueldo.

El señor Horstman no despertó hasta las diez, hambriento y cansado. Estaba perturbado por tantos sueños que tuvo. No le fue permitido descansar como hubiese deseado. Abrió los ojos y vio la figura de dos personas que conversaban. Un joven con las mangas de su camisa muy dobladas casi hasta el codo y a la criatura más adorable que había conocido, Ofelia.

—Es usted una ayudante excelente, señorita Ofelia. ¿No ha pensado en asistir a un doctor? Siendo usted tan buena conocedora de la medicina; gracias a su padre, sería de gran ayuda para un doctor como yo... —dijo el doctor Flecher tocando el brazo de Ofelia.

Lornell creyó que se nublaban sus pensamientos al ver a un hombre acariciando a Ofelia. Pensamientos de toda índole atravesaron su cabeza a gran velocidad, anulando cualquier muestra de razón en ellos.

—Es muy amable, doctor. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mí todo el tiempo...

—¿Quién es usted? —increpó Lornell sin querer seguir siendo partícipe de semejante coqueteo al objeto de su aprecio.

—Señor Horstman...—pronunció Ofelia acercándose a él—. Él es un doctor que vino a curarlo.

—Yo no he pedido ningún doctor, no lo necesito —gruñó mirando a la muchacha de manera desafiante.

—Deje que me presente. Mi nombre es Jeffrey Flecher soy el nuevo doctor del pueblo y gracias a que la señorita Ofelia fue a buscarme para atenderlo, es que conserva la pierna. Tenía un pedazo de madera del tamaño de un dedo, señor Horstman.

—Al final de todo me ha desobedecido, Ofelia —espetó reprobándola.

—Era obedecer y que perdiera un miembro o desobedecerlo y salvar su pierna, señor Horstman. Usted colocará en una balanza los eventos importantes. El doctor Flecher no debería ser partícipe de sus malas maneras de agradecer —dijo Ofelia, buscando hacer mella en él, aunque sin lograrlo.

—Tonterías, Ofelia. Supongo que acabó su trabajo, doctor —insinuó cegado por la ira.

—Deberé volver diariamente para ver cómo está y que no tome una infección de otra índole. Procure quedar en descanso todo el mes. La señorita Ofelia se encargará de las curaciones, es una muchacha muy capaz e inteligente.

—Y atrevida. Pase junto a la señora Griffith para que le cancele sus honorarios por tomarse la molestia de venir y usted, Ofelia, quédese...

Ofelia no sentía temor de lo que él podía decirle. Casi podía decir que le entraría por un lado y le saldría por el otro cualquier reproche que escuchara, pues no creía que tuviese razón para reclamar nada. Solo debía disponerse a agradecer tan buena atención por parte del doctor Flecher.

—No le cobraré, señor Horstman. Lo vendré a ver mañana. Dejaré indicaciones con su ama de

llaves para que calme sus dolores. Hasta pronto, señorita Ofelia... —se despidió Jeffrey con delicadeza.

Al ver que aquel hombre joven, fino y educado se retiraba de su habitación, se sentía más tranquilo, aunque Ofelia no estaba muy contenta con su proceder. Ella comenzó a realizar simples tareas de limpieza, como: doblar sábanas, recoger mantas, y otras cosas que estuvieran fuera del lugar, y todo para evitar verlo.

—Desconoce el significado de la obediencia, Ofelia —comenzó sin perderla de vista.

—Me siento tentada a responder de mala gana a su acusación, señor. Si bien he desobedecido, fue solo porque era una situación desesperada que yo no podía manejar sin un doctor. ¿No cree que todo se hubiese evitado si traía a un médico a tiempo? Me parece; con todo el respeto que se merece, que usted está muy grande para ser tan caprichoso e insufrible con un amable doctor... —replicó Ofelia, girándose para mirarlo—. Puede despedirme por quinta vez si gusta, pero solo me iré después de saber que usted ha salido de esto sin secuelas graves, más que las evidentes luego de una infección severa.

Lornell tenía el mentón pegado a su colchón. No podía creer que le hubiesen llamado caprichoso e insufrible en su propia casa y para que mayor fuera su humillación, se lo había dicho la criada. Sabía que Ofelia no era una criada común, sino una muchacha de clase en una situación desesperada, pero aquello era más de lo sanamente tolerable para cualquier paciencia que se apreciaba de manera especial por su propia virtud de la paciencia.

—Sigue siendo prepotente aún sabiendo que incumplió mi voluntad de dejarme morir en el dolor.

—Si quiere dolor, le suspendo el láudano y asunto solucionado —musitó con los ojos azules muy enojados y con abundantes intenciones de escupir veneno, por más que no fuera lo suyo, bien podría ponerse a practicar para que lo fuera.

Al notar la mirada de Ofelia que solo decantaba molestia y vergüenza por lo que dijo frente al doctor, decidió no ser tan severo y ceder ante lo que sus sentimientos le exigían.

—No soy un hombre de agradecimientos continuos, Ofelia, y espero que entienda; aunque lo dudo, que no me es fácil efectuar felicitaciones a la desobediencia. Es premiar lo incorrecto y apoyar la falta de vergüenza.

—Me parece que no nos referimos a lo mismo, mi señor. ¿Es tan complicado entender que deseaba acabar con su sufrimiento? ¿Por qué se empeña en continuar con esa actitud? Seré sincera con usted... —calló acercándose a él—. Quiero que siga adelante, que vuelva a vivir. No creo que todo esté perdido para usted...

Desvió sus ojos de ella para que no viera en ellos la luz de la esperanza que ella le daba con aquella afirmación sobre él. Si tal vez la suerte estuviera de su lado, Ofelia tendría un sentimiento parecido al suyo en el fondo. No quería engañarse imaginando que fuera de esa forma y que él se estuviera ilusionando de una manera en que terminaría estrepitosamente decepcionado.

¿Qué tenía de atractivo un hombre como él? Era huraño, de mal genio, pésimos modales y para qué negarlo, insufrible. No era la sombra de lo que fue en sus tiernos años de juventud. Su jovialidad, sus plenos modales y su tan admirada galantería se habían perdido para siempre. No podía pretender que alguien lo apreciase por no tener ningún tipo de buena actitud.

—Gracias, Ofelia. Quizás tenga razón... —fue todo lo que pudo decir sin delatar su aflicciones hacia ella.

Vio que su rostro furibundo se había suavizado al escucharle decir aquello y eso no hizo más que convencerle de que Ofelia albergaba un sentimiento por él que si en algún momento tomaba la decisión de declararse sería plenamente aceptado y no solo por sus afectos, sino también por su

posición, fortuna y el apoyo que podría brindarle como esposo.

Podía creer que era el efecto sedante del láudano que nublaba su juicio de desterrar a su esposa por una nueva ilusión que representaba Ofelia. No sería un pleno escándalo que se dijera que sedujo a su criada, sino él lo veía de manera diferente, como si se tratara de una buena elección por parte de él para socorrer a una joven de buena familia abandonada a su suerte.

—Cuánto me alegra que piense de esa forma. Disculpe si fui muy dura con usted, pero el doctor no merecía tamaña grosería.

—¿De dónde conoce al doctor? —indagó recordando sus celos.

—Lo encontré en el pueblo cuando una de mis hermanas estaba muy enferma. No ha sido más que un ángel para nosotras. Se negó a cobrarme y nos dotó de víveres. Todo lo que sea relacionado conmigo, para ese doctor es una pérdida. Es caritativo y amable...—lo descubrió sonriente frente a él.

Qué duro golpe al saber todas las buenas cosas que pensaba del doctor. Podía sentirse humillado, aunque sería en vano, pues ella desconocía lo que él albergaba por ella en su frío pecho.

—Deberé pagarle, no me siento cómodo, como si fuera que no tengo para cancelar mis deudas...

—Estoy muy de acuerdo en que lo haga —apoyó Ofelia, mirando a un florero al lado de él.

—De nuevo sus flores —suspiró cansino, pero contento.

—Sí. Eran las flores que había guardado para su tarde del té que le preparé, pero usted se puso muy mal y nada de eso pudo hacerse.

—¿Sabe que no deseo té? —indagó curioso.

—Tampoco le agradaban las flores... —terminó diciendo Ofelia, haciéndole ver que todo lo que antes le resultaba repulsivo, en aquel momento era de su pleno agrado.

—No estoy saludable para decir lo que pienso de esto, y usted simplemente se aprovecha de mi reposo.

—Descanse y no haga corajes, estaré con mis hermanas un momento por la tarde y regresaré a verlo. Ahora iré por algo de comer para usted.

Vio que Ofelia le entregó una sonrisa de suficiencia antes de abrir la puerta y retirarse. Comprendía que ella lo tenía dominado de todas las formas posibles que alguien pudiera tener.

Después de la comida fue la señora Griffith quien lo atendió. Sabía que deseaba la compañía de Ofelia y no veía la hora de que volviera de su paseo.

—Ya deje esa cara de carcamán, señor Horstman. Escuché que fue grosero con el doctor...

—No necesito de sus regaños, señora Griffith. Prefiero que Ofelia me atienda...

—¡El señor tiene una preferida entre la servidumbre! —insinuó con los ojos achinados.

—Piense lo que guste.

—¡Ya lo había notado, señor Horstman! No ha sido inmune a la belleza y al carisma de la muchacha. Cuente conmigo para echársela a la bolsa. Será una patrona estupenda, tan fina y representará una nueva oportunidad para usted de tener otra familia. ¡Lo deseaba con toda el alma!

Él abrió sus ojos casi dejándolos caer de la impresión. No podía ser tan evidente su interés por ella, que hasta la señora Griffith lo había notado.

Se acicaló el pelo con las manos y luego miró a la mujer que lo estaba apoyando en sus antiguos planes secretos.

—No soy joven, señora Griffith. Tengo inseguridades, y son demasiadas cosas que no había sentido antes... —confesó—. ¿Y si mi edad es un impedimento? Tengo en la mente que tiene la edad que debería tener Beth si estuviera viva. ¿Me llevaré su juventud con mi manera de ser

huraño? Son tantas cosas que no tienen explicación. ¿Debería dedicarme a buscar una esposa o ser algo menos que eso? ¡Dios, qué me ocurre!

El rostro de la señora Griffith se llenó de lágrimas. Aquel era su apreciado señor Horstman, el hombre de corazón blando, amable y amoroso, al que conoció desde pequeño y que se durmió por demasiados años.

—Una familia como antes, mi señor. Ofelia es ideal para llevar en su seno a sus próximos hijos. La señora Loida y Beth, ya deben descansar en paz.

—¿Y si este inestimable afecto es solo de mi parte, señora Griffith? No sé de galantería, no sé qué está de moda, o qué debo hacer con una muchacha como ella —comentó.

—¡Usted no se preocupe que yo me ocupo de averiguarlo todo! —sonrió entre lágrimas la mujer de manera cómplice.

Capítulo 21

La señora Griffith después de dejar al señor Horstman cómodo y medicado, casi podía saborear su victoria. Se estrujaba las manos, ansiosa por ver a Ofelia atravesar la puerta y acosarla de manera a sacarle información sobre sus gustos particulares.

Ofelia después de ver a sus hermanas que para su suerte estaban de buen talante y muy contentas. Fue a la hacienda otra vez. Esperaba que el paciente más impaciente que conoció estuviera tranquilo. Pensaba acercarle un libro de la biblioteca para que distrajera su mente y no pensara en agraviar a nadie. Estaba firmemente convencida de que el señor Horstman se comportaba como lo hacía por su absoluta falta de compañía. Le faltaba alma y vida a su hogar para que viera la vida de una manera diferente. Ansiaba que sus arreglos y flores hicieran aquel milagro para que fuera una mejor persona.

Desconocía el interés que ella podía tener para cambiarlo. Creía que era por simple cariño a lo que su padre amó. Su padre le dijo en varias oportunidades que no todas eran enfermedades del cuerpo, había también enfermedades del alma y otras de la cabeza.

Discutió en varias oportunidades sobre que el alma no podía sentir dolor, pues no podía verse y él tantas veces le reprochó la estrechez de su mente. Comprendió lo que quiso decirle después de que una vecina muy querida murió. Estuvo hasta su último aliento a su lado y pudo notar la diferencia. Cuando el alma dejaba el cuerpo, la impresión de la persona fallecida cambiaba por completo. Aquella vecina al poco tiempo de morir parecía otra muy distinta. Sus mejillas hundidas, sus párpados parecían pegados, y la sensación de que faltaba algo en su cuerpo era evidente: faltaba su alma, y de vuelta lo había constatado con su madre.

Lo más vital de una persona era su alma, de ahí derivaban el resto de las enfermedades.

Entre sus profundas cavilaciones llegó hasta la finca entrando por la cocina. La sonrisa de la señora Griffith casi podía dejarle ciega.

—¿Hay alguna noticia feliz, señora Griffith? —preguntó sonriendo tan solo al ver a la mujer con una felicidad que no había visto en esa cara desde que llegó.

—¡Nada, Ofelia! —dijo cantarina—. Estaba pensando en ti y que estás en edad de casarte... —continuó y se acercó para rodear a la muchacha que le miraba como si hubiera perdido el juicio—. Dime, muchacha, ¿Cómo te agradan?

—¿Agradarme? ¿Qué cosas? —indagó con verdadera confusión.

—¡Varones! —exclamó, tomándola con cariño del hombro para que se sentara en una silla y le hiciera compañía.

El sonrojo se le subió hasta los ojos. Sentía ardiendo sus mejillas, sus orejas y su cabeza comenzaba a picarle por lo que dijo la señora Griffith sin estupor.

—¿Acaso no te has fijado en ningún caballero? —curioseó con una tetera en la mano. Le serviría té a Ofelia para hacer la charla más amena.

—¡Señora Griffith, ¿Qué pregunta es esa?! —contestó avergonzada.

—Escuché en tus labios varias veces la palabra matrimonio para salvar a tus hermanas, pero no comprendes su significado, ¿No es así?

—Tenía padres, señora Griffith. Por supuesto que sé lo que es un matrimonio. He hablado de un esposo, sí, pero por necesidad de mantener a mis hermanas. Por el momento esa idea ha

desaparecido de mi mente...

—Disculpa la curiosidad, querida, pero, ¿Te casarías por amor o conveniencia?

Ofelia se quedó tiesa al escuchar esa pregunta. El matrimonio era algo para lo que ella estaba preparada por su madre. Podía atender a un esposo, mantener sus prendas en condiciones, cocinar, criar hijos, administrar una casa, pero su madre no le había hablado sobre el amor o la conveniencia.

¿Qué pensaba sobre eso? Tenía la mente hecha una maraña. Sabía que el matrimonio de sus padres fue por amor y fueron tan felices hasta que murió su padre que era un hombre mayor. Su madre, lo siguió al poco tiempo muriendo más bien de soledad que de una enfermedad en sí. ¿Cuáles habían sido las consecuencias de aquella elección de su madre? Tres huérfanas necesitadas y abandonadas por sus parientes. Su madre no estaba en condiciones de buscar otro esposo, fue una suerte que un doctor prestigioso y adinerado se casara con una simple e ignorante doncella.

Sabía que el doctor Weatherly descendía de una gran estirpe inglesa de un conde, sin embargo, su padre no habló mucho de eso, no era algo que le interesara.

El interés nunca había sido un rasgo arraigado en ella o sus hermanas, por eso, un matrimonio por conveniencia no estaba dentro de sus horizontes antes de que su padre falleciera, aunque fue muy distinto cuando su madre quedó con ellas, preocupada y afligida por el futuro. Por las noches mientras le trenzaba el cabello le hablaba sobre caballeros adinerados, hacendados, incluso cuando parecía más desesperada pensó en administradores o abogados. No eran las mismas conversaciones que mantenían antes. Su madre iba viendo la decadencia del futuro para la mayor de sus hijas y pensaba que a través de ella con alguna de esas opciones que citó, sus hermanas alguna vez tuvieran oportunidad de casarse y tener un buen pasar.

Quedó tan ensimismado que había olvidado que su interlocutora le esperaba.

—¿Y qué respondes, Ofelia? —dijo la señora Griffith, ansiosa de escuchar una respuesta y juzgar para donde llevar a Ofelia.

—No sé qué responder. Un matrimonio por amor sería lo que espero. No obstante, debido a mi condición de ser una muchacha carente de fortuna más me convendría enamorar a un hombre con fortuna, pero no conozco a ningún hombre con esa característica. Al final de cuentas, tal vez no me case y me dedique a hacerles un futuro a mis hermanas.

—¡Tú te casarás, querida! No lo dudo ni un minuto.

Ofelia rio cantarina al escucharla tan segura de lo que acontecerá con su vida. No pensaban igual y aún así la dejaba soñar.

—¿Crees ser incapaz de atraer a un caballero?

—Las doncellas a lo sumo atraemos mozos, no a los patrones —bromeó con un tanto de verdad en sus palabras.

—Tú eres una dama. Un hombre como el señor Horstman sería bueno para ti —insinuó con una ceja levantada—. Estoy segura de que te haría feliz.

Ella palideció ante semejante insinuación. Luego sintió su rostro arder para abandonar su ceniciento semblante. No podía concebir al señor Horstman en una faceta de hombre cariñoso como su padre lo era con su madre, era un hecho de que no lo veía como un esposo, él era su patrón.

—Si usted estaba haciendo un ejemplo con el señor Horstman para retratar la relación con un hombre mayor, le aseguro de que no concibo semejante cosa...

—¡Y por qué! —increpó vehemente.

—Y, bueno, porque él es mi patrón y lo imagino de manera distinta. Dista mucho que él me

agrade como caballero y es más que evidente que él no me tolera como doncella, y en eso me escudo para decir que como una esposa sería aún peor —explicó—. Un hombre de su edad no entra dentro de mis pensamientos, y antes de que me pregunte la razón, se la responderé sin contratiempo. Mi padre era un hombre muy viejo y mi madre una mujer joven, ¿Ve cómo acabó todo? No tengo un hogar decente, ni dote, ni futuro. Quedé encargada de dos hermanas. Ahora pregúntese... ¿Estaría dispuesta a pasar por la muerte de un esposo dejando a toda su familia a la deriva? Yo creo que no. Es una lección por demás aprendida.

La señora Griffith quedó un poco desanimada con la respuesta, aun así creía que si el señor Horstman lograra enamorarla sin remedio aquello cambiaría. Ofelia era tan cauta cuando lo deseaba que para su mal podría dejar pasar a un partido como él.

—Ah, ¿Y los jóvenes? Tal vez el doctor Flecher...

—Dios lo ha puesto en mi camino como a un ángel. Es un caballero en toda su regla. De modestos modales y me agradan sus armónicas formas de hablar y vestir. Tiene un atractivo interesante entre inteligencia y físico. Tengo tanto en común con él que no podría dar una opinión que no estuviera cegada por mi cariño a la profesión de mi padre...

—Entonces te agrada la modernidad de ese joven doctor —reflexionó la señora Griffith queriendo escuchar de su boca todo lo que podía, pero sus ánimos estaban cegados por el rechazo a su patrón y eso le impedía escuchar de manera imparcial lo que Ofelia justificaba—. ¿Y qué tienen de malo las maneras del señor Horstman? ¡Digo, de hombres de su posición!

—No lo sé. No podría comparar... ¿A qué viene tanto interés? —respondió nerviosa por ser sometida a semejante escrutinio de sus preferencias de cosas que ella no había siquiera deliberado con su almohada en sus momentos íntimos.

—Nada. Es solo que...

—Ofelia, ha venido el doctor para ver al señor Horstman y ha preguntado por ti —anunció Gary el mayordomo.

—Voy junto a él. ¿Puede preparar más té, señora Griffith? Que sea para el doctor y el señor Horstman —mandó Ofelia, aliviada por no continuar con aquel intento del ama de llaves de sacarle cosas de caballeros.

Podía decir que estaba huyendo de aquello. La señora Griffith no se caracterizaba, al menos frente a sus ojos por ser una persona indiscreta y en esa ocasión parecía serlo. Esperaba que todo lo que le dijo saciase la curiosidad de la mujer.

—Observa bien a esa muchacha, Gary. Es nuestra salvación, la salvación de esta casa, del señor Horstman. ¡Oh, no puedo esperar por ver a pequeñas Beth corriendo por estos rincones como mi preciosa niña!

—¿De qué hablas, mujer?

—Del interés de nuestro patrón por Ofelia, ¡Está enamorado hasta la bota de esa muchacha!

El viejo mayordomo, la observó, sin dudas y muy sorprendido, casi incrédulo, aunque luego suavizó su mirada.

—Era muy extraño que fuera el único que no ha caído en sus encantos. Me atrevo a decir que hasta el joven doctor está enamorado de ella.

—¡Que te cosan la boca, Gary! Ya me cae mal ese doctor, no quiero que Ofelia se case con él.

—Lleva más tiempo conociendo a Ofelia que el mismo señor Horstman. También, conoce a sus hermanas. Las acogería sin problema, ¿Qué crees que haría el señor Lornell con las dos inocentes huérfanas? Puedo apostar que las dejaría en algún orfanato, con ese corazón duro que tiene, no las acogería.

La señora Griffith pensó en las hermosas hermanas de Ofelia, y deseaba discutir con él

mayordomo sobre la generosidad del señor Horstman, pero durante muchos años no vio un poco de esa generosidad.

Ofelia fue para recibir y guiar al doctor por la casa. Jeffrey que estaba sentado y al verla acercarse, se paró firme y luego efectuó una reverencia hacia ella.

—Buenas tardes, señorita Ofelia. Como dije, aquí estoy para ver a su patrón.

Ella sonrió al verlo tan educado y sonriente. Podía ver cuánto amaba su profesión, porque no le había cobrado al señor Horstman, aunque ella insistiría.

—Pese a que no le hemos abonado por los servicios ha venido, doctor Flecher.

—Lo hago por usted y su preocupación, señorita Ofelia...

El ama de llaves se había apresurado con el té escuchando aquello que dijo el doctor frente a Ofelia. Cosa que para nada le agradaba y el amable doctor le estaba cayendo como una patada en el hígado por intentar conquistar a la muchacha con sus finos y estudiados modales, y solo Dios sabía con qué intenciones.

Capítulo 22

La mujer mayor bajó la bandeja del té con violencia sobresaltando a Ofelia y a Jeffrey por toda la furia que le produjo aquello que salió de los labios del joven.

—¡Muchacho insolente! ¡¿Acaso intenta seducir a la muchacha con falsas cortesías?!; Sobre mi viejo cadáver usted tocará un pelo de la rubia cabellera de Ofelia! —dijo exaltada la mujer, colocándose desafiante frente a él.

—Señora Griffith, yo le aseguro por mi honor y por el de la señorita Ofelia, que se le he dicho todo con el más absoluto respeto.

—¡No crea que el señor Horstman no puede pagar por sus servicios como para que esté pensando en compensarlo con Ofelia! ¡Qué vergüenza! —siguió reclamando.

Ofelia no podía entender qué ocurrió con la amable casera del señor Horstman. Sus ojos centelleaban, las venas de su cuello estaban plenamente visibles y el rostro rojo y molesto, eran delatores de un gran enojo.

—Él está diciendo la verdad, señora Griffith. Si no fuera el caso, yo sería la primera ofendida. Por favor, le ruego que no mal entienda al doctor Jeffrey, es un caballero bueno y solidario, es solo eso... —dijo Ofelia para intentar calmar a la señora Griffith.

—¡Tu corazón, Ofelia mía, no te deja ver los actos impúdicos de un caballero! —insistió—. Y está de más decirle que usted debería estar atendiendo a mi señor y no intentando conquistar a la servidumbre de un enfermo.

—Cuánta vergüenza me produce que piense esas barbaridades sobre mí, señora —habló Jeffrey muy consternado por la acusación—. Si le ha parecido que me he propasado con la señorita aquí presente, me disculpo. No tengo ninguna mala intención, más que ayudar a una amiga de manera desinteresada...

Ambos jóvenes miraron a la señora Griffith como un toro tirando vapor por la nariz. Sin dudas estaba calmando su mal ánimo, para la suerte de ellos.

—Agradezco su inmenso cariño y protección, señora Griffith, pero aquí no ha ocurrido nada —le sonrió Ofelia aún roja de la vergüenza.

—Lo estaré observando, doctor —escupió antes de colocarse junto a Ofelia—. Tú llevarás el té, Ofelia, y yo acompañaré al doctor junto al patrón.

Lornell se pasó casi toda la tarde descansando. Durmió como un niño después de que su criada le dejara los alimentos. Al abrir los ojos, vio su habitación iluminada, pero vacía.

Esperaba ver a Ofelia al despertar. Sabía que ella iba junto a sus hermanas en el tiempo después del almuerzo. Suspiró cansino por no poder tan solo ir a leer para evitar volver a dormirse.

Escuchó unos pasos que iban hacia su habitación y sin poder evitarlo, se acomodó en la cama por si fuera su tan esperada cuidadora. La puerta se abrió y su decepción era palpable. La señora Griffith entró junto con el doctor.

—Aquí se queda, doctor, y no se olvide de que lo estoy observando —rugió casi golpeando la puerta al salir.

—Buenas tardes, señor Horstman. Su ama de llaves no está de buen humor hoy —comentó dejando su maletín en una mesita.

Lornell casi giró los ojos por el disgusto de ver al doctor. Le venía a la mente su incómodo momento en que lo vio tocar a Ofelia. No era lo mismo el trato que una criada recibía que el de una dama, y esa joven que mantenía como doncella en su casa era una dama educada y refinada. Era probable que en el fondo se estuviera sintiendo culpable por no otorgarle un mejor lugar en su casa, pero no tenía una excusa más que su anhelo por ella.

—Buenas tardes, doctor. Le ruego que hoy pase por sus honorarios, no quiero parecer que le estoy debiendo nada. Sé lo que es trabajar y que ese trabajo sea remunerado y el suyo debe serlo también.

—Le tomaré la palabra en esta ocasión —expuso Jeffrey buscando sus cosas en el maletín.

Entre aquellos hombres se situó un incómodo silencio que solo podía deberse a la falta de empatía de uno y la incomodidad del otro.

La puerta de la habitación volvió a abrirse y en esa ocasión para la felicidad de Lornell era Ofelia que llevaba una bandeja de plata con un fino juego de té de dos piezas y un libro. Pese a su confusión dejó que ella dejara el té sobre el escritorio sin decir nada. La siguió con los ojos y al darse vuelta ella estaba colorada y el doctor había bajado la mirada. Aquella actitud tan sospechosa, molestó a Lornell que no dudó un instante en comunicarlo con su rostro.

—¿Té, Ofelia? —increpó Lornell.

Jeffrey levantó los ojos y miró a su paciente con verdadera sorpresa al emitir aquella pregunta reprobando a Ofelia.

—Supuse que el doctor Flecher podría tardar un poco con su pierna y también le tengo que decir que afuera está comenzando a ponerse muy fresco y el doctor vino desprevenido en una calesa y usted, señor Horstman, no puede beber nada de alcohol, por lo que un té es especial para alguien convaleciente —se justificó tomando la humeante tetera para servir el té.

—Por mí no se moleste, señorita Ofelia. Revisaré al señor Horstman y me iré. Tengo otro paciente a varias millas de aquí y quisiera acabar antes de que me tome la noche.

—Como usted guste, doctor. Aunque recuerde los beneficios de tener el cuerpo caliente por un té —insistió.

Jeffrey le entregó una sonrisa que no era muy animosa. Estaba incómodo por el recibimiento y deseaba que el tiempo que se quedara en aquel lugar fuera el menor. Un ama de llaves que era como un perro y un patrón que era tan amable como una serpiente no eran una agradable experiencia.

El señor Horstman se dejó verificar por el joven doctor, quien lo tocaba con mucho cuidado para que no sufriera por la herida. Ofelia observó con interés su herida y ante cada cosa que decía el doctor ella asentía como si comprendiera todo, incluso hacía preguntas para despejar sus dudas.

—Las curaciones puedo hacerlas yo, doctor —se ofreció Ofelia—, sé cómo hacer todo con mucho cuidado.

—Estoy complacido, señorita Ofelia. El señor Horstman no puede tener mejor cuidadora que usted. ¿También podrá ayudarlo a recuperar un poco la movilidad de la pierna?

—¿La movilidad de mi pierna? —interrumpió Lornell, curioso de saber a qué se refería.

El doctor respiró antes de comunicar a su paciente sobre cómo quedaría esa pierna.

—Señor Horstman, no hace falta que le diga lo delicada que ha sido la herida —explicó—. La movilidad de su pierna estará supeditada a su recuperación. La enorme astilla que tenía pudo dañar los nervios de su pierna y por eso es muy probable que camine por siempre con un bastón.

Él no parecía afectado por caminar con un bastón por el resto de su vida. Estaba acostumbrado a hacerlo. Sin embargo, ¿Cómo afectaría aquello a su intento de acercamiento con Ofelia?

—Estaba moviéndome con un bastón, no me afecta mucho —dijo al fin después de mantenerse

en un pensativo silencio.

Ofelia sintió que la pena corría por su mente. No imaginaba a alguien que había sufrido más que el señor Horstman con todo lo que le había acontecido. Por su enorme preocupación hacia él continuaba con vida, pues aquel hombre no sentía las mínimas ganas de continuar entre los vivos.

Terminado el procedimiento del doctor Flecher, tomó un sorbo apresurado de té, hizo una reverencia y se despidió de Ofelia y el señor Horstman con mucha educación. Una vez que se fue quedaron solos en la habitación y Ofelia le acercó la bandeja de té, sacando antes la taza que perteneció al doctor.

—Gracias —musitó Lornell al ser atendido por ella.

—Le traje un libro. Sé que no puede bajar y le sería muy difícil tomar uno de sus cultivados hábitos —opinó enseñándole el libro que tomó a libertad de la biblioteca—. Espero que no me regañe por haberlo hecho.

—Merece muchos regaños, Ofelia, pero no puedo hacerlo. Tal vez un día amanezca de mal humor y me coloque una almohada en la cara para acabar conmigo, por lo que me es mejor llevarme bien con usted y sus libertades propias...

Ofelia rio cantarina al escucharlo. Lo miró conforme y se sentó para cuidarlo mientras él tomaba su té y hojeaba con interés el libro.

Después de una hora de un silencio que no fue incómodo, sino tranquilo, ella observó que él daba pequeños cabezazos hacia el libro, lo que indicaba un cansancio muy arraigado y un sueño evidente.

Se acercó, retiró la bandeja y le quitó el libro con delicadeza. Escuchó un leve quejido y lo vio recostarse con los ojos cerrados en la almohada. Al dejar la bandeja, ella le acomodó la almohada detrás de la cabeza.

—Me consiente demasiado, Ofelia —pronunció con voz pastosa por el sueño—. Dios no permita que me acostumbre a esto.

—No he visto a alguien que necesite más de esto que usted —dijo, retirando el rizo largo que yacía casi sobre los ojos de Lornell—. Descanse, vendré a cuidarlo más tarde.

Él no quería que se fuera, saberla ahí cerca de él lo hacía mejorar notablemente. Podía volverse adicto a sus atenciones y no sabía qué hacer con aquel gusto que sentía por ella. No recordaba que Loida le despertara tantos sentimientos como lo hacía Ofelia con solo estar ahí.

Podía culpar a la medicación por sus delirios de adorar a una criada y cuestionarse sus antiguos sentimientos por su fallecida esposa. Después de cavilar se quedó dormido y no fue hasta la mañana siguiente que despertó después de un agitado sueño.

Soñó con las dos pequeñas del bosque, que ambas necesitaban de asilo en las frías noches de invierno. Las soñó tiritando de frío, llorando por no tener familia. Él sabía que le sobraban recursos para hacerse cargo de ellas si lo deseaba. Y no solo le sobraba dinero, sino tenía vacante el lugar que dejó Beth al morir. Sabía que jamás sería igual que tener a su propia hija, no obstante, se cuestionó si de qué le servía cerrar su alma a un nuevo cariño.

La culpable de aquellos sentimientos era Ofelia, con su amabilidad, su afecto y su afán de ayudarlo pese a sus negativas, abrieron en él un profundo sentimiento de comprensión y empatía por las niñas. Creía imposible aquello, sin embargo, ocurrió.

—Buen día, señor Horstman —saludó la señora Griffith con el desayuno en la bandeja.

—¿Y Ofelia? —indagó decepcionado al ver a su ama de llaves ahí en lugar de la preciosa joven.

—¡Oh, señor maleducado! ¿Así pretende conquistar a una muchacha de modales tan sencillos y educados como es Ofelia? ¡Se quedará mordiendo el polvo!

—Buen día, señora Griffith.. —expresó presionado por la mujer—. ¿Dónde está Ofelia?

—La inocente está aún dormida. Me tomé el atrevimiento de prohibirle despertarse antes de las diez, pues se pasa las noches en vela por usted. Que esposa tan virtuosa tendría si se casara con ella. Ayer estuve indagando sobre sus gustos y preferencias. Lo que le diré puede que le agrade o no, pero es mi deber decirle lo que averigüé si desea competir por el cariño y las atenciones de la muchacha...

—No me agrada el chisme, señora Griffith. Aún así, estoy decidido a escuchar lo que tenga que decir con respecto a ella. Todo lo que tenga que ver con ella me interesa.

—¡Pues bien! —se acomodó muy cerca de él para comentarle aquello mientras desayunaba—. Ella me dijo que no está segura de querer casarse, pero insistiendo logré sacarle que ella desea un caballero joven, no rico, pero acomodado para ayudarla con sus hermanas. Usted si tiene a la hermanas, tendrá a Ofelia...

—¿Un hombre joven? —preguntó con cierto desdén, pues sabía que la imagen que el espejo le devolvía era la de un hombre con unas pocas canas entre su cabello castaño, símbolo de que su juventud se le escapaba de las manos.

—Un hombre joven y bien parecido, como ese muchacho, el doctor Flecher. Tiene una razón para que no le agraden los hombres mayores. Su padre era uno y como las mujeres no pueden heredar, su madre, ella y sus hermanas quedaron en la calle al saberse sin una cabeza masculina que las respaldase. Ella siente temor de que le ocurra lo mismo, señor Horstman, pero usted puede convencerla de buscar un varón para que ella no quede en la calle en caso de que a usted le sucediera algo. La muchacha es joven y le podrá dar muchos hijos y entre ellos debe nacer un varón...

La señora Griffith hablaba casi mareando a Lornell. Aunque tenía razón en lo que decía, tenía grandes probabilidades de fallar en una conquista a Ofelia si no intentaba llegar a su corazón.

Capítulo 23

Lornell pasó dos semanas en cama, la herida estaba casi perfecta y Ofelia lentamente lo ayudaba a bajar las escaleras para recorrer los alrededores de la casa. La señora Griffith la había relevado por completo de los puestos de doncella de limpieza para convertirla en una dama de compañía del señor Horstman.

—Mire que hermoso está el día. Hoy lo llevaré a la terraza para que tome el té con un buen libro... —dijo ella sonriente.

—Si sobrevivo a la caminata sería interesante... ¿Se sentará a beber el té conmigo?

Ofelia colocó sus manos detrás de su espalda y miró el horizonte.

—No es correcto que la servidumbre se sienta a tomar el té con su patrón.

—Ofelia, usted es una dama y me avergüenza tenerla de doncella en esta casa, sabiendo que usted ha sido educada de la mejor manera para regentar una casa.

—Fueron otros tiempos, señor Horstman. Hoy no soy esa persona que fue criada con los ánimos de una patrona. No me avergüenza ser una criada, si estuviera robando me avergonzaría. Me siento útil y muy bien —comentó mirando hacia el rostro de mirada azul que no desviaba la vista de ella.

—Tengo un cuestionamiento, Ofelia... He conocido a dos niñas preciosas y no he dejado de soñar con ellas. No tienen a nadie en el mundo, ¿Qué cree usted que debo hacer?

—No soy quién para decirle qué hacer. Pero la vida de esas niñas debe ser muy difícil — reflexionó recordando a sus hermanas y sintiendo que aquellas niñas a las que vio el señor Horstman eran afortunadas.

Le resultaba difícil imaginar que dentro de él floreciera empatía por los niños, pero sabiendo sobre la triste pérdida de su pequeña niña, más era probable que le sobrara afecto para dar.

—¿Cree que es correcto que me tome la molestia de traerlas como mis pupilas?

Ofelia parpadeó varias veces increíblemente emocionada por aquello. Quería evitar darse el crédito por lo que era el señor Horstman en ese momento, sin embargo, era imposible que su pecho no se inflara de orgullo al verlo de manera diferente a como lo conoció. Tal vez aquel era el verdadero señor Horstman. Condescendiente, amable y solidario.

—Le aseguro que si lo hace, esas niñas le estarán agradecidas por siempre. Qué afortunadas han sido al haberse topado con usted... —le halagó con sinceridad.

—Tal vez fui yo el afortunado —comentó desviando su mirada de ella.

Sintió una gran vergüenza al escuchar sus felicitaciones. No quería que ella notara su adoración hacia ella. Ofelia era una compañera excelente para él. Le soportaba en los momentos donde otros hubieran renunciado y lo alentaba aún más pese a sus maldiciones.

Cuando quiso levantarse de la cama solo, sabiendo que no volvería a caminar como antes por poco enloqueció de rabia, aún así, Ofelia lo cogió cariñosa de un brazo y le mostró su bastón, estaba limpio y lustrado. Aquello pareció calmar su molestia. Al ver los ojos azules que tenían un brillo especial en sus ojos, muy diferente a la lástima hizo que su ánimo iracundo cesara dando paso a la resignación por su capricho. Lo que le ocurrió en la pierna era solo una consecuencia de que se había dejado morir sin ver la luz al final del camino. Aquella luz era Ofelia que le devolvió las fuerzas para vivir sin

culpa y miedo, tal y como había sido veinticinco años de su vida. Quería olvidar los quince años de culpa y soledad. La voz de aquella muchacha le recordó que había purgado sus culpas. Hizo lo que pudo por salvar a su esposa y eso debió ser suficiente para él.

Esos quince años no retornarían jamás, solo le quedaba el futuro y él deseaba un futuro con Ofelia.

Luego de una milla Lornell se rindió al cansancio. Agachó un poco la rodilla de la pierna sana e hizo un esfuerzo con el brazo, lo que provocó un extraño sonido en el saco.

—¿Está bien? —indagó Ofelia, tomándole del codo para ayudarlo. En ese momento sintió la tela que se desgarró, aquel fue el sonido que escuchó.

—Que prenda tan perversa —expresó Lornell negando con la cabeza.

—Creo que una costura bastará... —mencionó ella acariciando la tela. Sin embargo, la prenda estaba muy gastada, tal vez ni valiera la pena una costura. Tarde o temprano se volvería a romper.

Lornell al escuchar la palabra «costura» hizo un repaso mental hasta la adquisición de su ropa. La terrible conclusión era sencilla: aquella prenda debía tener más o menos la edad de la propia Ofelia. Estaba más que desgastada.

Al recordar aquello, también recordó lo que la señora Griffith; en un cotilleo muy informativo, le comentó sobre los gustos de la muchacha que lo acompañaba. Pensó en la frase: «Un joven de buen vestir» así era como ella percibía a su amable y diligente doctor.

—No creo que una costura pueda con esto. Es algo muy viejo. Cuando esté recuperado iré al pueblo por unas prendas nuevas, las mías quizás estén muy pasados de moda —comentó con calma a Ofelia.

Ofelia no se había puesto a observar que era un hecho de que el señor Horstman estaba muy distante de lo que era la moda de los caballeros. Solo cuando él lo mencionó cayó en cuenta de que al menos llevaba veinte años perdido en el tiempo.

—Le sobra dinero para muchos pares y quizás un corte de cabello —agregó sugerente.

Él paró oreja como una liebre en la pradera a aquello.

—¿Qué tiene mi cabello?

—¡No me tome en cuenta! —pronunció un poco atemorizada por la brusquedad de su pregunta.

—Conteste, Ofelia, ¿Qué hay de malo con mi cabello? —repitió tocando la punta de sus cabellos rizados—. ¡Por Dios, que no voy a enfadarme!

—Está enfadado.

—Me estoy enfadando por la falta de contestación a una simple pregunta...

—¿Tal vez sea la sexta vez que me despedirá?

Se tomó la frente para calmar sus propios nervios por la ansiedad. No notaba nada extraño en su melena castaña y rizada.

—Ofelia, estoy seguro de que es más inteligente. No la voy a despedir, solo necesito una respuesta, la exijo.

Ella respiró intranquila y nerviosa, no deseaba decirle que se veía desaliñado y abandonado con esa barba un poco larga y su cabello muy inflado con un pequeño nudo cerca de la nuca.

—¿Y bien? —insistió también con la boca, puesto que al parecer ella no podía leer sus ojos.

—Su cabello es largo y desaliñado. Temo por las alimañas que pueda tener ahí —señaló la cabeza de él con temor.

Si aún seguía siendo aquel hombre huraño que no aceptaba que le llevaran la contraria, ella estaría despedida por milésima vez. No obstante, debía tomar su consejo para agradecerle.

Era un hombre descuidado, desordenado y abandonado. No porque le naciera serlo, sino porque carecía del ánimo suficiente para continuar caminando por el sendero de la vida que

Ofelia parecía enseñarle con sencillez. Él sabía que ella no tendría oportunidad de casarse bien sin una dote respetable. Ella podía casarse en cualquier momento, los atributos no le faltaban para ser una esposa de excelencia.

Deseaba que cuando él estuviera preparado y seguro para arrojarse y ofrecerle su mano, ella le aceptara. En aquel momento no podía decir que había un sentimiento mutuo de amor. Él podía amarla y adorarla, sin embargo, desconocía si ella le aceptaría. Ese temor aún rondaba por su cabeza.

La juventud y belleza de ella lo hacían desconfiar de sus propias facultades. Los años viciados por el dolor y su ostracismo social no lo ayudaban tampoco a ser el mejor pretendiente para una joven con los valores de Ofelia. Tan solo debía apelar más a su amor que a su razón.

—Comprendo. También cuando me recupere estaré más presentable.

—No quise decir que usted no estuviera presentable.

—No es lo que usted dice, Ofelia, es lo que yo creo. Usted es como un espejo que llegó a esta casa pese a todo lo malo que decían de mí. No sé si podrá hablar bien sobre mi persona alguna vez, pero sé que fue la única que decidió enfrentarme e intentó ayudarme —expuso recuperando sus fuerzas para regresar a la casa y descansar.

Ella se sonrojó al escuchar sus palabras. Pensó que el señor Horstman cada día iba mejorando, casi podía decir que lo conocía.

—No me avergüence, señor. No son méritos míos, son suyos.

Después de aquella conversación caminaron solos bajo la estricta mirada de adoración de la señora Griffith que no hacía más que preparar el camino al amor de aquellos dos. Sabía que Ofelia era una muchacha decidida y sensata, y por aquellas facultades que profesaba, podía asegurar que ella aceptaría al señor Horstman. Él ya no era aquel antipático patrón desde que Ofelia apreció. Al verles juntos, pensaba que podía ver al señor Horstman de hacía quince años atrás. Joven, vigoroso, complaciente y enamorado. Oh sí, aquello era lo que más anhelaba su corazón después de verlo casi nacer y crecer.

Ofelia dejó al señor Horstman recostado en el diván del salón y volvió a la cocina para hacer sus propias labores. No quería que la juzgaran de vaga e impertinente por estar con el señor de la casa.

—¿Dejaste solo al señor? —curioseó el ama de llaves, viendo como Ofelia se arremangaba la prenda para que no se mojara al lavar utensilios.

—Sí, está descansando. El doctor Flecher me dijo que lo sacara a pasear una vez al día para que no se le entumeciese la pierna y luego la recuperación fuera más dolorosa —respondió.

—¿Cómo ves al patrón?

—¡Oh, cada día mejor! —sonrió de oreja a oreja al decirlo. Aquel gesto despertaba más las esperanzas en la mujer. —Quiero saber algo, señora Griffith, ¿Cómo era el señor Horstman en su juventud? ¿Alguna vez fue generoso?

La señora Griffith dio una carcajada musical antes de responderle.

—¡Él era tan bueno! Toda la familia Horstman. ¿No te sorprende la buena paga? Los mejores patrones han sido para la región. Antes, cuando mi señor estaba en la época más feliz de su vida, tenía la fiesta para sus arrendatarios de manera anual. Él objetivo era juntarlos a todos y no solo para concretar intereses pecuniarios, sino también unión de familias. La señora Loida, era un alma de Dios, tan dulce que buscó refugio a unos huérfanos hasta ubicarlos con una pareja sin hijos muy adinerada en Londres. No sabes qué tiempos aquellos, Ofelia. El señor Horstman de hoy, no es la sombra de lo que fue.

Al escuchar su relato, a Ofelia se le agitó el corazón. No conocía a personas generosas. Tal vez

la señora Griffith estaba cegada por el cariño a su patrón, pero aquel rostro, esos ojos viejos brillantes al contar aquello, no podía ser un simple cariño, sino una verdadera admiración.

—Entonces no debe sorprenderme que el señor Horstman esté pensando en tomar a unas pupilas. Me ha contado que vio a dos pequeñas huérfanas en el bosque. Se me ha derretido el corazón —contó Ofelia—. No puedo dejar de pensar que el señor convertirá a esas criaturas desafortunadas en las más afortunadas. Tiene mucho que dar, y es probable que se deba a que desea irradiar aquel cariño oculto por su hija muerta.

—Cuánto amaba mi señor a su familia... La pérdida fue irrecuperable, ¡Pero tú estás aquí para ayudar! —se abrazó a Ofelia.

—¿Yo? —mencionó pasmada.

—Por supuesto. ¡Eres la adoración del señor Horstman!

Capítulo 24

La efusividad del ama de llaves no provocó en Ofelia ninguna desconfianza, solo creyó que la mujer estaba muy equivocada con respecto a que ella era la adoración del señor Horstman.

Estaba interesada en que él volviera por el buen camino que alguna vez transitó, equivocando su camino al perder todo lo que para él tenía sentido. El hombre solo cedía a lo que su espíritu le pedía, que era dejar de sufrir y no era con la muerte.

Podía ver en el señor Horstman una vista distinta de la primera que tuvo. No era aquel hombre sombrío que la azotó con la fusta. Podía asegurar que no la reconocería porque en aquel entonces tenía el cabello en un recogido trenzado y enmarañado por el susto que se llevó por los pájaros de la cabaña. La exaltación con la que le respondió también hacía su voz irreconocible, pues ella solo hablaba con dulzura y en voz baja.

Durante el tiempo que llevaba ahí, esperaba que el señor Horstman la reconociera, pero eso hasta el momento no ocurrió y era probable que esa fuera la mejor forma de continuar.

—Has venido para alumbrar esta casa, sin dudas. Desde que te vi la primera vez tuve una excelente impresión de ti, y a medida que voy conociéndote más mejora mi opinión. Tú cambiaste a mi señor y eso no tiene precio. Él es otro hombre, es aquel Lornell Horstman veinteañero. No lo conociste en sus años mozos. Era codiciado no solo por su atractivo, sino también por su dinero. Era el hijo mayor de un próspero hacendado, tiene un hermano y una hermana a los que jamás desatendió pese a que no tienen permitido venir a verlo. El joven amo cuando iba a presentar a su hermana en sociedad quedó prendado de la señora Loida y no tuvo más ojos que para ella. Es un hombre

completamente fiel —comentó la señora Griffith con añoranza de aquellos tiempos en que la casa era tan viva y feliz.

—Siento un sofoco en el corazón al pensar que tenía una vida hecha y la perdió. Debe ser un dolor terrible. Yo perdí a mis padres, pero quedaron mis hermanas para que no tuviera tiempo de lamentarme demasiado.

—¡Oh sí, tus hermanas! ¡Hay que llevarles comida, inocentes! —exclamó apresurada por separar un poco del almuerzo para las niñas.

Lornell fumaba su pipa tranquilo en el salón. Observó la chimenea sin hollín, la limpieza y distribución de los muebles, sin pasar por alto una flor. ¿Cómo era posible que aún estuvieran tan vigentes? ¿Qué haría Ofelia para alegrar la casa si el invierno estaba cerca?

Ella estaba en su mente, añoraba su compañía. Esperaba que el invierno fuera el momento de proponerle matrimonio. Estaba seguro de que Loida desde el cielo aprobaría aquella unión y que Elizabeth estaría orgullosa de que tomara a aquellas desamparadas como pupilas. Nada podía ir mal con aquellas intenciones.

Sopesó además volver a galantear. Olvidó lo que era una frase agradable, benevolente, halagadora y entretenida. Debía empezar a recordar sus artilugios de conquista, puesto que Ofelia se mantenía al margen de él, tan solo con la inanimada relación de doncella y patrón.

Aseguraba que aquella primavera aún lejana era su oportunidad de un debut que tal vez dio por perdida, resignándose a ser una criada. Con aquel corazón humilde que no tenía ambiciones, no le sorprendía que pensara de esa forma. Pero quizás la vida y él, tuvieran otra idea para ella:

convertirla en la dueña de todo aquello que la rodeaba si ella aceptaba.

Evitaba pensar en la peor de todas las opciones que era ser rechazado. Tenía en mente agradarla y no solo con palabras sino también con su presencia. Ropa, zapatos, corte de cabello a la nueva usanza. Todo lo que podía ser atractivo para una joven de diecisiete años. Podía también ser posible que sus conocimientos adquiridos con los años, fueran algo más a su favor contra cualquier joven. Él tenía propiedades, no solo en Derbyshire, sino también en Londres, Kent, Hampshire y otras. Volviendo a lo negativo, ella podía decir que no a su jugosa oferta, ¿Qué más tenía que ofrecer, más que comodidades y su corazón? Si aquello no era suficiente, la soledad siempre podría quedar a su lado, aunque sin la influencia de la demencia que dejó en él. También tendría a sus futuras pupilas, que podrían llenar aquel vacío de su corazón.

Sacudió un poco la cabeza para evitar pensar en la derrota antes de empezar a luchar. Se levantó del diván apoyándose en el bastón para ir a la biblioteca. Estaba avisado por Ofelia que lo llevaría a tomar el té en la terraza y en esa ocasión, él deseaba escuchar que ella le leyera poesía para hacerlo vibrar con nuevas ideas. Creía firmemente que Ofelia merecía las más dulces y melodiosas palabras. No sabía qué adoraba más de ella, si sus ojos, su carácter, su soltura o su propia belleza. Se debatía entre pensamientos sobre su perfección, para luego quedar en el mismo sitio, sin definir nada en absoluto o sin aportar nada resaltante. Tardó bastante tiempo en tomar la decisión por un libro, y creía que aquél podía ser el especial.

Durante el almuerzo, vio a Ofelia observándolo como el resto de sus criados mientras comía. Antes no notaba la incomodidad de ese momento, sin embargo, teniendo serias intenciones con Ofelia esa situación lo molestaba en demasía, pero no podía hacer nada para cambiarlo hasta que ella no se decidiera a aceptarlo.

Agradeció con amabilidad por la comida antes de levantarse de la silla. Ofelia no dudó en acercarse hasta él para ayudarlo a emprender su ida, aún así, Lornell levantó una mano para detenerla y negó con la cabeza.

—Suficiente con los paseos, Ofelia. Puedo ir solo, aquí tengo mucho de que agarrarme si siento algún tipo de debilidad —profesó con una trémula sonrisa que Ofelia aceptó casi encantada.

La señora Griffith no podía esperar por estallar y decirles a todos que su patrón estaba interesado en Ofelia. A nadie podía pasarle de ser percibida aquella intimidad que entre ellos se había forjado de manera amena.

Después que Ofelia siguió con la mirada a Lornell para asegurarse de que no caería, se colocó un abrigo un poco más grande. El otoño no perdonaba con los vientos fuertes y fríos y ella no se perdonaría caer enferma sin poder ver a sus hermanas o acompañar al señor Horstman en su recuperación. Tenía un alto sentido del compromiso con su patrón. Desde un principio tuvo fe en que él no era una mala persona y en ese instante podía asegurar que la mitad de Derbyshire estaba equivocada con respecto a él. Cuán generosos eran sus planes y con sana envidia quería rezar para que aquel beneficio fuese para sus hermanas y tuvieran una vida preciosa.

Las praderas frías y sombrías por aquellas nubes grises no podían acabar con su sonrisa. Vivía tranquila y casi sin preocupaciones, aunque tenía las preocupaciones básicas de una muchacha sin fortuna económica, pero muy afortunada con sus hermanas y la gente honesta que la rodeaba.

Olive y Odei estaban encantadas con la deliciosa tarta de carne de la señora Griffith. Odi había subido de peso y Olive se iba estirando un poco más. Que sus hermanas estuvieran sanas y contentas era un gran aliciente para ella.

—Señor... —pronunció Odei, mientras Ofelia la tomó en brazos para mimarla.

—¿Señor? ¿Qué señor? —indagó cariñosamente.

Odei señaló hacia el bosque, desconociendo la dirección donde ella se encontró con Lornell.

—¡Odi! —reprochó Olive al escuchar que la pequeña niña casi las estaba delatando.

—¿Olive, tú sabes algo de lo que quiere decir Odei? —increpó Ofelia con mirada que ordenaba una respuesta inmediata. No importaba lo cariñosos que fueran aquellos ojos, cuando exija solo había que responder.

—Hace unas semanas Odei se perdió mientras estaba lavando la ropa. Un señor con un caballo estaban bajo una sombra y él encontró a Odi que había sido alimentada con bayas del bosque por el extraño y luego ella se quedó dormida en su regazo.

Ofelia tenía el rostro ceniciento ante el peligro al que sus hermanas estuvieron expuestas.

—¡Y me lo dices ahora, Olive! ¡Oh, Dios mío y si es un mal hombre! —lamentó un poco sofocada por la culpa de dejar a sus hermanas solas.

—No era malo, era un hombre muy bueno, aunque no sonrío demasiado.

—¿Lo han vuelto a ver?

—No. No lo vimos más...

Aquella respuesta no contenía sus nervios, debía tomar más precauciones.

—Si lo vuelven a ver, huyan. Solo pueden abrir la puerta a los mozos de mi patrón que traen agua y velan por ustedes y al doctor Flecher. Son gente que está en mi alta estima y confianza.

—Por supuesto, Ofelia, lo que tú dispongas se hará —replicó Olive con obediencia.

Al dejar a sus hermanas, sentía un peso en el pecho. Dejarlas solas a merced de quién sabía, le ponía nerviosa. Eran pequeñas e indefensas, no tenían un padre que velara por ellas. Qué dificultad tan inoportuna. En un pleno momento de felicidad, aquello se ensombrecía con la existencia de un extraño que se ganó a la pequeña e ignorante Odei. Por más que le dijeran que los borrachos y los niños siempre decían la verdad, ella no estaba muy dispuesta a creer que un extraño haya tenido tantas buenas intenciones con Odei. Sin embargo, una idea fugaz pasó por su cabeza. ¿Y si era el señor Horstman quien las había encontrado? Dios bendito, eso no podía ser posible. Él no era muy amable, pero era una coincidencia muy grande y esperaba salir de la duda esa misma tarde.

Volvió con más ánimo hasta la casa y con mucho esmero preparó aquella jalea que deleitaba los sentidos del señor Horstman con tan solo olerla.

Al despertar de su larga siesta, Lornell lo hizo con el más dulce de los aromas. Tenía un cosquilleo en el estómago por ir a esa terraza y disfrutar de aquellas delicias que hacía Ofelia. Retomó el gusto por él té y no podía pensar en que sus galletas estuvieran sin aquel preparado sabroso que coloreaba los copos.

Bajó intentando ocultar su sonrisa. Cerró los ojos y se dedicó a sentir como aquel aroma lo penetraba con singular saña su olfato.

—¡Oh, señor Horstman! —exclamó Ofelia, sonriente—. Bajó por su propio pie sin que yo lo despertara.

—¿Quién es capaz de dormir con aquella jalea en el fuego? —preguntó ensanchando su sonrisa.

Ofelia le sonrió aún más, y se sonrojó por lo que le dijo.

—Iba a buscarlo para que fuera a la terraza. La tarde es ideal para un té al aire libre. No se quemará porque el ambiente templará su té, y dejará tibias sus galletas.

—La esperaré con el té en la terraza. Esta vez elegí un libro de poesía para el deleite de los oídos.

—La poesía es interesante. Deben ser unas prosas soberbias las que contiene ese libro.

—Aún no lo he leído, pero espero que así sean.

Se despidieron y Lornell fue a sentarse en la terraza para esperarla. La mesa estaba colocada

de manera distinta a como le gustaba a Loida. La enramada estaba perdiendo casi todas sus hojas, aunque no dejaba de ser esplendoroso aquel lugar que tan gratos recuerdos le traía y que en quince años miró con ingratitud.

Las cuatro sillas del té estaban alrededor de la mesa redonda. El típico florero que era el sello personal de Ofelia estaba ahí. Temía que hubiese gastado los chelines que tenía en embellecer la casa de su patrón.

Dejó el libro en la mesa y se dedicó a cerrar los ojos para disfrutar de aquella brava naturaleza. Solo fue interrumpido por las pisadas casi de un gato que tenía Ofelia.

Estaba acostumbrado a su caminata tranquila y sigilosa, era un hecho que siempre estaba pendiente de sus pisadas.

—¿Le agrada la terraza? ¿Ha notado los cambios? —preguntó la muchacha, bajando la bandeja.

—Han pintado la cerca de la terraza, Repararon el piso de madera, cambiaron de lugar la mesa y no podía faltar el inconfundible sello del terror en esta casa: sus flores... Me preguntó, Ofelia — se quedó callado por un breve periodo de tiempo—. ¿Qué hará cuando se acaben las flores en el invierno?

—¿Y su invernadero?

—¡Lo había olvidado! Eso significa que seguiré oliendo a toda clase de aromas en mi casa.

—Es mejor al menos que aquel olor a moho y rancio que tenía esta casa cuando yo llegué — dijo con suficiencia, casi desafiante.

—Ya me he resignado...

Ella se acercó y le sirvió el té, mientras él miraba con voracidad aquellas galletas con jalea.

—Siéntese a compartir conmigo el té —mandó, señalando un asiento.

—No es bien visto, señor —declinó presurosa.

—Entonces, siéntese para leerme la poesía mientras bebo mi té y disfruto de la galleta.

—Eso suena más apropiado —aprobó, sentándose casi frente a él. Tomó el libro de poesías y lo leyó.

Ofelia leía casi dándole vida a esas palabras. No podían salir de una fuente más digna que aquella. A Lornell le brillaban los ojos al escucharla leer con tanta pasión esas atrevidas letras, casi obscenas para un mujer como ella, mitad ángel y mitad mujer.

—¿Y qué cree usted de comparar la belleza de una mujer con la de un ángel? —la interrumpió Lornell en su lectura.

—No sé si es lo más apropiado. Sin embargo, suena hermoso. Pienso que los ángeles no son solo mujeres sino también varones. Quería preguntarle una cosa sobre lo que me dijo esta mañana sobre las niñas que vio en el bosque, ¿Sabe sus nombres?

—Una de las hermanas dijo que la más pequeña se llamaba Odi... —respondió un poco confundido por su pregunta—. ¿Por qué la pregunta? ¿Conoce a las niñas?

—Sí, esas niñas son mis hermanas, Olive y Odei... —contó dejando perplejo a Lornell.

Capítulo 25

Podía llamarlo fortuna por cómo sucedieron los hechos. Encontrar a las desamparadas hermanas de Ofelia en el bosque solo podía ser alguna señal divina de lo que podía acontecer entre ellos. Su perplejidad solo era superada por sus florecientes deseos de llevar a esas niñas aquel mismo día a su casa. No podía esperar a que dejaran de pasear solas por el peligroso bosque.

—Traiga a sus hermanas aquí, si es posible hoy mismo —mandó Lornell con la mirada fija en el rostro de Ofelia, que abrió sus ojos con sorpresa.

—Señor, aquello sería tan bueno, pero...

—Vi a la de mediana edad con una bolsa arpillera con ropas mojadas, ¿Le parece adecuado sacrificar a sus hermanas de esa forma sabiendo que yo puedo encargarme de ellas?

—No se ofenda, pensé que en algún momento, mi tío recapacitaría para hacerse cargo de ellas y de mí. He pensado en muchas opciones para sacar a mis hermanas adelante y una de ellas es contraer matrimonio, pero eso está muy lejano.

—¿Privaría a sus hermanas de una vida excelente con mi dinero por simplemente no desear que yo me haga cargo de ellas? —indagó molesto—. Mire todo esto, Ofelia. Tengo una vasta propiedad que no tiene vida, no tiene alma. Me sobra dinero y a ellas le falta, es compartir mi riqueza con quienes la necesitan.

—¡Jamás las privaría de eso! —aclaró vehemente—. Solo que me da vergüenza con usted. No solo he invadido su casa, sino ahora quiero encajarle a mis hermanas, ¿Qué pensará usted de mí?

Él tomó un sorbo de té y suavizó el rostro que se había tornado tormentoso.

—Que soy afortunado por conocerla y conocer a sus hermanas. Es todo lo que me permite pensar. Para que usted no se sienta incómoda, tal vez quiera ser la institutriz de las pequeñas —dijo sin comentarle sus verdaderas intenciones de querer convertirla en su esposa—. Su estatus en esta casa sería el más alto de toda la servidumbre y la paga mucho más...

—Pero si cuidaría de mis hermanas...

—No, usted cuidaría de mis pupilas. ¿Sabe de alguna disposición de su padre sobre algún testamento? ¿Tenían un abogado?

—Creo que el señor Leinster, amigo de mi padre era su abogado. No estoy segura de que haya un testamento. Con mi madre solo sabíamos que no podíamos heredar y que nuestro tío nos pasaría una pensión hasta que mi madre muriera. Supongo que pensó que mi madre viviría mucho tiempo o al menos hasta que yo me casara.

—Pues iré junto a ese abogado y averiguaré todo lo que pueda con respecto al dinero de su padre. Por lo general las mujer no pueden heredar, pero hay ciertas disposiciones que su padre pudo haber dejado para resguardar a sus hijas, seleccionando un tutor y administrador de su dinero. Son las extrañas las circunstancias de ustedes...

—Yo desconozco cualquier cosa que mi padre haya dejado por escrito. Me presenté pidiendo ayuda, pero fuimos casi corridas de la casa de mi tío.

—Mientras mantengo esas averiguaciones, usted traerá a sus hermanas aquí. Vaya en el carruaje...

—Es un abuso.

—No me dé dolores de cabeza, Ofelia. Haga lo que le digo y fin de la discusión.

Ella sonrió entre lágrimas. Tanta era su suerte que no podía aún creerlo. Se podía pellizcar el brazo mil veces y sentiría dolor, porque aquello no era un sueño, sino una perfecta realidad.

—Con permiso, señor —pronunció abandonando el libro para salir apresurada en busca del carruaje.

Él se cubrió el rostro. No sabía si era lo correcto no haberle propuesto matrimonio ya en ese momento. Sin embargo, era probable que se sintiera presionada por aquello. Su mente hizo conjeturas rápidas para ofrecerle un puesto como institutriz en su casa y eso parecía conformarla. Ignoraba sus verdaderas intenciones y esperaba que no lo juzgara con dureza cuando llegara el tiempo perfecto.

—¡Señora Griffith! —llamó alzando la voz.

La mujer con las manos estrujadas en el delantal apareció frente a él, presta a obedecer sus órdenes.

—Diga, señor Horstman.

—Ofelia irá por sus hermanas. Prepare la habitación de Beth para la pequeña y la habitación de al lado para la mediana.

—¿Entonces las hermanas de Ofelia eran las niñas del bosque que me comentó ella que usted vio?

—Coincidencias afortunadas, señora Griffith. No sé cómo no hice conjeturas antes.

—¿Y para Ofelia? ¿Qué cuarto le ofrezco?

—Aún seguiré en el suyo. Me temo que podría asustarla si la cambio de sitio. Le ofrecí ser la institutriz de mis pupilas, no me he atrevido a más. Pienso en ir a Londres y quisiera que Gary me acompañe.

—¡Pero si no está recuperado!

—No importa. No haré ningún esfuerzo. Veré qué más puedo hacer por ellas. Vaya a hacer lo que le pedí...

—¡Por supuesto, por supuesto! ¡Tendremos niñas en esta casa, y qué niñas! —exclamó muy feliz la señora Griffith, corriendo para cumplir los mandados.

Continuó bebiendo su té y comiendo las galletas con tranquilidad. Se sentía un hombre diferente, uno nuevo que despertó de un gran letargo. Tenía muchas complicaciones mentales a causa de saber que sus futuras pupilas eran hermanas de Ofelia. No podía ofrecerle ser su pupila y luego pedirle matrimonio. Sería condenable ante cualquier persona semejante acto. Además, debía saber cuáles eran las condiciones de su tutela. El tío tenía mucho que ver en aquel problema porque a su parecer, el hombre se había desentendido completamente de sus sobrinas y estaba llevándose el dinero que les pertenecía.

Ofelia estaba sonriente dentro del carruaje. Sus hermanas no imaginaban cómo la vida las había iluminado y por qué no decirlo: a ella también. Tendría la oportunidad de velar por la educación de sus hermanas aparte de beneficiarse ella con un puesto más alto en la servidumbre. Estaba muy conforme con eso. Lo importante desde que su vida había perdido toda posibilidad de ser una señora, era que sus hermanas tuvieran una oportunidad diferente y lo había conseguido. Su paciencia, sus objetivos trazados y su compañía habían cambiado al señor Horstman para hacerlo un hombre mejor y ese día lo había comprobado, pues él mismo se lo dijo.

Sentía un cariño especial por el señor Horstman. Acompañarlo cada día ya no era un sacrificio, pese a seguir teniendo mal genio en ocasiones. Él la dejaba leer en su biblioteca, sentarse a su lado en su té y consultarle todo lo que a él le generaba dudas. Entre los dos se había

creado un vínculo de lo que ella creía tal vez que fuera de amistad. Después que le comentó sobre hablar con el abogado, solo podía pensar en que las buenas intenciones estaban en su mente todo el tiempo.

Sus pensamientos viajaron al momento en que lo conoció se pasaba cuestionándose, ¿Cómo un hombre tan amable y preocupado se había convertido en cruel y huraño? Solo un gran dolor y vacío espectral pudieron cambiar a alguien para mal.

—Hemos llegado, Ofelia —informó uno de los mozos, pues ella estaba retraída en sus confusos pensamientos.

—Gracias.

Ofelia bajó del carruaje con la ayuda del joven y se colocó nerviosa frente a la puerta. No imaginaba cómo comunicarles tan buena noticia a sus hermanas.

Pasó la puerta y las niñas estaban jugando a las escondidas detrás de las almohadas.

—¿Ofelia? —preguntó Olive al verla a aquellas horas en la cabaña.

Odei también quiso pronunciar su nombre, aunque sin mucho resultado, por lo que decidió solo extender los brazos para apelar al afecto de su hermana.

—Olive, estoy aquí por un milagro que nos ha acontecido.

—¿Cuál es?! —curioseó la niña con los ojos muy abiertos.

—He venido a llevarlas conmigo a la hacienda del señor Horstman.

—¿Pero si es un hombre malo! ¿Qué de milagro hay en eso? —observó Olive con impaciencia.

—Mi querida hermana hueca —rió Ofelia—. Te he dicho que no llamas así al señor Horstman. Hoy puedo decirte que no es malo, no tiene una sola vena de maldad.

—¿Cómo estás segura? ¡Te castigó! —le recordó la niña. Ofelia se acercó a Olive y sentó a Odei en su regazo.

—El hombre que conocieron en el bosque, era el señor Horstman. Tú misma dijiste que no era un señor malo. Oh Olive, él quiere que ustedes dos sean sus pupilas. El futuro de ustedes, mis amadas hermanas, está asegurado —dijo rota por la emoción de contarle eso a ellas. Odei no lo entendió y a Olive le era difícil comprender de lo que hablaba su hermana mayor.

—¿Eso significa que tendremos vestidos nuevos, una institutriz y una habitación independiente?

—Más que eso. Tendrán una familia. Te contaré algo de él...

Ofelia le contó a Olive sobre el señor Horstman y su triste existencia sin ningún tipo de sentido hasta que conoció a las hermanas Weatherly.

Olive más convencida con lo que dijo su hermana, abrió su mente a todo aquello. Ya no creía que el señor Horstman era un hombre malo, sino un poco estricto. El día que lo conoció le pareció rígido, pero buena persona.

Subieron sus pocas pertenencias al carruaje y cerraron la puerta de la cabaña con llave. Dejaban aquella vida de pobreza para volver al estatus anterior, al menos sus hermanas tendrían lo que deseaban con el señor Horstman. Presentía que Odei sería la protegida por excelencia gracias al recuerdo que tenía de su pequeña hija muerta.

Las tres no dejaron de sonreír, estaban contentas. Ofelia era feliz por la suerte de sus hermanas, Olive porque iba a ser nuevamente educada y Odei porque sus dos hermanas sonreían sin parar y era contagioso.

—¡Esa casa es más grande que la nuestra, Ofelia! —exclamó señalando la casona.

—Y es más lujosa.

—¿Quiénes más viven aquí?

—Solo el señor Horstman y la servidumbre.

—¿Y tú qué serás, Ofelia? ¿También su pupila?

Ofelia quedó un momento en silencio y se puso a meditar sobre eso. El señor Horstman no le había ofrecido ser su pupila, sino la institutriz para sus pupilas. Ser una pupila suya sería un abuso interminable de su generosidad y estaba agradecida de que él no hubiese pensado.

—Seré la institutriz de ustedes.

—¡Pero eres mala para las artes! —reclamó Olive.

Descendieron del carruaje y se quedaron mirando la fachada de la gran casona. Odei estaba en el brazo de Ofelia, pero exigió con reclamos que la bajara.

La puerta se abrió y la señora amable que conocieron Odei y Olive en la cabaña estaba ahí abriendo la puerta y haciéndose a un lado para que pasaran. Con una interminable sonrisa vio a la más pequeña de las Weatherly subir los escalones para llegar a la puerta.

La señora Griffith preparó un baúl para que el señor Horstman pudiera partir temprano a Londres. Estaba entusiasmada por todo lo que ocurría en la hacienda. Sus fuerzas habían vuelto para trabajar con mayor entusiasmo. Gary también parecía más entusiasmado. El despertar no solo era de su señor, sino también de toda aquella servidumbre que se ensombreció por el dolor que sufrió.

La habitación de Beth parecía llena de vida. La aireó para que no tuviese aquel aroma a abandono y la perfumó con esencias de jazmín y lavanda. Hizo lo mismo con la otra habitación. Esperaba que las niñas se sintieran muy bien adentro.

—¡Bienvenidas, niñas! —expresó con los brazos abiertos.

Odei pasó de largo corriendo para mirar dentro de la casa, dejando a sus hermanas rezagadas. Lornell escuchó que el carruaje había llegado y con cierta ansiedad esperaba que las niñas entraran y les fuera agradable la casa.

Fumó un pipa para calmar sus nervios y ansiedad a la espera de ellas. Exhaló unos ondulantes círculos de humo y luego bajó la vista a la pequeña rubia que estaba frente a él.

La emoción arrolladora que lo envolvió hizo que él tomara de ambas manos pequeñas a la niña para luego llevarlas hasta sus labios.

—Bienvenida seas, mi niña —dijo besando con afecto aquellas manos.

Odei estaba divertida con aquella atención e intentó que le salieran palabras, aunque sin mucho éxito.

Ofelia entró con su cohibida hermana Olive hasta el salón donde al parecer el humo de la pipa del señor Horstman la asustó. Al ver que Odei intentó pronunciar palabras, Ofelia supo que un afecto especial crecía entre su patrón y su hermana pequeña.

Capítulo 26

Olive se estrujó las manos al ver sentado al señor Horstman, y a Odei frente a él con una sonrisa.

—Ve a conocer la casa —ordenó a Odei que corrió observando todo. Se acercó a la chimenea que para su suerte no estaba encendida—. La chimenea no se toca —dijo Lornell con aplomo sobresaltando a la pequeña.

—No se preocupe, señor Horstman. Le enseñaré eso a Odei —habló Ofelia atajando a Olive de los hombros.

—Prefiero que le coloquen rejas a la chimenea. No me perdonaría si le ocurriera algo. Bienvenida, Olive. Ofelia me ha dicho que ese es tu nombre —saludó levantándose para pasarle la mano—. No temas de mí, tus hermanas no me temen, toma sus ejemplos.

Ella estiró su mano para estrechar la mano que; aquel señor un poco sombrío para su gusto, le pasaba.

—Gracias. ¿Algo se está quemando? Hay mucho humo —se quejó Olive.

—¡Olive! —reprochó Ofelia sin pérdida de tiempo.

Lornell comprendió lo que la pequeña dijo. El humo de su pipa podía resultar molesto para los sanos pulmones de las hermanas Weatherly.

—Mis disculpas, Olive. Hay hábitos que debo dejar de lado si tendré pupilas aquí. ¿Podría abrir las ventanas, Ofelia, y llevarse mi pipa? Llévela a mi biblioteca.

—Qué vergüenza, señor Horstman. A veces Olive es demasiado habladora.

—¿Aún le duele la pierna? —siguió Olive preguntando.

—No, querida. Ya no duele.

—¿Y no era que se iba a morir de dolor? —insistió, arrancándole a Lornell una sonrisa divertida.

—Señor Horstman, llevaré a las niñas para que conozcan sus habitaciones —irrumpió la señora Griffith ante el rostro desesperado de Ofelia que abrió la ventana.

—Por favor. ¿Han traído baúles? Si no tienen vestidos, usted señora Griffith, está autorizada para comprarlos mañana.

Los ojos de Olive brillaron al escuchar la palabra vestidos. Adoraba los preciosos vestidos.

Ofelia miró el rostro feliz de su hermana y buscó a la más pequeña con la vista. Odei había traspasado el salón y estaba queriendo subir por las escaleras, segura de que se adelantaría al resto.

—Sí, señor Horstman.

—Otra cosa, señora Griffith, sirva la cena a las siete. Las niñas son pequeñas y deben dormir temprano.

—Por supuesto, señor. Venga, señorita Olive —dijo la señora Griffith ofreciendo su mano para que fueran hacia las habitaciones. Luego buscó con la mirada a Odei que ya iba por el primer escalón. La tomó en brazos y fue con ellas hacia la planta superior.

Lornell se quedó a solas con Ofelia que tomó su pipa para llevarla a la biblioteca.

—No creo que sea bueno que las niñas me vean fumar. Tire la pipa.

—No quiero que mis hermanas le causen disgusto alguno. Las educaré para que no sean

metidas, señor Horstman.

—¿Metidas? ¿Qué dice, Ofelia? No hay cosa más refrescante que la sinceridad de una niña de ocho años y la inocencia de un bebé. Espero estén felices en esta casa. Estoy contento de tener compañía y esto no sería posible sin usted. Las peripecias de la vida la colocaron a mi servicio y espero algún día, retribuirle este bien que me hace.

Bajó la cabeza muy avergonzada y a la vez emocionada por sus palabras. Ella era quien debía retribuirle de alguna forma su generosidad.

—Acompañe a sus hermanas para que conozcan sus habitaciones y bajen a tiempo para la cena. Mañana si van al pueblo, aproveche y traiga al herrero para que tengamos las precauciones en cada chimenea de la casa, ante mi ausencia, usted es la encargada de las niñas.

—¿Su ausencia?

—Iré a Londres. Tengo todo listo para ir a ver al abogado de su padre.

—Debo acompañarlo, usted no está bien aún.

Él agradeció con un gesto de cabeza la preocupación.

—Gary me acompañará. Espero traerle buenas noticias de Londres y también espero no perderme. Tengo más de quince años sin ir.

—¿Cuánto tiempo estará en Londres? —indagó con ansiedad y preocupación por su salud.

—Desconozco el tiempo. Estaré ahí todo lo que sea necesario.

Después de esa corta charla que la dejó más afligida que contenta subió para ver a sus hermanas. Olive estaba cómodamente tendida en la cama. Observó la amplia habitación, el guardarropa; que para su desgracia era muy pobre, pues sus prendas no llevaban ni tres colgadores.

Luego pasó para ver la habitación donde estaba Odei. La pequeña estaba sobre la alfombra mullida, con algunos juguetes de trapo que parecían un poco antiguos.

Ofelia varias veces había entrado a esa habitación para mantenerla limpia y siempre tuvo la sensación de tristeza y soledad que embargaba aquel lugar, pero viendo a su hermana con aquellos juguetes y la luz que iluminaba la habitación tuvo otra sensación. Recordó la habitación de Olive cuando era pequeña y su padre cuando volvía de un día atareado por las visitas a sus pacientes, se acercaba a la cuna de Olive y le decía lo especial y hermosa que era.

Odei no tuvo aquella oportunidad de que la amaran, y tal vez, el señor Horstman fuera más que un tutor para ella, sino más bien un padre. Lo deseaba de corazón, ambos serían felices. Aquella podía ser una retribución de la vida. Dios daba y quitaba. Ese podría ser el momento en que dos despojados del amor, encontraran la felicidad en sus desgracias.

A las siete de la tarde, las niñas estaban sentadas junto al señor Horstman a la mesa. Olive vio aquella distribución que en su casa hubo por mucho tiempo en la mesa, y que su antigua institutriz no alcanzó a enseñarle por completo.

Ofelia vio a sus hermanas sentadas a la mesa y se acercó a acomodarlas. Les colocó sus prendas menos gastadas para que tuvieran buena presencia frente al señor Horstman.

—La institutriz de las niñas tiene que estar en la mesa —indicó el señor Horstman—. Sirva un plato más, señora Griffith. Ofelia, no está sorda —comentó al verla inmóvil.

Ella se acercó con vergüenza, mirando a la señora Griffith que le sonrió y apoyó para que se sentara.

—Puedo enseñarles los modales en la mesa con algunas frutas en un horario distinto, señor Horstman. No quiero incomodarlo.

—Puede hacerlo otro día, hoy debe enseñarle a las pequeñas. Odei puede quemarse con la sopa. Olive veo que se defiende tan bien como yo. Espero no esté satisfecha para el postre.

—¿Ha dicho postre? ¡Por supuesto que estoy disponible para el postre!

—Olive, una señorita jamás se muestra entusiasmada de esa forma por la comida. No es bien visto —reprochó tomando la cuchara que Odei tenía en su mano.

—Lo siento. Es que llevo años sin ser educada. Ofelia sabe cuánto he deseado una institutriz que sea diestra en las artes. Señor, siento decirle que Ofelia no es muy capacitada con el pianoforte...

Ella buscó el pie de su hermana para pisarlo bajo la mesa, aunque no lo encontró. Ofelia estaba muy avergonzada por la lengua de Olive. No mentía, sin embargo, complicaba su situación en la casa.

—Ofelia puede ser la niñera e institutriz de Odei y conseguimos otra para que cumpla con lo que deseas —consintió él por sobre la autoridad de su hermana—. No se enoje con la niña, Ofelia.

—No lo haría, señor. Soy consciente de lo que dijo y a usted también se lo comenté.

La cena continuó en paz hasta que Odei dio pequeños cabezazos hacia el frente de la silla en la que estaba debajo de varios cojines. Ofelia iba a tomarla, pero Lornell se lo impidió con una negativa de su cabeza. Él se levantó y la tomó en sus brazos.

—Señor, ella es muy pesada para usted y su pierna.

—Mi pierna no siente dolor —dijo antes de tomar su bastón.

La pequeña recostó su rostro en su hombro y se dejó guiar por él para subir a la habitación. Era indescriptible la emoción que lo embargaba, tanto, que la molestia del bastón ni siquiera la sentía. Subió sin inconvenientes con ella en brazos y lo disfrutó como lo mejor que existía.

Olive seguía feliz ensañada con dos pedazos de postre. Ofelia decidió dejar a su hermana e ir detrás del señor Horstman para que nada les ocurriera.

Pensó que lo encontraría subiendo a duras penas los escalones. No obstante, aquello estaba vacío. Subió presurosa hasta llegar a la habitación. La puerta entreabierta le ofrecía algo que ella no había visto hacia muchos años. La tenue luz de una lámpara, alumbraba el rostro del señor Horstman recostado en la jaula de la cuna, acariciando con una mano el rostro dormido de Odei.

Su corazón pareció partirse en pedazos al verlo. Podía ver algo brillante en sus ojos que parecían ser lágrimas de emoción.

—Tú me necesitas, y yo muero de necesidad por ti, mi preciosa niña —pronunció antes de abandonar la habitación.

Ofelia tenía una gran opresión en el pecho por aquel hombre. Era todo lo que supuso que ocurriría. Era cuestión de tiempo para que él, la despojara de su hermana y ella no podría negarle aquello que su corazón anhelaba: volver a ser padre.

Corrió hacia la escalera al escuchar el bastón del señor Horstman y luego se giró como si estuviera subiendo las escaleras. Vio a su patrón dirigirse a su habitación.

—¿Podría subirme un licor? El de su preferencia, Ofelia, o el que cree que me gustará —pidió para evitarse la fatiga de bajar.

—Se lo acerco a su habitación. También le pediré a Gary que vaya a ayudarlo con su ropa de cama —se despidió.

Le entregó una sonrisa muy nerviosa. No era aquella que le solía entregar con frecuencia. No era dada a demostrar su tristeza o aflicción porque debía ser fuerte, lo tenía en su mente. Tenía que mostrar fortaleza frente a quienes dependían de ella. Sus tristezas y su felicidad no eran nada comparadas con la tristeza y la felicidad de aquel hombre. Tener ahí a sus hermanas lo hacía feliz, había llegado su tiempo de abandonar la dura coraza que lo cobijó durante años. Su vida nunca tuvo más sentido que aquel que era cambiar la vida de Lornell Horstman el viudo y sus hermanas

las huérfanas.

Pasó por el comedor con el rostro un poco triste. Tenía que llegar a la cocina donde estaba Gary y pedirle que fuera a atender al señor Horstman.

—Qué bueno que lo encuentro, Gary. Por favor vaya para ayudar al señor Horstman con su camisón y yo le llevaré su licor en un instante.

—Por supuesto, Ofelia. La señorita Olive está en la cocina, creo que el postre es muy delicioso para ella.

—Gracias por decirme.

Entró a la cocina y se colocó con los brazos en jarras.

—Olive Weatherly —pronunció enfadada—. ¿Dónde has aprendido esas maneras tan toscas?

—No regañes a la niña, es la pupila del señor Horstman —la defendió la señora Griffith.

—Más que la pupila del señor Horstman, esta muchachita es mi hermana y mucho me temo que continuaré reprochándole muchas cosas. Debes dormir temprano, ve a la habitación —ordenó cruzando los brazos bajo el pecho.

—Está bien, Ofelia. ¿No crees que es maravilloso que vuelva a tener una institutriz? Soy muy feliz, aprenderé a pintar y a tocar el pianoforte —dijo pasando junto a su hermana, no sin antes darle un beso en la mejilla.

—No deberías ser tan severa con ella. Es una niña muy inteligente y divertida. Si supieras la felicidad que nos da tener a las niñas aquí, no le reprocharías nada.

—¿Cree que soy muy estricta, señora Griffith? No sé cómo ser de otra forma con mis hermanas.

—Olive me dijo que no te ha visto llorar ni con la muerte de tus padres. Debe ser pesada la carga que tienes —le consoló la mujer frotándose ambas manos por los brazos de ella.

—Ser la guía de ellas es una tarea difícil. Espero que mis hermanas paguen bien la generosidad del señor Horstman.

Una vez que los gallos del corral indicaron que era hora de levantarse, la casa estaba en preparativos para la partida del señor Horstman a Londres.

Las niñas no se habían despertado aún. Solo la servidumbre estaba haciendo sus quehaceres y también subiendo sus cosas al carruaje.

—Cuide de Ofelia y de las niñas, señora Griffith —pidió Lornell antes de colocarse su sombrero—. Y usted, Ofelia, sea más flexible con las pequeñas. Acompáñelas al pueblo a comprar ropa y compre algo para usted.

—No se preocupe por mí, señor Horstman. Le indiqué a Gary como ver su herida y limpiarla si hace falta.

—Usted es quien no debería preocuparse por mí. Hasta pronto —se despidió subiendo al carruaje.

Todos despidieron al señor Horstman y a Gary. Cada quien con su temor hacia él. La señora Griffith presentía que el señor Horstman no estaba sin miedo, Ofelia temía por su herida y sus medicamentos además de que aún no se iba y comenzaba a sentir la soledad de no tener con quien al menos discutir.

Capítulo 27

Lornell estaba vestido de manera elegante, al menos como la elegancia exigió en sus tiempos antiguos. En Londres haría muchas cosas y entre ellas estaba buscar prendas de moda y un corte de cabello.

Llevó uno de sus libros para el largo viaje hasta Londres. Pensó en quedarse en una pensión, pero tenía a sus hermanos que aunque hubiese pasado el tiempo, estarían un poco animados de que él fuera a visitarlos.

—Iremos a casa de mi hermano Ethan y también veré a Lorraine.

—No cabrá en ellos la sorpresa de verlo, señor. Bendita sea la aparición de Ofelia en la hacienda —festejó el hombre que vería a sus otros patrones después de tantos años.

—Es probable que conozca a mi sobrino Maxwell. Debe tener como doce años, tal vez más. Me lo contó Ethan por una carta que respondí con acritud. De Lorraine tampoco sé mucho, hasta donde supe no tuvo hijos con su esposo.

—Es que usted trató muy mal a la señorita Lorraine.

—No iré en busca de perdón, solo a mostrarles que sigo con vida, era lo que deseaban.

El camino a Londres era gris y sombrío. Gary era su mayordomo de confianza, aunque con su edad se quedaba dormido con frecuencia. No se podía hacer gran conversación con él. Llevaba unas horas en el carruaje sin estirar las piernas que ya sentía que extrañaba los reclamos de Ofelia para cuidar de su salud.

Sonrió al recordarla. Londres no solo le ofrecía una oportunidad de rejuvenecer, sino de también llevar una joya especial para proponerle matrimonio a Ofelia. Aquel invierno que se avecinaba, ya no sería tan frío como cada año, ni estaría lleno de soledad. Su casa estaba llena y al llegar así continuaría. Cada invierno sentía que su corazón estaba más endurecido por la escarcha que producía cada lágrima que derramaba por sus pérdidas. Ofelia y sus hermanas estaban destinadas a derretir su corazón de invierno para llenarlo de primavera.

El nuevo amor era más que una ilusión, era volver a nacer, tanto que deseaba ver a su familia.

Cuando llegaron a Londres, el clima era adverso. Un viento frío con gotas de lluvia golpeaba el carruaje y él deseaba buscar refugio para ellos. Sobre Mayfair estaba la casa de su hermano Ethan y era ahí donde estaban yendo.

Por la ventana del carruaje vio a los caballeros con colores más vivos de los que él tenía puestos. Las botas altas, las calzas y las elegantes levitas cubiertas por un saco eran la moda. Él con aquel negro parecía un hombre fúnebre.

Bajó del carruaje y se cubrió con una capa para tocar la puerta de la casa de su hermano. Gary a su lado estaba más ansioso que él mismo.

Un hombre de mirada somnolienta les abrió la puerta.

—Buenas tardes, caballeros. ¿A quiénes tengo que anunciar?

—Al señor Lornell Horstman —respondió Gary.

El mayordomo de la casa pareció despertar con aquello, y su rostro impasible tenía una expresión de asombro.

—Por favor, pase. Si me permite su abrigo —se apresuró el hombre para atenderlo.

En el salón, su hermano estaba sentado con el periódico, su esposa estaba haciendo una

interesante costura a un mantel, el muchachito que debía ser su sobrino, tenía los ojos puestos en un cuaderno y un hombre estricto estaba parado detrás de él.

—Disculpe la interrupción, señor Horstman. Tengo que anunciar al señor Lornell Horstman...
—pronunció el hombre llamando la atención de toda la familia ante aquello que parecía ser un absurdo.

—¿Lornell? —preguntó su hermano, antes de verlo entrar después de ser anunciado. Le costó reconocerlo en un principio por su terrible apariencia desgarrada—. ¡Lornell, oh Dios, es Lornell!

El hombre que era unos años más joven que Lornell, se acercó a su hermano y sin más palabras, lo abrazó.

—Te hacía muerto y olvidado, hermano —declaró emotivo.

Lornell correspondió a su abrazo, guardando sus emociones más íntimas.

—Ethan, estoy con vida y hasta ahora lo sé.

—¿Gary? —preguntó separándose de Lornell.

—Joven Ethan —lo saludó sin escatimar en lágrimas.

—Mi viejo Gary —se abrazó también a él.

La mujer que era la esposa de su hermano, se tapó los labios de la sorpresa, pues se había cumplido un sueño anhelado por su esposo.

—Betsy, hay que preparar una gran cena. Envía una invitación a Lorraine. Dios mío, no puedo creerlo —habló impresionado Ethan.

—Señora Horstman —se acercó Lornell para tomar su mano y dejar un beso—. Hace años que no la veo, sigue muy hermosa.

—Yo no sé qué decir —dijo apenas—. Bienvenido, señor Horstman.

—¡Maxwell, ven aquí! —estiró Ethan a su hijo que estaba confundido por ver a aquel hombre que mucho escuchó en labios de sus padres, pero que nunca había visto—. Él es tu tío, mi hermano mayor, Lornell Horstman. Ha llegado el día que pensé que no llegaría para que lo conocieras.

—Bienvenido, señor Horstman, perdón, tío Lornell —habló un poco avergonzado. Lornell hizo una inclinación amistosa hacia su sobrino.

—Eres idéntico a tu padre cuando tenía tu edad —dijo golpeando un poco el brazo de su tímido sobrino.

—Aún no puedo creerlo.

Su hermano Ethan no paraba de mirarlo con ansiedad y asombro. Los años no parecieron pasar por su hermano. Se veía un poco ajado en sus prendas y estaba muy desteñido aquello que llevaba puesto. También su apariencia parecía que tenía falta de aseo y no podía hacer más que preguntarse por ese bastón que lo acompañaba.

—Yo tampoco. Estoy de paso por Londres.

—Pero te quedarás a una gran cena en tu honor. Lorraine no creerá lo que encontrará aquí.

Se sentía extraño entre tanta atención que le profesaba la familia de su hermano. Su sobrino lo miraba con expectación, pendiente a lo que podría decir. Después del afectuoso recibimiento, dejaron que la señora de la casa moviera a todos sus empleados para la gran cena que ordenó su emocionado esposo.

Los hermanos Horstman se encerraron en la cálida biblioteca que tenía encendida la chimenea. Ethan invitó a su hermano a sentarse, pero Lornell se acercó a la chimenea.

—Fueron muchos años, Ethan. Incluso, no puedo reconocer Londres. He estado encerrado quince años...

—Estoy feliz de que hayas recapacitado y abandonarás aquel doloroso refugio. ¿Qué te ha

hecho cambiar? Nosotros, tu familia, no hemos podido hacer nada por ti.

—Fue una muchacha que entró al servicio de la hacienda. Su paciencia, su dedicación y su cuidado me han cambiado. Es un hecho que estoy aquí por ella, para averiguar sobre el testamento de su padre. Vine buscando a un abogado de apellido Leinster.

—Crist Leinster, supongo. Es el único abogado con ese apellido en Londres. No me digas, tienes a una joven en apuros en tu casa.

—No solo una joven en apuros, también a sus hermanas. Las he tomado como mis pupilas.

—¿A todas?

—No. A Ofelia quiero tomarla como mi esposa.

El rostro de su hermano estaba más que anonadado. Su hermano había abandonado su fría cueva por una mujer a la que quería convertir en su esposa. Nada más le constaba a él que su hermano era un individuo de alta fidelidad a sus sentimientos. Cuando alguien entraba en su corazón era porque lo merecía completamente.

—Una esposa. Es un gran paso y un gran riesgo.

—Estoy dispuesto a que todo salga bien. No sé si la muchacha me corresponde en sentimientos, pero espero enamorarla alguna vez, cuando me anime a hablarle de mis sentimientos. Necesito mucho para adquirir confianza en mí. He averiguado que le agrada un hombre de buen vestir y joven —rió con humor—. ¿Eso no dice que ya he perdido? Soy un viejo de cuarenta años con la ropa ajada.

—Los años no han pasado por ti. Solo tu ceño se ha fruncido un poco y la ropa no es mayor impedimento.

—¿Me acompañarías mañana a comprar unas prendas y también a buscar al abogado Leinster?

—¡Por supuesto! Nada me haría más feliz que eso. Leinster vive siete calles abajo, es lo más sencillo.

—Te lo agradezco. ¿Crees que a Lorraine le agrada verme?

—Tal vez no sobreviva a la impresión.

Lornell y su hermano conversaron hasta la cena. Por más que Lornell no ha pisado fuera de su hacienda, tenía muchas cosas que contarles a su hermano y su hermano aún mucho más.

Lorraine había contraído matrimonio con un conde afable poco antes de morir su esposa e hija. Su hermana era condesa de Jersey y tenía dos niños pequeños, uno de seis años y el otro de tres, asegurando de esa forma la descendencia de su esposo.

—Buenas noches, Betsy querida. Me encantan las cenas sorpresa. Dejamos a los niños con la niñera y vinimos a divertirnos —saludó la condesa de Jersey.

—¿Dónde está Ethan? He traído un brandy del mejor, quiero dejarlo avergonzado de sus licores —bromeó el conde.

—Ethan está en la biblioteca con una visita que nos acompañará en la cena.

—¿Alguien desconocido? Me agrada hacer nuevas amistades, pero pensé que sería algo íntimo —dijo menos animada Lorraine.

—Es alguien que conocen bien, tomen asiento, iré por el tentempiés.

Los hermanos Horstman salieron de la biblioteca y Lornell pudo divisar la elegante postura de su hermana Lorraine. Su cabello castaño estirando al rubio era inconfundible y por supuesto aquella sonrisa cómplice que le dedicaba a su esposo.

—Lorraine, August —expresó Ethan, llamándolos para que miraran hacia él.

Su hermana fue la primera en mirar y quedar blanca como si hubiese visto un espectro. El esposo continuaba con los ojos abiertos esperando reconocer al hombre.

—Lory... —dijo Lornell para asegurarle a su hermana que era él y no un fantasma.

Lorraine tenía los labios encorvados en todas las direcciones por soportar el llanto que deseaba escapar de ella. Desvió sus ojos y alzó su nariz con altanería al ver que Lornell se acercaba a ella.

—Lory... —volvió a decir—. Lo siento mucho...

—¿Lo sientes? Tú no sientes nada —reclamó dolorida por sus recuerdos—. No te dolió verme sufrir por ti, por darte mi solidaridad y mi apoyo, por mi consuelo...

El conde de Jersey tomó a su esposa de ambos brazos y la acercó a él.

—¿Qué es esto, Ethan? Lorraine no está para esta clase de sorpresas —reclamó el conde preocupado.

—Lory... —habló Lornell tomando una de sus manos—. Perdóname. Solo quería ayudarte, pero el dolor me hizo sordo y para mí mala suerte no me hizo mudo, mi querida hermana. A ti más que a nadie le prohibí la entrada para entregarme consuelo. He tardado quince años en darme cuenta de aquello y para que sirva a tu consuelo, no fui feliz.

—No me consuela saberte infeliz. Me consuela saber de ti...

Ella dejó a su esposo y se abandonó para ir a los brazos de su hermano al que extrañaba con locura. Él había sido quien la cuidó y la entregó a su esposo satisfecho por haber hecho un buen matrimonio para ella.

Lorraine no parecía querer soltarlo. Era una un poco más joven que Lornell, aunque tenía la gracia de una debutante. Ella no dejó de preguntarle todo, de indagar acerca de sus sentimientos y años de soledad, además de querer conocer las razones para su estada en Londres.

—¡Pupilas! Qué felicidad, ya quiero conocerlas y también a la tal Ofelia. Debe ser un alma de Dios, un ángel. Yo me llevaré a los niños y a mi esposo para una estada en la hacienda en el verano —aseguró la condesa muy animada, junto a su esposo que la apoyaba.

—Las niñas son parientes de un señor John Weatherly que vive en Londres—comentó Lornell con un vaso de brandy en la mano.

—Lo conocemos, lastimosamente. Su esposa es soberbia y ambiciosa. No me sorprende que piense que esa familia se llevó lo que les pertenece a esas niñas —opinó el conde.

—Qué injusticia. Tomaría a esa mujer y sin dudas la mataría por dejar a esas tres de esa manera.

—Lory, aún no es seguro que sea de esa forma. Mañana con Ethan tenemos pensado ir para ver al abogado y sacar conclusiones sobre algo seguro —dijo Lornell.

Sin dudas aquella cena giraba alrededor de la vida de Lornell y las niñas que tenía en su casa. Lorraine estaba extasiada por celebrar otra boda de su hermano y adorar a la que podía ser su nueva cuñada. Por todo lo que decía Lornell, ella ya aseguraba conocerla como a la palma de su mano.

Para acabar con sus diligencias con prontitud, Lornell y su hermano salieron temprano de Mayfair como habían acordado. Ethan convenció a Lornell de pasar primero por una barbería, donde le solucionarían aquellos inconvenientes con su encrespada cabellera.

La agradable sensación de libertad invadió no solo sus ojos en el espejo sino también su cuerpo. Su cabello estaba recortado hasta el hombro y aquella barba poco armoniosa desapareció, dejándolo muy agradable tanto para sus ojos como para los demás.

Tenía muchos años menos según su barbero, era todo un joven con los atributos típicos para una excelente cacería. Cabello castaño claro, ojos azules, nariz puntiaguda, pómulos rozagantes y labios finamente tallados.

—¡Veinte años menos! —aseguró su hermano al salir—. Parece que volviste a Londres para buscar a tu prometida.

Lornell le entregó una media sonrisa que no llegaba a expresar sus sentimientos.

—Creo que Loida me perdonará desde donde esté por fijarme en alguien que tiene la edad de Beth.

—Para el afecto sincero no hay edad. Confío en que esa joven logre ver mucho más allá de unas arrugas en el rostro.

Pensó en lo que Ofelia podía meditar al verlo. Esperaba que la opinión positiva que ella tenía de él aumentara y más aún aumentarían sentimientos que podían estar tocando a la puerta de su corazón.

Por la calle empedrada, sonaban los cascos de los caballos que tiraban del carruaje de Lornell y su hermano para llegar a la casa del abogado en cuestión.

Ethan tomó la delantera para presentarse ante el letrado. Tocó la puerta y esperó. Una casera de rostro regordete y rojo como sus cabellos, abrió la puerta con una sonrisa.

—Buen día. Busco al señor Leinster—dijo a la mujer.

—¡Pasen, por favor! —invitó amable la señora.

Entraron sin apuro alguno. Mientras esperaban en un pasillo con sillas, observaron los cuadros que estaban en ambos lados de las paredes. Ambos se sintieron atraídos por la imagen de un hombre rodeado por una jauría de perros de caza. Pensaron con el ceño fruncido que debió ser una empresa imposible para el pintor lograr que todos aquellos caninos quedaran quietos para pintarlos.

—Sí, yo también digo que ese hombre hizo magia, pero con mi bolsillo —rio socarrón una voz que le pertenecía a un hombre mayor.

—Señor Leinster, qué susto nos ha dado —expresó Ethan con una mano en el pecho, mientras Lornell solo se tomaba de la cabeza por la punzada que sintió al escuchar la voz estridente y burlona del hombre.

—Lo siento, lo siento mucho. Me agrada que mis clientes estén relajados para que puedan hablarme de sus problemas —volvió a carcajearse.

El abogado era un señor viejo, con una incipiente papada que se movía rítmicamente con su risa. Tenía un tupido bigote que lo colocaba en una posición de confianza a quien lo viera, y sus facciones mismas generaban tranquilidad.

—Mi hermano ha venido por un asunto que si bien no es suyo, le ocupa bastante del tiempo...

—Adelante, adelante que quiero escuchar lo que me tienen que decir...

Abrió la puerta de su coqueto y espacioso despacho y los invitó a sentarse extendiendo sus manos.

—Soy Lornell Horstman, vengo en representación y como tutor de las hermanas Weatherly. Las mismas han quedado huérfanas al morir su madre unos meses atrás, sin ninguna disposición de quién se encargaría de ellas...

El señor Leinster observó a Lornell como si él estuviera demente.

—Eso no es posible. La señora Weatherly, esposa de John Weatherly, tutor por defecto de las dos niñas se estaba encargando de la pensión que debían recibir, que para nada es despreciable...

—¿Entonces por qué tengo a tres niñas en mi casa diciendo ser las hijas del doctor Weatherly?

—¿Tres niñas? El doctor Weatherly tenía dos mujeres, Ofelia y Olive.

—¿Y Odei? Es una niña de dos años. Ofelia me dijo que nació poco antes de la muerte de su padre.

—¿Odei? Oh, ella no está en las disposiciones del testamento —dijo el hombre buscando en una enorme gaveta el testamento del doctor Weatherly—. Aquí está, aquí está.

Dice que la tutela de las niñas Ofelia Weatherly y Olive Weatherly recaen sobre John Weatherly,

teniendo este el beneficio de cobro de una pensión por hacerse cargo de las niñas en caso de muerte de su madre y si la misma viviera ellas tenían permitido vivir de manera inamovible dentro de la residencia que les pertenecía y recibir una pensión vitalicia para ella y sus dos hijas...

Lornell solo podía ver que todas las disposiciones de aquel testamento se habían violado de manera descarada. Se levantó con violencia y golpeó el escritorio del tranquilo abogado.

—Entonces, explique la razón por la cual Ofelia Weatherly es mi doncella y sus hermanas recogidas en mi casa. El tío de ellas se ha estado embolsando el dinero mientras ellas estaban pasando miserias. El tío miente sobre tener la verdadera tutela de ellas y puede comprobarlo con una visita a la casa de ese hombre o tal vez a la mía en Derbyshire.

—Es una defraudación a la confianza de su hermano. Un gran causal de revoque de la tutela en caso de que llegue a comprobarse lo que usted me dice.

—Tengo dudas, si esto resuelve la vida dos hermanas, ¿Qué ocurre con la tercera? —los interrumpió Ethan.

—Oh, la última niña. Ella no aparece en ningún sitio, es igual a como que no existiera...

El peso en el pecho de Lornell era insostenible. Odeí no solo no tenía padres, sino carecía de nombre, dinero y consideración.

—¿Qué se puede hacer con ella?

—Hay una opción que le daré si usted está de acuerdo...

Capítulo 28

La hora del té en Derbyshire era más que melancólica para Ofelia que tenía la frente pegada al cristal de la ventana y sus brazos la abrazaban como si tuviera frío. El cielo gris, la leve llovizna y el viento que era casi el vaticinio del invierno, podía calar los huesos de cualquiera.

Pasaron cuatro días desde que el señor Horstman había partido hacia Londres y no tenían noticias suyas. La preocupación por su salud y el extraño sentimiento de soledad que la invadía, la estaban llevando a una profunda ansiedad y melancolía.

Era consciente de que aquel hombre fue por ella y sus hermanas hasta Londres, a pesar de su salud que no era la mejor.

—Solo son cuatro días... —dijo la señora Griffith con una sonrisa.

—¿Puede alguien desfallecer de preocupación?

—Deberías estar feliz de que haya salido más allá de su propiedad. Este viaje le hará mucho bien, volverá mucho mejor.

—¿Qué hará un hombre taciturno, solitario y huraño, perdido en Londres? ¿Y si se vuelve a infectar esa pierna? Señora Griffith, mis hermanas son un mínimo problema comparado con el señor Horstman.

—Gary cuidará de él.

—¡Oh, señora Griffith! —exclamó cargada de más temor—. Poco puede convencerme eso y menos consolarme. Con el respeto que merece Gary, él está muy viejo para cuidar del señor Horstman.

—Deja de pensar en cosas malas, Ofelia. Pronto volverá, te aseguro que no podrá estar muy lejos de su hacienda —dijo la mujer sirviendo el té.

Olive y Odei estaban jugando en la alfombra frente a la cálida chimenea. Ofelia miró lo cómodas y felices que estaban sus hermanas en esa casa, si algo le ocurriera al señor Horstman todo aquello se acabaría.

La señora Griffith se levantó con premura para mirar por la ventana.

—¡Ofelia, un carruaje! —anunció casi gritando.

Ella no pensó siquiera en mirar, solo salió corriendo hacia la puerta pensando que el señor Horstman volvió. Una vez que se detuvo el carruaje, su alma estaba en el piso. No estaba disgustada de ver al doctor Flecher, sin embargo, no era a quien esperaba.

Jeffrey bajó del carruaje con su *carrick* puesto y un sombrero que debía sujetar para que el viento no se lo llevara.

—Buenas tardes, señorita Ofelia. No he podido venir antes. Al parecer, toda la población ha decidido enfermar en esta época del año —comentó sonriente haciendo una inclinación de cabeza para ella—. Vine a ver cómo está el señor Horstman.

Ofelia hizo una venia para corresponder a Jeffrey y luego se aferró a sus brazos para comentarle que su paciente se le había escapado.

—Pase, por favor no queremos que el único doctor del condado se nos enferme también —dijo invitándolo a pasar para que se colocara cerca del fuego—. Me temo, doctor Flecher, que le transmitiré mi preocupación... El señor Horstman partió a Londres hace unos días y no sabemos nada de él.

—Un paciente rebelde. Siempre hay de esos, aunque son más los ancianos seniles que escapan de sus parientes. Si usted lo estuvo ayudando aquí, y en Londres tiene sus cuidados correspondientes, no tenemos nada que temer —opinó sonriente.

Al llegar al salón, vio a las pequeñas hermanas de Ofelia frente a la chimenea.

—Sus hermanas están aquí, qué alegría. Este clima me estaba poniendo nervioso con respecto a ellas. Dentro de esta casa caliente estarán muy bien.

—¡Doctor Flecher! —exclamó Olive al verlo. Abandonó a Odei y corrió hasta él con los ojos brillando antes de detenerse frente a él y efectuar una reverencia.

—Señorita Olive, ha crecido —halagó Jeffrey devolviendo el gesto de la niña.

—¿Ha venido para vernos?

—En realidad he venido por el señor Horstman, pero también revisaré cómo están ustedes, o de lo contrario, mi visita sería en vano.

—¿No le ha dicho Ofelia que somos las pupilas del señor Horstman?

—Olive... —reprendió Ofelia.

—Acabo de llegar, le aseguro que ella me lo iba a contar —respondió Flecher afable.

—Debería atender primero a Ofelia, porque no hace más que estar con el rostro pálido desde que se fue el señor Horstman, no se alimenta bien y ronda por las habitaciones en las noches...

La muchacha estaba roja de la vergüenza que Olive le estaba haciendo pasar. Jeffrey era muy paciente y siempre era condescendiente con Olive.

—Ve con Odei y luego irás a terminar tu lección...

Olive dio una última sonrisa a todos y se retiró junto a su pequeña hermana. La señora Griffith sirvió otra taza de té para el doctor Flecher que la aceptó sin inconvenientes.

La señora Griffith y el doctor Flecher conversaban sobre enfermedades con gran animosidad. Ofelia participaba cada vez que podía escuchar algo para no parecer tan abstraída en sus pensamientos como se encontraba.

Al desviar sus ojos, veía los detalles que ella puso en la casa para alegrar al señor Horstman. Recordó la primera vez que él vio un florero en su biblioteca. Su rostro era impasible, de sorpresa, enojo y otros sentimientos irreconocibles.

En los últimos tiempos, él solo miraba los floreros con tranquilidad y muy probablemente con resignación. Los paseos por el campo lo ayudaba a liberarse de la carga que tenía haciendo que sus conversaciones fueran más tranquilas e interesantes. Tenía muchos conocimientos de libros, de números, de plantas y caballos. La salud no era su campo de actividad. Conocía las épocas de siembra y cosecha de sus arrendatarios. Manejaba la renta de sus tierras hasta con los ojos cerrados, los límites de su propiedad los podía dibujar sin problemas con palo en el suelo.

Luego de unos momentos, Ofelia interrumpió el té para buscar más galletas en la cocina, pero no era ese su objetivo principal, sino era seguir abstraída en sus pensamientos, perdida en buscar una explicación para estar llena de preocupación por su patrón.

Después de más de una semana sin ver al señor Horstman, su ánimo había decaído aún más. Llevaba noches sin dormir observando la ventana con demasiada ansiedad.

Una tarde decidió salir a caminar para despejar su mente. Se quedó toda una semana esperando en la casa a que volviera, aunque nada ocurría. La biblioteca ya no era un refugio que la pudiera ayudar a pasar el tiempo, sino que lo recordaba en aquel lugar, ensimismado, con su pipa y el humo inundando sus fosas nasales, casi asfixiándose.

En su recorrido encontró nueces, que para su fortuna pudo llevarse en el bolsillo de su delantal para darle a sus hermanas y guardar un poco para unas minutas del señor Horstman.

En la gran casona de la hacienda, Flecher había ido por la insistencia de la misma señora

Griffith porque estaba preocupándose por la salud de Ofelia que cada día estaba más distante.

—¡Oh, doctor Flecher, no pensé alegrarme alguna vez de verle! —expresó la mujer con una sonrisa.

—Recibí su misiva, señora Griffith. ¿Dónde está Ofelia? —indagó el joven doctor.

—En el bosque. Se fue hace demasiado tiempo. Temo que haya caído en debilidad y no vuelva —respondió temerosa.

—¿Por cuál camino fue?

—Aquel —señaló la mujer, apuntando hacia un montón de árboles.

—Iré a buscarla, ¿Pueden mover mi pescante?

—Por supuesto. Se lo pediré a un mozo.

Jeffrey caminó con elegancia hacia el camino que le indicó la señora Griffith. La última vez que vio a Ofelia estaba muy distraída, hacía todo con poco ánimo y muy lento como esperando que el tiempo pasara rápidamente. Si bien no la había notado muy delgada, pensó que todo aquello era mental. Parecía sumida en una profunda melancolía desde que el dueño de la casa se había ido a Londres para tratar asuntos de las hermanas Weatherly que él acogió en su casa.

El carruaje del señor Horstman estaba ya entrando en sus tierras. Estaba ansioso de poder ver a Ofelia. Estando en Londres la había soñado en demasiadas ocasiones para ser normal. Su viaje se extendió por el inconveniente que surgió con respecto al registro de Odei y también por el escandaloso proceder de la señora Weatherly al verse descubierta en su mentira, ocultando de su propio esposo lo que sabía de las niñas.

El señor Weatherly había resultado inocente de todo, aun así le costó la tutela de las niñas y también la generosa pensión que había dejado el doctor Weatherly.

Lornell había puesto a disposición del señor Leinster todos los papeles que acreditaban su dinero y sus propiedades para que no pareciera que él deseaba la herencia de las niñas. Si bien no había dote para Ofelia ni para Olive, tenían una pensión vitalicia que aportaría a cualquier matrimonio un poco de dinero.

—Vamos a llegar pronto, señor Horstman. Imagino que la señorita Ofelia debe estar preocupada por esa pierna suya. Me la encargó hasta el cansancio —dijo Gary con una sonrisa.

Él sonrió al imaginar el angelical rostro de la muchacha hablándole de su preocupación al empleado.

La señora Griffith escuchó un carruaje acercarse y estaba segura de que ese le pertenecía al señor Horstman.

—¡Olive! ¡Odei! —llamó a las pequeñas que estaban en el salón—. ¡Viene el señor Horstman!

Las dos niñas se levantaron de la alfombra y corrieron hacia la entrada de la casa.

—Mire las arrugas en su vestido nuevo —gruñó el ama de llaves, intentando alisar con las manos el vestido de Olive.

Al poco tiempo de que el señor Horstman se fuera, Ofelia y ella fueron a comprar varios vestidos para las niñas y también zapatos, pues como las pupilas de un hombre rico no podían vestir con harapos viejos y la institutriz no podía parecer una mendiga.

—Pobre Ofelia, tantos días esperando y cuando no está, llega el hombre —opinó arreglando también a Odei.

Los cascos de los caballos a penas se escuchaban llegando por la arena, solo se veía un poco del polvo que dejaban atrás. Una vez que el carruaje se detuvo, Lornell bajó de él y para su desilusión, Ofelia no estaba ahí.

—¿Señor Horstman? —indagó el ama de llaves al verlo descender sin reconocerlo. Aquel hombre tan elegante y arreglado difícilmente era el señor Horstman.

—¿Señor Horstman? —preguntó también Olive, más confundida aún que la señora Griffith. Odei se colocó detrás de la falda de la señora Griffith por temor al desconocido.

—No es posible que no me reconozca, señora Griffith —masculló con molestia.

—¡Oh sí es usted, señor! —exclamó reconociendo el tono de voz de también ese ceño fruncido inconfundible.

—Olive, Odei, buenas tardes... —saludó a las niñas. A Olive le acarició la cabeza e intentó buscar a Odei que estaba demasiado aferrada a aquellas anchas faldas de la mujer regordeta—. Ven conmigo, Odei. No te haré daño, ¿No me reconoces?

La niña negó con la cabeza.

Él se acercó y pese a que ella comenzó a llorar, la tomó en sus brazos y le sonrió afable.

—He traído regalos para ti y tus hermanas. Además, tengo una sorpresa solo para ti... —musitó con mucho cariño.

Odei abandonó el llanto de manera progresiva y se quedó mirando al hombre. Reconoció la voz, pero no al que la tomaba en brazos.

—¡Regalos! ¿A qué horas nos lo dará? —preguntó curiosa Olive.

—Cuando salude a todos, ¿Dónde está Ofelia?

Ofelia volvía hacia la casa caminando lentamente. No esperaba nada al llegar por eso no le cogía apuro a nada.

—¡Señorita Ofelia! —vociferó Jeffrey al verla en el camino de regreso.

Ella levantó la cabeza que tenía mirando al suelo y vio a Jeffrey caminando hacia ella.

—Doctor Flecher, ¿Qué hace aquí?

—La señora Griffith está preocupada por usted. La ve como si fuera un fantasma y al verla yo también comienzo a preocuparme —habló refiriéndose a su rostro triste y meditabundo.

—Qué vergüenza. Me encuentro perfectamente...

—Por su palidez, prefiero que camine de mi brazo, venga —la tomó con delicadeza para caminar con ella a paso lento hasta la casa.

La muchacha estaba callada caminando con un semblante muy triste y poco saludable. Llevaron varios metros caminando de esa forma hasta que en la elevación de tierra Jeffrey divisó la casa y un carruaje.

—¿No es aquel el carruaje del señor Horstman? —questionó Jeffrey.

Aquella pregunta hizo que Ofelia levantara sus ojos como si le hubieran dicho alguna cosa importante. Ella reconoció el carruaje como el del señor Horstman y no dudó en correr hacia él, dejando a Jeffrey en la pradera caminando solo.

Lornell con profunda pena, vio a Ofelia que venía del brazo del joven doctor. La señora Griffith le dijo que Ofelia andaba enferma, y eso no parecía convencerlo de nada.

Ella corrió con una sonrisa hacia el carruaje y se acercó hasta donde estaba un hombre con Odei en brazos y tampoco Ofelia pudo reconocerlo a la primera vista. Solo la referencia de su hermana en brazos la puso al tanto de que aquel hombre vestido con elegancia, con un corte de cabello prolijo y sin barba era el señor Horstman.

—¿Señor Horstman? —pronunció con dudas, mirando a sus ojos azules. Sus facciones eran muy diferentes a las de antes, que con su fachada anterior parecían demasiado regias. En aquel caballero parado frente a ella, solo podía ver a un joven muy agraciado cargando a su hermana.

—Ofelia... —dijo al tiempo que ella tardaba en reconocerlo.

Ella sintió las palpitaciones más extrañas que tuvo en su vida. Sintió como un extraño calor subía hasta su rostro, casi cocinando su cabeza tan solo al escuchar su nombre.

Agachó la cabeza sin comprender la razón de su vergüenza. No quería que viera su cara como

un tomate porque estaba segura de que estaba más que roja.

—La señora Griffith me dijo que el doctor Flecher había venido para verla a usted porque está enferma, ¿Se siente bien? —indagó con preocupación al verla con unas ojeras que no había visto antes. Aquello le daba esperanzas de que ella no estuviera siendo conquistada por el doctor.

—Yo...yo... Estoy bien, muy bien. Fueron solo unas malas noches, eso es todo. La señora Griffith se preocupa mucho por todos y... ¿Usted cómo está? ¿Gary lo cuidó?

¿Hizo sus curaciones y la caminata? —curioseó un poco atolondrada por su propio nerviosismo.

No había pensado antes que el señor Horstman la pusiera nerviosa y más como se encontraba.

Sonrió al ver que ella estaba preocupada por él. Podía notar un agradable sonrojo en ella, y eso lo alentaba a darse cuenta de que su apariencia era muy de su agrado.

—No se me ocurriría ser desobediente con usted Ofelia. Sé que mi vida se convertiría en un infierno aquí al llevarle la contraria. Hace mucho tiempo que he dejado de ser el patrón a quien respetaban —contestó entre serio y sonriente.

—Bienvenido a su casa, señor Horstman. Vine hace unos días a verlo y me llevé la sorpresa de un paciente en fuga —saludó Jeffrey con una inclinación que Lornell correspondió con seriedad.

—Disculpe por no avisarle, doctor. Mi viaje fue un poco precipitado, aunque con muy buenos resultados.

—Ofelia ya está aquí, ¿Y los regalos? —preguntó Olive, impaciente y con los brazos cruzados mirando a su tutor.

—Por favor, señora Griffith, haga que bajen todas mis cosas del carruaje, me fui con poco y vine con mucho.

Luego de decir aquellas palabras, fue con Odei en brazos hacia dentro de la casa. Miró con aprobación el trabajo en la chimenea para evitar que Odei se accidentara.

Los demás pasaron detrás de él, incluyendo a Jeffrey que pensaba retirarse después de verificar la muy recuperada salud de Ofelia y la de su patrón.

Ofelia vio como Lornell iba cojeando sin su bastón. La preocupación se hizo presente otra vez.

Lornell bajó a Odei en el suelo y caminó para tomar asiento.

—No quisiera importunar, señor Horstman, ¿Podría revisarlo hoy para estar seguros de que está bien? Luego veré a Ofelia y me iré para dejarlo descansar de su largo viaje.

—Me parece correcto —dijo él para que el apreciado doctor se fuera de su casa—. Iré arriba con el doctor Flecher...

—Le traeré su bastón, señor Horstman —anunció Ofelia sin darle tiempo a réplicas.

Corrió hasta el carruaje y buscó adentro el bastón que antes tenía, sin embargo, encontró uno demasiado elegante. Regresó al salón y se acercó para dárselo.

—Acompáñeme, doctor...

Subió con el doctor Flecher detrás de él. Estuvo practicando para caminar sin el bastón, aunque dolía más, era más grácil estar con el bastón todo el tiempo.

Pasaron a la habitación y Lornell no dudó en comenzar a quitarse sus prendas para enseñarle su recuperada herida.

—¡Excelente, va muy bien! —anunció el doctor con una sonrisa.

—Pronto estaré recuperado. Pese a que me dijo que no caminaría de manera normal, ¿Hay alguna posibilidad de que lo haga sin el bastón todo el tiempo?

Jeffrey hizo un sonido con la boca, pensando en una respuesta.

—En este momento es mejor que no fuerce la pierna. Cuando esté cicatrizada la herida, podremos conversar sobre caminar sin bastón. Si lo hace ahora con mucha frecuencia puede ser un poco imprudente para el nivel de recuperación que presenta su pierna. Si me lo permite, ha venido

usted muy cambiado, lo noto más joven y vigoroso, Ofelia ha hecho un cambio magistral con usted. Es una muchacha muy especial...

—Flecher, dígame de una vez lo qué pretende... —dijo encarando a su doctor.

—¿A qué se refiere?

—¿Usted está interesado en Ofelia? No me da otra cosa más que pensar.

—¡No, no, señor Horstman! —resolvió con rapidez—. Yo no estoy interesado en Ofelia ni en ninguna otra mujer. Como verá, soy un joven médico, que debe ganarse la confianza de sus pacientes. No tengo tiempo para dedicarme a regar un afecto hacia una mujer. Primero está mi profesión y una vez que la desarrolle, buscaré una esposa. Además, presiento que el corazón de esa dama está ocupado.

No sabía si sentirse aliviado o muy preocupado por las palabras del doctor Flecher. ¿Quién podía estar ocupando el corazón de su Ofelia?

—Disculpe mi rudeza, pero usted sabe que me encargo de las niñas y también de Ofelia, como tutor debo velar por el bienestar de mis pupilas.

—Por supuesto que lo comprendo. De mí, no debe tener. Les he tomado mucho cariño a las hermanas Weatherly, eso es todo. Ellas se ganan el corazón de la gente con solo verlas.

Las damas quedaron abajo esperando.

—¡Viste al señor Horstman! ¡Oh, tan guapo, tan fino y elegante! —suspiró la señora Griffith, codeando a Ofelia.

—¿Qué le ocurrió? Se ve diferente...

—Tal vez, una dama tenga que ver en ese cambio... —insinuó la mujer.

Ofelia quedó de piedra con esa idea de la señora Griffith. ¿Pudo haber conocido a una dama en Londres?

—¿Una dama?

—¿Qué más lo haría cambiar tanto?

—Pero en una semana, ¿Pudo haber conocido a alguien?

—Conoció a la que fue su esposa en una noche, y estuvo seguro de que quería permanecer con ella por siempre...

Capítulo 29

Sentía una molestia extraña al pensar en que una mujer pudiera ser la causante de aquella transformación. Había deseado para el señor Horstman una nueva esposa y una familia, pero se sentía extraña al saber que aquello estaba por ocurrir.

El doctor Flecher bajó con tranquilidad después de revisar al señor Horstman que se estaba vistiendo para bajar. Quería revisar a Ofelia antes de irse.

—Señorita Ofelia... —la llamó Jeffrey para que dejara el mundo lejano en que andaba.

—¿Qué?

—Debo revisarla, está pálida y ojerosa.

—¡Yo estoy bien, doctor Flecher! —declaró vehemente.

—No es así, Ofelia, deja que te revise... —insistió la señora Griffith.

—Estoy muy bien, les digo. No hace falta que nadie me revise.

—Está bien, yo me iré. El señor Horstman debe querer compartir a solas con su familia, y atender a un invitado no sería de su agrado. Señora Griffith, si la señorita Ofelia se siente mal, no dude en avisarme.

—Claro, claro. Esta muchacha inconsciente, se ha vuelto tal y como su patrón.

Después de que el doctor se hubo ido, las niñas esperaban sus regalos. Lornell bajó y los empleados acarrearón en el salón una gran variedad de cajas.

—Vengan, es para ustedes —dijo Lornell, mirando hacia las más pequeñas. Ofelia seguía perdida en sus pensamientos con los ojos puestos en Lornell.

—Ofelia, hay una caja para usted, si quiere acercarse.

Ella movió la cabeza para despertarse y miró confundida a su patrón.

—¿Qué dijo?

—Que hay algo para usted aquí entre las cajas.

—¿Para mí? No se hubiera molestado, soy solo la servidumbre...

—Mientras las niñas miran los regalos, venga conmigo, le contaré lo que ocurrió en Londres.

Él se levantó del sillón donde estaba y Ofelia lo siguió hasta la biblioteca. Lornell abrió un cajón y sacó su pipa para fumar.

—¿Le molesta?

—No, no me molesta.

Una vez encendida la pipa, se sentó en su sillón y le pidió a Ofelia que hiciera lo mismo.

—Hablé con el señor Leinster y me comentó las disposiciones del testamento de su padre. Debo decirle que su tía la señora Weatherly, estaba cobrando el dinero que les correspondía a ustedes cobrar por la muerte de su madre.

—¿Qué está diciendo? ¿Mi padre nos dejó dinero? —preguntó muy sorprendida, viendo como salía el humo en ondulaciones.

—Sí, y así como usted dijo, el señor Weatherly era el encargado de velar por la seguridad de sus sobrinas. La desmedida ambición de su esposa no lo dejó cumplir con su deber dejándolas a ustedes sin el dinero que les correspondía.

—¿Y cuál es nuestra situación ahora?

Aquella era una pregunta que Lornell estaba entre responder con la verdad o mentir. Él tenía la

tutela de dos de las tres niñas. Y no quería ejercer su tutela sobre Ofelia porque aquello podría echar por tierra los esfuerzos que tenía pensado hacer para conquistar su corazón.

—Por mientras, la tutela de usted está con el abogado. El dinero les llegará sin problemas hasta que se consiga un tutor mejor, aunque quiero hablarle de la pequeña Odei...

—Esto me tranquiliza bastante —sonrió—. ¿Qué tiene Odei?

—Odei no tiene derechos sobre el dinero que dejó su padre.

—¡Cómo! ¿Qué? ¡No puede ser posible! ¿Cómo? ¡Dios mío, señor Horstman, dígame! —se exaltó con los ojos muy fijos en él.

Lornell inhaló y luego se decidió a responder.

—Ella no está en el testamento de su padre. El mismo fue hecho años antes de que naciera Odei.

Ofelia recordó la última vez que vio al señor Leinster, y ella tenía solo once años y Olive era muy pequeña. Quizás aquel día el abogado fue a redactar el testamento que estaba vigente.

—Comprendo, pero...

—Odei no está reconocida por él y tampoco por la madre de ustedes...

Ella bajó la cabeza con lágrimas en los ojos, con el espíritu turbado por el destino tan cruel que le esperaba a su hermana. Lo habían olvidado todo sobre Odei por estar preocupadas de cómo sobrevivir.

Él la vio llorando y quería decirle lo que había hecho. No sabía si cómo lo tomaría Ofelia.

—¿Por qué llora, Ofelia?

—¡Por el destino de mi hermana! Sin dinero, sin ser reconocida... Es una huérfana completa, ¡Oh, Dios mío, qué será de ella sin mí! —lamentó entre sollozos tapando su rostro.

Lornell se levantó de su sillón y abandonó su pipa para acercarse a ella. Se agachó hasta donde su pierna le permitió y separó ambas manos del rostro de la muchacha.

—He resuelto la vida de Odei como mejor pude hacerlo, Ofelia... —pronunció, llamando su atención. Los ojos rojos e inundados de lágrimas se fijaron en él.

—¿Cómo lo hizo? Dígamelo y no terminaré de agradecerle jamás, señor Horstman.

—Odei ha sido reconocida como Odei Horstman... —respondió esperando ver lo que Ofelia pensaba de él—. Ella es mi hija.

—¡No, ella es mi hermana! —replicó mirándolo acusatoria—. ¡¿Qué hizo?! ¡Me robó a mi hermana!

Ofelia se levantó y se alejó de él.

—No le robé a su hermana. Véalo de esta forma: le he resuelto el futuro. Tengo mucho dinero, Ofelia, tengo familiares responsables que pueden responder solidariamente por ella si a mí me ocurre algo. Tendrá una dote tan generosa que augura para ella una vida próspera. Ya no tengo a mi hija... ¿A quién le legaría un poco de mi esfuerzo y de mi vida?

Ella no paraba de sollozar por saber que Odei no estaba en su poder, sino que había ganado un padre. No podía ser tan egoísta y separar a su hermana de un hombre que le daría todo.

—No la alejaré de su hermana, se lo juro por mi vida.

—¿Y si se vuelve a casar? Su esposa no estará de acuerdo que le deje dinero a la hermana de su sirvienta...

—No se preocupe por eso. Ni es seguro que me vuelva a casar alguna vez. Quería decirle, Ofelia, que usted puede vivir en mi casa en calidad de invitada, no tendrá que hacer nada, tampoco representará una carga para mí y permanecerá con sus hermanas aquí. Sabiendo que usted ha recuperado su estatus de señorita que tendrá un buen pasar, yo no puedo tenerla en la plantilla del personal de la hacienda —comunicó el señor Horstman.

—¿Ya no trabajaré para usted?

—Si no lo cree, está usted oficialmente despedida. Apreciaré que se quede a hacerme compañía en la hacienda. No quiero que se lleve a su hermana Olive, porque como sabrá Odei debe permanecer aquí...

Ofelia aún con las lágrimas bañando su rostro, se sentó para intentar digerir lo que ocurría.

—Espere aquí, Ofelia...

Lornell la dejó sola en la biblioteca, llorando por lo que había contado sobre Odei. ¿Cómo le explicaría a Olive lo que le ocurrió a Odei?

Escuchó la puerta abrirse y vio al señor Horstman con una caja en las manos.

—Le traje este presente de Londres para que inicie una nueva vida, mirando al frente, Ofelia.

Ella la tomó y destapó. Tenía adentro un hermoso vestido de muselina en tonos lavanda. Tomó de los hombros el vestido y lo extendió.

—Mi hermana Lorraine lo escogió para usted. No tengo buen gusto para escoger yo mismo un vestido, pero me dijo que este se vería bien en usted... —contó al verla llena de sorpresa.

—Pero si no me conoce.

—Yo le dije como era usted y decidió que esto era lo correcto...

Miró a los ojos del caballero que estaba frente a ella. No podía existir mala intención en lo que había hecho. No podía juzgarlo con dureza, solo aceptar lo que ocurrió. El egoísmo nunca fue parte de su vida y no empezaría por los celos hacia su hermana Odei. No debía negarle la oportunidad de tener un padre que estaba segura de que la amaría hasta el fin de su vida.

—Perdóneme, señor Horstman por haberle gritado y haberlo llamado ladrón.

—Es asunto olvidado. ¿Se quedará aquí? Prometo encargarme de usted y también de Olive. Como le dije, dinero no le faltará y menos oportunidades de una vida mejor...

Los días que siguieron a la vuelta de Lornell fueron tranquilos. Ofelia recibió desde Londres una cantidad de dinero que la dejó boquiabierta. La señora Griffith la convenció de que debía usar buenos vestidos y la acompañó al pueblo a comprarlos.

Lornell se dedicaba a pasear y cuidar de las niñas. Odei se había convertido en su adoración. No había momento en que no se preocupara por ella. Su mente no concebía que ella no era su hija de sangre, Odei Horstman para él era su hija de verdad.

Mientras Olive correteaba a las mariposas para tomarlas en un cazamariposas, él se quedó a solas con Odei.

—¿Cuándo me llamarás padre, Odei?

Estaba ansioso de volver a escuchar aquella palabra, lo deseaba intensamente.

—Señor Horstman...

La voz de Ofelia lo interrumpió en su paseo con Odei.

—¿Acabaron con las compras?

—Puedo culpar a la señora Griffith de que acabamos con las telas de la modista —opinó Ofelia sonriendo.

—Muy buena elección de vestido por su parte, Ofelia... —halagó Lornell al verla vestida con gran elegancia.

De nuevo su sonrojo la invadió. Se sentía extraña al no servir al señor Horstman como su doncella y más extraña se sentía al recibir algún cumplido de él.

—Gracias, ¿Tomará el té?

—Sí, elija un buen libro para leerme.

—Con gusto...

Ofelia se despidió y regresó a la casa para ayudar a la señora Griffith.

—¡No toques nada, Ofelia, no eres una criada, eres una invitada!

—Solo voy a preparar el té, para el señor Horstman y luego tengo que elegir un libro que le pueda agradar.

—¿Te agrada el señor Horstman?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque deseas agradarlo...

—Creo que las razones son evidentes. No me pelearía con quien comparto un techo, ¿No le parece?

—Tienes razón —sonrió la señora mientras continuaba con sus quehaceres.

Ella se quedó pensando en lo que le dijo la señora Griffith. Le agradaba el señor Horstman, lo extrañó en su ausencia y no podía decir más, la dejaba vivir bajo su techo. Intentaba no molestar demasiado y que Olive no fuera lengua suelta para incomodarlo en su propia casa.

Entró en la biblioteca y buscó entre los libros de poesía que podían agradarle a él y no encontró uno que en ese momento pensó que sería adecuado.

Miró sobre el escritorio que aún seguía ordenado gracias a ella, pero tampoco estaba ahí. Pensó que era muy probable que estuviera en algún cajón del escritorio.

Abrió el primero y vio una de las muñecas de Olive que el señor Horstman guardó de su primer encuentro con sus hermanas y un estuche pequeño de color negro. Iba a cerrar el cajón para no continuar hurgando, sin embargo, su curiosidad era mala consejera. Levantó la vista hacia la puerta y no había nadie que pudiera interrumpir nada.

Sacó la cajita y sin mucho rodeo la abrió. Había un solitario diamante sobre un anillo de oro. Nunca antes lo había visto ahí. Su mente viajó directamente a lo que la señora Griffith había dicho sobre una mujer en la vida del señor Horstman. Cerró la caja con presteza y la bajó sintiéndose extraña después de ver el anillo y mucho más al relacionarlo con lo que dijo el ama de llaves.

Se alejó del escritorio con ambas manos tomando su estómago. Parecía que alguien le había dado un golpe. Al parecer el señor Horstman tenía a una mujer que deseaba desposar en algún momento. Una semana en Londres lo había llevado a una elección muy probablemente apresurada, pero ella no era nadie para decirlo. Se acercó a los estantes de la biblioteca, tomó cualquiera de los libros de poesía y luego fue a la terraza para dejarlo ahí.

Lornell dejó a las niñas para que la señora Griffith se encargara de ellas. Necesitaba una niñera para Odei y una institutriz para Olive.

—Que tomen un baño, señora Griffith —mandó entregándole a ambas niñas que estaban muy sucias por haber corrido en el bosque y caído en la pradera.

—Sí, señor Horstman. Ofelia se encuentra en la terraza, preparando todo para que tomen el té.

—Gracias...

Él no fue a la terraza, sino que fue a la biblioteca. Agarró uno de los libros de poesía más bonito que tenía y metió adentro una pequeña flor que encontró en su recorrido. Era la flor que la naturaleza dejó antes del invierno.

Subió junto con el libro y vio que Ofelia ya había tomado uno de los libros de su biblioteca.

—Me tomé la libertad de creer que este libro puede ser el que nos deleitará esta tarde —pronunció Lornell caminando con su bastón hasta ella.

La voz de Lornell la sobresaltó un poco por su atrevido comportamiento en la biblioteca con sus objetos privados, aunque eso no le impidió entregarle una sonrisa.

—Dejaremos el que escogí para mañana. Hay muchos días para tomar el té, aunque creo que este será el último en este lugar. El frío se está haciendo más intenso con cada día que pasa, ¿No lo cree? —comentó para olvidar lo que había visto.

—Sí, estoy de acuerdo...

Lornell se sentó y Ofelia lo siguió. Sirvió el té con gran maestría, al tiempo que le sonreía a Lornell que la observaba maravillado y sin disimulo. Desde que Ofelia ya no tenía la molesta cofia que la hacía parecer una criada, su belleza había aumentado. Aquel cabello estaba recogido de forma armoniosa, haciendo resaltar la forma ovalada de su rostro.

Los dos sorbieron su té a la vez, y casi agarrando también la misma galleta con jalea.

—Lo siento, es suya... —se disculpó Lornell.

—No, es suya. Es el dueño de casa.

—Sería tiránica la decisión de apoderarme de esta galleta y no cedérsela a una dama que quizás la necesite más que yo —sonrió guasón.

Aquella era la primera vez que lo veía sonreír de esa forma haciendo una monada. Sin la barba era diferente. Se veía una piel tersa y pálida que resaltaba sus ojos azules y su nariz puntiaguda. Su pelo estaba peinado hacia atrás, sin que ningún cabello irrumpiera en su frente, lo que hacía que se vieran mejor sus pobladas cejas castañas. En definitiva, aquel cambio tuvo que orquestarlo alguna cautivadora mujer londinense. Debía alegrarse por él si había encontrado a alguien, pero algo se lo impedía. En aquel momento, se sentía forzada a estar en su agradable compañía.

—Soy de buen comer, así que la tomaré y luego leeré.

Él hizo una inclinación de cabeza para demostrar que estaba de acuerdo con esa decisión. Lornell tomó aquel día, como el día de declarar sus sentimientos hacia Ofelia. Deseaba que no existiera impedimento alguno para que aceptara la propuesta de él.

Ella abrió el libro y encontró una florecilla fresca del bosque. Ofelia dirigió su mirada a Lornell y luego la bajó en un intento de ocultar lo que ese extraño detalle le hizo sentir.

—¿Una florecilla?

—Puedo apostar que es la última que ha sobrevivido a este intempestivo otoño, ya que el invierno está a un día de iniciar. Pude dejarla morir en la intemperie. No obstante, pensé que estaría mejor conservada dentro de un libro de poesía que una dama educada leería...

—¿La florecilla es para mí? —indagó en un sonrojo que estaba haciendo hervir su rostro.

—Sí, porque sabía que usted abriría ese libro... —contestó con la mirada profunda hacia ella.

No sabía qué decir por el detalle, solo se quedaba callada. Era extraño sentirse cada día avergonzada de estar junto al señor Horstman desde que llegó de Londres. Su nueva apariencia era sobrecogedora y sin duda ella buscaba a su antiguo patrón.

—Gracias... Voy a leer... —declaró trémula.

Comenzó la lectura con un tartamudeo por pena, aunque fue disminuyendo paulatinamente. Aquella poesía hablaba sobre un amor ansiado, sufrido y casi inalcanzable. Lo leía con todo el sentimiento que permitía ese tipo de lectura y Lornell sabía que los labios de Ofelia eran los ideales para hablar de un amor casi imposible como el que sentía hacia ella.

—Es hermoso. Tal vez algún día conozca un amor así —comentó, bajando el libro.

—¿No ha sentido amor todavía?

Ella negó con la cabeza.

—No conozco cómo se siente estar enamorada. No conozco a mucha gente para decir que me he enamorado. Solo podría hablar de un amor hermoso que fue hasta la muerte de ambos su gran alimento. Mi madre era una campesina que hacía de doncella en una mansión muy elegante en Derbyshire y mi padre era un médico experimentado de unos cuarenta y cinco años, y ella solo tenía dieciocho años. Él no conoció el amor hasta que vio a esa doncella cargando canastas en un camino por donde él iba y ella se resistió hasta que él la conquistó —contó con añoranza—. ¿Por qué mi padre que tanto amaba a mi madre tuvo que morir? ¿Y por qué mi madre que tanto amó a

mi padre se dejó morir? Eran como unos animales que vivían en pareja, al morir uno de ellos, el otro solo esperó para fallecer porque no veía otra salida...

—¿Cree que su madre deseó enfermar y morir?

—No luchó para vivir porque su vida había muerto. Me pregunto tantas veces, ¿Por qué decidió amar a un hombre como él, muy entrado en años? Mi madre contó que tenía a mozos, cocheros, mayordomos e incluso jóvenes hijos de hacendados que la pretendían, pero ella se dejó llevar por su corazón. Deseo un amor así, pero que dure más tiempo que solo dieciséis años...

Él se colocó en guardia, preparado para efectuar una pregunta de la cual dependía su propuesta.

—Si a usted la pretendiera un hombre mayor, y lo apreciara, ¿Se casaría con él?

Ofelia lo miró y puedo ver aquella forma inquisitiva en que la miraba, presionando por una respuesta, sin saber que aquella respuesta, podía herir hasta matar a otro ser.

—Es muy probable que lo rechace porque no buscaré algo así, habiendo tanta juventud y tiempo para compartir, ¿Por qué he de aventurarme a una efímera felicidad de pocos años pudiendo tener algo más cercano a la eternidad? Ese tipo de amor solo trae dolor y soledad, señor Horstman. Mata la juventud, tal como mató a mi madre, ella era más joven que usted...

Capítulo 30

No había razón para sentirse ofendido, sin embargo, aquella opinión de Ofelia tampoco era para felicitarla. Si alguna vez tuvo esperanzas de ser amado por Ofelia, en ese momento se habían desvanecido. ¿Cómo podría condenarla a sufrir por algo que la martirizaba? Proponerle matrimonio sería obligarla a aceptar por sus hermanas y no por convicciones propias. Y estaba de más mencionar que ella había dicho que no se había enamorado y que no sabía lo que era el amor.

—Noto desazón en sus palabras. Yo en cambio, concibo el amor de otra manera. Si bien tengo culpas por tener mis sentimientos comprometidos en este momento por una dama que no podrá corresponderme, me queda el consuelo de que he conocido el amor en mi juventud. Resulta inquietante saber que no puedo decirle la vehemencia de mis sentimientos hacia ella. Moriré con este afecto sincero en el corazón...

Ofelia sintió flaquear su ánimo al confirmar que el señor Horstman estaba enamorado de una mujer que sin dudas conoció en Londres.

—Pu-puede... Desahogarse conmigo, lo escucharé para que su carga se aligere.

—¿En verdad desea escuchar la decadencia de un hombre como yo? —rió sin humor—. No fue suficiente sufrir quince años para decaer, tan solo faltaba vivir para volver a sufrir. He cambiado un sufrimiento por otro, Ofelia...

—No diga eso, no quisiera verlo tan despojado de nuevo.

—No me verá de esa forma nunca más, Ofelia. Odei está conmigo, me ha devuelto la esperanza de vivir, amar y ser amado por alguien por más que no lleve mi sangre. Aspiraba al amor de una mujer, pero ella me ha expresado su negativa de manera tajante. Mi corazón volverá a reposar y esta vez será para siempre. Es mejor que no la agobie con mis sufrimientos, pues usted mejor que nadie estuvo viendo el costo de una nueva vida para mí — musitó con una media sonrisa al tiempo que bebía el té.

Ofelia no apartaba sus ojos de Lornell. Verlo sufrir solo hacía que su pecho se apretara con fuerza. Su ánimo desde un principio fue que él rehiciera su triste vida, intentó hacerlo y había fracasado.

—Estaré aquí para escucharlo cuando desee conservar sobre eso. Quizás eso que le ocurrió esté muy reciente y le resulte doloroso hablar.

—Agradezco su amistad, Ofelia. Si me permite, voy a retirarme. Con este fresco, la pierna comienza a molestar.

—Lo acompañaré.

—Su té se enfrió por atender lo que le decía. Prepare otro té para que lo bebamos en el salón si gusta acompañarme de nuevo.

Hizo lo que él le había dicho. En el salón, Olive se unió al té y también Odei. Su hermana pequeña jugaba en los brazos de Lornell y cada vez que él intentaba beber su té, ella se colocaba frente a la taza para beberlo. Olive sonreía al ver lo que Odei hacía y el señor de la casa se deleitaba con su nueva hija. Ella solo podía observar toda aquella felicidad que en ese momento la rodeaba y pensaba en la mujer que rechazó a ese hombre que estaba ahí llenando de sonrisas a sus hermanas y a ella. Si conocía a la mujer que rechazó al señor Horstman le diría unas cuántas verdades para que le diera vergüenza dejar ir a un hombre como ese. Ella misma se sentía tan

indignada por lo que él y le contó.

Detrás de aquella sonrisa sabía que se escondía una gran pena por su rechazo y ella sentía que esa pena de él era también suya.

Los días se sucedieron en la hacienda con tal tranquilidad hasta que los copos de nieve fueron cayendo para dejar el manto blanco sobre toda aquella pradera. Tomar el té en la terraza era improbable y para las niñas la nieve era como estar congeladas de aburrimiento sin poder salir a corretear pájaros o mariposas.

Un hombre a caballo cortó la serenidad del aburrido paisaje invernal para algunas personas en la hacienda. Ofelia levantó la vista al escuchar el relinchar de un caballo, y se acercó a la puerta sin esperar a que el lento Gary abriera, no tenía tanta paciencia.

—Buen día, señorita. Tengo un mensaje desde Londres para el señor Horstman —dijo el mensajero buscando la carta en un bolsón.

—¿No gusta pasar? Está haciendo mucho frío —comentó Ofelia al joven que le daba la carta.

—Un ofrecimiento amable, señorita, pero debo declinarlo, pues mientras más rápido acabe, estaré más cerca de volver a la casa para descansar. Con permiso...

Vio al hombre volver al lomo de su caballo y azuzarlo para que partieran con prontitud. Ofelia cerró la puerta con la carta en la mano.

Observó la impecable letra y estaba seguro de que le correspondía a una mujer. En su mente, se formaban distintas conjeturas, todas muy malas hacia aquella carta. Ella no era de albergar malos sentimientos, no obstante, dentro de ella corría veneno por pensar que le llevaría un sufrimiento al señor Horstman ese papel. Esa impoluta y elegante carta podía ser un brillante puñal que se podría hundir en el pecho de él, y ella ya no deseaba verlo sufrir. Se debatió entre hacer lo que su corazón le pedía, y lo que su razón le decía.

Su corazón le pedía que destruyera aquella olorosa carta y su razón le decía que la entregada, pues no era su correspondencia.

Cogió valor para ir caminando hasta el despacho del señor Horstman, tocó la puerta y pasó sin escuchar alguna aprobación. Lo vio concentrado en una carta que no sabía a quién iba dirigida. Miró como un mechón de su cabello se colocaba casi cayendo frente a sus ojos. Su peinado impecable tenía una cuadrilla rebelde que lo hizo mover una mano para sacársela de la frente.

Con aquel movimiento no lo podía ver como un hombre de su edad. Su aspecto era el de un buen mozo en sus plenos años. Sus ojos azules, su cabello castaño y su fina nariz eran perfectos. No lo había notado debido a la barba y el cabello enmarañado y crecido con que lo conoció.

Él levantó la vista. Vio parada cerca de la puerta al objeto de sus suspiros y sufrimiento. No pudo más que ofrecerle una cálida sonrisa. Se levantó e hizo una reverencia para ella. No podía seguir tratándola como una simple criada.

Ella se ruborizó por la educación del señor Horstman y caminó hasta el escritorio.

—Señor Horstman, ha llegado una carta para usted... —dijo enseñándole el papel—. El mensajero dijo que venía de Londres...

—Gracias, Ofelia. Siéntese —pidió educado con una mano indicándole el asiento frente a él y con la otra tomando la carta que ella le ofrecía.

Lornell reconoció la letra como la de su hermana Lorraine. Abrió la carta con tranquilidad y la leyó.

Mi querido hermano.

Estuve hablando con el abogado Leinster y ha conseguido todo para que las muchachas que faltaban estén directamente en tu tutela. El dinero lo manejarás tú, al igual que tendrás el permiso de conceder la mano de Ofelia a cualquier hombre, y espero que ese hombre seas tú, mi

buen hermano.

Sigue en pie mi propuesta de visitarte en verano, pues yo no tengo nada que hacer en la temporada social. Esperaré con afán el día de mi partida a nuestra antigua casa.

Lory.

Lornell dobló la que a su parecer más bien era una esquila. Su hermana le comunicó lo que él ya había manifestado como su voluntad frente al abogado. Lo más doloroso era que tenía la potestad de entregar a Ofelia a un caballero que la mereciera. Para él, ningún hombre se la merecía, ¿Quién podría ostentar el honor de alguna vez pasear de su brazo?

Ella miró que el señor Horstman simplemente dobló la carta y la guardó, dejando que su rostro se viera preocupado y por sobretodo enigmático.

—¿Está todo bien, señor Horstman? —curioseó Ofelia para saber aquello que lo tenía ensimismado.

Posó su mirada azul en ella, e hizo una mueca que ni él pudo interpretar con seguridad.

—Son noticias del abogado Leinster.

—¿Buenas o malas?

—Buenas, a mi parecer —indicó echando el cuerpo hacia atrás.

—Si es su deseo contarme, con gusto lo escucharé —lo animó un poco para que ella también pudiera conocer aquello.

—Soy su tutor, Ofelia. Se me ha conferido la potestad de administrar su dinero y su persona. Sé por su expresión que no comprende lo que ocurre...

—No lo comprendo del todo —informó dudosa.

—Soy quien autorizará su matrimonio en caso de que un pretendiente la merezca. Es el ejemplo más extremo de potestad, sin embargo, yo escucharé sus deseos para saber quién podría ser el hábil caballero que pueda conquistarla.

Lornell la miraba con tanta insistencia que Ofelia se sintió avergonzada de escuchar aquello, ¿Casarse? Ella no deseaba casarse aún, y menos con el señor Horstman convaleciente y sus hermanas tan felices bajo aquel techo.

—Sé que debe ser debutante de la próxima primavera y para amenizar sus experiencias, sé que hay bailes de invierno en las residencias solariegas de muchos nobles que no pueden vivir sin el barullo de Londres y lo traen hasta aquí —dijo abriendo uno de sus cajones. Sacó de él un par de invitaciones, y se las enseñó—. Estas son del invierno pasado. Más bien lo hacen por educación porque saben que no iré, pero este año será diferente, tengo que ocuparme de usted, debo conseguirle un buen esposo.

Ofelia sintió un vuelco en el estómago, y sin darse cuenta llevó una mano hasta su vientre y apretó con fuerza.

—¿Bu-buscarme un esposo?

—Es una mujer en edad casadera. Le sugiero que vaya practicando los bailes. He decidido contratar a una institutriz para Olive y una niñera para Odei. Espero que le parezca la idea. Olive me ha dicho que desea a su antigua institutriz para que le enseñe todo lo que necesita.

Estaba aún muy sorprendida. Al parecer el señor Horstman urgía en deshacerse de ella.

—La señorita Dunbar debe tener un empleo a estas alturas...

—Ese no es un inconveniente, Olive tendrá lo que desea y yo me encargaré de satisfacerla —dijo con tranquilidad—. Usted, Ofelia, deberá comprarse lindos vestidos, me agradaría verlos cuando se los traigan...

Aquel momento fue soñado por Ofelia desde su infancia, su presentación con un elegante vestido, la atención y conocer a un buen caballero, pero sus expectativas eran un problema en

aquel momento, no deseaba casarse, desconocía el motivo. Sin embargo, el señor Horstman estaba casi obligándola a tomar aquel camino que no se le estaba haciendo para nada apetecible.

—Imagino que la señorita Dunbar toca el piano. Olive me ha manifestado también sus intenciones de aprender ese arte... —continuó comentando para olvidar lo que en un primer momento le dijo sobre que se casara, él no deseaba que eso ocurriera—. ¿Le puedo pedir un favor? Como hermana mayor de Odei, desearía dejar en sus manos la elección de una niñera para ella. Al usted elegirla, tal vez se sienta como si la estuviera cuidando...

—Lo ayudaré, Odei es ahora su hija. La veo tan contenta... —sonrió un poco afectada—. Ha sido afortunada.

Lornell negó con la cabeza repetidamente antes de replicar.

—No, yo soy afortunado de haberla encontrado aquel día cuando creí que era un fantasma en el bosque.

—Ambos han sido afortunados en este caso. Esperemos que pronto pueda hablar un poco más, ahora todo lo pide con gemidos y señalando cosas.

—Lo hará...

La puerta volvió a abrirse y las dos niñas más pequeñas entraron.

—¡Está cayendo aguanieve! —declaró Olive muy emocionada.

—¿Quieren ir? —indagó Lornell.

—¡Sí! —exclamó Olive, mientras Odei asintió para apoyarla.

—Ofelia, acompaña a las niñas y asegúrese de que se abriguen y usen guantes de cabritilla.

Ella asintió y asió a sus hermanas de las manos para llevarlas afuera para que tocaran aquella novedad que representaba en las pequeñas. Salió no sin antes darle una mirada a Lornell, que también la observó a los ojos antes de que se fuera.

Lornell lamentó en el alma haberle dado la opción de que podía casarse con quien a ella más le agradara. No tenía otra salida más que la de buscar el bienestar de su amada Ofelia. Ella no solo había sido la razón de su vuelta a la vida, sino que le había dado a las preciosas Olive y Odei para alegrar su vida.

Ofelia junto a las niñas salió afuera. Las vio intentando coger lo que caía del cielo. Estaban rebosantes de felicidad y eso era todo lo que importaba. Estaban bien vestidas, cuidadas y alimentadas, sobre todo Odei que había ganado un padre. Pese a que no le salían las palabras, su hermana amaba al señor Horstman. Dormía en sus brazos y él la acurrucaba contra su pecho, llenándola de afecto. Él la recostaba en la cama con el amor de un verdadero padre. Se sentía afortunada por haber buscado un oficio en su casa.

—Estas niñas necesitarán un té caliente luego de esto, Ofelia —opinó la señora Griffith, sobándose ambos brazos por el frío.

—Por fin les está gustando la nieve. Yo siempre he amado el invierno... —comentó con dejadez en su voz.

—¿Ocurre algo, Ofelia? —indagó la mujer.

—Señora Griffith... —mencionó ella posando su mirada en la mujer—. El señor Horstman se ha convertido en mi tutor por completo, y me ha hablado sobre que debe encontrar un buen esposo para mí. Yo...

—¿Él dijo que te conseguiría pretendientes? —preguntó confundida. Ella sabía que el señor Horstman la pretendía, no era posible que hiciera aquello.

—Quiere que compre vestidos y practique a danzar...

La señora Griffith estaba cada vez más confundida, debía charlar con el señor Horstman con premura.

—Entonces deberías hacerle caso, veré si gusta de alguna bebida caliente en este momento. Volveré pronto.

La mujer después de esa corta charla con Ofelia, olvidó el frío y fue hasta donde su patrón se encontraba. Al abrir la puerta, lo encontró parado, mirando a Ofelia y a las niñas por la ventana, con una expresión indescifrable.

—Señor Horstman, ¿Es cierto lo que me dijo Ofelia?

Él se giró para ver a su vieja ama de llaves, y liberó una humareda de su boca.

—Eso depende, señora Griffith...

—¿Le conseguirá pretendientes? En qué cabeza cabe eso, señor Horstman, siendo que usted la ama, no puede hacer eso.

—¿Y entonces qué puedo hacer? Ella no me ama, y menos se fijará en mí, no importa lo joven que me vea, sé la edad que tengo. No podría sofocar la juventud de ella. Me ha dicho que desea un amor de años, de muchos años, ¿Cuántos más podría vivir yo o cuántos de esos podrían ser de felicidad antes que las enfermedades me ataquen? Cumpliré los deseos de ella por más que contradigan a los míos...

—¿No le piensa declarar su amor?

—No —respondió volviendo para ver a las niñas—. Eso sería sentenciarla a aceptarme solo porque me hice cargo de ellas. No podría tolerar solo el agradecimiento de Ofelia, yo deseo su corazón y su alma para mí, por su propia decisión y sé que no la tendré. En ocasiones, señora Griffith, amar es más que acoger a alguien al lado, sino también es proporcionarle sus anhelos y es lo que yo haré. Lucho cada día contra mi egoísmo. Las palabras que me dijo, están en mi mente...

El ama de llaves lamentó profundamente que el señor Horstman no hiciera el esfuerzo de declarar sus sentimientos hacia Ofelia, porque había notado la infelicidad de Ofelia al saber que él deseaba casarla. Presentía que en ella se alimentaba cada día el afecto hacia el señor Horstman.

Para ella era muy evidente lo que sucedía. Ofelia casi enfermó sin el señor Horstman en la hacienda tan solo en una semana y no podía decir más de los cuidados y miradas que ella le hacía al hombre mientras tomaba el té. Se veía por la muchacha, que estudiaba las agradables facciones del señor Horstman con gran satisfacción y anhelo. Presentía que Ofelia estaba muy enamorada del señor Horstman, aunque no se diera cuenta.

—¿No sé arriesgará para saber si ella no tiene los mismos sentimientos por usted?

—No, ¿De qué serviría? No quisiera que se fuera de aquí y se llevara a Olive con ella. No podría vivir sin estas pequeñas damas. Una muchacha como ella, viéndose presionada, podría tomar decisiones apresuradas...

¿Qué podía hacer ella para que estuvieran juntos aquellos dos ciegos? Ofelia no sabía que se había enamorado y el señor Horstman no notaba al amor disfrazado de devoción por cuidarle y agradarle.

Lornell respondió la carta a su hermana Lorraine y en ella le pedía que enviara a su modista de confianza para que le confeccionara todas sus prendas a Ofelia de acuerdo a la moda londinense. La respuesta de su hermana al pedido no se hizo esperar. La modista llegó unos días después con el aliciente de que le pagarían demasiado bien por atender a la muchacha.

—¡No había visto a una muchacha tan bonita en mucho tiempo! —exclamó la modista, viendo a Ofelia presentarse frente a ella.

Avergonzada, Ofelia bajó la cabeza y miró al señor Horstman.

—Ofelia, ella es la señora Kent, es una modista de prestigio Londres y ha venido exclusivamente para tomarle las medidas y confeccionar tus vestidos —indicó Lornell con el rostro serio ante la mirada de recelo que le dio Ofelia después de escuchar aquello.

—Ya veo... —fue lo que logró decir.

—¿Qué son estos harapos puestos? —gruñó la mujer por uno de los vestidos nuevos que compró del pueblo—. No es nada digno de la pupila de un hombre tan rico como el señor Horstman...

Se resignó sabiendo que debía aceptar lo que le decían. Al escuchar que era la pupila del señor Horstman, se sintió tan triste y desventurada, que no sabía dónde esconder su rostro. No era de derramar lágrimas ni de demostrar sus dolores y temores, pero cada día se sentía más infeliz y alejada de Lornell al sentirse casi despreciada por su apuro de casarla.

Capítulo 31

Después de que la modista se hubo ido para confeccionar sus nuevas prendas, Ofelia se abocó en cumplir con lo que el señor Horstman le pidió. Seleccionó a la señorita Porter para la niñera de Odei y buscó con mucho esmero a la señorita Dunbar para que trabajara con ellos. Como supuso era institutriz de una muchacha con problemas de carácter, por lo que aceptar una paga duplicada por educar a la aventurera Olive, le había venido de maravilla. La mujer no recordaba a una niña tan ávida de conocimientos como era Olive Weatherly con ella era un placer trabajar.

También contrataron a dos doncellas más en la residencia, una de ellas para suplir a Ofelia y atenderla en sus necesidades y la otra estaba destinada a las más pequeñas de la casa.

Un día, estaban reunidos en el salón, mientras veían caer la nieve todos juntos alrededor de la chimenea. Ofelia dedicaba su tiempo a leerle a Lornell un poemario, Odei jugaba con las muñecas de paja ante la mirada de su padre y la niñera, y Olive estaba excitada casi trepando por las paredes para que la señorita Dunbar le enseñara a tocar el piano.

—Señor Horstman, ¿Puede la señorita Dunbar tocar el piano? —pidió Olive obstruyendo la visibilidad de Lornell.

—En ese caso, Ofelia deberá dejar de leerme algo que estoy disfrutando.

—Podrá disfrutar de un mayor placer con la música, ¿No lo cree? Además, quiero aprender, y la señorita Dunbar lo deleitará sin duda alguna.

Lornell pareció pensarlo y le hizo una seña a Ofelia para que dejara el libro en un costado.

—Señorita Dunbar, Olive desea escuchar que toque el piano, ¿Podría hacernos el favor de tocar algo para nosotros, algo que se pueda bailar? —curioseó Lornell con su rostro serio, al que por cierto, la señorita Dunbar le tenía mucho respeto.

—Sí, por supuesto. Señorita Ofelia, ¿Recuerda los pasos del minué? Su madre la hizo practicar mucho...

—Lo recuerda aún, señorita Dunbar... —sonrió Ofelia con rubor en sus mejillas.

—Su padre la hizo practicar tan bien, era su exclusiva pareja de baile... ¿El señor Horstman no baila? —indagó la muchacha con el rostro puesto hacia él.

—El señor Horstman no baila hace más de quince años —comentó Ofelia, también con los ojos puestos en él.

—Si usted desea, señor, podríamos refrescarle la memoria —indicó la señorita Dunbar.

Lornell miró a Ofelia que iba a colocarse para practicar lo que pudiera salir de aquel piano. Era cierto que no bailaba hace quince años, pero recordaba que era un buen bailarín. Loida se había fijado más en sus pasos que en su agradable rostro. Al ver a Ofelia presta para la danza y a una insinuante señorita Dunbar de que él fuera quien guiara a Ofelia como su pareja, se debatía entre hacerlo y no hacerlo. ¿Qué de malo había en disfrutar de un único baile a su lado? Sería afortunado si con eso pudiera tan solo acariciar un poco de su piel o su cabello.

—Seré pareja de Ofelia. Debe practicar para su presentación...

—Usted está convaleciente, no puede hacerlo —discutió Ofelia con presteza.

—Yo decido lo que hago con mi cuerpo, Ofelia. Y está demás decir que estuve paseando por Londres, creo que estoy repuesto...

Ofelia no tenía forma de ganarle al señor Horstman cuando se ponía a dar explicaciones de sus

decisiones, lo hacía con tanta naturalidad que ella siempre acataba todo.

Con una leve cojera se colocó frente a ella para que comenzaran la práctica. Se hicieron una reverencia y se acercaron. La señorita Dunbar había iniciado con la melódica pieza y el señor Horstman colocó su mano para que Ofelia posara su mano sobre la suya. Aquel leve contacto, hizo que ambos cotejaran miradas, buscando una explicación a aquello. Ofelia sentía arder sus mejillas por esa extraña punzada. Sintió aquella mano suave y cálida debajo de la suya y se dio cuenta de que su pecho galopaba con fuerza. ¿Qué era aquello tan desconocido que recorría su cuerpo y hacía que el pecho le apretara?

Los pensamientos de Lornell eran muy distintos. Él solo sentía satisfacción.

Se separaron y continuaron moviendo los pies al ritmo de la danza, hasta juntarse y cruzar las manos por detrás de la espalda.

Aquel contacto colocó más roja aún a la rubia Ofelia, que no dejaba de mirar a los ojos azules que la acompañaban.

—Disculpe si no soy una buena pareja, Ofelia, fueron muchos años lejos de los salones — comentó mientras giraban y se alejaban.

Ella no sabía qué decir o cómo continuar la conversación. Tenía en la mente solo sensaciones que necesitaban una explicación urgente.

Sus manos comenzaron a ponerse frías y también a temblar. Sintió un escalofrío que la invadió al tomar las manos de Lornell detrás de la espalda para continuar la danza.

Movieron los pies a pasos dobles de izquierda y de derecha, sin que ambos perdieran un solo detalle del rostro del otro. Lornell veía los grandes ojos de Ofelia que eran más grandes que de costumbre y estaban muy fijos en él, como intentando buscar algo que se le había perdido, mientras Ofelia, solo estaba muriendo por un contacto que no comprendía con su tutor. El sonrojo se apoderó de su vida desde que conoció al señor Horstman. Verlo deleitarse en la poesía que le leía era algo que más disfrutaba ella antes que él mismo.

—He bailado poco en los salones, sin embargo, usted tiene unos pies ligeros, Ofelia, estoy seguro de que no pisará a nadie que la pretenda — indicó complaciente, intentando despertar a Ofelia de un extraño trance.

Sintió una extraña punzada de decepción al escuchar que no pisaría a nadie que la pretendiera. Desde cualquier punto de vista, aquello era un halago, pero para ella, era como un desaliento viniendo del señor Horstman por quien sentía un gran afecto y agradecimiento.

—Lo creo... — fue todo lo que logró decir antes de continuar en silencio bailando.

Después de que acabó la pieza, Ofelia hizo la reverencia correspondiente y le sonrió a los presentes que la felicitaron con aplausos.

—Iré un rato a mi habitación, aún no me acostumbro a estos zapatos nuevos — mencionó para retirarse.

Ella caminó lentamente hacia las escaleras, luego miró hacia atrás y vio a Lornell que tomó a Odei y la hizo bailar de nuevo con el acompañamiento de la señorita Dunbar.

Una vez dentro de la habitación, se acercó a la ventana para ver el paisaje blanco. No tenía esas flores que la alegraban en aquel campo. Se acercó al libro que el señor Horstman le regaló, y encontró una flor marchita dentro, una que él recogió.

La acarició desde dentro del libro y se preguntó, ¿Por qué el señor Horstman se empeñaba en casarla? ¿No era acaso su apego por ella el mismo que sentía por él?

Con la boca haciendo un mohín triste, casi a punto de llorar, intentó colocar una sonrisa en el rostro para continuar frente a los que estaban en el salón. Sacó uno de sus zapatos viejos para no llamar la atención a su extraño comportamiento.

Bajó para unirse de nuevo a la tertulia donde Lornell tenía una sonrisa que lo hacía brillar y lo hacía ver más joven aún de lo que ya se veía. Y no podía decir más de Odei, quien vivía plácida con el afecto sincero que le profesaba el caballero. Vio cómo la bajó de sus brazos y le hizo una reverencia a la pequeña.

Olive los aplaudió encantada, esperanzada con que también a ella le tocara bailar con el señor Horstman. Él dirigió su mirada a Ofelia y le sonrió como no estaba acostumbrada. ¿Qué le ocurría a ella?

Encantada Olive también se dispuso a disfrutar de lo que habían hecho sus hermanas con el señor Horstman. Intentó copiar todo lo Ofelia había hecho, y lo emuló con tranquilidad.

—No soy Ofelia, sin embargo, puedo igualar sus dotes para ser una excelente acompañante —opinó Olive, sonriente.

—Me atrevo a decir que bailas mejor que Ofelia, Olive —concedió haciendo que la pequeña mirara hacia su hermana mayor muy emocionada.

—¿Oíste lo que ha dicho el señor Horstman, Ofelia?! —preguntó riendo.

—Por supuesto, eres muy talentosa, Olive...

Después de la cena, Lornell se retiró muy temprano del salón, lo que preocupó a Ofelia que lo siguió con los ojos y después fue tras él.

—¿Vas a dormir, Ofelia? —Le preguntó la señora Griffith—. Enviaré a tu doncella.

—No, iré para acostar al señor Horstman.

—¡Oh! niña, tú no eres su criada! Deja que la muchacha que te reemplaza lo haga.

—No confío en que pueda lidiar con él. Señora Griffith, no lo hago por obligación, lo hago porque me agrada cuidar de él.

—Está bien, no se puede luchar contra ti.

Continuó su camino hacia la habitación de Lornell, tocó la puerta y pegó la oreja para esperar una respuesta.

Lornell que había llegado hasta su habitación con mucho esfuerzo después de maltratar a su pierna por darse unos gustos con aquellas tres damas. Sentía tanta molestia que estaba seguro de que no era buena compañía para acostar a Odei. Se sentó en la cama y arrojó su cuerpo para relajarlo.

La puerta que alguien golpeaba, parecía un castigo en aquel momento en que deseaba disfrutar de un pequeño descanso.

—¿Quién es?

—Soy Ofelia... —contestó la voz que golpeó.

Jamás podría negarle la entrada a aquella muchacha, con sinceridad esperaba verla todo el tiempo.

—Pase...

Ella metió la cabeza y sonrió. Se acercó con lentitud y lo vio recostado sobre sus codos.

—¿No es mejor que ya se acueste?

—Solo estaba descansando.

—Con las botas puestas —recreminó ella negando con la cabeza.

—No alcancé a sacármelas. Estaba por hacerlo —mintió.

—No es cierto. Si fuera de esa forma, usted no estaría tan cómodamente recostado —comentó yendo hacia un mueble que tenía un cajón. De él sacó un ungüento y se lo mostró.

Él tiró la cabeza atrás y sabía que debía calmar a sus ánimos, pues Ofelia le untaría el ungüento en la herida para calentar la pierna y evitar el dolor en el invierno.

Luego la vio dirigirse a él con un camisón, se lo dio y después pasó a la chimenea de la

habitación.

—Iré por unos leños y esta chimenea estará ardiendo más en unos momentos, mientras usted se coloca el camisón... —dijo después de mover los restos de leña aún calientes de la chimenea.

Ella lo vio sin que se moviera de su lugar y se acercó a él para arrodillarse y sacarle una bota a la vez.

Él solo pensaba en la devoción de aquella muchacha por su salud, tanto deseaba que aquello fuera amor por él. Que lo amara como a un hombre, que no lo viera como un hombre solitario que necesitaba de una cuidadora.

—Ha bailado mucho, su pierna debe estar cansada, volveré pronto...

—La espero, Ofelia.

Sonrió y echó una última mirada a Lornell que levantó el torso de la cama para tomar el camisón. Cerró la puerta y se dirigió a buscar los leños.

Lornell se cambió para esperarla, y esperaba que ella no notara nada extraño a través de la frazada que lo cubriría. Se metió en la cama, y sacó su pierna enferma para esperar a su devota Ofelia.

Ella volvió con los leños y los colocó en su chimenea. Sacudió sus manos antes de tomar el ungüento. Se lo untó en la mano y calentó antes de aplicarlo a la piel de él.

—Lo sabía, su pierna está fría, debe estar sintiendo dolor.

—Un poco, pero nada que sus hermanas y usted no hayan podido hacer pasar desapercibido...

Bajó los ojos avergonzada y fue masajeando la herida de Lornell con tranquilidad. Se había quedado callada, moviendo la cabeza de un lado al otro como disfrutando de aplicar el ungüento.

Lornell solo la observaba, y deseaba que aquel momento nunca acabara. Sin embargo, era consciente de que ella jamás le pertenecería y que era una tortura y sufrimiento dejarse consentir por aquella mujer, a la que extrañaría cuando fuera felizmente casada con un joven buen mozo de una familia acomodada. Tampoco consentiría a un hombre que no fuera al menos decente, honesto y con un buen futuro por delante para ella.

—Usted ya no es mi criada, Ofelia. Supongo que hace esto por el simple hecho de que puede que le agrade.

—Me agrada. Cuidar de usted es mi responsabilidad, sé que lo es.

—Ha hecho mucho por mí. Con gran placer aprobaría a quien usted decidiera, siempre y cuando me pareciera correcto para usted...

Ofelia dejó de hacer movimientos circulares en su pierna. Alzó los ojos y la nariz, antes de levantarse.

—Acabé, buenas noches... —se despidió molesta.

Él abrió los ojos al notar aquello, y se apresuró a detenerla con unas palabras.

—¿Dije algo que la molestó?

—No... O mejor dicho, sí. Ha insistido en que me case todo el tiempo, ¿me preguntó si es lo que verdaderamente deseo? —replicó con enojo.

—Ofelia, el sueño de una dama es debutar y casarse. Yo la daré a conocer a los demás y usted decidirá si le agrandan o no. Valore la oportunidad de que ha conseguido lo que dio por perdido, y aprecie esto como un símbolo de agradecimiento y amistad de mi parte...

—Disculpe si me excedí, entiendo... —dijo con una sonrisa forzada—. Hasta mañana, señor Horstman...

Vio que Ofelia salió con paso firme y cerró la puerta con discreción. Se sintió extrañado por su reacción. Él estaba seguro de que ella deseaba casarse con un hombre como el que ella describió.

Ofelia aceleró el paso hasta su habitación. Cerró la puerta y se recostó por ella pensando en

qué le ocurría. El señor Horstman no tenía la culpa de sus figuraciones, solo deseaba ayudarla a ser lo que estuvo destinada desde un principio: una gran dama. Pero, la probabilidad de abandonar la hacienda y al señor Horstman la estaban matando. No podría siquiera imaginarse sin aquella tranquilidad y felicidad que sentía a su lado. Esa amistad que habían cultivado la llenaba y fortalecía. No recordaba ser tan feliz antes de conocer aquel lugar lúgubre que en poco tiempo se había convertido en su hogar.

Capítulo 32

La puerta de su habitación fue aturdida por unos tenues golpes, precedido por la imagen de su hermana Olive.

—¿Ofelia? —preguntó su hermana al pie de su cama.

—¿Qué ocurre, Olive? Ven, siéntate.

Pese a la penumbra, vio que Olive bajó los ojos y luego los subió hacia ella, viendo en su mirada algo desconocido.

—Soy muy feliz, Ofelia... —comentó su hermana—, pero tengo miedo que nuestra felicidad se acabe.

—¿A qué le temes?

—A que nuestro tío pida nuestra custodia y nos aleje del señor Horstman. No quiero que eso ocurra porque moriría de tristeza. ¿No has visto cómo nos adora? Ya casi no recuerdo a nuestro padre, Ofelia...

Hizo un gesto negativo varias veces antes de abrazar a su hermana para despejar sus miedos.

—No deberías temer. Él es nuestro tutor y sé que no nos va a desamparar. Se opondrá a cualquiera que quiera alejarnos de él...

—Ofelia, ¿Y si quiere casarse de nuevo? Yo no quiero que lo haga, somos felices los cuatro, no quiero una mujer como tía Katherine aquí, ¿Puedes decirle eso al señor Horstman?

Rio cantarina por la idea de su hermana.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—Porque no creo que me haga caso, pero a ti sí. Convéncelo de que solo seamos las tres en su vida...

—No puedo hacer eso...

—¿Por qué no? Él hace lo que tú deseas. No es un señor malo como pensaba, y la verdad que me arrepiento de haber pensado eso, viendo todo lo que hace por nosotras.

—Es un pensamiento egoísta, Olive. Yo estaría muy feliz de que contrajera matrimonio y que tuviera de nuevo hijos. Es joven, buen mozo y... Podría...

—Pero si tiene a Odei, ¿Qué más puede desear? Hemos completado su vida.

—Él está enamorado de una dama de Londres, pero al parecer fue rechazado.

—¡Qué alivio!—festejó su hermana con una gran sonrisa.

—Olive, no es un alivio. Él sufre por no ser correspondido por su amor.

—En un sueño, yo vi que te casabas con él y éramos más felices que nunca, ¿No te agrada? Tú estás en edad casadera y él es un viudo muy galante para ti...

Ofelia palideció y se levantó de la cama con una mano sosteniendo su pecho. ¿Qué le había dicho Olive? Ella no tenía esos pensamientos hacia el señor Horstman porque era su tutor. No podía, él no estaba interesado en ella, ni ella en él.

—Eso no es posible, Olive. Él me ve como una amiga, y una hija más. ¿Sabes que Beth tendría mi edad? Se la recuerdo mucho, estoy segura de eso... —dijo para convencer a su hermana—. Ahora vete a la cama, no querrás que la señorita Dunbar te descubra fuera de tu habitación...

—Es cierto, aún no ha hecho su ronda. Le hablaré al señor Horstman mañana para contarle mis angustias...

—Recuerda no ser atrevida. —besó la frente de su hermana y le abrió la puerta.

—Prometo no ser impertinente... —replicó Olive antes de salir saltando como una liebre de la habitación de su hermana.

Al día siguiente por la tarde, encerrado en su biblioteca haciendo números, una pequeña sombra se escurrió para interrumpir su trabajo. Lornell al reconocer a Olive, tuvo que apagar su pipa. Sabía cuánto le desagradaba encontrarse entre las brumas de aquello.

—Eres muy sigilosa, Olive... —pronunció cerrando su libro antes de dirigir su mirada azul a la niña que no le perdía de vista—. Dime en qué puedo ayudarte... —le indicó una silla para que se sentara.

Ella subió y se acomodó. Se tomaba nerviosa de las manos y se las estrujaba.

—Yo... —se quedó callada un buen rato, viendo cómo el hombre levantaba una ceja para intentar adivinar los deseos de ella—. Yo quería decirle que no quiero que se case nunca más...

Lornell en un gesto de completa sorpresa y estupefacción tiró un poco la cabeza hacia atrás.

—¿De dónde sacas esas cosas, muchachita? —indagó un poco preocupado por ella. Sabía que Olive era diferente a sus hermanas. Era muy atrevida y desenvuelta para su edad. Ofelia era muy reservada, a veces parecía incomprendida y sin dudas era de salirle con la suya y la pequeña Odei, su hija, era de una personalidad jovial aunque un poco taciturna para una niña de su edad. No hablaba mucho, solo observaba todo con fijeza para luego sonreír e indicar que era de su agrado, pero Olive era el extremo de las hermanas Weatherly, un pequeño demonio en formación, a quien no podía imaginar en su salón sin crear algún tumulto.

—Quería hablarle sobre mis miedos... —soltó un par de lágrimas la pequeña—. No he sido tan feliz en años. Desde que nuestro padre murió, todo ha cambiado, incluyendo a Ofelia. Ella ha empezado a sonreír de nuevo, al igual que nosotras. Siento temor que nuestro tío quiera separarnos de usted y también que se case con una mujer mala como la tía Katherine. Por mi tranquilidad, ¿Puede usted asegurarme de que no ocurrirá nada de eso? —preguntó Olive muy preocupada.

Él no lograba salir de aquel estado en que lo sumió la niña. ¿Qué podría hacer él para que no sufriera? Sus miedos eran infundados, por lo que calmaría su dolor con la verdad.

—El tío de ustedes no puede alejarlas de mí, y si quisiera intentar algo para arrebatarlas de mis manos, lo azotaría con mi látigo para expulsarlo de aquí. Y por una mujer aquí no deberías preocuparte. Dedicas tus pensamientos a algo que no tiene sentido. No habrá señora Horstman. Estoy muy contento con ustedes, no las cambiaría por ninguna mujer...

Olive se limpió las lágrimas y corrió a abrazarlo. Él se quedó con las manos levantadas, antes de comprender que aquella necesitaba también a un padre, como el que él representaba para Odei.

Cerró sus brazos alrededor de su espalda y correspondió a su abrazo.

—Tenía miedo después de que Ofelia me dijo que usted estaba enamorado de una dama londinense... Me alegro tanto de que no sea así...

Él negó con la cabeza. Ofelia había quedado con aquella idea en la mente, y no se la sacaría, ¿De qué servía si su corazón no le pertenecía?

La primera invitación de invierno había llegado para Lornell y en aquel momento vio la ocasión ideal para presentar a Ofelia. Sería en Chatsworth House. No había mejor momento y lugar para que ella se codeara con la nobleza en sus tiempos fuera de la competitiva temporada.

Estaba abocado en conseguir la felicidad de ella sin importar que sepultara la suya. Ofelia había sufrido por sus hermanas para que estuvieran bien y sin darse cuenta lo había conseguido. Ella lo salvó de su propia miseria, y le entregó con un poco de pesar a sus hermanas para que lo vieran como un padre. Con aquellas niñas era suficiente para conformarse sin ambicionar más de lo que ya hacía: el corazón de Ofelia.

Miró su reloj y supo que Ofelia no tardaría en buscar una agradable lectura para que ambos disfrutaran. Estaba pensando en comprar muchos más libros solo para ella y que con eso continuara con sus ávidas lecturas. Ella no solo se dedicaba a él, sino también al hogar y a ayudar a la encantada señora Griffith. Era amada por todos en aquel lugar, cuánto dolor le produciría que se casara con otro hombre y se fuera.

Como supuso, ella entró con su esbelta figura a la biblioteca. Le entregó una sonrisa y con un tímido gesto de sus manos juntas, se giró para mirar la variedad de libros que estaban al nivel de sus ojos.

Él la observó y ella solo negaba con la cabeza, ninguno parecía ser de su agrado.

—¿Qué hay más arriba? —curioseó Ofelia.

—Novelas quizás —respondió sin perderla de vista. Solo podía como un pervertido, adular su figura y sus facciones. Aquel vestido lavanda no solo era muy favorecedor para su piel, sino estaba hecho para ella.

Ofelia se sintió atraída por el desconocimiento del señor Horstman por lo que estaba en lo alto de su biblioteca. Aquella era la única parte que ella no había ordenado porque era inaccesible para alguien de su estatura. Pese a que sabía de su imposibilidad, intentó hacerlo de puntillas.

Él levantó una ceja y comenzó a sonreír por ver a Ofelia haciendo algo tan ridículo. Se levantó y comenzó a cojear hacia ella.

—La ayudo... —dijo colocándose detrás de ella.

Ofelia sintió arder sus mejillas cuando el pecho de Lornell se posó en su espalda. Lo miró de reojo al sentir aquella cercanía.

—¿Cuál de estos es? —preguntó.

—El de tapa verde... —respondió a penas.

Él lo abrió antes de entregárselo e hizo un gesto con la boca.

—Demasiado sufrimiento para usted, Ofelia —opinó él bajando sus ojos a los de ella, mientras le entregaba el libro.

—¿Por qué? —susurró al estar tan cerca de él.

—¿Por qué quiere leer de amores imposibles si me hace sufrir? Supongo que es el libro que debía leerme en el té...

—No quiero hacerlo sufrir. Es mejor que busquemos otro...

—¿Cree usted que es por esa dama londinense que no puedo escuchar de amor? —la interrogó sin despegarse de ella que se había girado hacia él.

—Usted me ha dicho que ha sido rechazado. Me produce una profunda pena que alguien haya jugado con sus sentimientos y lo haya rechazado sin importarle su afecto. Siento rabia hacia esa mujer porque no deseo verlo sufrir, Señor Horstman... —confesó sosteniendo la mirada de él.

Él colocó una sonrisa un poco triste en su rostro. Ofelia se odiaba a sí misma.

—¿Desea conocer el nombre de esa mujer que ha lastimado mi corazón? ¿Ganaría algo con eso?

—Le daría un nombre a mi rabia... —pronunció segura.

¿Qué habría de malo en confesar su amor a ella? ¿Cambiaría en algo su vida o la de ella? Ofelia no lo amaría por más que se confesara abiertamente, solo podría producir una terrible incomodidad en su pupila.

—Ella no tiene un nombre, porque no es una mujer de Londres, Ofelia. Es una muchacha de Derbyshire quien me ha arrebatado el corazón. Ella permanece cerca de mí cada día, convirtiéndose en mi sol...

—¿Una... muchacha de aquí? —expuso desconcertada.

—Le diré lo bella que es. Tiene unos ojos azules llenos de afecto hacia mí, sueño con que algún día esos ojos me miren con amor como yo la veo a ella —dijo viendo que estaba callada porque tenía su atención completa en su mano—. Me ha cuidado con esmero, me consiente y me lleva la contraria todos los días...

Ofelia tenía los ojos muy abiertos esperando el nombre de la muchacha que lo tenía deslumbrado.

—¿Quién es?

—¿Acaso no lo ve? ¿Quién más me ha cuidado? ¿Quién más se ha preocupado por mí? ¿Quién me ha devuelto la vida? Solo hay una persona, una mujer, un nombre... —indicó tomándola del mentón—. ¿Lo sabe ya?

Aquella pregunta en un susurró no la dejó pensar. Tenía al señor Horstman haciendo arder su piel con aquel toque. No podía pensar, estaba con la mente perdida, divagando entre teorías y realidades, pero no sabía quién era esa mujer, o al menos lo ignoraba.

Se decidió a negar con la cabeza sin alejarse de él.

—¿Cuál es su nombre, señorita Weatherly? ¿Quién es usted? —explicó sin separar su contacto de ella, tanto el contacto visual como el físico.

Consternada por la pregunta. Se quedó tiesa en su sitio con los labios entreabiertos.

¿Podía ser posible que se refiriera a ella?

—Ofelia... —logró decir.

—Así es, Ofelia mía. Así es como debo confesar mi perturbación y un amor que no conoce de esperanzas con usted. Supe que la amaba por su paciencia y dedicación. Porque vio más allá que la amargura y el dolor que manejaban mi corazón. Se dedicó a cada día cultivar una flor que me fue enamorando. Hizo florecer sentimientos en mí, que creí jamás volver a merecer. La amo, Ofelia, la amo tanto, que me debo a usted en todo lo que soy por haberme salvado.

Ella sentía que de su pecho escapaba un llanto desconsolado, seguido de un sentimiento de negación por lo que escuchaba. Aquella confesión la estaba lastimando. Sus ojos azules y llorosos reflejaban su turbación por lo que él le decía.

—Usted derritió mi corazón congelado por el invierno, Ofelia... —continuó tomándola de ambas mejillas, para limpiar las lágrimas que escapaban de su callada oyente—. No aguardo nada de usted. Sé cuál es mi posición y la suya.

Él no podía evitar mirar aquellos labios rojos que se curvaban por el llanto y esas mejillas rosadas por la quemazón del frío del invierno. Miró a Ofelia buscando un rechazo a su acercamiento o tal vez una aprobación. Descendió su labios hasta los de ella y se quedó consolado al saberse compensado por aquel tímido contacto con ella. Lo inadecuada de la situación era hasta absurdo. Él como su tutor, estaba extraviado por sus sentimientos hacia ella y ella, parecía tiesa y por una vez en su vida obediente.

Al replicar el beso, ella se sumió en un llanto inexplicable y se alejó de él.

—No es posible, no puede ser ¡Desmíentalo, señor Horstman! —lo retó desahuciada por lo que sentía y las confesiones que él le hizo.

—¿Quiere que mienta? No es un consuelo vivir de una mentira. Es mejor conocer la verdad aunque esta duela.

—Y duele mucho... —dijo antes de salir huyendo de la biblioteca.

En el pasillo, se cruzó con la señorita Dunbar que la vio llorando y quiso saber lo que le ocurría porque Ofelia siempre había sido una joven muy reservada con sus sentimientos.

Corrió hasta tomar su abrigo y luego escapó hacia el bosque sin saber bien el rumbo del camino a tomar.

Lornell golpeó el mueble de la biblioteca. Siempre supo que ella se ofendería al conocer sus profundos sentimientos hacia ella. Se acercó a la ventana y solo vio como corrió hacia el bosque a donde antes visitaba a sus hermanas. Solo le confesó lo que ella quería escuchar y él no volvería a repetirle aquellas palabras que la llenaban de vergüenza y dolor. Sabía que ella era solo amable, que detrás de sus cuidados, no existía nada más. Él podía hablar solo de amor hacia ella, y no de amor de ella para él.

Esperó a que fuera de noche para colocarle las cartas en la mesa a Ofelia.

Ella volvió antes de la cena. Se cambió el vestido que se había mojado por la nieve para enfrentar al rostro del señor Horstman.

Fue hasta la que había sido su casa tiempo atrás. No fue a la cabaña, sino a la casa Weatherly, bajo el árbol donde estaban enterrados sus padres y se quedó a desfallecer de dolor en aquel lugar. ¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ese hombre que le había confesado su amor con tanta tranquilidad? Le habló como un amor que solo debía confesar y que jamás podría realizar, era imposible porque ella le había dicho lo imposible que era para ella aceptar a alguien de la edad de él. Recostarse sobre la nieve que cubría la tumba de sus padres no ha hizo sentirse mejor. Regresó llena de incertidumbre y vergüenza, sin saber cómo enfrentar a Lornell Horstman.

Durante la cena, Lornell no hizo alusión a lo ocurrido entre ellos, solo se dedicaba a sonreírle a Odei y a Olive, que estaban encantadas. La señorita Dunbar le daba sus lecciones a Olive con los cubiertos, refrescándole los conocimientos.

Ella estaba muy distraída, sin pensar en nada específico, solo estaba ahí de cuerpo, pero no de mente.

—Hoy voy a acostar a Odei —comunicó Lornell tomando a la niña para irse con ella hacia las escaleras. La niñera los siguió en la distancia para poder acomodar a la niña y que él se quedara con ella.

Levantó los ojos y lo vio sonriéndole a su hermana como siempre lo hacía.

La niñera cambió a Odei de ropa y se la entregó a Lornell para que la meciera en el sillón. Cuando iba a retirarse, él la detuvo.

—¿Podría decirle a Ofelia que la esperaré en la biblioteca después que Odei se duerma?

—Sí, señor...

Se quedó perdido contemplando a su hija que no deseaba dormirse por nada. Se sentó en su regazo y se abrazó a él, mientras le contaba una historia vieja que su madre le contó.

Ofelia recibió el mensaje a través de la niñera. Su pecho amenazó con estallar por las palpitaciones de volver a estar a solas con él.

Entró a la biblioteca para esperarlo. Se paseó de cabo a rabo por el lugar. Arregló lo que estaba un poco desaliñado y siguió esperando, buscando nerviosamente algo que hacer para distraer a su mente. Al escuchar la puerta abrirse, su corazón se detuvo. Lo vio entrar en la penumbra y dirigirse a su sillón.

—Tome asiento, Ofelia —pidió él con su voz de siempre, pero ella no se acercó—. No le haré daño, ni perturbaré más sus pensamientos...

Se acercó callada, sin mirarlo y se sentó.

—Solo cumplí con saciar su curiosidad, Ofelia. No quise incomodarla en ningún momento. Quería hablarle sobre su padre y su legado. Como sabe, ustedes tienen una mensualidad que administro, pero no le dije un beneficio más. Puede tacharme de egoísta, aún así, no me arrepiento de no habérselo dicho. Se lo diré solo por las circunstancias... —habló tranquilo, con sus manos y unidas sobre el escritorio—. Su padre estableció que ustedes podían quedarse a vivir de manera irrevocable en la casa Weatherly, la única condición que le coloco para tomar ese beneficio es

que Olive permanezca conmigo. Como sabe, Odei es mi hija, por tanto, nada del testamento la afecta, no así a Olive, quien me ha comentado sobre sus miedos y yo he decidido disipárselos.

—¿Vivir en mi casa?

—Si usted lo desea. No le prohibiría nada de eso. Su dependencia estaría supeditada a mí hasta que usted se case o si no lo hace hasta que yo muera. Mi obligación como su tutor es velar por su integridad y ofrecerle la mejor vivencia posible. Entre ellas está la de entregar su mano a un buen hombre que sepa apreciarla. Déjeme comentarle que ha llegado una invitación para Chatsworth House y mi intención es que asista para ser presentada antes de la primavera. Contará con una buena ventaja sobre otras damas. Sé de lo que le habló. Fui encargado de mi hermana Lorraine y de su buen matrimonio con un conde.

¿Cómo habían llegado de una confesión de amor por la tarde a un ofrecimiento de que se expusiera para otros en la noche? Se sentía ofendida, pero sin razón alguna. Estaba molesta, aunque sin explicación. Todo lo que él le decía le molestaba.

La vio callada, con el ceño fruncido y muy meditabundo. Algo había cambiado en ella después de lo que le dijo. Él quería seguir como antes, no obstante, lo veía improbable y lo mejor era que le encontrara un pretendiente con urgencia.

—Lo dejo en sus manos. Decida usted irse o quedarse aquí con sus hermanas. Olvide lo que le dije por la tarde, se lo ruego. También sabrá qué más hacer y qué no hacer conmigo, pero Chatsworth House es obligatorio para usted —dejó claro.

—Lo pensaré, ahora me disculpa, señor Horstman. Me voy a descansar.

Se levantó con violencia para abandonar el lugar. Aquella relación amistosa que mantuvieron durante meses, se había desvanecido gracias a la confesión de su amor.

Ofelia se sintió tentada a cada día que se acercaba la velada de Chatsworth House, a abandonar a Lornell. Aunque no podía, algo la detenía cerca él. Ella intentaba seguir con sus rutinas y él se lo permitía. Aún tomaban el té juntos, ella le leía y él simplemente tenía los ojos perdidos en algún lugar, solo los ungüentos para calentarlos se los hacía Gary, ella ya no tenía el privilegio de pasar a sus aposentos.

Cuando le comunicó aquello la señora Griffith, Ofelia enmudeció. Ella lo hizo desde siempre, amaba hacerlo. No sabía si Gary lo haría tan bien como ella. Sintió que la sobrevino un golpe, y se abrió una gran brecha entre ella y Lornell Horstman. Él parecía colocar muros cariñosos alrededor de ella, muros que los alejaban sin remedio.

¿Qué podía hacer ella más que recluirse en sus pensamientos y en sus lecturas? ¿Qué otra afición tenía? Tenía una y se llamaba: observar a su tutor con el resto de sus pupilas. A eso dedicaba la mayor parte de su tiempo, a apreciarlo sin estimar las razones de sus sentimientos. ¿Qué era el amor? El señor Horstman lo sabía, pero tenían un concepto distinto. Él la alejaba y le habla de otros hombres, todos con las características que ella dictó en su momento. Aquello no era amor, ¿Cómo podía amarla si deseaba entregarla a otro? Él no le preguntó sus deseos, pero y si lo hacía, ¿Qué respondería?

La fría noche en que debían ir a Chatsworth House, ella quedó deslumbrada con Lornell. Cada vez que lo veía, era más joven y sufría por él. Sufría aquel alejamiento que ambos provocaban con su silencio.

—Luce muy bien, Ofelia. La modista de Lory es una gran mujer como para vestirla —concedió con galantería.

—No entiendo porque no se casan el señor Horstman y Ofelia —comentó Olive a la señorita Dunbar al escuchar a Lornell mencionar esas palabras para su hermana.

—No lo sé. Han estado actuando muy extraño estos días.

—Ofelia no quiere ir a Chatsworth House porque sabe que ahí conocerá más gente y no quiere hacerlo.

—Ella no sabe que es una oportunidad de oro la que le da el señor Horstman para una dama soltera —opinó la señorita Dunbar.

—No quiere ir porque no desea casarse con nadie y él quiere casarla con alguien... ¿No es mejor hablarlo?

—Muchachita, eres muy pequeña para dar buenos consejos y no importa que tengas razón. La gente grande actúa de manera extraña en ocasiones, solo hay que dejar que todo regrese a la normalidad pronto.

Capítulo 33

En el carruaje, Ofelia tenía la mirada perdida en el paisaje blanco, mientras que su tutor la miraba incansable con gran admiración de su belleza. Aquel vestido que casi se fundía con su piel era favorecedor para su juventud.

Ofelia volvió sus ojos hacia él y lo descubrió viéndola. No tuvo la decencia de al menos desviar la su mirada de ella. Sus escrutadores ojos estaban ahí, interesados en ella.

Ella nunca vio Chatsworth House por dentro. Su madre le había contado lo maravilloso y de ensueño que era ese lugar cuando ella trabajó de doncella. Le había contado con cuántas habitaciones y grandes salones contaba la mansión e incluso le habló sobre el oro en los ventanales de madera.

Pese a que la noche estaba fría, la nieve no caía. Ella y Lornell estaban bien abrigados por sus prendas.

—El frío es una razón por la cual la primavera es mejor para presentar a jóvenes en la sociedad, Ofelia. Sin embargo, mientras algunas duermen en los laureles, otras pasan un poco de frío por algo mejor —dijo Lornell colocando su mano para llevarla hasta adentro de la elegante propiedad cuyos fastuosos jardines estaban cubiertos por la fina capa blanca del invierno.

Ella lo tomó y se dejó guiar. Sin duda todas las chimeneas de la casa trabajaban, pues adentro el ambiente era diferente. Se sentía el calor de un buen fuego, se oía la música exquisita desde el que debía ser el salón de baile y la gente se veía contenta charlando con los demás asistentes.

Ofelia solo había visto tanta gente en Bakewell, pero no gente tan fina y jóvenes tan elegantes. Había pocas damas de su edad, por lo que pensó que varios seguían el esquema del señor Horstman. Todo dependería de su astucia y perspicacia, pero como no deseaba contraer matrimonio, no sentía que había mucho para hacer ahí.

Lornell se acercó a gente que recordó de años y presentó a Ofelia. La muchacha dejó deslumbrada a la condesa de Devonshire y buscó con ímpetu a su hijo William para presentarle a la joven pupila del hacendado.

La impresión del joven lord William Cavendish era de inmejorable agrado para él, que también la presentó con el coronel Astaire que estaba de paso por Derbyshire.

Lornell dejó que aquellos jóvenes pulularan como mariposas alrededor de una tímida Ofelia. Eran jóvenes agradables, aunque la tenían completamente encasillada con ellos, sin dejar que el resto de los jóvenes accediera a conocer a la muchacha. Por no ser un baile oficial, solo se le concedería conocer a la gente, no más que eso, pero ante la insistencia de William Cavendish, quien era el organizador, a Lornell no le quedó otra opción que ceder a Ofelia para un baile con él.

Sostuvo la respiración al ver a Ofelia tomar la mano del agradable y gallardo futuro conde de Devonshire. Ella no se veía incómoda ni sufriendo.

William Cavendish tal vez fuera la mejor cacería para cualquier dama, eso pensó Lornell y también la misma Ofelia mientras danzaba con el joven de gran carisma y ojos verdes como esmeraldas.

—No había visto nada más sigiloso en un salón de baile que sus pasos, señorita Weatherly —la

alentó el joven—. He sufrido de innumerables pisotones y malos ratos en un baile, sin embargo, usted es diferente.

—Agradezco sus halagos, milord...

—¿Qué se siente ser la pupila del ogro de Derbyshire? Desde aquí, para nada me parece un ogro, sino una benigna criatura que se hace cargo de usted, señorita Weatherly.

El caballero se deshacía en halagos no solo hacia ella, sino también hacia el señor Horstman, quien se veía cómodo charlando con una mano detrás de su espalda y la otra sosteniendo su bastón. Tenía damas de variada edad a su alrededor sonriéndole de distinta manera.

—Señor Horstman, su pupila es una joven muy bonita, ¿Cómo es que fue a parar junto a usted? —indagó la dama de unos treinta años, con cabello encrespado de color marrón. Sus ojos del mismo color de su cabello eran joviales y miraban a Lornell con extraña admiración.

Era bonita y a Ofelia no le caía en gracia su afabilidad mientras ella estaba danzando con el anfitrión.

—No solo ella, sino también sus hermanas, una niña de dos años y otra de ocho años. Son niñas muy buenas y obedientes.

—Mi querida Charlotte tiene ocho años. Si no es mucha molestia, podría llevarla para conversar un poco.

—Señora Smith, Olive estará encantada de charlar con alguien. No he visto a nadie tan entusiasta como ella en la vida —sonrió diligente.

Ofelia deseaba que aquel tortuoso minué acabara y pudieran irse y no era porque faltara diversión sino porque no podía ver al señor Horstman tan diligente con otras damas.

William Cavendish la llevó para devolverla junto a Lornell y él aprovechó para presentarle a la mujer.

—Ofelia, le presentaré a una conocida vecina. La última vez que la vi era una muchacha, es la señora Smith —la presentó Lornell.

Ella le hizo una reverencia y más bien fingió una amistosa sonrisa que no sentía.

—Es un placer, señora Smith...

—El gusto es mío, señorita Weatherly. He conversado con el señor Horstman sobre una visita a su residencia.

Lornell vio el poco entusiasmo que mostró Ofelia con aquella idea de la señora Smith. Al parecer a ella no le agradaba hacer mucha amistad con nadie.

—Por supuesto, será un placer recibirla —agregó Ofelia mirando a Lornell.

En una semana después del baile en Chatsworth House, Ofelia seguía con aquella pésima impresión de la señora Smith. Sabía que la dama era viuda y que tenía una hija de la edad de Olive.

Esperaba molesta que cada día apareciera para beber el té con ella y el señor Horstman. No pensó ser una persona egoísta, sin embargo, lo estaba siendo.

Lornell parecía tranquilo al no recibir noticias de ninguno de los caballeros que pretendieron tener la atención de Ofelia. Ella no había querido volver a salir. Se negó para un último baile y lo hizo de manera tajante.

—Señor Horstman, ha llegado una carta, viene desde Chatsworth House —interrumpió la señora Griffith—. Debe ser ese charlatán de lord William Cavendish intentando conquistar a Ofelia. Ella me ha contado lo meloso que era.

Él tomó la carta, rompió el sello y procedió a leer, no sin antes mirar a su ama de llaves.

Estimado señor Horstman,

Espero que usted esté muy bien, y también por supuesto, su pupila, la señorita Weatherly.

Desde el baile en Chatsworth House, he estado pensando en invitar a la joven para un paseo. La compañía de la señorita Weatherly es para mí muy apetecible.

Este es el motivo de mi corta misiva, esperando su aprobación para seguir conociendo a su adoraba pupila en dos días, si lo permite.

Me despido de usted.

William Cavendish.

Al terminar su lectura, tragó saliva ruidosamente. William Cavendish, futuro conde de Devonshire, amo y señor de varias propiedades, era alguien que podía solucionar el futuro de Ofelia, además, se veía interesado en ella.

Era doloroso saber que no podía competir por su amor, un joven como él, tenía todas las ventajas frente a Ofelia.

—¿Qué dice, señor Horstman? —preguntó la mujer muy nerviosa por saber.

—William Cavendish quiere pasear con Ofelia para conocerla mejor.

—¡Válgame el diablo! —gruñó—. ¿Qué hará usted?

—Aprobarlo, señora Griffith, ¿Qué más puedo hacer?

—¡Negarse a que otro hombre corteje al objeto de sus afectos, tan sencillo como eso!

—No puedo hacerlo, ella no me corresponde.

—¡Entonces pregúntele qué desea a ella, ya deje de imponerse a la inocente! —se quejó la señora Griffith.

—No la estoy obligando a nada.

—¿No ve acaso lo que ocurre con Ofelia? Es un alma penitente por su causa. Desde que la obligó a ir a Chatsworth House empeoró y aquella mujer, la señora Smith, es como un demonio para ella, no puede ni oír su nombre.

—Traiga a Ofelia, por favor, señora Griffith.

—Hágame caso y al menos pregúntele a Ofelia si desea salir con este joven.

Ofelia estaba en la cocina preparando el té que llevaría a la biblioteca en breve. Eso la distraía de pensar en todo lo que le hacía mal. Miró por la ventana antes de continuar y vio a sus hermanas con la niñera y la señorita Dunbar corriendo en la nieve, al menos ellas eran tan felices. En cambio su vida había cambiado demasiado. Desde que Lornell Horstman le confesó sus sentimientos, ella descubrió los suyos hacia él. Creía amarlo como no tenía idea, pero él ya no le había hablado de amor, solo de bailes, presentaciones, candidatos, Londres y una vida distinta cuando se casara. No tenía idea del daño que le causó al igual que ella desconocía el mal que le hizo cuando le dijo que nunca de casaría con alguien de edad. Sin embargo, en ese momento solo añoraba su compañía y volver a probar un poco de aquel interludio que compartieron.

Colocó las galletas en una bandeja pequeña y en una más grande puso el juego de té.

—El señor Horstman pide tu presencia, Ofelia —anunció la señora Griffith, entrando muy molesta a la cocina.

—¿Qué ocurre, señora Griffith?

—Ese señor que dice ser tu tutor me saca más canas. Escucha una cosa, Ofelia, lucha por lo que quieres, si él quiere obligarte a algo, niégate y dile tus razones. Sé que no hace nada por maldad, pero estoy exasperada de su exagerado ímpetu por casarte —declaró con un bufido.

—¿Cree que me hablará de la señora Smith? ¿Cree que la pretenda como esposa? Sería una pesadilla para Olive y para Odei...

—Y para ti, Ofelia. Dile ya la verdad de tus sentimientos antes de que esa mujer a la que temes, se robe el afecto de mi señor hacia ti.

Su rostro se puso ceniciento al imaginar que el señor Horstman paseaba por las tardes con esa

mujer, que compartiría su té y sus lecturas, que escucharía el piano en el salón sentada a su lado y lo peor, lo cuidaría con afecto.

Con el espíritu desinflado por dentro y el pecho inflado por fuera para que no viera sus turbados pensamientos, llevó la bandeja del té a la biblioteca.

Al verlo parado frente a la ventana con ambos brazos cruzados, supuso que no era una excelente noticia la que le daría. Pasó un poco cohibida y dejó la bandeja en el escritorio.

El ruido lo hizo girarse y ver ahí a Ofelia. «¿Cómo podría entregarla, sabiendo cuánto la amaba?» pensó al ver su mirada asustada. Ella evitaba toda clase de conversación que fuera sobre lo que él deseaba hablar. Era un hecho, lo ignoraba. Cuando estaban en el salón, ella tomaba a Odei en brazos y le hablaba, o conversaba con la señorita Dunbar de cosas poco transcendentales. Sus paseos por el jardín eran casi siempre con el mismo comentario: «el doctor Flecher dice que camine mucho para recuperar las fuerzas en esa pierna» y en el té, solo le leía y comentaba sobre la lectura.

En varias ocasiones se divertían hablando sobre la educación de sus hermanas. Era algo fresco para ambos, conversar de algo que los ponía felices, puesto que en los últimos meses, después de la vuelta del señor Horstman de Londres todo había cambiado.

—Traje un té diferente hoy... —comentó ella bajando la mirada.

—Cualquier cosa que salga de sus manos es deliciosa. Siéntese... Hoy no tomaré ningún libro, sino que discutiremos una cuestión de fondo un poco delicada —avisó tomando asiento.

—¿Qué podría ser algo tan delicado? Mis hermanas están bien, y es lo único que importa.

—Se ha estado haciendo la tonta, y no mienta. Me ha evitado para que no le comente cosas ajenas a la gente de la hacienda. La señora Smith y su hija vendrán en dos días por invitación mía. Le hará bien conocer gente con roce social, Ofelia y a Olive le haría bien una amiga...

—Estamos bien como estamos, no necesitamos de nada ni de nadie con esas características.

—Se ha vuelto un ogro, Ofelia. Me recuerda a mí, y yo me parezco a usted intentando convencerla de una cosa buena. En fin, la señora Smith no es un problema. De quien en realidad quiero hablarle es de William Cavendish. He recibido una esquila donde solicita mi permiso para conocerla mejor, y yo he pensado en aceptar que usted salga con él.

Ofelia con la respiración acelerada y los ojos convertidos en llamas, se levantó del sillón desafiante.

—Haré lo que diga si tantas son sus ansias de librarse de mí, así lo haré. Dé mi compañía a cuantos Cavendish de la región haya. No tendré inconvenientes en salir con todos y cada uno para darle el gusto a usted, señor Horstman —musitó con decisión.

—¿Qué hago mal, Ofelia? He deseado solo su bienestar...

—¡Pero si no se ha preocupado por preguntarme lo que yo deseo! ¡Lo ha pensado y decidido todo por mí! Estoy cansada, déjeme en paz... —soltó furiosa antes de abandonar la estancia.

—¡Ofelia! —la llamó decidido a culminar esa reunión, pero ella lo ignoró y continuó su camino.

Él tomó su bastón para seguirla a pasos rápidos o al menos hasta donde llegara el límite de sus fuerzas. Salió al pasillo, pero no la vio por ahí, solo encontró a la niñera con Odei.

—¿Ha visto a Ofelia?

—Sí, acaba de subir las escaleras... —respondió la niñera.

Epílogo

Lornell fue por donde la niñera le dijo y se quedó frente a la habitación de Ofelia. Abrió la puerta y pasó sin ser invitado. Ofelia estaba entre las almohadas, perdida en sus pensamientos, tanto que no se había dado cuenta de que él estaba ahí.

Se acercó y se sentó en la cama, muy cerca de ella.

—Necesito que me diga lo que piensa. De nada sirve una buena acción, si usted sufre por ella. Dígame, ¿Qué ocurre con usted?

Ofelia al escuchar su voz, levantó un poco el cuerpo y se sentó casi a su lado.

—¿Cómo es posible que me haya hablado de amor, y que después quiera que cualquier hombre se case conmigo? ¿Tiene la sangre tan fría, Señor Horstman? —increpó con la voz apenas audible.

Él alejó un poco la cabeza, quedando sorprendido por lo que le dijo. No comprendía las razones.

—Le dije que solo sacié su curiosidad. Desde hace meses he pensado en declararle mi amor, y un día lo decidí. Dejé esa flor en aquel libro que usted abrió, con la intención de decirle la razón de mis desvelos. Sin embargo, usted me había dejado claro que no tendría oportunidad. Decidí callar el amor que sentía por no ser merecedor del mismo. Recuerde ese día, y esas palabras cargadas de sufrimiento que me contó, yo no podría continuar pensando de manera esperanzada en ser correspondido. Lo que le dije hace unos días fue solo para no morir con esto adentro, aun así, yo ya había decidido buscar la felicidad de usted. Amar no necesariamente es permanecer unidos, sino hacer feliz a la otra persona. Me consolé diciéndome que sería feliz al verla feliz —confesó agachado la mirada.

Ella con amargura en su rostro, quiso retroceder el tiempo para no causar aquellas heridas que le hizo de manera inconsciente.

—¿Fue por la historia de mi padre y mi madre?

—Sí. Además, usted podría tomar una propuesta de matrimonio mía como un acto de obligación y agradecimiento por sus hermanas, cosa que jamás he deseado que sienta por mí.

—Lo siento tanto... Siento tanto mi crueldad, señor Horstman, y hoy merezco lo que me ocurre. Merezco este sufrimiento que me aqueja cada vez que lo veo. ¿Cómo he podido ser tan mala?

—¿Cuál es su maldad? Usted es la criatura más angelical que han admirado mis ojos. No deseo que nada la aqueje, cuénteme qué es lo que le ocurre... No deseo verla sufrir, y si yo soy el motivo de su sufrimiento con mi insistencia, la dejaré vivir tranquila como pide.

—El motivo de mis penas... —pronunció—. El motivo de mis penas soy yo misma, que me había negado a ver lo que la vida me ofrecía, y tanta fue mi desesperación al perder la esperanza...

—¿Esperanza de qué? —preguntó con mucha curiosidad.

Ofelia cerró los ojos y luego los abrió para no separarlos de los ojos azules de su acompañante.

—De que usted me amara todavía... —se quedó callada al ver que él seguía desconcertado—, porque yo he descubierto que lo amo...

Bajó los ojos y sintió las lágrimas escurrirse por sus mejillas por haber dicho lo que tenía atorado desde hacía un tiempo sin darse cuenta. No había pillado que sus atenciones y otras cosas más eran por amor a él y tuvo que sentirse amenazada por otra dama para darse cuenta de que lo

estaba perdiendo.

Lornell tapó su rostro con ambas manos y sollozó de felicidad por un buen rato hasta recuperar la calma y verse fuerte para ella.

—¿No teme a mi edad, Ofelia, o a que le robe su juventud?

—¿Ese es todo el impedimento que tiene?

—Jamás le negaría la oportunidad de vivir un amor que se acercara más a la eternidad.

Ella rio y negó con la cabeza.

—Es lo más ridículo que he dicho. En realidad prefiero un gran amor, antes que a alguien a quien jamás aprendería amar como lo amo a usted, señor Horstman... ¿Es aún tarde para aspirar a su amor? —indagó curvando el rostro, que Lornell tomó enseguida en su mano derecha.

—No. Mi amor le pertenece solo a usted...

El lento, agónico y desesperado descenso hasta los labios de Ofelia para sellar aquella confesión de amor era el regalo más grande que cualquiera de los dos podía recibir.

Para el amor verdadero no había edad y mucho menos un impedimento que no fueran los prejuicios de Lornell y Ofelia. Cada uno encerrados en sí mismos, incapaces de despertar hacia una felicidad que se había retrasado innecesariamente.

Lornell respondió a la carta de William Cavendish con gran educación, comentándole la buena nueva de la hacienda. Sabía que aquello llevaría cola, pues creerían que él como su tutor se aprovechó de su influencia para convencer a una inocente de casarse con alguien que podía ser su padre por mucho. Sin embargo, si a Ofelia no le importó, a él menos le importaba.

La noticia de que Ofelia se había convertido en la prometida del señor Horstman, causó un gran revuelo en la hacienda y Olive fue quien más lo festejó, entre risas y alegría quiso deleitarlos con sus primeras habilidades en el piano.

La servidumbre no conocía de mayor felicidad, y aquella también se había extendido a sus parientes de Londres, a quienes esperaban en el verano para llevar a cabo la boda.

Lorraine no había podido soportar la ansiedad de conocer a Ofelia, por lo que fue la primera en aparecer y luego se unió el resto de la familia en primavera.

La señora Smith iba con frecuencia junto a Ofelia para hacerle compañía y también para que Charlotte y Olive se convirtieran en grandes amigas.

Jeffrey, gran amigo de las damas Weatherly las revisaba con frecuencia y en ocasiones se quedaba a cenar por pedido expreso de su amigo el señor Horstman, quien lo acogía cada vez con más cariño por todo lo que hizo por ellas cuando aún no lo conocieron.

Las hermanas Weatherly y la familia Horstman se llevaban de maravilla, en especial Maxwell y Olive, quienes se llevaban pocos años y gustaban de divertirse junto a Charlotte, aunque Maxwell tenía una inclinación muy medida hacia Odei que lo enternecía. Era su pareja de baile en las noches cada vez que Lornell lo dejaba disfrutar de su compañía.

—Oye, Maxwell, no seas tonto... —masculló Olive desde unos arbustos al hijo de Ethan Horstman.

—¿Dónde se ha escondido la pequeña ninfa? —preguntó confundido buscando a Odei.

—No importa, queremos que atrapes a esa liebre para nosotras —dijo Charlotte.

—¿Acaso me he convertido en el cazador por excelencia de dos pequeñas niñas mimadas?

—No, pero solo te diremos dónde está Odei, cuando cojas a esa liebre con lo que puedas, incluso con los dientes.

Maxwell masculló una maldición y se propuso capturar al animal para que las niñas dejaran de molestarlo y pudiera volver a la tranquilidad de la casa.

Lornell había estado solo con sus criados por quince largos años. En aquella primavera su

hacienda estaba repleta de sus familiares y amigos. Se alegraba que Ofelia hiciera amistad con la señora Smith, pues era una mujer agradable, culta e inteligente para ayudar a una joven como ella.

El verano llevó felicidad a la hacienda con un hermoso matrimonio entre Lornell y Ofelia. Y aunque creyeron que nada podía llenarlos de mayor felicidad en la vida más que aquella unión, estuvieron equivocados. En el invierno se gestaba dentro de Ofelia lo que sería un gran regalo para Lornell.

Ofelia le había ocultado la noticia de la concepción del hijo de ambos. Cuando ella lo supo, no concibió mayor fortuna, pues pese a que Lornell amaba sin límites ni dudas a Odei, un hijo propio era algo que sabía que su corazón anhelaba, aunque no se lo había dicho desde que se declararon amor. Era más bien cierto, que no conversaron sobre tener hijos, pero ella los deseaba.

También Ofelia decidió que no contestaría con la verdad sobre la pregunta acerca de una pequeña cicatriz que cargaba cerca del hombro. Lornell no merecía que una culpa del pasado lo martirizara en su feliz presente, ella lo había perdonado en su ignorancia porque él era un buen hombre.

—¿Está muy ocupado para dar un paseo y fortalecer esa pierna, señor Horstman? —bromeó Ofelia, interrumpiendo su juego con Odei.

—Para la señora Horstman no hay ocupación que valga ignorarla —sonrió antes de abandonar la alfombra.

—Lamento interrumpir tu agradable juego con Odei, pero quería pasear un poco y conversar.

—No hay nada que disfrute más que tu compañía, Ofelia. Hoy podemos ir a más millas si gustas.

—Hoy iremos hacia la laguna, quiero enseñarte algo.

A pesar del frío, caminaron del brazo, sonrientes mientras charlaban sobre las mejoras que le harían a la residencia y también sobre la posibilidad de comprar la casa que les había pertenecido a los Weatherly. John Weatherly se había mostrado avergonzado del comportamiento de su esposa, por lo que ofreció un acuerdo de paz para ellos y sus sobrinas. Quería regalarles la casa, sin embargo, él no deseaba que su esposa y su hermana se convirtieran en mendigas y ofreció comprar la casa a un precio para nada despreciable.

Al llegar hasta la laguna congelada. Lornell sintió cierta incomodidad. Él le había mostrado el lugar donde cayó Loida en el agua y ellos estaban enfrente.

—Sé que este lugar no ayuda a tus recuerdos, pero han sido dieciséis años de agonía que pueden verse hoy recompensados.

—Siempre dolerá saber que la salvé del agua helada, pero no de ese accidente... No pude hacer nada por ellas.

Ella abandonó el brazo de él y le tomó ambas manos.

—La vida te da una segunda oportunidad, Lornell, otra oportunidad de amar y dar vida... —enmudeció por el llanto inminente. Antes de sucumbir, colocó las manos de él en su vientre—. Quise darte un regalo feliz en un lugar tan triste... Tendremos un hijo.

Lornell cayó arrodillado sin sacar las manos de donde Ofelia las había puesto y colocó la cabeza en su vientre sin decir palabra.

Solo podía morir de alegría, era el más feliz de los hombres con la mujer más maravillosa que la vida pudo regalarle. Con sus manos la acercó aún más a su rostro y se quedó en esa posición aún callado, pero con los ojos tan emocionados que nada podía apagar esa llama que tenía por esa noticia.

—La felicidad eterna existe, Ofelia, este momento para mí es eterno y vivirá en mi memoria por siempre.

—No hace falta vivir muchos años para conocer la eternidad en el amor, la misma va con nosotros hasta el final, mi querido señor Horstman...

Fin...

Anhelos de Primavera

Hermanas Weatherly N°2

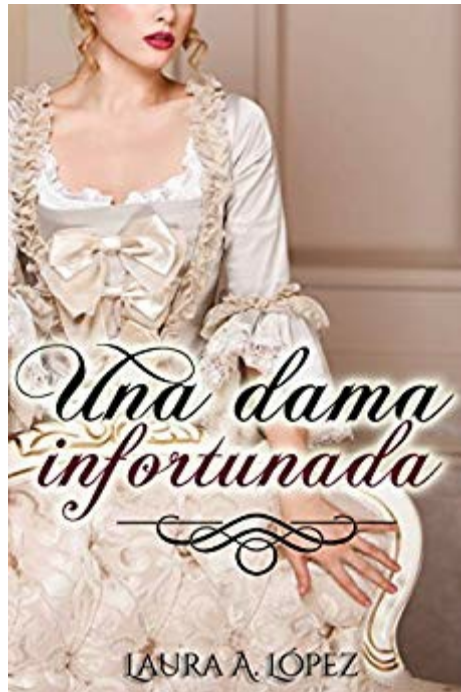
Sinopsis

Olive Weatherly, es una dama perspicaz, inteligente y virtuosa, aunque un poco temeraria, que vive plácida y contenta bajo la tutela de su hermana mayor y de su esposo. Aunque la perfección de su vida, se ve amenazada por la ausencia del hombre al que ama desde que comprendió lo que era aquel sentimiento.

Jeffrey Flecher, el doctor de la región donde habitan los Horstman y otras familias, es motivado por sus ansias de conocimiento y especialización para abandonar Derbyshire y a sus habitantes por unos años. Lo único que le produce dolor es abandonar a su linda paciente Olive Weatherly, a quien atendía desde pequeña y de la cual desconocía sus sentimientos hacia él.

A su vuelta a Derbyshire, Jeffrey no solo tendrá que enfrentar a su posición de la que había huido de Londres años atrás, sino que también descubrirá que no es inmune a los encantos de su adorable paciente Olive.

Si te gustó corazón de invierno, podría interesarte...



Lady Poppy, mejor conocida como lady Calamidad o calamidad con piernas, no se destacaba exclusivamente por su belleza, sino por su poca gracia para los caballeros. Siendo la hija de un duque, no faltaban aspirantes a su dote, pero sí a su corazón.

Entre los aspirantes quebrados, se encontraba Laurence O'Dunne marqués de Salisbury, quien tenía ocupado el corazón por otra dama, pero él con solo una sonrisa logró enamorarla. Otro aspirante al corazón de Poppy era Arthur Chastain, conde de Lincoln, quien conquista la amistad de la muchacha con las mejores intenciones, de carácter tranquilo y paciente se ve envuelto en confidencias de Poppy que lastiman su corazón y restringen su confesión hacia ella.

Lady Poppy deberá escoger entre los sueños de su mente y la realidad que ignora, entre un amor comprado y uno sincero. Entre dos caballeros, solo uno será el dueño de su amor.

